

25.<sup>a</sup> edición

FEDERICO SUÁREZ

*La Virgen  
Nuestra Señora*



**PATMOS**  
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

FEDERICO SUAREZ

**LA VIRGEN  
NUESTRA SEÑORA**

VIGESIMOQUINTA EDICIÓN

EDICIONES RIALP, S. A.  
MADRID

© 1956 by FEDERICO SUÁREZ.

© 2002 de la presente edición, by EDICIONES RIALP, S. A.,  
Alcalá, 290. 28027 MADRID.

Vigésimoquinta edición: febrero de 2002

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

I.S.B.N.: 84-321-0950-9  
Depósito legal: M. 3.519-2002

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

---

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

# INDICE

	<i>Págs.</i>
I. LA ANUNCIACIÓN ... ..	13
El hecho y su significación ... ..	14
El designio de Dios ... ..	25
El mensaje ... ..	34
La recepción del mensaje ... ..	44
La respuesta ... ..	62
El sentido de la vida ... ..	78
II. LA VISITACIÓN ... ..	87
El espíritu de comunicación ... ..	88
La calidad del instrumento ... ..	99
Primacía de la fe ... ..	109
Humildad y docilidad ... ..	127
III. JESÚS EN EL TEMPLO ... ..	147
La conducta de Jesús ... ..	148
Los dos planos existenciales ... ..	156
El cuarto Mandamiento ... ..	164
La vocación al matrimonio y la misión de los padres ... ..	175

## ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
IV. VIDA OCULTA ... ..	193
Vida interior ... ..	193
Espíritu de pobreza ... ..	202
El presentimiento de la Cruz ... ..	212
Visión sobrenatural ... ..	220
Naturalidad y discreción ... ..	229
El valor de las cosas pequeñas ... ..	240
V. CANÁ ... ..	249
La vida de relación ... ..	250
La oración de la Virgen ... ..	261
«Haced lo que El os diga» ... ..	270
VI. MATER DOLOROSA ... ..	283
La Virgen junto a la Cruz ... ..	283
El sacrificio del Hijo ... ..	295
«Ecce filius tuus» ... ..	304
Spes nostra. causa nostrae letitiae ... ..	310

*La Virgen María es la más perfecta criatura salida de las manos de Dios. Es tan buena, tan sencilla, tan delicada, tan prodigiosamente humilde y pura que se la quiere sin querer.*

*Su paso por el mundo apenas fue notado por sus contemporáneos. Tampoco nuestras vidas son nada extraordinario, nada que llame la atención. Pero a los ojos de Dios, la Virgen María fue única y su papel en la creación, irremplazable. Nos la dio el Padre, nos dio al Hijo, se dio al Espíritu Santo. Y alegra el corazón de sus hijos, porque ¡es tan amable y tiene un corazón tan maternal!*

*Nosotros también contamos para Dios, y tenemos nuestro pequeño papel en el universo, y hasta, en cierto sentido, no se nos puede reemplazar: cada uno es único.*

*Y quizá la consideración de nuestra Madre del cielo, de su paso por la tierra, nos pueda ayudar a ser lo que Ella fue: la más generosa colaboradora de Dios que haya habido nunca. Porque nuestra vida, si algún sentido tiene, es con referencia a Dios y le viene dado por ese pequeño papel que hemos de desempeñar en la creación, para el cual hemos sido creados y dotados convenientemente.*

*Poco sabemos, es verdad, de la vida de Nuestra Señora, y realmente no es necesario saber mucho más. Llena de gracia desde el primer instante de su concepción, la vida de la Virgen María es, a la vez, singular y ejemplar. Cierto que no hay otro que Jesucristo; pero, cierto también, jamás ha habido criatura alguna que le haya imitado tan fielmente, que haya reproducido con tanta exactitud la imagen de su Hijo. Y si Dios no quiso entregarnos directamente al Verbo, sino que nos lo dio por medio de la Virgen, ¿no será el mejor camino para la imitación de Cristo el de la imitación de Nuestra Señora?*

## I. LA ANUNCIACION

*Estando ya Isabel en su sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José; y el nombre de la Virgen era María. Y habiendo entrado el ángel adonde Ella estaba, le dijo: Dios te salve, ¡oh llena de gracia!, el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres. Al oír tales palabras la Virgen se turbó, y se puso a considerar qué significaría una tal salutación. Mas el ángel le dijo: ¡Oh María! No temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios; sábetete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor*



*Dios dará el Trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Pero María dijo al ángel: ¿Cómo ha de hacerse esto? Pues yo no conozco varón. El ángel, en respuesta, le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa, el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo, y la que se llamaba estéril hoy cuenta ya el sexto mes: porque para Dios nada es imposible. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el ángel se retiró de su presencia.*

(Lc 1, 26-38.)

### *El hecho y su significación*

La escena no puede ser más sencilla, ni puede contarse con mayor sencillez. Una virgen, María de nombre, estaba en su casa en Nazaret. Era joven, apenas una adolescente —la tradición la supone de catorce o quince años—, y estaba desposada con un varón de la casa de David llamado José.

Y he aquí que, estando quizá en oración, como gustan representarla de ordinario los lienzos y los autores espirituales, de repente se da cuenta de que no está sola. Un ángel ha entrado y la saluda con tales palabras que, por lo inesperadas, desconciertan momentáneamente a la Virgen: la sorprenden desprevenida por completo. La primera acti-

tud ante el saludo del ángel es una reacción puramente natural; María se queda turbada. Pero la turbación no se impone a Ella de una manera total, ni paraliza toda otra actividad; antes se puso a pensar qué podrían significar tales palabras, a cuenta de qué podrían dirigirse a Ella —¡a Ella precisamente!— tales elogios, de boca, además, de un ángel. ¿Qué explicación podría tener aquel suceso?

Es Gabriel, el ángel, quien se apresura a tranquilizarla, desvelando el misterio: va a concebir en su seno, dará a luz un hijo, a quien pondrá por nombre Jesús; este Hijo será grande, se le llamará Hijo del Altísimo y Dios le dará el trono de David, para que reine eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.

La Virgen María, como sucedía a todos los israelitas, era versada en la Escritura. Desde niña había sido instruida en la revelación, según costumbre entre los judíos, y la historia maravillosa de su pueblo —el pueblo elegido— le era conocida, así como su sentido: iba a desembocar en la plenitud de los tiempos, en la venida del Salvador que redimiría a Israel de sus pecados. La noción del Mesías, así como los pasajes de la Escritura que hablaban de Él, las profecías mesiánicas y las locuciones empleadas para designarle, le eran familiares.

Las palabras del ángel le sonaban a profecía, y tuvo conciencia clara, si bien no sólo por las palabras, sino también por su extraordinaria sensibilidad interior para la misteriosa voz de Dios, de que Gabriel le estaba desvelando el designio del

Creador sobre Ella: que fuera Madre del Mesías, del Redentor. Ella iba a ser aquella Virgen de quien habló Isafas (Is 7, 14), aquella Virgen que concebiría y daría a luz un hijo cuyo nombre sería *Emmanuel*, esto es, Dios con nosotros. Pero ¿cómo se iba a hacer aquello?

Esta fue, precisamente, la pregunta que formuló al ángel Gabriel, la única pregunta. El mensaje del enviado está ya comprendido y aparece con toda claridad; no deja lugar a interpretaciones ni se presta a confusión. Pero ella es virgen, y lo que es más, desde niña ofreció a Dios su virginidad, entregándose totalmente a sólo Dios. Si una Virgen ha de concebir, y esa virgen es Ella..., ¿cómo se ha de hacer? «Porque yo no conozco varón.»

No cabe que haya que interpretar la pregunta de María como una oculta y velada, pero firme, declaración de mantener su virginidad incluso a costa de ser Madre del Mesías. Es inconcebible pensar que pusiera algo, siquiera fuese de tan subido valor y tan agradable a Dios como la virginidad, por encima de la voluntad divina, del plan de Dios sobre Ella; hubiera sido poner un valor por encima del valor supremo y hubiera implicado un cierto pecado de soberbia el aferrarse a la voluntad propia frente a la explícita voluntad de Dios. Y esto era imposible, porque estaba llena de gracia.

La afirmación «yo no conozco varón alguno» es un modo de indicar al ángel su entrega a Dios. Si la Virgen había hecho de sí misma una tal entrega no había sido caprichosamente, sino por un impulso del Espíritu Santo, de Dios mismo. Pero ahora Dios, por Gabriel, le decía que iba a conce-

bir y a ser madre. ¿Cómo tendría que hacerse aquello? No le importaba la aparente contradicción entre las dos indicaciones de Dios: sabía que Dios no puede contradecirse; le preocupaba, quizá, el no saber exactamente cuál tenía que ser su papel, lo que Ella debía hacer. Pide sencillamente una aclaración, porque necesitaba, para colaborar plenamente en el plan divino, tener conocimiento claro de su intervención en él, tener delimitada con nitidez su actuación.

Y, de nuevo, el ángel le explica: No será por obra de varón, sino por obra del mismo Dios, pues el Espíritu Santo la cubrirá con su sombra y la fecundará. Por eso su hijo será llamado Hijo de Dios: sería de Dios y de Ella.

No hacía falta más, realmente. Pero era tan grandioso todo, tan inconcebible para cualquier mentalidad humana, tan fuera de todas las leyes naturales y de toda inteligencia, que Gabriel le dio una señal: Isabel, su prima, que era vieja y estéril, había concebido y estaba ya en su sexto mes, «porque para Dios no hay nada imposible». Nada. Ni siquiera el que una virgen, sin dejar de serlo, sea madre; ni siquiera el que Dios sea Padre, Hijo, Esposo.

La respuesta de la Virgen María es inmediata: *Fiat*, hágase. No pide tiempo para pensarlo, no hay en Ella un segundo de duda ni de vacilación. Se enteró en seguida, a medida que Gabriel iba desgranando las palabras de su mensaje, de lo que Dios quería de Ella; hace una pregunta, inteligentísima, para saber exactamente, no ya lo que Dios quiere de Ella, que eso ya lo sabía, sino cómo tie-

ne que hacerlo; y, en cuanto lo sabe, se entrega de lleno a la voluntad de su Creador.

Inmediatamente el Verbo se hizo carne. El Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad, se encarnó en las entrañas virginales de María. Y esto, lo más asombroso y admirable ocurrido en el universo desde que el mundo es mundo, desde la Creación del cosmos de la nada, se hizo con la mayor sencillez, en la más absoluta intimidad, sin espectáculo, sin trastornos ni publicidad, sin que nadie se enterara.

A la vista de aquel suceso singular que tuvo su breve desarrollo en una humilde casita de Nazaret, y fijándonos en el conjunto del hecho, se descubre, lo primero de todo y con referencia a la Virgen María, que aquel hecho tuvo para Ella una importancia decisiva. Hasta entonces su vida transcurrió ignorada, en la oscuridad. Y, de repente, un suceso extraordinario (fuera de lo ordinario) la sitúa a plena luz. Fue el momento culminante de su vida aquel en que una súbita iluminación le hace conocer la razón de su existencia, el porqué de todo.

Con la Anunciación, la Virgen se dio cuenta clara de que iba a ser la Madre de Dios, pero no sólo de eso; las palabras que, de parte del mismo Dios, le dijo el ángel hicieron también que adquiriera conciencia de que Dios la había creado *para* Madre del Mesías, del tan largamente esperado Salvador. Toda su vida, la transcurrida hasta aquel momento y la que desde entonces comenzaba, quedó repentinamente bañada por un torrente de luz. Aquel

maravilloso e inesperado saludo de Gabriel tenía ya, para Ella, sentido; ahora se explicaba por qué estaba llena de gracia, más aún, por qué *era* la llena de gracia, por qué había sido siempre tan sensible a las más leves mociones del Espíritu Santo, el porqué de sus cualidades. Todos los menudos sucesos que constituyen la urdimbre de la existencia, a la vez que la existencia misma en su totalidad, cobraron un relieve desusado, y al conjuro de las palabras del ángel todo tuvo una explicación absoluta, más que metafísica, sobrenatural.

Fue como si, de pronto, se hubiese colocado en el centro del universo, más allá del tiempo y del espacio. Le era conocido, por la Escritura, el plan de Dios: la creación del cosmos, la creación de la vida y la creación del hombre; la caída que destruyó para siempre el equilibrio de la naturaleza humana, la promesa del Redentor que iba a restaurarla respondiendo al plan salvador de Dios... Todo ese universo creado se movía impulsado por fuerzas superiores en un progresivo desarrollo del plan divino. Y con el universo entero, también Ella, atenta a dar gloria a Dios con la alabanza y la pureza de corazón, humilde y escondida, ignorada, como una pequeña pieza anónima e insignificante. Y un día descubrió que era una pieza fundamental, que iba a ser la Virgen que concebiría, la Madre Virgen profetizada desde siglos atrás. Y su Hijo iba a ser Dios.

Su puesto en la Creación fue, desde aquel momento, perfectamente conocido, claro, y desde esa atalaya el sentido de la Historia, ese misterioso

sentido de la pausada e inexorable realización del plan de Dios, comprendido, en cuanto esto es doble a una criatura. Pasado y futuro, en sus más amplias dimensiones, se fundieron en aquel momento único. El sigilo, para Ella, estaba roto: Dios la había hecho participar de su secreto, le había revelado su más caro designio.

En adelante su camino sería muy claro: estaba determinado por la Anunciación. Más aún: estaba ya, todo entero, en germen, en su Maternidad Divina. El futuro no era ya cosa exclusivamente suya: el mismo Dios iba a ir indicándole, a través de mil pequeñas circunstancias, cuál había de ser su actitud en cada momento, su conducta en cada circunstancia. El criterio general acerca de su modo de obrar lo poseía ya enteramente: si el obrar sigue al ser, Ella *era* la llena de gracia, y, tan pronto hubo pronunciado su *fiat*, la Madre del Salvador. Todo lo demás era pura consecuencia.

También se le descubrió el sentido del pasado. Antes de nacer, ya los profetas se habían ocupado de Ella y escrito sobre Ella. Cuando Adán y Eva pecaron y fueron desposeídos de sus dones y arrojados fuera del Paraíso, Ella, la Inmaculada, estuvo presente en la promesa de Dios. En el recuerdo, aquella prodigiosa historia del pueblo de Dios se tornaba transparente. ¡Qué fácil de entender todo ahora! En la cumbre de su camino se extendía, mirando al principio de los tiempos, una complicada trama de sucesos, a menudo desconcertantes: la historia paciente de la gracia de Dios conduciéndolo todo a la plenitud de los tiempos sin tocar la libertad de los hombres. ¡Cuántas cosas

habían tenido que ocurrir —los patriarcas, la cautividad en Egipto, Moisés y los duros años del desierto, la conquista de la tierra prometida, los Jueces y los Reyes, la cautividad en Babilonia, la lucha de los Macabeos...— hasta llegar a la hora de Dios! Todo había concurrido hacia aquel minuto decisivo. Todo el pasado, desde la creación, había tenido alguna relación con Ella; todo el futuro, la historia que transcurría hasta el final de los tiempos, estaría también con Ella relacionada.

No era simple casualidad el que fuera de la estirpe de David y estuviera desposada con un varón también de la casa de David. Tampoco lo era el hecho de que hubiera nacido en Judea, ni que su nacimiento coincidiera con acontecimientos tales como el que una dinastía extranjera detentara el cetro de Judá o se preparara la gran paz octaviana: Dios lo había previsto todo.

De esta forma, la Anunciación fue, para la Virgen María, clave de toda la existencia. Dios, por propia elección y sin contar con Ella, decidió su papel en la creación, y el momento en que Nuestra Señora descubrió su destino fue el de total iluminación. Una iluminación que alcanzaba a la vida toda entera, y con la cual le vino una madurez y una profundidad que la hizo andar por la vida atenta tan sólo a su propio quehacer y sin que las oleadas del mundo, cualesquiera que fuesen las circunstancias, llegaran a influirla en su radical esencia, pues lo que cada persona es le viene dado por el designio de Dios sobre ella.

Nunca hubo monotonía en su vida, porque toda vida se convierte en una gigantesca y apasionante



aventura cuando Dios toma posesión de un alma, cuando ésta accede plenamente a colaborar con Él, aceptando y desempeñando de lleno y sin reservas el papel que su Creador le ha asignado en el universo. Este dejarse invadir por Dios es lo que da a la vida su sentido y lo que la convierte en algo que merece la pena vivir, lo que elimina de raíz toda rutina, lo que da interés y relieve a los mil pequeños sucesos de la cotidiana existencia: «Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día» (J. Escrivá de Balguer, *Conversaciones*, Madrid, 1968, n. 116).

Si queremos explicarnos el conjunto de la Anunciación de una manera asequible, familiar a nuestro lenguaje habitual, podríamos decir que para la Virgen María aquel acontecimiento fue, sencillamente, el descubrimiento de su vocación. En efecto, al preguntarnos por la vocación de Nuestra Señora, la respuesta inmediata es que su vocación fue la de Madre del Salvador. Y esto lo supo por el Mensaje de Gabriel.

Así, la Virgen María irrumpe en la Historia, ante nuestros ojos, repentinamente, como un relámpago, sin que antes se nos prepare el camino con noticias que gradualmente conduzcan al momento cumbre. La primera noticia que de Ella tenemos es precisamente aquella en que nos habla de su vocación, y con ella Nuestra Señora inicia su entrada en el Evangelio. De cuantas cosas importantes pueden acaecer en la vida, la más importante, la que ilumina y explica todas las demás,

es, sin duda, la vocación, esto es, el descubrimiento del sentido de nuestra vida, del objeto de la existencia. De aquí que lo primero que debe examinarse, en orden a un posible esquema que tienda a fijar de una manera precisa y objetiva los hitos de una imitación de Nuestra Señora, es el problema de la vocación.

Habitualmente el término «vocación» suele usarse en un sentido más bien restringido: tener vocación equivale a consagrarse a Dios, bien en el sacerdocio, bien en el estado religioso o de cualquiera otra manera. Así, suele decirse de una persona que no tiene vocación cuando a todas luces es evidente que el matrimonio es el estado indicado para esa persona.

Este concepto limitado de la vocación es lo que da a la palabra una cierta carga de exigencia, de renunciamiento, de cosa definitiva e irrevocable, absoluta, que, por lo menos en un cierto grado, la hace temible. No es difícil, en efecto, observar entre la gente joven, entre muchachos y muchachas de diecisiete a veintidós o veintitrés años, una cierta actitud de reserva ante la posibilidad de la vocación, un estar en guardia, como prestos a defenderse del peligro. Tal actitud se traduce —en aquellos para quienes el vocablo significa algo, naturalmente, o, por lo menos, en muchos de ellos— en una cuidadosa atención por no traspasar ciertos límites en las relaciones con Dios, no vaya a ser que pida demasiado... o que lo pida todo. De esta manera, una cierta insinceridad, una íntima y sutil falsedad, a menudo inconsciente, empaña sus vidas y constituye un potente freno que con dema-

siada frecuencia impide la plenitud de su condición de cristianos.

En cierto sentido, esta celosa guarda de la propia independencia, este instintivo miedo a entregarse, a tener vocación (en el sentido apuntado), es explicable, dada la contextura de la humana naturaleza. Pero si a la palabra «vocación» se le da un más amplio alcance, entonces lo absurdo e irracional de tal actitud se hace patente. Mediante una atenta consideración de los versículos del Evangelio de San Lucas transcritos al principio, se hace posible, en efecto, una visión más total de la vocación, más comprensiva de toda clase de caminos, visión que permite establecer sus elementos integrantes y, por tanto, deducir enseñanzas de carácter práctico y vital.

Por de pronto, no parece excesivamente arriesgado el admitir la Anunciación, la vocación de Nuestra Señora, como arquetipo, como ejemplar del hecho de la vocación. Por una parte, la Virgen María es una criatura; por otra, la más perfecta criatura salida de la mano de Dios. Su proximidad a la Trinidad —Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo— la sitúa en un plano excepcionalmente elevado, muy cerca de la fuente de toda gracia, allí donde las cosas se manifiestan con mayor pureza, esto es, con la menor cantidad posible de influencias terrenas que enmascaran o ensombrecen el hecho sobrenatural. La vocación, pues, se nos aparece en María en un estado puro, diáfano, sin mezcla de impurezas, sin cortinas de humo que den lugar a imprecisiones o a confusión.

Un análisis de la Anunciación nos abre perspectivas de una gran amplitud y de consecuencias enormes. Fácilmente puede observarse la existencia de tres momentos diferentes. Hay, por de pronto, al principio, un anuncio, un dar noticia de qué es lo que Dios quiere de Ella, de cuál es su misión en la vida, lo que pudiera llamarse designación de su puesto en la creación. Hay, luego, una captación por parte de la Virgen de la voluntad de Dios, un tomar conciencia del lugar que le ha sido designado en el mundo, un a modo de participación del conocimiento que Dios tiene acerca de la misión que le corresponde. Y, por último, una respuesta a la proposición que, implícitamente, lleva consigo la anunciación, respuesta que en Nuestra Señora fue de plena, inmediata y absoluta aceptación.

Toda vocación tiene estas tres frases: anunciación del designio de Dios, conocimiento de esa voluntad divina, y respuesta (aceptación o no aceptación). Son tres elementos que, por igual, integran un hecho único; y no parece prudente para una completa comprensión de este hecho hacer recaer el acento en el último de ellos, en la respuesta: se responde a algo, a una proposición o a una invitación, que es previa y que ya se conoce.

### *El designio de Dios*

Porque anterior a la anunciación es el designio. Antes de que a alguien se le comunique algo, antes de que se vea una cosa, esta cosa existe. Al expo-

ner el ángel Gabriel a la Virgen María el plan divino, lo que Dios ha preparado para Ella, no habla en condicional, sino —y valga la expresión— tajantemente: «*Has hallado gracia a los ojos de Dios... Has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús...*» No pide parecer: anuncia hechos próximos a cumplirse. Independientemente de su voluntad, y sin que María sepa nada, Dios ha decidido sobre Ella. Es la Trinidad quien le ha trazado el porvenir y quien la ha dotado abundantemente para que lo lleve a cabo. El ángel es, simplemente, un enviado, el medio de que Dios se vale para hacerle llegar su decisión.

Nadie es una excepción en este punto, y es fácil comprenderlo así a poco que se reflexione sobrenaturalmente.

Dios es infinitamente sabio: todo lo ve con anticipación, todo lo sabe, no hay nada que escape a su previsión. Todo cuanto sucede es sabido, antes de que suceda, por Dios, que lo quiere o lo permite así. Quiere todo lo que es bueno, lo que está ordenado; no quiere el mal, el pecado, el desorden, pero ha hecho al hombre inteligente y libre —a su imagen y semejanza— y permite que el hombre use mal de su libertad antes que arrebatarse esa libertad que le ha dado. Pero Dios es infinitamente inteligente, lo cual supone que en todo se propone una finalidad. Si una cosa, un acontecimiento, por pequeño que sea, Dios lo quiere —si es bueno— o lo permite —si no lo es—, es por algo y para algo. Y como es infinitamente bueno, ese fin que se propone es un fin bueno: su gloria, con

la que guarda relación todo el universo y cada uno de nosotros.

La previsión de Dios, su intervención en la naturaleza y en la vida, en las cosas y en los hombres, en los acontecimientos y las acciones, es absoluta, total... «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados» (Mt 10, 30); es evidente que si Dios se cuida de cosas tan sin importancia como es el número de los cabellos, tanto más en cuenta tendrá cosas de mayor trascendencia.

Hay, pues, dos palabras que carecen de sentido profundo: azar y casualidad. Son admisibles en cuanto locuciones para expresar relaciones que nos son de momento desconocidas, mas es imposible darlas un valor real en cuanto sabemos que, en último término, es Dios quien va disponiendo los acontecimientos, incluso los más pequeños, anodinos y al parecer insignificantes.

Nadie ha nacido por casualidad; y nadie, tampoco, ha sido consultado para venir al mundo. El ser y la existencia de cada persona es algo de valor extraordinario, algo muy importante, tan importante que guarda relación con la Sangre de Cristo, pues toda alma, al nacer la persona, ha sido ya redimida. Todo nacimiento es siempre resultado de un proceso muy largo, minuciosa y pacientemente desarrollado. Una cantidad impresionante de circunstancias ha ido convergiendo, a lo largo de los siglos, en el minuto preciso en el que un nuevo ser singular, único, hace su entrada en el mundo.

Pero si no hay casualidad en la existencia de nadie, tampoco la hay en su ser peculiar. Hay tam-

bién una razón en el hecho de que cada uno tenga un temperamento, unas cualidades, un determinado grado de inteligencia, de sensibilidad, hasta unas facciones. Por debajo de todas las circunstancias que expliquen inmediatamente los diferentes caracteres en un momento determinado de la vida —educación, ambiente, amistades, influencias, lecturas...—, subsiste en su más profunda raíz esa ordenación que da unidad al cosmos ligando la variedad inmensa de criaturas distintas. Dios no mantiene, conservándolo y recreándolo, nada inútil sobre la tierra. Todo tiene su razón de ser y de existir, y, de acuerdo con el fin que debe cumplir en el universo, cada criatura ha sido convenientemente dotada.

Esto es lo que se aprecia con toda claridad en la más perfecta de las criaturas. La razón de ser y existir de la Virgen María estuvo en su Maternidad. Las cualidades con que Dios la dotó se explican y justifican en función de Cristo: porque iba a ser su Madre. Y por la misma razón suspendió Dios por un momento ese yugo que pesa sobre todo nacido desde el pecado de Adán, para que ni siquiera el pecado de origen le rozara con su humillante marca.

No resulta, ciertamente, difícil admitir y comprender el plan de Dios sobre determinadas criaturas. No nos extraña, antes nos parece totalmente lógico y razonable, que Dios dotara tan abundantemente a San Pablo. ¿Cómo no, si le había creado para ser el Apóstol de las Gentes, una de las columnas de la Iglesia? Lo que sí sería, en cambio, inconcebible es pensar que, mientras el Creador

está absorto trazando el camino de un gran santo, modelando su alma, asignándole una misión, preparando a lo largo de su camino gracias suficientes con creces para llevarla a cabo, descuidara a otras almas que vendrían al mundo sin un quehacer preciso, sin un camino señalado, sin un puesto concreto en la creación, sin un papel definido. Entonces sí podría hablarse con toda precisión de unas existencias entregadas al azar, sin rumbo y sin norma: Dios no habría previsto nada sobre ellas. Tal posibilidad es absurda.

Dios no consulta a nadie para darle el ser. Es Él quien piensa en nosotros antes de nacer, quien nos dota de unas cualidades, quien nos da un determinado grado de inteligencia; es Él quien elige a nuestros padres y el lugar y minuto en que hemos de nacer, quien nos traza un camino, quien nos asigna un quehacer en el universo; es Dios mismo quien ha previsto y dispuesto cuidadosamente una inmensa cantidad de pequeños sucesos a lo largo de los años de nuestra vida para irnos conduciendo con ayuda de nosotros mismos hacia la meta asignada.

La apreciación cristiana de la vida y de la Historia es la que, en último extremo, conduce a una explicación, a una comprensión de ambas. En el vocabulario de quien cree en Cristo Jesús y en sus palabras, el término «destino» no tiene nunca el valor de fuerza superior que reviste en quienes necesitan creer en él porque, al no creer en Dios y en su acción personal, de alguna manera deben explicar las grandes y profundas incógnitas del vivir humano. Lo que un positivista o un indife-



rente llama destino, ese conjunto de acontecimientos que suceden a una persona independientemente de su intervención, de una manera precisa y casi diríamos fatal, un cristiano sabe que no es una fuerza ciega, desconocida y terrible, sino la acción de Dios en el mundo.

Donde la equivalencia de destino y designio de Dios se muestra patente es en la experiencia vital, cuando la inteligencia llega sin apasionamientos ni sofismas, sin prejuicios, al análisis profundo de la más íntima raíz del acontecer. Ilustra, sobre todo, este punto la minuciosa investigación que una de las más claras inteligencias filosóficas de la España de hoy hizo de su propia experiencia, hasta tal extremo intensa que señaló el comienzo de una radical transformación en su vida. Se trata de las reflexiones que en el más estricto plano especulativo se hizo a sí mismo el que fue catedrático de Ética y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, Manuel García Morente, acerca del encadenamiento de ciertos hechos. Según él mismo narra en un extenso documento de gran valor humano, una serie de circunstancias estaban pesando decisivamente en su vida desde los comienzos de la guerra española de 1936:

«Desde que empezó la guerra —escribe— yo no había intervenido poco ni mucho en mi propia vida, en la contextura real de los hechos de mi propia existencia. Mi vida, los hechos de mi vida, se habían hecho sin mí, sin mi intervención. En cierto sentido cabía decir que yo los había presenciado, pero de ningún modo causado. ¿Quién, pues, o qué o cuál

era la causa de esa vida, que, siendo mía, no era mía? Porque lo curioso y extraño es que todos esos acontecimientos eran hechos de mi vida, esto es, míos; pero, por otra parte, no habían sido causados, ni provocados, ni siquiera sospechados por mí; esto es, no eran míos. Había aquí una contradicción evidente. Por un lado, mi vida me pertenece, puesto que constituye el contenido real histórico de mi ser en el tiempo. Pero, por otro lado, esa vida no me pertenece, no es, estrictamente hablando, mía, puesto que su contenido viene en cada caso producido y causado por algo ajeno a mi voluntad. No encontraba yo a esta antinomia más que una solución: algo o alguien distinto de mí hace mi vida y me la *entrega*, me la atribuye, la adscribe a mi ser individual. El que algo o alguien distinto de mí haga mi vida explica suficientemente el por qué mi vida, en cierto sentido, no es mía. Pero el que esa vida, hecha por otro, me sea como regalada o atribuida a mí, explica en cierto sentido el que yo la considere como mía. Sólo así cabía deshacer la contradicción u oposición entre esa vida no mía, porque otro la hizo, y, sin embargo, mía, porque yo solo la vivo.» «Esta vida mía, que yo no hago, sino que recibo, se compone de hechos *plenos de sentido*.»

(Cfr. IRIARTE: *García Morente, sacerdote*, págs. 70 y siguientes.)

Ciertamente, la respuesta del hombre ante cada uno de esos hechos plenos de sentido de que habla García Morente es necesaria, pero el designio de Dios es lo primero, el plan divino sobre cada uno de nosotros va por delante. Y esta fase previa a la Anunciación (la elección y creación de Nuestra Señora para que fuera la Madre de Jesucristo) es, si la consideramos atentamente, de grandes consecuencias: la vocación no se elige, sino que la

vocación se nos da, y el hombre la recibe, en todo caso. La vocación es el designio de Dios sobre cada criatura, la misteriosa elección que Dios hace de nosotros para ocupar un puesto preciso en la creación, siempre en función del plan divino. No importa que este papel sea grande o pequeño, glorioso o humilde, oscuro o lúcido; lo que realmente importa es el que *sea*. Porque esta predestinación y elección divina es la clave de toda existencia. «La vocación divina nos da una misión, nos invita a participar en la tarea única de la Iglesia, para ser así testimonio de Cristo ante nuestros iguales los hombres y llevar todas las cosas hacia Dios. La vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una profundidad que no sospechábamos. Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos a dónde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, Madrid, 1973, n. 45).

Una interpretación demasiado simplista —acaso, también demasiado cómoda— de la *elección* ha convertido el problema de la vocación en un problema puramente personal, casi subjetivo.

El hombre —se suele pensar— que se encuentra ante dos caminos, el matrimonio o la entrega absoluta a Dios, si es generoso opta por entregarse; si no lo es, por el matrimonio. Por donde la vocación se resuelve en generosidad, lo cual la hace

depender de cada uno, cosa que evidentemente es errónea, pues «no todos son capaces de esto, sino aquellos a quienes ha sido concedido» (Mt 19, 11). La vocación, el designio de Dios, en tal caso (es decir, si fuera reducible a generosidad), no sería jamás perentoria, carecería de fuerza; y entonces lo más importante de la existencia (la razón de la singularidad y de la personalidad), lo que es origen del ser concreto de cada uno, pasaría a ser algo puramente accidental. Habría además que negar al matrimonio —un estado y un sacramento— el valor de camino positivo que Dios quiere y conduce a Él, pues quedaría reducido a una especie de condición para los no generosos, convirtiéndose en algo así como una marca pública de mediocridad.

Todos nacemos con una vocación, si bien no todos con la misma. Existe, desde luego, una vocación natural y genérica al matrimonio en toda persona físicamente normal: por eso Dios crea hombres y mujeres y existe la atracción de los sexos. Pero a determinadas personas Dios les asigna un quehacer que exige la renuncia a esa vocación natural por otra más alta: Dios les necesita libres de preocupaciones. Más que imponerles, entonces, una pesada carga (la entrega total de todo), lo que hace Dios es liberarles de ataduras, por muy nobles y legítimas que sean.

La convicción en este punto es de capital importancia. Sólo la conciencia clara de un objetivo trascendente puede dar unidad y dirección al vivir en el inexorable transcurso del tiempo, a través de mil vicisitudes: porque sólo alcanzaremos a ver

que estas vicisitudes tienen un pleno sentido si previamente conocemos el objeto en función del cual se producen. Ese acto de Dios sobre nosotros, superior y anterior a la Historia, es la raíz última que todo lo explica.

### *El mensaje*

Dios es el Señor, el Omnipotente. Todas las criaturas son suyas. Pero Dios no es un ser caprichoso, y el orden, la medida, la proporción, se mantienen en toda su obra. La Virgen María estuvo en la mente divina desde la eternidad, y desde la eternidad también, *ab aeterno*, Dios había fijado el minuto exacto en que el Verbo había de encarnarse en las purísimas entrañas de una mujer. Ambas decisiones estaban íntimamente relacionadas: la Anunciación, estrechamente ligada a la Encarnación y dependiendo de ella. Y la Encarnación del Hijo de Dios es el hecho más extraordinario de la creación y de la Historia.

También Dios mantuvo aquí el sentido de la proporción. Envío a un mensajero excepcional, al Arcángel Gabriel, que asistía al trono de Dios (Lc 1, 19); pero también Nuestra Señora era una criatura excepcional —la única que estuvo libre del pecado de origen—, y, sobre todo, lo era asimismo el mensaje.

El saludo es ya de por sí un avance de lo que va a venir tras él. Tiene importancia no perder de vista que Gabriel es tan sólo un emisario, un enviado; por sí mismo no tiene nada que comunicar,

y su simple presencia en la casa de Nazaret es ya, ella misma, un resultado. Gabriel no es más que un instrumento, excelente, cierto, pero al mismo tiempo insignificante en el sentido de que por él mismo no significa nada, sino solamente en función de Aquel de quien era enviado. Todo su valor en aquel momento radicaba en ser un mensajero de Dios. Su saludo, por tanto, forma ya parte del mensaje, es el comienzo de lo que tiene que decir, y su objeto es preparar de algún modo —el más conveniente y apropiado— el ánimo de María para la gran revelación inmediata. Más aún: el saludo constituye ya una revelación. Gabriel le hace saber que está llena de gracia, que el Señor está con Ella, que es bendita entre todas las mujeres. Con ello comienza a descorrer el velo, a darle conocimiento de lo que Dios le ha dado.

Tras el *ne timeas* tranquilizador viene la parte fundamental del mensaje: lo que Dios ha decidido sobre Ella. Lo que el ángel dice es, ciertamente, asombroso, pero claro y diáfano. Es notable su primera afirmación: «Has hallado gracia delante de Dios.» Toda vocación, toda existencia, es por sí misma una gran gracia que encierra en sí otras muchas. Una gracia, esto es, un don, algo que se nos da, que se nos regala sin derecho alguno por nuestra parte, sin mérito propio que lo motive y —menos aún— justifique. No es preciso que la vocación, el llamamiento a cumplir el designio de Dios, la misión asignada, sea grande o brillante: basta que Dios haya querido utilizarnos, servirse de nosotros, basta el hecho de que confíe en nuestra colaboración. Es esto ya, en sí mismo, tan

revelación, no del hecho —que de éste podía cerciorarse en cualquier momento—, sino del profundo y secreto vínculo que ligaba lo acaecido a Isabel con lo que a Ella se refería. Bastó que el ángel la mencionara en aquel momento para que la inteligencia de María captara la relación entre ambos hechos: lo que a Ella atañía quedaba de esta manera enriquecido en el sentido de que la previsión de Dios iba actuando en otras personas para preparar el campo e ir completando las circunstancias en que el anuncio del ángel se iba a realizar.

La frase final, «porque para Dios no hay nada imposible», aparece en el texto ligada a la alusión que hace de la milagrosa fecundidad de la estéril Isabel. Tanto puede ser una aclaración de la benevolencia que Dios ha usado con ella como una auténtica declaración del poder de Dios en relación con el maravilloso camino que el Padre ha escogido para darnos al Hijo. Realmente, era tan grande, tan inaudito, lo que Gabriel acababa de anunciar a Nuestra Señora, tan fuera de todas las leyes de la naturaleza y hasta de toda humana inteligencia, que más que un llamamiento a la fe de María parece como una alabanza, como un reconocimiento extático, por parte del Arcángel, del poder de Dios.

Con ello todo queda ya completo. Nada queda por decir, y la Virgen María ha sido testigo de cómo Dios ha procurado que su voluntad acerca de Ella quede patente.

Dios tiene siempre alguna voluntad acerca de sus criaturas. Y ese mensaje de Dios es, en ellas,

algo objetivo, que existe en todo hombre. El caso de la Virgen fue singular; no es corriente que Dios envíe tales emisarios a los hombres porque tampoco son corrientes vocaciones, destinos tan decisivos y altos como el de la Virgen María. Pero sí es cierto que Dios, en un momento u otro de nuestra existencia, nos hace llegar su voz, no de una manera física, de modo que sea percibida por los sentidos corporales, sino de mil otras maneras.

Si todas las criaturas son de Dios, Él puede servirse de ellas para hablarnos. Existe una decisión de Dios sobre nosotros, a la cual debemos la existencia y nuestro ser peculiar. Dios tiene que comunicarnos de algún modo nuestra misión en la vida, lo que quiere y espera de nosotros, el camino que a cada uno ha señalado para llegar a Él. Lógicamente tiene que haber en nuestra vida una *revelación*, un momento en que se haga presente a cada uno la voluntad de Dios sobre él. Pero nadie puede esperar la aparición de un ángel, ni puede tampoco exigir un medio extraordinario que dé, por sí mismo, una evidencia en la objetividad del mensaje. La voluntad de Dios se nos muestra a través de las criaturas: puede ser un suceso que impresione, puede ser la conversación de un amigo, una frase, el ejemplo de una determinada persona. Con frecuencia no es una revelación súbita, sino una pequeña luz que poco a poco va creciendo e imponiéndose a mil oscuridades que nos parecían luces.

No es necesario —ni suele tener lugar— especial comunicación para lo que es el camino más común. Siempre existe, en principio —ya se apuntó



antes—, la vocación al matrimonio. Es, podemos decir, el llamamiento general de la naturaleza, la vocación natural en la que permanecen la mayor parte de los hombres, si bien para adaptarla al plan de Dios y darle valor es necesario elevarla al plano sobrenatural. El hecho de que exista una natural inclinación —un natural llamamiento— hacia este camino hace innecesario un llamamiento ulterior. Por el contrario, para las vocaciones específicas que exigen un renunciamiento, para aquellos caminos en cuya base está el sacrificio de posibilidades nobles y legítimas, Dios suele proveer de manera que sus designios sean descubiertos en un momento u otro de la vida —en el momento oportuno—, con la suficiente claridad.

Los medios de que Dios suele valerse son variadísimos, y sería temerario —además, problemamente, de inútil— intentar no ya una indicación, sino una simple enumeración. De todas maneras, quizá no esté de más observar que toda vocación implica un llamamiento por parte de Dios para orientar la vida en determinado sentido, un llamamiento a servirle de un modo concreto. Pero este llamamiento, este mensaje por el que Dios nos hace conocer su designio sobre nosotros, nuestro camino y el lugar que debemos ocupar en la creación, tiene que ser objetivo; es algo que no es nuestro ni depende de nosotros, algo independiente de la propia voluntad, algo que es del todo distinto de sentimientos subjetivos y de gustos, caprichos o meras inclinaciones naturales.

Esta nota de objetividad, de extrañeza al sujeto, es lo que con más claridad y precisión se percibe

en el Evangelio. El Señor pasa junto a la mesa de las alcabalas y dice a Mateo: «Sígueme» (Mt 9, 9); es Él quien elige a los primeros doce, llamándoles inconfundiblemente por sus nombres. Y al principio, antes de la definitiva elección, San Juan nos cuenta en los primeros capítulos de su Evangelio cómo los discípulos actúan como auténticos mensajeros, trayendo a otros y llevándoles al Señor. «Dios nos saca de las tinieblas de nuestra ignorancia, de nuestro caminar incierto entre las incidencias de la historia, y nos llama con voz fuerte, como un día lo hizo con Pedro y con Andrés: *Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum* (Mt 4, 19), seguidme y yo os haré pescadores de hombres, cualquiera que sea el puesto que en el mundo ocupemos» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 45).

La proporción y adecuación del mensaje a la persona, la del medio utilizado por Dios se sigue manteniendo en cada caso. No hay, en este punto, uniformidad, como no la hay en la creación. Dios no se repite y cada criatura es única. Si el mensaje a María se realizó por la embajada de un Arcángel, atendida la dignidad de la persona y la magnitud del misterio que iba a comunicar, de igual manera el Señor se dirige a cada uno. El procedimiento varía, porque Dios tiene en cuenta muchas más circunstancias de las que nosotros tomamos en consideración en cualquier asunto importante. El temperamento individual, las circunstancias personales, mil pequeños factores hacen que ese momento decisivo de la vida en cada hombre, siendo fundamentalmente el mismo, adopte

muy distintas formas. El ser de temperamento apático requiere un camino que difiere del que debe seguirse para llegar a quien posea una naturaleza voluntariosa. A unos puede ser una gran desgracia lo que les abra los ojos —y la expresión aquí es exacta, pues les hace ver lo que antes, aun existiendo, no se percibía— a una realidad trascendente. Otros necesitan precisamente lo contrario: ausencia de todo lo que influya sensiblemente y provoque estados de ánimo, porque requieren un mensaje más cerebral, más frío y objetivo. En términos generales, es desde luego preferible: la vocación no debe confundirse nunca con la afición o la emoción, y cuanto más claramente desprovisto de elementos ajenos a su propia esencia se presente el llamamiento, tanto mayor garantía de autenticidad ofrece.

Pero el mensaje, además de existir en cada hombre, ser adecuado y objetivo, extrínseco al hombre mismo, es además inteligible. Por de pronto, y también esto aparece con claridad en la Anunciación, no hay, salvo el medio utilizado para la comunicación (el Arcángel, por las razones ya dichas), elemento alguno extraordinario. A Nuestra Señora se la enteró del designio que Dios tenía sobre Ella en su propio ambiente, en circunstancias normales, en su vida ordinaria, un día cualquiera. Dios, que es el Señor, no necesita —ni suele gustar— del aparato; parece como si esa simplicidad única de su ser imprimiera su carácter a las obras de Dios. Él no necesita aprovechar el momento psicológico, antes al contrario: es precisamente en plena normalidad, en la vida ordi-

naria (que no debe confundirse con el habitual modo superficial de vivir de muchos), donde mejor se comunica el mensaje, cuando todas las facultades del hombre están en el estado de lucidez y rendimiento ordinarios, pues sólo entonces puede captar los elementos ajenos a ese estado, lo que le viene dado de fuera de él y que, por tanto, altera en cierta medida esa normalidad. El propio ambiente, la vida ordinaria, las circunstancias normales constituyen el marco donde más generalmente (las excepciones son, también aquí, muy raras) Dios da testimonio de su voluntad acerca del desarrollo y orientación que quiere demos a nuestras vidas. «Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 46).

El mensaje es siempre perfectamente inteligible. La adaptación, aquí, se hace quizá más patente que en ningún otro aspecto de la cuestión. A la Virgen María se le anunció el misterio de forma inequívoca, valiéndose el Arcángel de expresiones tomadas de la Escritura, cuya referencia al Mesías era bien conocida para María, versada y conocedora de la revelación. No hubo nada confuso. Es inteligible el mensaje independientemente de nuestra voluntad de reconocerlo. Luego se verá la capacidad que se requiere en el sujeto para percibir la voz de Dios, pero la comunicación es siempre lo suficientemente clara para ser absolutamente comprendida. No sería digno de Dios querer algo de alguien y forzarle a que no lo cumpliera por mostrar su voluntad de una manera tal que fuera

prácticamente imposible el reconocerla, el entenderla.

Sólo aquellos que no son abiertos a la comunicación, los que están tan llenos de sí mismos que son incapaces de llenarse de algo más o los que están tan llenos de ruido que no pueden percibir otras voces más tenues y más profundas, son los que no distinguen. Pero esto en nada afecta a la existencia del mensaje.

### *La recepción del mensaje*

El segundo momento de la Anunciación es la recepción, por parte de Nuestra Señora, del mensaje de Gabriel. Las primeras palabras del Arcángel, la salutación, provocan en Ella una impresión de sorpresa que la deja turbada. Todo acontecimiento no previsto y que afecta de una manera directa determina siempre un cierto momento de encogimiento, de suspensión, hasta que la inteligencia se sobrepone y piensa. La Virgen se turbó «y se puso a considerar qué significaría una tal salutación» (Lc 1, 29).

Este recoger la mente de la Virgen María las palabras de Gabriel para desentrañar su sentido, su razón de ser, muestran el momento inicial del contacto de la Virgen con el mensaje. Debió de tener de alguna manera —bien por la claridad de sus facultades intelectuales, no taradas por el pecado de origen, bien por una especial gracia actual, ya simplemente por la presencia física del Arcángel— conciencia clara de un suceso extraordinario. Ta-

les palabras, pronunciadas por otra persona —una persona corriente—, en otras circunstancias, en tono ligero, aun siendo las mismas, no hubieran provocado quizá turbación ni hubieran merecido atención particular. Esas mismas palabras, dichas a persona distinta, para la que no estaban destinadas, no hubieran tenido, tampoco, efecto alguno.

Fue todo ello: que el instrumento de que Dios se valió fuera un ángel, que la persona a quien iban dirigidas fuera la Virgen María, la misma sencillez con que fueron pronunciadas, con ausencia de testigos y de todo aparato. Para una mujer que no hubiera sido, precisamente, la «llena de gracia», la «bendita entre las mujeres», aquella salutación hubiera, acaso, envanecido, pero no turbado. Algo debió haber en la interioridad de la Señora que le hizo percibir, a un tiempo, que aquel saludo era, justamente, para Ella y que algo desusado iba a ocurrir en su vida. Era un suceso único, jamás experimentado, y todo su ser se conmovió en aquellos rápidos segundos —¡tan lentos!— de breve expectación ante el presentimiento de un algo que todavía intentaba averiguar, pero que ya se cernía como una aurora despuntando sobre Ella.

La captación inicial, todavía no del mensaje definitivo, sino de ese saludo de Dios, preliminar siempre a la revelación decisiva, suele ir acompañada de ordinario de un oscuro y vago temor. Hay en la humana naturaleza una como resistencia a todo lo que sea total, a toda ida sin regreso. La prudencia de la carne, de que nos habla San Pablo, en contraposición a la prudencia del espíritu

(Rom 8, 6), está profundamente arraigada en nuestro ser y se hace presente, incluso con astucia y fuerza, en los momentos culminantes de la existencia, cuando se plantean problemas que exigen actitudes irrevocables. Normalmente esta prudencia de la carne es uno de los más fuertes aliados con que cuenta el espíritu de las tinieblas, aquel cuyo odio a Dios tiende a hacer de los hombres unos rebeldes a los designios divinos.

Ese temor natural ante lo definitivo, ante el contacto personal con lo trascendente que se impone o llama con persistente claridad, puede observarse incluso en las más poderosas personalidades y siempre tiene lugar en el momento preciso de captar el mensaje, siquiera sea en la fase preliminar. La reacción de Jonás ante el llamamiento de Dios es impresionante en este sentido: huye materialmente de Dios, quiere marchar lejos, donde no le oiga, olvidar, desentenderse (Jon 1, 1-12). Isaías se estremece cuando, en el momento inicial de su vocación, entra en contacto con Dios (Is 6, 5); Jeremías, ante el llamamiento directo de Dios, se excusa (Ier 1, 6); San Pablo quedó cegado: el mismo Jesús le redujo por la fuerza (Act 9, 3-4).

Pero el *ne timeas* de Gabriel a María debe interpretarse como provocado por la turbación, de ninguna manera por el miedo o el temor, pues ninguna de ambas reacciones ante lo divino podían darse en quien estaba llena de gracia. Un sentimiento natural de íntimo desasosiego ante un acontecimiento que excede el ámbito de lo puramente hu-

mano debió de unirse, en la Virgen, a otro de estilo diferente, pero de fuerza inmensamente mayor por cuanto era menos instintivo. Por haber sido concebida sin mancha original, la inteligencia de Nuestra Señora era excepcionalmente clara y, por serlo, su noción de criatura, de ser creado de la nada, muy precisa. Ciertamente el saludo angélico, tan colmado de elogios en su brevedad, le produjo una impresión de extrañeza que la turbó; algo parecido a la sensación que recibe quien tiene conciencia clara de la desproporción real y evidente entre lo poco que realmente es y vale y los elogios que de él dicen o piensan. En el caso de María, el conocimiento profundo de su condición de criatura, de *ancilla Domini*, la intuición de ese abismo infinito que mediaba entre Ella y Dios, fue la razón por la que el saludo del ángel —la revelación de que Dios había salvado ese abismo yendo hacia Ella, o, mejor, atrayéndola a Sí— la turbó: el Señor estaba con Ella. Siempre había pensado en su bajeza —ésta es la palabra mencionada en el *Magnificat*— y Gabriel la saludaba como llena de gracia; y la que se creía la última y más insignificante de las criaturas se oía llamar por un Arcángel bendita entre las mujeres... ¡y era apenas una niña de quince años!

No fue temor ante lo que se avecinara o Dios pudiera pedirle. Fue más bien —y el término es empleado por San Bernardo— rubor: una niña de quince años, inocente y pura, sencilla, delicada, humilde hasta ser ignorada de sí misma, que repentinamente se ve de tal modo ensalzada; que percibiendo desde siempre la inmensa grandeza



de su Creador y su profunda nada, de pronto escucha tan al parecer desproporcionadas alabanzas... No puede extrañarnos. María no era divina, sino una criatura, apenas mujer, humana toda Ella, y para todo ser humano el contacto con lo sobrenatural es siempre impresionante, sobre todo si, como sucedió a la Santísima Virgen, no hay velo que de alguna manera aminore el choque. ¡Y es tan bonito, revela tanta delicadeza y tan exquisita sensibilidad el detalle, a la vez tan humano, de ese rubor y turbación!

No hubo mucho tiempo para que pensara lo que podría significar el saludo de Gabriel. El Arcángel, en cuanto reparó en la turbación de la Señora, la tranquiliza y comienza a descubrirle el misterio. La captación por parte de la Virgen María de cuanto el ángel iba diciendo fue inmediata; pero es muy posible que tal mensaje fuera, para otra persona, ininteligible, pues eran necesarias algunas condiciones que sólo María reunía por completo.

En primer lugar, lo que podríamos designar con la expresión *visión sobrenatural*. En efecto, se trataba de captar no el simple sentido gramatical de las palabras, sino lo que en ellas quería precisamente significarse. No era suficiente conocer las Escrituras, sino saber además que en ellas Dios había revelado una serie de verdades no asequibles al hombre por el simple discurso natural. Era necesario conocer la promesa de redención por un Salvador de quien habían escrito los Profetas, saber el alcance de las expresiones por ellos utilizadas, percibir lo que tras de ellas se escondía. Las profecías, la Escritura, son como el puen-

te entre la realidad última y nosotros; se precisa el conocimiento de la existencia de esa realidad para no limitarnos a quedarnos simplemente en el camino, sin la meta ulterior. Quizá un breve, pero significativo, comentario del Evangelio aclare un tanto el sentido de cuanto aquí quiere expresarse. Cuando el Señor, por segunda vez, anuncia a sus discípulos la Pasión futura que le aguarda diciendo claramente: «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y le darán muerte, y después de muerto resucitará al tercer día», los discípulos —añade San Marcos (Mc 9, 31)— *«no entendían estas palabras»*. Es muy probable que, asimismo, persona distinta de María no hubiera captado tan sencillamente (o quizá de ninguna manera) en toda su dimensión lo que en el mensaje se le decía. Su delicada sensibilidad interior, su profundo sentido de lo sobrenatural, ese moverse habitualmente —no se olvide su concepción inmaculada— en contacto íntimo con todo lo que era divino, el «adivinar» en cuanto la sucedía la voluntad de Dios, su fina intuición para captar los más leves impulsos de la gracia, hicieron que las palabras del ángel encontraran, a medida que eran pronunciadas, una total e inmediata comprensión en María.

Por otra parte, sólo un corazón tan puro y desasido como el de Nuestra Señora tenía capacidad para dejarse penetrar plenamente por el mensaje. Es difícil expresar en la brevedad de un epígrafe lo que esta disposición de ánimo es en sí misma. La palabra «sinceridad» no es lo suficientemente fuerte, dado el contenido que en el lenguaje ordi-

nario se le asigna; *pureza de corazón* no lo significa tampoco; quizá *desprendimiento*... Una persona que tenga imaginación, que sea capaz de soñar, y que sueñe; que haya elaborado proyectos para el futuro, que haya trazado sus planes o que acaricie ilusiones, que haya planeado un porvenir; una persona que se deje llevar por gustos, aficiones o impulsos agradables o nobles, pero sólo humanos, que se deje penetrar por las criaturas hasta el ápice del alma, será, por cierto, difícil que mantenga la inteligencia tan virgen que pueda reconocer sin más esa revelación de Dios acerca de su futuro. Es, sin duda, condición indispensable el mantener el corazón despegado de todo lo que no sea Dios, es decir, vivir aquel sobrio y profundo principio de San Francisco de Sales: «No desear nada, no rehusar nada.» También respecto a este punto hay en el Evangelio un pasaje revelador y de grandes consecuencias: «Quien quisiere hacer la voluntad de éste (*de Dios*), conocerá si mi doctrina es de Dios o si yo hablo de mi cuenta» (Ioh 7, 17). Sólo aquel que *quiere* hacer la voluntad de Dios *conoce* si el mensaje que recibe es de Dios o no. El conocimiento, pues, en este terreno es un resultado de la disposición. Nuestra Señora se había movido siempre en un plano eminentemente sobrenatural: sólo Ella pudo con tanta facilidad *conocer* rápida y plenamente el designio de Dios contenido en el mensaje, porque sólo Ella estuvo desde su concepción a la completa disposición del Señor, sin más querer que lo que Dios quería.

La Virgen María supo lo que Dios quería de Ella y cómo tenía que hacerse. La pregunta que hizo y

la pronta y concluyente respuesta de Gabriel nos demuestran a nosotros que Dios todo lo había previsto, que Él ya contaba con su resolución de entrega total y perpetua. Y Ella vio con toda claridad cómo iba a cumplirse la profecía de Isaías: «He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le llamará Emmanuel» (Is 7, 14).

Su virginidad se mantendría intacta, y Ella sería Madre. No necesitaba señal alguna. Su mente lo vio todo claro. Pero el ángel siguió todavía su misión, pues algo faltaba aún por decir: la misteriosa relación que todo cuanto estaba oyendo tenía con la milagrosa concepción de Juan Bautista y, por tanto, que Isabel no era ajena al misterio, toda vez que aquella su fecundidad, tan a destiempo si se habla a lo humano, le había sido revelada a Ella en conexión con la revelación de su propio futuro.

El mensaje a la Virgen fue una sencilla exposición, pero una exposición que contenía implícitamente un llamamiento. Al mismo tiempo que revelación de los planes de Dios sobre Ella, era una invitación a ocupar su puesto en el orden del universo, como un sillar fundamental en un edificio grandioso o como la pieza clave de un arco. La manera como se le comunica: «has hallado gracia», «concebirás», «darás a luz», «le pondrás por nombre», «será llamado», tiene mucho de orden expresa y que no admite otra respuesta que la obediencia; pero una orden dada con tal delicadeza que no lo parece; tan respetuosa y anhelante, que casi parece un pedir permiso. Por una parte, es un mandato del Señor a la *ancilla*, del Creador

a la criatura, del Todopoderoso a la que nada es por sí misma y que depende en absoluto de Él; por otra, y a la vez, es la insinuación del Padre lleno de ternura y todo amor a la hija más obediente y entregada que pueda soñarse, de Dios que todo lo sabe a la adolescente cuya única pasión es adivinar sus menores deseos para realizarlos, cuya exclusiva ilusión es hacer cualquier cosa que sea voluntad de su Padre. No hubo necesidad de formular pregunta alguna explícita. El Señor encontró la maravillosa sensibilidad de quien, por nacer sin mancha, contaba la delicadeza entre las más íntimas y asimiladas cualidades naturales, algo que espontáneamente crecía y se manifestaba en Ella, dando un sello peculiar a todo cuanto hacía. La delicadeza es finura de enamorados, y Nuestra Señora lo estaba de su Padre Dios. Por eso no hizo falta más.

Ordinariamente no suelen presentarse dificultades respecto a la primera o última de las fases en que hemos descompuesto el hecho de la vocación. Nadie se plantea como un problema el que el llamamiento debe ser algo objetivo, de afuera, ni tampoco que requiere una respuesta. El punto delicado, que puede convertirse —y a menudo es así— en un auténtico y a veces angustioso problema, es la toma de conciencia del mensaje de Dios, esto es, de la vocación. El objeto y el sujeto están claros, pero en el nexo entre ambos, en la aplicación del primero al segundo o —lo que es lo mismo— en la captación y aplicación personal por parte del hombre del llamamiento exterior es don-

de la vocación se hace problema. Ciertamente e indiscutible que hay un designio de Dios sobre sus criaturas; cierto e indiscutible también que debe haber en la vida de todo hombre un momento en que Dios le comunique sus designios acerca de él; lo es, asimismo, que un cristiano (en realidad, toda criatura) debe responder aceptando plenamente la voluntad de Dios tan pronto le es conocida. Pero ¿cómo se conoce que tal o cual cosa es realmente la voluntad de Dios? Es frecuente la objeción que muchas veces, explícita o implícitamente, se formula a sí mismo quien de una manera u otra es —o le parece ser— llamado, la pregunta que con harta frecuencia se formula uno a sí mismo y es como un debatirse en defensiva resistencia por quien se siente cogido por alguien más fuerte que él: ¿cómo sé yo que esto es realmente un llamamiento de Dios y no una tentación, o un estado pasajero, o una momentánea y fugaz impresión? ¿Qué garantía tengo yo de que tal o cual persona o suceso es un instrumento del que Dios se vale para comunicarme sus designios, y de que su mensaje es expresión de la voluntad de Dios sobre mí?

También aquí, en esta fase tan difícil, donde lo objetivo y lo subjetivo entran en tan estrecho contacto que precisar sus contornos y trazar sus límites exactos se convierte, a veces, en un sufrimiento interior; en que hace falta, realmente, esa luminosidad de la palabra de Dios «más penetrante que la espada de dos filos que divide entre sí el alma y el espíritu, las junturas y los tuétanos» (Heb 4, 12), también aquí Nuestra Señora, con su

ejemplo y su actitud, nos enseña una profunda lección y puede servirnos de guía.

La vocación a una renuncia total supone una también total transformación de la existencia. Es un adaptarse plenamente al plan de Dios dejando de lado aspiraciones limpias y buenas porque Dios tiene otros planes respecto a nosotros, unos planes que son más altos y mejores que todo eso que tiene que dejarse, pero que provocan una resistencia natural porque nuestra naturaleza se adhiere a esas cosas que hay que dejar.

Antes se habló del temor que en ciertas edades provoca la posibilidad de ser llamado a servir a Dios mediante una entrega total, esto es, el temor a la vocación tal como habitualmente se entiende. Esto es lógico. No lo es tanto que no se venza ese temor y, en lugar de hacerle frente y resolverlo en abandono, confianza y sumisión a lo que Dios quiere, se intente tapanlo a fuerza de aturdimiento, superficialidad o cálculo en nuestras relaciones con Dios.

Porque, en efecto, sucede muchas veces que Dios va preparando a los que elige para su exclusivo servicio de una manera lenta y gradual. El saludo del ángel a María fue la preparación para la revelación de la voluntad de Dios sobre Ella, y la Virgen experimentó turbación. Lo que esta turbación tenía de expectación, de presentimiento de algo que se avecinaba, lo experimentan también muchas almas para quienes Dios ha trazado diseños de exigencias, de grandes exigencias a veces. Se siente, de vez en cuando, como un oscuro y vago desasosiego sin saber por qué, ya que no hay

causa concreta aparente que lo origine; una cierta intranquilidad que no es consecuencia de una conciencia poco clara, pues el alma se examina y no hay pecado alguno presente ni pasado que no esté lavado en la confesión, y el alma está en gracia, en amistad con Dios. Es como si el corazón estuviese atado con un hilo invisible y, en los momentos más imprevistos, en cualquier sitio o a cualquier hora, alguien tirara de él. Es también una especie de sensación de vacío, de insatisfacción, que a veces se experimenta cuando precisamente se tiene todo lo humanamente deseable.

Estos sentimientos, de por sí, no son absolutamente un síntoma de que Dios vaya a pedirlo todo; a veces, el desasosiego interior en personas que viven habitualmente en gracia es simplemente indicio de secreta soberbia que impide la paz; otras pueden ser algo presente o pasado que no es recto a los ojos de Dios. En todo caso —si no hay causas naturales de enfermedad, fatiga o estados nerviosos— es frecuentemente un hecho que debe ser analizado por la conciencia y sometido a consejo de la dirección espiritual, pues puede ser, efectivamente, esa preparación para el llamamiento el modo con que el Señor nos va disponiendo para el mensaje definitivo.

Porque un mensaje, una voluntad de Dios respecto a nosotros, hay siempre detrás de todo eso. Unas veces será que arrojemos algo que nos estorba por dentro y que produce una sensación de molestia; otras, que rectifiquemos lo que está torcido y nos impide andar derechos hacia adelante; muchas, que preparemos el ánimo



para ponernos a disposición de Dios. Y otras muchas aún serán como barruntos, como presentimientos de que Dios va a hablarnos, como preparación para que no nos sorprenda demasiado el que tenga sobre nosotros designios que comunicarnos. Ese oscuro temor y turbación, esas inexplicables intranquilidades, esos pequeños y al parecer extraños desasosiegos, esa sensación de vacío, de insatisfacción, una especie de secreto anhelo hacia algo que no se sabe lo que es, a veces un a modo de hastío de las cosas, que no acababan de llenar por muy deseadas que antes fueran, de desencanto íntimo ante todas ellas, de leves y al parecer absurdas inquietudes, son a menudo el modo que Dios tiene de ir despertando nuestra atención hacia su voz al paso que nos despega de las criaturas.

En casos excepcionales ese choque es de mayor intensidad. «El llamamiento a una gran obra por parte de la Divina Providencia significa, a la verdad, una altísima dicha y un altísimo beneficio, porque es una altísima prueba de confianza de parte de Dios; pero para el hombre que la ha de realizar significa también una grave carga y una enorme suma de penas. Esta es la suerte de los santos y elegidos de Dios. La amistad de Dios es, al mismo tiempo, una carga de Dios» (Holzner). El pánico de Jonás, su alocada huída ante la perspectiva de ir a Nínive y de acometer el encargo de Dios, es explicable.

Pero no hay razón para temer. El ángel tranquiliza a María: *Ne timeas*, no temas. No hay que tener miedo a Dios, ni al destino que Él mismo ha

preparado a cada uno. Lo peor es el egoísmo o la inconsciencia de los que no ven —porque no quieren o porque no pueden—, el aislamiento de quienes, por cortar el contacto con la voz de Dios, son incapaces de encontrar el sentido de su vida y la organizan a su manera; es entonces cuando no hay ninguna garantía de éxito, cuando falta todo punto de apoyo y el hombre se ve abandonado a sus propias fuerzas en el torbellino de circunstancias ajenas a él que le atacan por todos los frentes.

Ahora bien, es necesario *ver*. Aquel para quien las criaturas —sean personas, cosas, acontecimientos, o instintos, impulsos o deseos— sean opacas, algo que comienza y termina en sí, se condena a sí mismo a ser juguete en mil manos. Todo eso tiene que ser de tal transparencia que permita ver detrás a Dios, que espera en cada momento algo de nosotros. Y para ver son necesarias visión y luz. Hace falta tener una cierta sensibilidad interior para percibir el mensaje de Dios en sus criaturas: un ciego no puede ver. Pero tampoco puede ver quien esté dotado de excelente visión si las tinieblas le circundan. La luz es necesaria, y una luz sobrenatural que —es el caso de San Pablo— muchas veces ciega para las cosas de afuera a fuerza de intensidad interior, una tal intensidad que permite ver esas realidades escondidas. Para los que carecen de visión sobrenatural, el lenguaje de las criaturas es ininteligible; apenas tiene otro sentido que el aparente sonido de las palabras, a las que no encuentran significado: como los discípulos del Señor, que no entendían nada cuando les prenunciaba su Pasión. Esta falta de sensibilidad,

este modo de ser interior grosero, es el mayor inconveniente con que habitualmente se tropieza; y su enmienda, una de las más urgentes tareas de confesores, educadores y directores espirituales. La falta de visión sobrenatural, vivir al margen de Dios en una medida más o menos intensa, con atención viva por las cosas que pasan y se desvanecen y sin apenas percepción para las realidades sobrenaturales que tras ellas hay que descubrir, es causa de que muchos cristianos destrocen sus vidas aquí y pongan en peligro la de allá. Luz hay: Él es la luz, y es siempre. Y facultad para ver, también. En último extremo, quien no ve es porque no quiere, pues si en muchos casos no hay malicia, difícilmente deja de haber superficialidad o despreocupación. Es muy posible que si los cristianos conociéramos el Evangelio —lo cual, desgraciadamente, es muy poco frecuente— nos diéramos cuenta de que, como al ciego de Jericó, nos va la vida en aquella angustiada y emocionada petición: *¡Domine, ut videam!* ¡Señor, que vea! (Mc 10, 51). ¡Es tan triste no ver! ¡Se es tan inútil y tan gravoso cuando no se ve!

Lo objetivo y lo subjetivo se hacen todavía más difíciles de separar cuando se trata de la captación íntima del mensaje. Lo primero y más necesario es, indudablemente, penetrar el sentido de la comunicación hasta su más profunda raíz. Pero la aplicación personal de su contenido, el percibir que aquello que se ve con claridad lleva consigo una delicada invitación a que, realizándolo, ocupemos nuestro lugar y sigamos la trayectoria previamente deseada por Dios, requiere otra condi-

ción, como se apuntó antes: el desasimiento. La aplicación personal, en el caso de la Bienaventurada Virgen María, no se convirtió en problema porque, al estar llena de gracia, se movía siempre con toda espontaneidad hacia aquello que su fina delicadeza interior le hacía percibir como voluntad de Dios. Pero nosotros hemos nacido en pecado, y la triple concupiscencia nos atenaza —a veces con gran dureza— y se resuelve en un pesado lastre que nos quita agilidad para movernos hacia Dios. De aquí que aquellos que interiormente están más cerca de Dios son los que con menor esfuerzo y más consecuencia se plantean el problema de la vocación y lo aceptan en cuanto lo perciben. Aquí es también donde más sutilmente la prudencia humana se infiltra. La natural resistencia a todo lo que es total y definitivo recurre a un sin fin de razonamientos y previsiones, a argumentos aparentemente lógicos y de peso. La sinceridad consigo mismo es aquí fundamental, tanto que sin ella difícilmente se puede llegar a la paz interior, porque entonces es cuando más próximo y amenazador se hace el peligro de falsear la propia conciencia. Hay tenues ataduras, pequeños intereses, sutiles razonamientos que impiden ser verdaderos al plantear exactamente y con toda precisión el problema. «¡Cuán difícil es al hombre sacar la consecuencia práctica de su convicción intelectual, cuando ésta le exige un sacrificio! ¡Cuán largo es el camino de la cabeza al corazón!» (Holzner).

Pues es éste, ahora, el que interviene, y el corazón no piensa, el corazón quiere. Es quizá el momento más difícil y doloroso, cuando sobreviene

el desgarramiento interior provocado por la tensión de dos fuertes y contrapuestas tendencias internas, la inteligencia que ve y el corazón que no quiere ver y se resiste. Aquí es donde surge con todo su peso la naturaleza dañada por el pecado original, que se cuelga de nosotros atándonos a lo sensible y despertando mil gritos que enmascaran el llamamiento. En el fondo, sin embargo, hay como un adivinar o presentir la realidad de ese llamamiento, a la par que un miedo instintivo a aceptar el problema tal como está planteado, porque en tal caso hay que aceptar también todas sus consecuencias y resolverlo adecuadamente. Es entonces cuando, muchas veces, se intenta resolver ese estado de tensión y desgarramiento examinando las condiciones y síntomas de la vocación a una entrega total, a una donación absoluta, buscando instintivamente algo en que apoyar la inteligencia para tranquilizarla y alejar lo que a la naturaleza cuesta admitir, cuando se da inconsciente y artificiosa importancia a lo que no la tiene y jamás se le había dado, sin pensar —en este estado de aturdimiento— que la vocación no puede depender de sistemas nerviosos o aparatos digestivos, aunque ello pueda ser muestra evidente de que no se posea determinada especie de vocación.

Se busca una como señal, una *evidencia humana*, sin atender a que se trata de un hecho que no es simplemente humano, sino una realidad preferentemente sobrenatural. Es cierto que la razón, la inteligencia, debe actuar. La Iglesia, sabiamente, con su vieja y experimentada sabiduría, ha fi-

jado unas condiciones —unas señales— sin las cuales una vocación no puede ser auténtica: son necesarias la recta intención, la idoneidad, ser aceptado. Esta última condición es la más delicada, pues se deja a seres humanos, con toda la carga de imperfección y fragilidad que el serlo lleva consigo, la interpretación última de la autenticidad del mensaje; de aquí ese margen de prueba que se da antes de la definitiva aceptación, pues necesitan no sólo una conciencia recta, sino un profundo conocimiento de cada caso, de lo que en términos médicos se llama «historia clínica», y de cuantos elementos proporcionen criterio claro. De aquí también la responsabilidad de los confesores y directores espirituales que deban aconsejar, pues también en ellos puede entremezclarse lo personal y entorpecer la acción del Espíritu Santo. Bueno es recordar aquellas palabras de Santa Teresa del Niño Jesús en su autobiografía: «Es absolutamente necesario olvidar los propios gustos, las concepciones personales, y guiar a las almas no por el propio camino, sino por aquel que Jesús les señala» (cap. X, núm. 11). Una ligereza, un impulso demasiado humano, una precipitación, pueden torcer un camino y arruinar una vida.

Por lo demás, la recepción del mensaje de Dios frecuentemente no tiene lugar en un momento único, de una vez, porque el mismo mensaje es, en muchas ocasiones, gradual. Quizá el caso más característico es el de San Pablo. Cuando se rinde y pregunta: «¿Qué quieres que haga?» (Act 9, 6), el Señor apenas le dice sino que vaya a determinado lugar, donde le darán instrucciones. En ade-

lante, unas veces por Sí mismo, otras por medio de la comunidad (de la Iglesia), Dios le va haciendo saber progresivamente lo que quiere de él, hasta que le es descubierta su misión de Apóstol de las Gentes. La fidelidad a los pequeños llamamientos de Dios, la docilidad en seguir los impulsos de la gracia es lo que, al cabo, conduce a la plenitud de la vocación, al descubrimiento del objeto de la existencia. Unos llegan a ese descubrimiento paulatina y suavemente, sin sobresaltos; otros —quizá por estar mucho más fuertemente asidos a las criaturas o al propio juicio— tienen que pasar por auténticas catástrofes interiores y no llegan sino a través de no pocas oscuridades y tormentas, que van despojándoles de cuantas ataduras les impedían volar y despejando las opacidades que les velaban la visión.

### *La respuesta*

Es muy difícil llegar a penetrar en lo más íntimo de los sentimientos de la Santísima Virgen en aquellos momentos, pero en un plazo de tiempo excepcionalmente breve pasó de la turbación a la más absoluta serenidad. No había en su naturaleza resistencias a la palabra de Dios. Sosegada tras el *ne timeas*, con plena conciencia de cuanto encerraban las frases de Gabriel, su respuesta sonó clara y distinta tan pronto el ángel concluyó su revelación. Fue una respuesta breve, concreta, rápida: *Ecce ancilla Domini, Fiat mihi secundum verbum tuum*. No hubo vacilación alguna, ni siquiera un minuto de titubeo. Tampoco pidió un

margen de tiempo para reflexionar, para pensarlo y decidirse.

No lo necesitaba, por otra parte. Un titubeo o una vacilación supone indecisión por parte de la voluntad, pero ante un deseo de Dios la indecisión para el cumplimiento de ese deseo no cabía en la llena de gracia. Un margen de tiempo para reflexionar... ¿Sobre qué tenía que reflexionar? No acerca de la legitimidad y la realidad del mensaje, pues no había en él nada equívoco ni oscuro para Ella. Ni acerca de las consecuencias que de lo anunciado se pudieran derivar si lo aceptaba, o de la situación en que quedaba de no aceptarlo: lo primero era querer ir más allá de la previsión de Dios, y lo segundo, cálculo. Pero pensar que la Virgen fuera calculadora (en el sentido de pensar cuidadosamente el riesgo que entrañaba la entrega a Dios y prever si la compensación era suficiente) es un absurdo, como lo es asimismo el pensamiento de que le faltara abandono ante el designio de Dios. Si alguien jamás tuvo una vital compenetración con la voluntad divina, incluso en sus más leves manifestaciones, fue la concebida sin pecado.

El que la respuesta afirmativa fuese excepcionalmente pronta no supone, en modo alguno, ligereza. Quien es de por sí profundo no suele comportarse ligeramente ante decisiones que exigen seriedad. También aquí, para intentar la comprensión y el alcance de la respuesta de María, hemos de acudir de nuevo a su ser peculiar y, sobre todo, insistir en el hecho de su concepción sin mancha. La explicación de las más características reaccio-



nes de Nuestra Señora hay que buscarla en la ausencia de todo pecado en su ser, pues las consecuencias del pecado original no la alcanzaron, como tampoco la alcanzó el pecado mismo. Por lo que respecta a las dos más elevadas facultades que posee el hombre, inteligencia y voluntad, se nos hace difícil comprender hasta qué punto en la Virgen ambas se unían espontáneamente a sus propios objetos, la Verdad y el Bien. Sólo así se hace inteligible la rápida comprensión del mensaje y la firme adhesión que prestó a la invitación de Dios.

Adhesión no sólo al hecho de la Maternidad, sino también a toda la transformación humana y sobrenatural que tal hecho llevaba consigo, a todas las consecuencias que de ser Madre del Salvador se derivaban. Ella sabía de aquellas misteriosas palabras de Isaías con referencia al Redentor, cubierto de oprobios y llagado, destrozado por nuestras culpas, varón de dolores. La idea de una redención sangrienta, de un reino mesiánico bien distinto al que sus contemporáneos judíos acariciaban, no le era ajena, y tal modo de entender las Escrituras no debió de ser la menor de las causas que la aislaban y la hacían extraña a la mentalidad de su propio pueblo, tal como entonces existía. Esto no obstante, aceptó plenamente. Y, lo que es más, fue ese conocimiento profundo de las profecías mesiánicas lo que hizo que su respuesta fuera total, esto es, comprensiva de todas cuantas vicisitudes, alegrías o sufrimientos nacieran del vínculo que la iba a unir indisolublemente con el Mesías.

Hay, además, en la palabra pronunciada —*fiat*, hágase— un cierto tono de resolución, de cosa acabada, definitiva, que impresiona por su fuerza. Es todavía más que un sí. La propuesta, en efecto, no admitía posteriores rectificaciones: exigía una entrega de la voluntad, un prestarse, no a hacer una cosa determinada, sino más bien a que se hicieran cuantas cosas estaban previstas y de la manera que hubieran de hacerse; se le pedía una renuncia a dirigir su propia vida. Todo ello le atañía de un modo directo y personal porque, si bien no era Ella quien debía realizarlo, sí se había de realizar en Ella. El *fiat* es mucho más que un dar permiso, es un adherirse resuelta y firmemente al plan de Dios; un acto positivo de voluntad por el que *quería* el cumplimiento de cuanto Dios había decidido, no sin pensar en sí misma, antes aceptando de una vez para siempre todo cuanto con referencia a su propia persona pudiera reservarle el porvenir, fuera lo que fuere. El que a la aceptación preceda el *ecce ancilla Domini* da, todavía, carácter más definitivo a la respuesta. El claro conocimiento de su ser con respecto a Dios, de su condición de sierva del Señor —de servidora—, ilumina más aún el contenido del *fiat*. Ella estaba para servir, porque era una *ancilla*; no se le ocurre a nadie cuyo oficio sea servir interrogar o poner condiciones a su señor, sino que acepta simplemente su quehacer y lo hace. Todo cuanto el Señor disponga debe hacerse, pero en el caso de la Virgen su unión con Dios le llevó como a un identificarse con sus designios, queriéndolos con

toda la lucidez de su inteligencia y toda la firmeza de su voluntad.

Sierva del Señor, pero libre, con una libertad soberana sólo superada por su Hijo, que era Dios. Parece, o puede parecer, a la mirada poco profunda de quienes limitan el concepto de libertad al campo puramente natural, precisamente a ese campo en el que no pocas veces se da un falseamiento del concepto y se entiende por libertad lo que es servidumbre, que las circunstancias pesaran tan fuertemente sobre Nuestra Señora que, de alguna manera, hipotecaran su voluntad forzándola a una decisión: algo así como si el carácter extraordinario de la anunciación y la presencia física del Arcángel ejercieran una cierta coacción sobre Ella y la impulsaran, influida por la densa carga sobrenatural del hecho, a aceptar instantáneamente.

Es evidente que tal apariencia no resiste el análisis un poco profundo, sobre todo cuando el término «libertad» se entiende exactamente. Porque libertad no es lo mismo que independencia. La concepción inmaculada de Nuestra Señora, la ausencia de pecado de la Virgen, la unió sobrenaturalmente a Dios desde el principio de su ser, la vinculó al Creador, ligándola estrecha y firmemente con el ser absolutamente libre. Esta es la raíz de la soberana decisión de María, porque «somos libres en la medida exacta en que podemos amar los seres y las cosas de que dependemos». Nuestras posibilidades de libertad se identifican con nuestras posibilidades de comunión... El santo, que puede amar todo, se siente libre en todos los am-

bientes y en todas las circunstancias; el inafectivo y el refractario, incapaces de vincularse, encuentran en todas partes la esclavitud. Saint-Exupéry decía que un hombre vale según el número y calidad de sus vínculos: ser libre es adherirse interior y espontáneamente a un conjunto que nos incluye y sobrepasa, es sostener con ese conjunto relaciones análogas a las de un miembro con el organismo de que forma parte. «La libertad no significa nada en sí misma; vale lo que vale el hombre, y el valor de éste se mide por la densidad de su ser y la profundidad de su amor» (Thibon).

Precisamente por ser la Virgen María la criatura más próxima a Dios de cuantas han sido creadas, fue la que más directa e intensamente participó de la vida sobrenatural, lo que equivale a decir de la vida divina. Sus posibilidades de comunión —de unión— eran, por tanto, inmensas, y por moverse en una esfera excepcionalmente pura y elevada pudo ser —y, por tanto, obrar— de modo independiente de toda criatura, sobre todo por su fuerte dependencia de Dios. Justamente fue esa adhesión suya interior y espontánea al plan de Dios, esa aceptación sumisa y amorosa de su puesto en el conjunto que la incluía y sobrepasaba, la expresión más concluyente de una libertad perfecta. Si, realmente, la libertad se mide, en último extremo, por la densidad del ser y la profundidad del amor, el *ecce ancilla Domini* es la manifestación más total de la libertad, pues la esencia última de cada hombre, donde radica la libertad, es ser criatura de Dios.

Esa respuesta tan breve, tan concreta y rápida, sin titubear, sin vacilaciones, sin un margen de tiempo para reflexionar, resulta incomprensible para nuestra mentalidad, y hasta quizás algo un tanto duro y temerario. Lanzarse así, de repente, a una empresa de tamaña amplitud sin antes pensar y sopesar las posibilidades propias y las circunstancias que pueden presentarse, es algo que nos parece un acto de precipitación e irresponsabilidad, una verdadera locura. Se nos viene inmediatamente a la memoria aquel pasaje del Evangelio en el que Jesús hace un llamamiento a la prudencia, cuando habla de la insensatez del propietario que, antes de comenzar la construcción de una casa, no hace cálculos para ver si la va a poder terminar, o la de aquel rey que, antes de entablar batalla con el enemigo, no considera cuidadosamente las fuerzas con que cuenta, comparándolas con las del adversario para ver si con ellas es capaz de vencerle (Lc 14, 28 ss.).

Pensamos que, en efecto, una decisión repentina, inmediata, en tan importante y trascendental asunto es, en el mejor de los casos, una falta de prudencia, una ligereza. Por otra parte, sin embargo, a nadie se le ocurre pensar que la Virgen María pecara de imprudente, o de alocada y temeraria, al aceptar inmediatamente la proposición que, de parte de Dios e implícita en el mensaje, le presentaba el Arcángel. Muy al contrario, nos parece lógica la respuesta y la rapidez con que la dio: lo vemos muy claro y lo aprobamos, nos parece perfectamente razonable.

Esta diversa consideración del mismo hecho, esa

contradicción tiene, sin embargo, una explicación plausible, ya que en cada caso nos movemos en un plano distinto. Esa aceptación tan plena y rotunda, y al mismo tiempo tan pronta, nos parece una ligereza si el problema que exige decisión se refiere a cualquiera de nosotros. Nos parece, al contrario, llena de sentido y plenamente razonable con referencia a la Virgen. En un terreno puramente teórico y abstracto, como simple ejercicio especulativo, nadie tiene inconveniente en llegar a las más extremas y radicales conclusiones: al fin y a la postre no se traspasan los límites de un plano ideal (no real), sin repercusión alguna en la vida. Las dificultades, la resistencia y el absurdo surgen cuando se impone la aplicación al caso personal, y no por un acaso fortuito. Aquí tiene una vigorosa intervención la naturaleza real del hombre, con todo lo que lleva consigo. Pues el hecho de la vocación (tal como aquí se viene entendiendo) no es sustancialmente distinto en la Virgen María —una criatura— que en cada uno de nosotros —otras criaturas—; no hay elementos esenciales diferentes.

Las taras que el pecado original deja como un siniestro legado a la naturaleza humana son las que impiden la libre y espontánea respuesta del alma a la invitación divina. La sensualidad y la codicia, el orgullo en todas sus formas y el deseo natural de una felicidad imaginada por el propio yo son otras tantas ataduras que detienen el impulso sobrenatural de obediencia a Dios. Pero la rebeldía no suele ser (al menos en una gran parte de los casos) una abierta oposición; más bien se

presenta disfrazada con máscaras, de las cuales no es la menos importante la que retrotrae el problema, hurtándolo a la decisión, al momento inmediatamente anterior de la percepción, como antes se vio.

La decisión, una vez entrevisto claramente el designio de Dios, debe ser, según se aprecia en Nuestra Señora, inmediata, total, definitiva, plenamente libre. Una respuesta parcial o irresoluta, provisional o formulada con reservas es, además de falsa, inútil, porque no resuelve nada y aumenta, en cambio, el tiempo de angustia que todo ser abocado a definirse de una vez para siempre experimenta.

Contra la respuesta inmediata se presenta lo que podemos llamar «tentación de las dilaciones». También aquí están indicadas unas líneas de Holzner, líneas que, si bien se escribieron como una observación sugerida por el caso de San Pablo, tienen un valor genérico por su densidad teológica: «Cuántas veces se llega a un contacto con Cristo y el mundo superior, y se espera un tiempo más oportuno, hasta que se sienta inclinación, se hace cada vez más improbable que el tiempo oportuno llegue. Toda repulsa endurece el corazón.» En el fondo, toda actitud dilatoria ante una determinación que Dios exige tiene en su raíz una cierta dosis de cobardía, y nace fundamentalmente del miedo al choque: se teme romper con todo lo que la situación presente lleva consigo. Ante la perspectiva angustiosa de un dolor —tal es el semblante que la entrega presenta al exigir el desasimiento—, la naturaleza empuja inconscientemente a la

persona a un aplazamiento del instante definitivo, a ganar un tiempo que puede resolver la tensión o suavizarla, pero que constituye un peligro precisamente por ser una actitud provocada por la naturaleza contra la gracia: ese espacio de tiempo que se gana con la dilación deja amplio margen a la acción de las oscuras fuerzas destructoras del pecado, que pueden, al cabo, pesar decisivamente en la victoria de la naturaleza sobre la gracia y ahogar en su mismo alumbramiento el *fiat* que iba a decidir la suerte futura de la persona en el sentido que Dios había planeado.

En este punto es donde mejor puede apreciarse la conveniencia de una resolución serena y objetiva. Porque si la decisión de la Virgen María fue a la vez rápida y serena, de la decisión de cualquier persona ante el hecho del llamamiento divino deben equidistar por igual la ligereza y el aplazamiento. De aquí la importancia de una vida interior sólida en cuya base exista una gran sinceridad con Dios y consigo mismo, una visión clara de nuestra condición de criaturas al mismo tiempo que el conocimiento de la existencia de un plan de Dios, en función del cual cobra razón el ser personal de cada uno. Una cosa es obrar *con* entusiasmo (lo cual es, sin duda, excelente, toda vez que ello implica convencimiento y confianza), y cosa muy distinta es obrar *por* entusiasmo. El entusiasmo es un sentimiento, y, como tal, mudable, por lo que todo lo que se edifique sobre él está destinado, en cuanto el entusiasmo desaparezca, a desplomarse, por faltarle el fundamento. El tiempo de espera está indicado hasta el momento



de percibir la voluntad de Dios; una vez vista, el *serviam*, el *fiat*, debe ser la respuesta inmediata. Pues el mejor momento para decidir es aquel en que la luz se ha abierto camino, cuando Dios escinde el corazón para la inteligencia del mensaje; dejar pasar ese momento puede dar lugar a que la invasión del mundo, del egoísmo y de la naturaleza caída irrumpen cegando esa abertura por la que, en un instante, penetró a raudales la gracia. Toda dilación es la puerta que permite a otras múltiples tentaciones un fácil acceso al centro del alma, y es especialmente peligrosa cuando es consciente, esto es, cuando significa un voluntario aplazamiento. Porque entra dentro de los designios de Dios la lucha por servirle, y, dada nuestra constitución viciada por el pecado, la resistencia natural a exigencias totales es humana. Esta es, en efecto, la razón de que haya lucha, cosa que, por otra parte, sería inexplicable si no existiera esa íntima contradicción en cada hombre, o, por utilizar el lenguaje de San Pablo, dos hombres —viejo y nuevo— que combaten por su mutuo aniquilamiento.

Contra una decisión total actúa la tentación que podemos llamar «de los inconvenientes». Fundamentalmente consiste en tomar en consideración una multitud de circunstancias absolutamente humanas que, de alguna manera, puedan servir de impedimento y, por tanto, hacer imposible la entrega absoluta a Dios. Son razones de tipo exterior, que nos vienen de fuera, si bien —y de aquí la importancia de tal tentación— encuentran en el interior de cada hombre una cierta complicidad, pues en tal tesitura existe un fuerte impulso

en la naturaleza a servirse de cuantas armas encuentre a su alcance para justificar una actitud que, en su más íntima raíz, no es recta. Generalmente, y para quienes tienen una cierta profundidad interior, ciertas circunstancias más periféricas y triviales pesan poco. Es la más delicada y natural de todas ellas, incluso la que está de lleno dentro del orden establecido por Dios, la que pesa más abrumadoramente: la familia de sangre.

La oposición —o la incompreensión— de los parientes, y sobre todo de los padres, es, sin duda, lo que provoca el dolor más agudo en quien debe sufrir este desgarrón, porque la ligazón a los padres es una de las más fuertes, naturales e íntimas. En efecto, la cuestión de dejar a los padres, sobre todo si éstos han formado sus planes y tienen sus ilusiones acerca del porvenir de los hijos, y —lo que es más— si por algún concepto necesitan de éstos, aparece frecuentemente con el aspecto de deber de conciencia. Sólo cuando, incluso en este momento, se sigue considerando el problema desde el punto de vista de Dios, bajo la acción de la gracia, llega a resolverse, pues evidentemente Dios conoce de siempre —y harto mejor que nosotros mismos— esas circunstancias familiares (comprendida la oposición, si la hay) que *parecen* impedir la respuesta afirmativa total, y, viéndolas, hace su llamamiento. No es posible que Dios sufra error o inadvertencia: los inconvenientes caen de lleno dentro de su plan, cuenta con ellos y son piezas que tienen una función positiva. Es importante esta consideración, porque el peligro de acomodar el llamamiento de Dios a las circuns-

tancias que el mundo crea en torno a nosotros es sutil. Se intenta casi subrepticamente suplantar la voluntad de Dios por otra que no es exactamente la suya, limando asperezas, sustituyendo aspectos, despojándola de lo que muchas veces es lo que le da el sello divino —la cruz— y acabando por deformarla para darle los límites que nuestro yo le traza. El entregamiento, entonces, no es total, pues lo que se entrega no es todo. Dios es, por cierto, quien tiene el mayor derecho sobre nosotros y sobre cuanto nos ha dado, y si lo exige *todo*, todo hay que darle: también la familia de sangre, y los padres, y la reputación, y el honor y la vida. No se le puede escatimar nada, ni puede hurtarse a esa entrega tal o cual cosa, por muy querida que sea: «Quien entiende el reino que Cristo propone, advierte que vale la pena jugarse todo por conseguirlo: es la perla que el mercader adquiere a costa de vender lo que posee, es el tesoro hallado en el campo» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 180).

Por lo que se refiere a la nota de irrevocabilidad, de cosa definitiva que toda respuesta a la proposición debe tener, apenas unas sencillas observaciones bastarán. Hernán Cortés, para asegurar la conquista de Méjico e impedir que su gente pudiera sentir la tentación de desertar, quemó sus naves..., pero conservó los instrumentos con los cuales podía fabricar otras nuevas. En este caso el quemar las naves no es un hecho del todo concluyente. Un entregamiento a Dios que no descartara, desde el momento mismo de la aceptación de la voluntad divina, una cierta esperanza de vol-

verse atrás, sería falso desde la raíz. Entregarse a Dios y acariciar, aunque sea nebulosamente, de manera vaga e inconcreta, planes, sueños o proyectos fuera del camino aceptado no es estar entregado; se parece demasiado a poner la mano en el arado y volver la vista atrás (Lc 9, 62) este mirar con el rabillo del ojo a lo que pudiera haber sido el porvenir elegido de no interponerse Dios con sus absolutas exigencias. Hay, es cierto, un tiempo que se llama, en la terminología de los religiosos, de probación, mas la palabra no indica en modo alguno que la disposición de los que atraviesan tal período sea meramente provisional. Pudiera también llamarse ese tiempo, con toda propiedad, período de formación, pues en verdad no se trata tanto de poner a prueba la realidad y sinceridad del llamamiento como el de ir preparando a Dios el instrumento que necesita, según el modo que el mismo Dios indica al dar una vocación determinada.

En todo caso, si la actitud de la persona es sincera, cualquier camino que no sea el que se acepta de lleno al pronunciar el *fiat* queda definitivamente eliminado. Luego veremos hasta qué punto la virtud teologal de la fe desempeña un papel primordial en todas las etapas de la vocación, así como en el vencimiento de todos estos tipos de tentaciones.

Por último, la decisión debe ser libre. También aquí, de nuevo, acecha una tentación característica: la de la coacción. No, desde luego, una coacción física, sino la coacción moral. La tentación, sin embargo, no está, como pudiera parecer, en

que haya coacción moral en el hecho de aceptar una vocación y entregarse a Dios, sino más bien en que el espectro de la falta de libertad plena para decidir caiga sobre las personas después de la aceptación, turbando el alma y provocando un estado de confusión e inquietud que robe la paz. En realidad, una coacción moral que pese en el ánimo hasta el extremo de inducir a alguien a una decisión contraria a la que, a todas luces y con claridad, percibe es muy difícil que se dé normalmente. La fisonomía de esta tentación es muy otra, pues de ordinario aparece como ofuscación provocada por la fuerte influencia de una personalidad ajena, que con su poder de irradiación crea un clima tal que subyuga y arrastra. Como, por otra parte, la existencia de influencias en torno a la persona es un hecho real, el fantasma de la coacción moral cobra un cierto cuerpo de verosimilitud que hace tomar en consideración lo que más bien debe ser desechado por un espíritu sano y equilibrado.

Desde el momento en que se admite —y debe admitirse porque es un hecho— que el hombre es un ser sociable y, por tanto, abierto a toda clase de influencias, tanto puede ser influido en un sentido como en el opuesto. Toda vida está sujeta a fuerzas contrarias y se desenvuelve en un estado de tensión, que, en último extremo, se resuelve en el binomio Naturaleza-Gracia. La palabra «libertad» plantea múltiples problemas de toda índole, pues, dejando aparte el más hondo, de carácter teológico, acerca de la coordinación de la omnipotencia divina y la libertad humana, la simple

consideración de la tendencia humana a la imitación y al mimetismo basta para provocar un sinnúmero de cuestiones. Más todavía; la determinación de una libertad químicamente pura, exenta de cualquier clase de influencias es, de hecho, imposible, pues en un ser inteligente la voluntad se inclina hacia lo que la inteligencia le presente como un bien y —esto es lógico— la libertad tiende a decidir en el sentido a que se inclina inteligencia y voluntad. Todo pensamiento tiende a influir en la libertad, pues la libertad es cualidad de ser inteligente.

Se llega, pues, a la conclusión de que, puesto que libertad no es independencia, las mismas razones que hay para hablar de coacción moral a una decisión en el caso de quien se entrega a Dios, las hay también en el caso de quien se entrega —por ejemplo— a una mujer en matrimonio, es decir, en otra vocación. La diferencia está en que, mientras todas las fuerzas instintivas empujan al mundo, la donación absoluta tiene que superar esta fuerte coacción de la naturaleza. Por lo demás, sólo quien carezca de personalidad, esto es, el humanamente (en inteligencia y voluntad) débil se sentirá coaccionado, y ése, ciertamente, no parece poseer el mínimo de condiciones necesario para ser sujeto de una vocación superior. «No destruye el Señor la libertad del hombre: precisamente Él nos ha hecho libres. Por eso no quiere respuestas forzadas, quiere decisiones que salgan de la intimidad del corazón» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 100).

### *El sentido de la vida*

Todo cuanto hasta aquí queda expuesto, y aun cuando no se trate sino de un conjunto de reflexiones sugeridas por los versículos de San Lucas acerca de la Anunciación, se relaciona, sin embargo, con uno de los más apasionantes problemas que afectan a la vida humana, no sólo cristiana. De aquí el que no esté fuera de lugar completar el desarrollo de algunos puntos tratados, si bien ahora desde ángulos distintos.

Es obligada aquí la referencia a Mons. Escrivá de Balaguer, Fundador del *Opus Dei*, cuya doctrina tantas perspectivas ha abierto a la espiritualidad de los laicos, y tanto ha influido en la orientación y contenido de este libro, así como en la propia vida del autor. Por de pronto, dos breves consideraciones de ese pequeño gran libro que es *Camino*, sitúan el problema de la vocación —tomada en su sentido amplio— en un terreno de trascendencia que de ninguna manera es lícito esquivar. Tras de dejar sentada la condición evangélica para entrar en el Reino de los Cielos —hacer la voluntad del Padre—, añade: «De que tú y yo nos portemos como Dios quiere —no lo olvides— dependen muchas cosas grandes.» «Nosotros somos piedras, sillares, que se mueven, que sienten, que tienen una libérrima voluntad. Dios mismo es el cantero que nos quita las esquinas, arreglándonos, modificándonos, según Él desea, a golpe de martillo y de cincel. No queramos apartarnos, no queramos esquivar su Voluntad, porque, de cualquier

modo, no podremos evitar los golpes. Sufriremos más e inútilmente, y, en lugar de la piedra pulida y dispuesta para edificar, seremos un montón informe de grava que pisarán las gentes con desprecio» (*Camino*, 755 y 756).

Todos estamos para algo, todo cuanto existe tiene una función. La creación no es una mera agregación, una yuxtaposición de seres, sino una grandiosa estructura que tiene unidad, razón de ser y objeto, ordenada en distintos planos, que van desde las piedras inertes a los ángeles que sirven en el trono de Dios (Pieper). Nada de cuanto existe es inútil. Hay una verdad bastante más profunda de lo que la simple letra —y el sentido en que ordinariamente se le toma— induce a creer en el viejo aforismo «mientras hay vida hay esperanza». La razón está, precisamente, en que Dios no mantiene inútiles sobre la tierra, y mientras hay, para el hombre, tiempo, hay también la certeza de que todavía tiene un algo que hacer que, precisamente, justifica su existencia, y un quehacer que dice relación a Dios.

El que la creación no sea un conglomerado de seres, sino un conjunto armónico y ordenado, explica las diferentes vocaciones. Toda alma tiene su camino, pero es también como el eslabón de una cadena y enlaza otros seres. De aquí que el incumplimiento de la voluntad de Dios lleve aparejada una responsabilidad suma, porque, en efecto, del pleno acoplamiento de cada uno al designio de Dios pueden depender muchas cosas grandes. De aquí también la desigualdad de las gracias, pues es Dios mismo quien, como el cantero con



los sillares, trabaja al hombre con su colaboración para formarle a la medida justa. Las gracias de cada uno están ya previstas antes de su nacimiento y distribuidas a lo largo de su camino; son esos «golpes» de Dios los que van conduciendo al hombre por la vida —hasta la Vida—..., si sabe encajarlos con plena adaptación al designio de Dios; el resistirse a ellos es rechazar la gracia y, como llegan inevitablemente, en lugar de hacer, deshacen. No es posible concebir existencias más rotas y desarticuladas. La plena correspondencia de Nuestra Señora a las más leves insinuaciones del Espíritu Santo hizo que, desde niña, acrecentara la gracia original hasta el extremo de que, cuando llegó la hora de Dios, estaba llena de fuerza y de sentido sobrenatural para entregarse en el acto a la voluntad de su Creador. Y, en efecto, una cosa muy grande dependió de su acatamiento, porque estaba dispuesta.

El descubrimiento de la vocación personal es el momento más importante de toda existencia. Hace que todo cambie sin cambiar nada, de modo semejante a como un paisaje, siendo el mismo, es distinto después de salir el sol que antes, cuando lo bañaba la luna con su luz o le envolvían las tinieblas de la noche. Todo descubrimiento comunica una nueva belleza a las cosas y, como al arrojar nueva luz provoca nuevas sombras, es preludeo de otros descubrimientos y de luces nuevas, de más belleza. Esto es lo que rompe la monotonía de la vida. Nadie ha vivido tan alegremente como los santos; nadie, tampoco, ha gozado más de la vida, que entonces se torna apasionante, como un

bello poema o una grandiosa sinfonía. «Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos adónde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 45).

De los dos puntos de *Camino* antes transcritos se desprende la impresionante seriedad del problema y, como consecuencia, la inmensa responsabilidad que entraña su resolución. Es explicable el miedo natural e instintivo a una vocación de entrega total. Pero ello no debe conducir jamás a un voluntario apartamiento de Dios, siquiera sea parcial y por pura cautela. Pues no acercarse demasiado a Dios por si vemos que quiere apoderarse de todo nuestro ser y tenemos que abandonar los planes e ilusiones, los gustos y los proyectos que, al margen de su voluntad, alimentábamos, es una postura falsa y peligrosa. Falsa porque no se atiene a la verdad, es decir, a lo real, a lo que es. Si Dios nos ha elegido entre una infinidad de criaturas posibles para desempeñar un papel en la creación, esto es un hecho que nosotros no podemos cambiar y ante el cual la única actitud digna de un hombre es la de aceptarlo tal cual es, porque ni depende de nosotros ni dejará de ser así porque pretendamos ignorarlo.

Una postura, además, peligrosa. Salta al pensamiento, cuando se adopta la tesitura de taparse los ojos o refugiarnos en una amable y cómoda penumbra para no ver demasiado claro, aquella frase —terrible— de Isaías que San Juan cita con referencia a la actitud de los fariseos: «Cegó

sus ojos y endureció su corazón: para que con los ojos no vean y no perciban en su corazón, por temor de convertirse y de que yo los cure» (Io 12, 40). Un voluntario cerrar los ojos puede conducir a que, al fin, queden definitivamente cerrados, porque la falsa ceguera provocada puede convertirse en verdadera y real.

Por otra parte, a lo más que puede conducir tal actitud es a que, en efecto, no veamos el camino que Dios nos ha trazado y vayamos por otro elegido por nosotros según el propio gusto o deseo. Bien, entonces hemos equivocado el camino y tienen su alcance preciso las palabras de San Agustín: *Bene curris, sed extra viam!* («¡Corres bien, pero fuera de camino!») Hay entonces una subversión de valores, al poner la voluntad propia por encima de la voluntad de Dios en un asunto tan sumamente importante que ningún otro compromete de manera tan total la vida entera. El hombre queda entonces desencajado. Sucede algo análogo a lo que ocurre en el organismo cuando un hueso sale de su sitio: está dislocado y duele. También la vida duele, y se hace pesada, cuando alguien no ocupa su sitio y rompe la armonía del plan divino sustrayendo su existencia al designio y elección de Dios. Sólo, entonces, el humilde reconocimiento de la propia culpa —del *non serviam*, que hace que prefiramos nuestra voluntad a la de Dios, que hace que no nos sometamos— puede devolvernos la paz. Porque el reconocimiento humilde de nuestra culpa nos lleva a la consideración inmediata: reparar, pagar, y de aquí nace la aceptación del dolor que la dislocación produce, y

el dolor así aceptado se convierte en cruz, y la cruz querida y abrazada es camino de salvación. No en vano Dios es Padre, con entrañas de misericordia (*Deus noster, Deus salvos faciendi!*, Ps 67), para el cual «no hay nada imposible» (Lc 1, 37). No tiene nunca razón de ser, ni siquiera visos de cosa razonable —se habla aquí, como es lógico, desde el punto de vista sobrenatural, esto es, para cristianos— la reserva ante Dios. La vocación no es una realidad temible ante la que haya que defenderse, antes al contrario, es la razón de nuestro ser y de nuestro existir, es la prueba evidente, palpable, del amor que nuestro Padre Dios siente por nosotros. No somos unos inútiles, unos seres abandonados a merced del capricho de cada momento, sin rumbo y sin norma, como los pobres personajes de las novelas de un Steinbeck, de un Faulkner o de tantos otros. Dios es amor, enseña San Juan, y nosotros somos fruto del amor de Dios; Dios nos ha hecho un porvenir, nos ha dotado generosa y adecuadamente para que lo realicemos hasta el fin, cuida atentamente de nosotros, sigue nuestros pasos, enmienda nuestros errores... ¡y nos da miedo!

Vale la pena no olvidar el *fiat* de Nuestra Señora: fue la respuesta de una criatura al *non serviam* de otra criatura. Y la docilidad, el estar completa, absoluta y totalmente a disposición de Dios por parte de la más humilde y la más pura y perfecta de las criaturas abrió las puertas al Hijo de Dios para que nos salvara. ¡Quién sabe lo que puede depender del *fiat* que cada uno pronuncie ante una invitación de Dios!

Porque no somos nosotros los que elegimos, sino Dios quien nos elige: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos, ut eatis, et fructum afferatis...* (Ioh 15, 16). No fue la Virgen María quien eligió a Dios, quien eligió ser Madre de Dios, sino Dios quien la eligió a Ella para la Maternidad divina. De la misma manera, es el Señor quien elige una misión para nosotros, y a cada uno de nosotros para un determinado quehacer. Que la vocación no es puro asunto de personal elección se ve patente en aquel hombre de Gerasa, de quien había Jesús expulsado una legión de demonios: «Pédiale aquel hombre de quien habían salido los demonios que le llevase en su compañía. Pero Jesús le despidió diciendo: Vuélvete a tu casa y cuenta las maravillas que Dios ha obrado en favor tuyo. Y se fue por toda la ciudad publicando los grandes beneficios que Jesús le había hecho» (Lc 8, 38-39). Generosidad no le faltaba, pero no era aquél su camino. Su camino fue el que el Señor le indicó, volverse a su casa y allí publicar las maravillas de Dios.

«No es posible que el hombre adquiriera la santidad si no se adapta al plan divino: conocer ese plan y adaptarse a él, he ahí la sustancia de la santidad» (C. Marmion). Es lógico. Tanto las gracias por Dios preparadas a cada uno como las cualidades de que le ha dotado, así como cualesquiera circunstancias personales que de una u otra manera le afectan, vienen dadas en función del designio de Dios. Si hoy tantos cristianos viven a la deriva, con escasa profundidad y limitados por estrechos horizontes, se debe, sobre todo, a la falta

de una clara conciencia de su peculiar razón de ser y de existir. Conocen —esto es elemental—, si bien de una manera excesivamente abstracta, el fin para el cual fueron creados, pero ignoran la concreción de ese fin genérico al particular caso personal. La conexión entre la fe y la vida debe ser tal que la segunda tiene que ser un resultado de la primera, y lo que se conoce con el nombre de visión sobrenatural es lo que hace que hasta el más pequeño acto diga relación a Dios. «¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos; que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontraremos en las cosas más visibles y materiales» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, 124).

Si parece excesiva la insistencia acerca de este punto de la vocación, acháquese a la primordial y básica importancia que esta cuestión reviste. No es azar ni casualidad que toda la vida de la Virgen María fuera pura consecuencia de su Maternidad. Lo que eleva al hombre, lo que le da realmente una personalidad, es la conciencia de su vocación, la conciencia de su tarea concreta. Eso es lo que llena una vida y le da contenido. Otra cosa entraña el peligro de convertirla en un simple vegetar, y esto no es propio de hombres hechos a imagen y semejanza de Dios.

## II. LA VISITACION

*Por aquellos días partió María y se fue apresuradamente a las montañas, a una ciudad de Judá, y habiendo entrado en casa de Zacarías, saludó a Isabel.*

*Lo mismo fue oír Isabel la salutación de María que dar la criatura saltos de placer en su vientre, e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo.*

*Y exclamando en alta voz dijo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí tanto bien que venga la madre de mi Señor a visitarme? Pues lo mismo fue penetrar la voz de tu salutación en mis oídos que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre. ¡Oh bienaventurada tú que has creído!, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.*

*Entonces María dijo:*

*«Mi alma glorifica al Señor  
y mi espíritu está transportado de gozo en el  
Dios Salvador mío,  
porque ha puesto los ojos en la bajeza de su es-  
clava.*

*Por tanto, desde ahora me llamarán bienaventu-  
rada todas las generaciones,  
porque ha hecho en mí cosas grandes Aquel que  
es todopoderoso, y cuyo nombre es santo  
y cuya misericordia se derrama de generación en  
generación sobre los que le temen;  
hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las mi-  
ras del corazón de los soberbios.*

*Derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los  
humildes.*

*Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos  
los despidió sin nada.*

*Acordándose de su misericordia acogió a Israel,  
su siervo, según la promesa que hizo a nuestros  
padres, a Abraham y a su descendencia por los  
siglos de los siglos.»*

*Y detúvose María con Isabel cosa de tres meses,  
y se volvió a su casa.*

(Lc 1, 39-56.)

### *El espíritu de comunicación*

Apenas la Virgen María supo el milagro de fe-  
cundidad operado en Isabel se dirigió a visitarla.  
«Por aquellos días», dice San Lucas, sin precisar



más. El modo, sin embargo, de expresarse indica no solamente que no transcurrió mucho tiempo entre la Anunciación y la Visitación, sino que ésta fue una cosa inmediata y consecuencia de la primera. Las palabras que el evangelista emplea dan impresión de rapidez —no de velocidad—, de algo que se hace en seguida, sin posponerlo a otras cosas, de algo que es lo primero y que no sufre dilación; al mismo tiempo, hay un cierto matiz de resolución y de fuerza como de quien sabe lo que quiere y adónde va, de quien realiza un deber. El término *exurgens* sugiere no sólo levantarse, sino más bien levantarse con decisión, y es significativo que el evangelista diga que se dirigió a las montañas de Judea *cum festinatione*, es decir, apresuradamente, como con la rapidez de quien está deseando llegar.

Era primavera, cercana, quizá, la Pascua. La aldea, situada hacia el Sur, en la montaña de Judea, se supone ser, probablemente, la actual Ain-Karim. Había, desde Nazaret, varios días de camino —tres o cuatro—, y cae dentro de lo probable que Nuestra Señora los hiciera con alguna de las caravanas que se dirigían a Jerusalén, confundida entre la gente, a solas con su gozoso secreto. Debió de ser para Ella un viaje maravilloso.

Pero ¿por qué el apresuramiento? ¿Y por qué aquel viaje tan repentino? Con un criterio lleno de sensatez rechaza Maldonado, en sus *Comentarios al Evangelio de San Lucas*, la opinión que achaca aquel repentino viaje a la curiosidad de la Virgen por cerciorarse de lo que el ángel le había

atestiguado con referencia a su prima. Es, en efecto, inadmisibile pensar que quien había sentido operarse en sí misma la encarnación del Verbo necesitara ver con sus propios ojos la fecundidad milagrosa de Isabel. Fueron, no cabe duda, la caridad, la humildad, el espíritu de Dios —como dice San Ambrosio— las causas que la impulsaron. Mas para la mentalidad de hoy esto no nos dice demasiado, aun siendo cierto, y es necesario intentar penetrar, en la medida de lo posible, más profundamente en el análisis del misterio para encontrar la lección escrita para nosotros.

Por de pronto, es evidente que no se debe desglosar este apresurado viaje de la Virgen a Judea del hecho de la Anunciación. Ya antes quedó apuntado que el anuncio de la concepción de Juan el Bautista no parece ser una señal para ayudar a sostener la fe de la Señora: ni la pidió, como Zacarías, ni la necesitaba. Más bien parece un modo delicado de darle a conocer que Isabel tenía relación, por su hijo, con el gran misterio. Willam hace notar que el hecho de que enlace el ángel esta noticia, mediante la partícula «también», a la revelación hecha a María de la encarnación del Verbo indica la relación entre ambos, y probablemente debe tomarse así.

No debe olvidarse que la Virgen María no era un ser angélico, sino un ser humano, y que las reacciones emocionales a que está sujeto todo ser humano no le eran ajenas. Es fácil imaginar el estado de ánimo en que quedó tras la desaparición del ángel: rebosante de gozo. Pero el gozo intenso que primero se disfruta a solas, con un recogido-

miento que es concentración de todas las facultades en aquella sensación de felicidad y en el que tiene gran parte un inexpresable agradecimiento, no tarda en desbordarse y en transformarse en alegría. Y una alegría inmensa debió de experimentar la Virgen, ante todo, porque había llegado la hora de Dios tan largamente esperada, porque el Redentor estaba ya en el mundo. El anhelo de las muchas generaciones que, durante siglos enteros y a través de las más extrañas vicisitudes, habían perseverado en la esperanza estaba colmado: Dios había dado testimonio de su fidelidad cumpliendo su Promesa, y el puente que unía a los hombres con Dios, roto por el pecado, iba a restaurarse. Una pesadilla agobiante comenzaba a desaparecer, y la culpa de la humanidad iba a ser pagada.

Pero, además, Ella había sido la elegida. El Espíritu Santo la había cubierto con su sombra y había engendrado en sus entrañas al Mesías. Y la alegría es comunicativa. Hace reír y sonreír, palmotear y dar brincos, es expansiva y tiende a verterse en otros. ¿Acaso la mujer que encontró el dracma que había perdido no fue corriendo a comunicar a sus vecinas su regocijo? (Lc 15, 8 y 9). Y el padre del hijo pródigo, al encontrarse de nuevo con su hijo en casa, ¿no manda, también con apresuramiento, que se haga fiesta, en su deseo de que todos participen de su alegría? (Lc, 15, 22). Nuestra Señora no era en esto excepcional, sino muy como nosotros, muy nuestra. Su desbordante alegría tendía a comunicarse, pero ¿cómo? Y, sobre todo, ¿con quién?

El que San Lucas --en general, todos los evan-

gelistas— sea tan parco en pormenores inesenciales obliga a suplir con propio esfuerzo las pequeñas conexiones. Mas guardémonos de la imaginación; la pura imaginación tiene mucho de caprichoso juego y no se trata de suplir caprichosamente lo que los libros santos no nos dicen, sino de intentar comprender, profundizando, el sentido y la enseñanza que lo que se nos ha revelado encierra. Los medios son el estudio, la reflexión, la meditación y, aún más, la oración al modo como el santo de Aquino lo hacía: orar para comprender mejor. El saber, el conocimiento de la humana naturaleza y sus elementos esenciales e integrantes, todo cuanto el progresivo avance de la ciencia ha ido poniendo al descubierto es útil, porque al enriquecer la inteligencia la dota de una mayor aptitud para penetrar la verdad.

Claro está que no podemos saber qué pensamiento provocaría en la Virgen María su nueva situación. Sí sabemos que la alegría es expansiva. Siempre que se está rebosante de algo se experimenta la necesidad de comunicarlo. Pero es evidente que el prodigioso secreto que Gabriel le había comunicado era, lo primero y ante todo, eso, un secreto; la iniciativa no había partido de Ella, sino que se le había dado noticia de algo que la atañía, compartiéndolo. No era dueña de revelar lo que le había sido revelado, pues, en último extremo, igual que a Ella podía Dios comunicarlo a quien debiera saberlo; la misma atmósfera de intimidad, de soledad, en que el mensaje había tenido lugar era indicio del deseo de mantenerlo velado. Por tanto, no podía hacer partícipe de su

felicidad a nadie... Y, aunque lo hiciera, ¿no se convertiría esa felicidad en amargura? ¿Quién la iba a creer? ¿Quién, siquiera, iba a entender el prodigio que se había operado en Ella, por muy claramente que lo expresara?

Dios, sin embargo, lo había previsto. Isabel era la persona en quien podía confiar, al menos, para alegrarse con ella. Es posible aventurar aquí una explicación, aun cuando quizá pueda tacharse de excesivamente sutil. No obstante, la extremada delicadeza de la Virgen da cierto pie para ello. Gabriel apenas si había hecho otra cosa que darle conocimiento de la fecundidad de su parienta; el que la mencionara dentro del mensaje era indicio, sin embargo, de que no era del todo ajena a él, de que de alguna manera la milagrosa desaparición de la esterilidad de Isabel tenía algo que ver con el gran misterio. Encontró, pues, un camino abierto para su necesidad de expansión; el estado de Isabel era motivo para alegrarse con ella y, a la vez, para dar salida a su propia alegría, para hablar de las maravillas de Dios. En último extremo, el gozo de la Virgen tenía mucho más de gozo en Dios que de propia satisfacción. Necesitaba menos comunicar su secreto que manifestar su alegría y su agradecimiento; se sentía impulsada a romper a cantar en alabanzas a Dios, que tan inmensamente bueno había sido con Ella. Aparte el impulso del Espíritu, el viaje de Nuestra Señora a la casa de Zacarías e Isabel tiene, pues, una raíz —o, al menos, una plausible explicación— en una profunda necesidad humana: la de expansión.

Aquí nos encontramos de nuevo con otro punto de contacto, porque también nosotros, por humanos, sentimos este poderoso impulso de la naturaleza. ¿No fue Santa Teresa, experimentada y dotada de un fuerte sentido de la realidad, quien dijo que toda alma, por muy santa que sea, necesita un desagadero? Lo que importa, por tanto, es dar a ese sentimiento un cauce adecuado, porque en esto, como en todo, la desviación puede ser perniciosa no ya sólo en el campo sobrenatural (donde mayor suele ser el estrago), sino incluso en la misma personalidad humana.

El hombre es un ser sociable y no puede mantenerse encerrado en sí mismo con sus propios problemas y preocupaciones. El hombre ensimismado —el término se toma en sentido literal, no en el de estar absorto en especulaciones de tipo teórico— es refractario e inadaptado. El espíritu de comunicación, al ponernos en contacto con nuestros semejantes, enriquece interiormente, porque nos completa. Y, si se considera la cuestión en un sentido negativo, el desahogo es saludable, porque hay, a veces, cosas que de no expelerlas se nos pudren dentro. El éxito de Freud se debe, sobre todo, al haber acertado en lo que, en expresión un tanto libre, podemos llamar «confesión laica»: sacar fuera lo que por dentro estorba, porque alivia al espíritu de un fuerte peso.

La cuestión, sin embargo, no es tanto esto —que, por lo demás, es hecho evidente para todo el que medite un poco sobre ella—, como el darle el cauce debido. La cuestión está —según hemos visto que se presentó a Nuestra Señora— en el cómo

y en el quién. Porque la forma más normal en que el espíritu de comunicación se manifiesta no es la vida social, el trato con los semejantes, pues esto es, en último término, consecuencia del ser sociable del hombre, sino en ese otro trato más personal e íntimo que se conoce con el nombre de confidencia.

La confidencia resuelve el *cómo* dar salida adecuada a ese impulso íntimo de comunicar algo que pesa, alegremente o con fuerte y oscuro lastre, en el alma. Ahora bien, la confidencia se hace a una persona, no a una multitud. Y como la confidencia requiere comprensión, no se hace a cualquier persona, sino a quien nos merece confianza por lo que es o por lo que Dios le hace ser para con nosotros. La confidencia exige una cierta intimidad, y, si esta intimidad no existe, la crea; requiere que la persona a la que nos confiamos sea capaz de hacerse cargo, esto es, de penetrar hasta la raíz de aquello que se le comunica: si no, no puede comprender. «El apostolado cristiano —y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales— es una gran catequesis, en la que a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 149).

Tiene, además, efectos recíprocos: habiendo co-

municación, sincera expresión de íntimos y auténticos sentimientos, ambas partes reciben y crecen interiormente: la que hace la confidencia, porque, al dar expresión a su alegría o a su angustia, se libra de algo que la oprime (también la alegría puede ser opresiva); la que la recibe, porque, al ser objeto de semejante prueba de confianza, la hace aumentar su sentido de responsabilidad y, con frecuencia, superar su propio egoísmo para pensar en la alegría o tristeza del prójimo.

Es evidente que el aspecto más delicado de la cuestión está en escoger a la persona adecuada. La Virgen procedió con toda naturalidad al escoger a Isabel, y de aquí esa impresión de facilidad que da el Evangelio. Pero procedió con suma discreción: Isabel era la única persona en quien podía confiar..., por la sencilla razón de que Dios mismo, por el ángel Gabriel, la había designado. No se guió la Virgen María por simpatía, corazonada o simple criterio humano: quizá en este caso hubiera elegido a José, a aquel hombre justo que Dios había puesto a su lado. Pero no se guió por criterio humano, sino por criterio sobrenatural, y esto es lo que no debe olvidarse jamás. Para pedir un consejo en un asunto de tejas abajo, o confiar una preocupación de orden puramente humano, quizá baste elegir a quien tenga seso, prudencia y discreción, mas para todo cuanto de alguna manera se refiere al alma y a un orden superior, entonces se requiere especial finura de espíritu para saber con quién quiere Dios que demos salida al espíritu de comunicación. Pues se corre el peligro, si sólo a motivos humanos se



atiende, de que no entiendan ni comprendan; y entonces la alegría se torna amargura, y la amargura desemboca en incomprensión que no alivia; y en ambos casos se experimenta la desazón, el íntimo malestar de quien ha hablado demasiado, con quien no debía, de lo que no debía.

Es bueno tener espíritu de comunicación, si le acompaña, como en la Virgen María, el espíritu de discreción. Asombra comprobar, en cualquiera de las manifestaciones que el Evangelio nos muestra de la vida de María, hasta qué punto estaba penetrada del Espíritu Santo, hasta qué extremo era la gracia la fuerza que movía incluso la más insignificante de sus acciones. La elección de la persona con la cual iba a compartir su júbilo no fue un acto puramente personal, pues también aquí, como en la Anunciación, se limita (¡qué difícil le es al hombre saberse limitar, saber contener su iniciativa dentro de los límites propios!) a aceptar. La mención de Isabel en el mensaje suponía incluirla en la intimidad de lo que en el mensaje se revelaba.

Este elegir —mejor, aceptar— a la persona indicada para la confidencia es algo sumamente importante. Dada la necesidad, en muchos casos, de abrir el alma y dar rienda suelta a lo más íntimo y delicado que en ella se alberga, la confidencia entra de lleno en la vida, y, puesto que exige comprensión, sólo quien espiritualmente está capacitado puede servir y llenar la función de compartir la intimidad del alma. La parábola del Buen Pastor ilustra, en no pequeña medida, cuanto ahora se quiere expresar: sólo el que tiene ciertos de-

rechos —por designio de Dios y no por otra razón— puede entrar por la puerta; los demás no dejan de ser salteadores que causan estragos y que, ciertamente, no buscan el bien de las almas. «Permitidme un consejo: si alguna vez perdéis la claridad de la luz, recurrid siempre al buen pastor. ¿Quién es el buen pastor? *El que entra por la puerta de la fidelidad a la doctrina de la Iglesia; el que no se comporta como el mercenario que viendo venir el lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño* (Jo, 10, 1-21). Mirad que la palabra divina no es vana; y la insistencia de Cristo —¿no veis con qué cariño habla de pastores y ovejas, del redil y del rebaño?— es una demostración práctica de la necesidad de un buen guía para nuestra alma» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 34). Todo el que, valiéndose de motivos bastardos —curiosidad, afán de dominio, vanidad, celo mal entendido, cualquier móvil no informado por un espíritu sobrenatural—, busca penetrar, con violencia o astucia, en la intimidad ajena, es ladrón y salteador. Análogos efectos se producen cuando un criterio exclusivamente humano (simpatía, etc.) es el que lleva a escoger la persona con quien hacer la confianza, que entonces, más que desaguadero, suele ser despeñadero. En tales casos la confianza no sólo no es provechosa, sino que generalmente daña. Hay como una usurpación, y el resultado no suele ser el júbilo y la paz, sino un desasosiego que con frecuencia se parece al remordimiento de quien ha violado un secreto que no le pertenecía.

*La calidad del instrumento*

Lo primero que hizo María en cuanto llegó a casa de Isabel fue algo muy sencillo y muy vulgar: saludarla. Una cosa elemental. Todo el mundo hace lo mismo tan pronto llega a una casa, pero nunca sucede nada extraordinario. Se llega, se saluda, hay una correspondencia a ese saludo y se inicia la conversación.

Los hechos, sin embargo, en aquel pequeño pueblo situado en las montañas de Judea no se desenvolvieron exactamente según este patrón normal. Al oír la voz de la Virgen, al sentir quizá su contacto con el abrazo de salutación, mientras sonaban en sus oídos las acostumbradas palabras: «La paz sea contigo», Isabel experimentó algo desusado, increíble, algo que le impidió responder al saludo tan pronta y vulgarmente como de seguro hubiera hecho de no mediar aquella cosa extraña. Isabel, encinta de seis meses, percibió con toda claridad y sin lugar a dudas cómo su no nacido hijo daba saltos de júbilo en su vientre. El Precursor comenzaba, antes de nacer, su papel de mensajero de Jesús, dando testimonio de su presencia de la única manera que por entonces le era posible, esto es, moviéndose jubilosamente en el vientre de su madre. La misma Isabel se sintió llena del Espíritu Santo y en un fugaz momento lo comprendió todo. ¿Acaso Gabriel, al anunciar a Zacarías la concepción y el nacimiento del Precursor, no había profetizado que sería lleno del Espíritu Santo «ya desde el seno de su madre»?

(Lc 1, 15). Isabel lo sabía, pero ignoraba cuándo y cómo había de suceder aquello. Y al oír la salutación de María y la conmoción del niño en su seno, el Espíritu Santo la ilustró acerca de todo el misterio. Ahora ya se explicaba el porqué de los movimientos jubilosos de su todavía no nacido hijo, la razón del bienestar, de la profunda y radiante dicha que la inundó repentinamente, y comprendió el misterio que María había visto realizarse en sí misma. «¡Tú eres la bendita entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre!», exclamó, más como manifestación de su descubrimiento que en contestación al saludo.

Todo ocurrió en un momento, en sólo unos minutos acaso, y todo fue resultado del hecho, tan simple, de que Nuestra Señora llegase y la saludara. Pero ¿cómo es posible que cosa tan sencilla y corriente provoque tal cantidad de acontecimientos? No es, por cierto, una hipótesis aventurada el suponer que no era aquélla la primera vez que la Virgen María había ido a casa de Zacarías y había saludado a Isabel, pero nunca había ocurrido nada digno de mención. Al menos, no sabemos de ninguna otra relación entre María e Isabel, anterior a la Encarnación, que hubiese producido efectos tales, ni tenía, ciertamente, por qué producirse.

La novedad estuvo en que Nuestra Señora no iba sola, ni era exactamente como otras veces, como antes, aunque sin dejar de ser Ella misma. La bienaventurada Virgen María llevaba en sus entrañas al Verbo, al Hijo de Dios. Dios mismo había tomado posesión de su ser, y después de la

unión que entre sí tienen las Divinas Personas, no la hay mayor que la habida entre María y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La Virgen María saludó a Isabel y Juan el Bautista saltó de placer en las entrañas de su madre, El siguiente encuentro de Juan con Jesús se verificó treinta años después, a orillas del Jordán, pero fue cara a cara, sin que nadie se interpusiera entre ambos. En el momento de la Visitación, sin embargo, los dos estaban escondidos; había entre ellos como un doble muro, María e Isabel, y el Señor no se comunicó directamente, sino a través de la Virgen, de su presencia y su voz. Y a Juan su madre sirvió asimismo de intermediaria. Isabel oyó la salutación y *su hijo* se estremeció de alegría. Fue como si un rayo de sol atravesara un cristal, incidiera en un brillante espejo y fuese a herir un objeto. La Virgen fue, a la vez, portadora de Cristo y el instrumento de que Él se valió para santificar a Juan y llenar del Espíritu Santo a Isabel. Su presencia física, su voz, fueron vehículos de la gracia. Nuestra Señora no sólo no fue como un muro opaco que entorpece la manifestación de lo que hay más allá de él, sino, al contrario, el medio que facilitó esta manifestación.

Este ser-instrumento expresa, casi tan bien como el vocablo «criatura», o aún quizá mejor, lo que fue el conjunto de la vida de María con relación a Dios, y lo que tiene que ser, también, la vida de cada uno de nosotros. Porque, en la creación, o se es instrumento en manos de Dios o se corre peligro inminente de quedar absolutamente

estériles. Es posible que la no excesiva generalización del concepto de la criatura como instrumento sea causa del escaso desarrollo de esta idea dentro del campo ascético, a pesar de que, sin duda, expresa con notable claridad nuestras habituales relaciones con Dios, nuestra situación y, al propio tiempo, nuestro quehacer, tanto en lo que tiene de limitación como en lo que posee de peculiar. Evidentemente, aquí, como en tantos otros campos, la progresiva desvinculación del pensamiento respecto a la Teología, la excesiva consideración del hombre *en sí mismo* con exclusión de todo otro factor, ha sido nociva desde el punto que ha ido abriéndose paso el concepto del hombre como ser independiente, cuando sólo en cierto sentido y hasta cierto punto puede ser considerado como tal. El humanismo presta aquí un flaco servicio, pues oscurece la visión y desvirtúa lo que propiamente es el hombre, sustrayéndole al ámbito en el cual está inserto y desligándole de todo cuanto le da consistencia y le hace ser lo que es.

Ya antes se vio la importancia que en el ser de cada uno y en su existir tiene el designio, la elección de Dios. Es Él quien dirige la creación, quien conduce todo hacia el fin que Él mismo ha trazado. Esto es así quierase o no, se admita o no se admita: es un hecho real, independiente de todo razonamiento humano. Las criaturas son medios elegidos por Dios para realizar ese fin, son sus instrumentos. Cuando la criatura está hecha a su imagen y semejanza, esto es, cuando la criatura es inteligente y libre, ese instrumento tiene que obrar

de acuerdo con su ser: inteligente y libremente. Entonces no es un instrumento ciego o mecánico, y su actuación tiene que ser colaboración. «Desde el comienzo de mi predicación os he prevenido contra un falso endiosamiento. No te turbe cono-  
certe como eres: así, de barro. No te preocupe. Porque tú y yo somos hijos de Dios —y este endio-  
samiento es bueno—, escogidos por llamada divina desde toda la eternidad: *nos eligió el Padre, por Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia* (Eph, 1, 4). Nosotros, que somos especialmente de Dios, ins-  
trumentos suyos a pesar de nuestra pobre miseria personal, seremos eficaces si no perdemos el co-  
nocimiento de nuestra flaqueza. Las tentaciones nos dan la dimensión de nuestra propia debilidad» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 160).

Ahora bien, hay dos condiciones que, a primera vista al menos, son indispensables en un instru-  
mento para que verdaderamente sea útil: la cali-  
dad y la docilidad. Un instrumento que carezca de calidad no sirve, porque no es adecuado a aque-  
llo para lo cual está destinado. Es, realmente, muy difícil que un cuchillo de plomo o de cartón pueda ser utilizado para cortar, o que con un pin-  
cel de barro húmedo puedan pintarse buenos cua-  
dos, ni tampoco malos. Pero un instrumento que posea una excelente calidad y obre por su cuenta es tan poco provechoso como el que carece de cualidades apropiadas. Un cuchillo —por seguir el mismo símil— de excelente acero, bien templado y afilado, que se moviera por sí y no se dejara manejar a voluntad, podría cortar muchas cosas

que no debiera: no sólo no sirve, sino que puede hacer mucho daño; un pincel perfecto, pero que no sea dócil en manos del pintor, por muy excelente que sea, basta para estropear el mejor lienzo. Tan necesaria es la calidad como la docilidad, y tan inútiles y desesperantes somos por defecto de la una como de la otra.

Pero ¿qué es, en qué consiste y dónde radica la calidad en una persona? Porque es evidente que, si hemos de ser instrumentos en manos de Dios para colaborar con Él, una cierta capacidad mínima, una adecuada calidad, es indispensable, pues, de lo contrario, en lugar de servir se corre el riesgo de ser un estorbo, algo inútil con lo que no se puede contar. No se trata, por tanto, de posibilidades, sino más bien de realidades, las que en cada momento debe reunir un sujeto de acuerdo con su desarrollo y con las circunstancias que Dios le ha deparado.

Pensemos, por un momento, en el Señor, tal como se nos aparece en los Evangelios. Vive en medio del mundo, plenamente inmerso en el ambiente de su pueblo y de su época, desarrollando su vida con naturalidad. El principio agente, en Él, era la Persona, esto es, el Verbo, la Divinidad. Pero el Verbo actuaba en y a través de la naturaleza humana —cuerpo y alma— de Cristo. Y esto, lo humano que había en Jesucristo, era el principio instrumental de que se servía la Segunda Persona de la Trinidad para manifestarse. Su voz y su gesto, la imposición de las manos y la mirada, la expresión y el aspecto físico, lo mismo que su lealtad y simpatía, su firmeza y su comprensión,



su inteligencia humana y el léxico, todo lo que en Él había de humano era instrumento de la Divinidad.

La calidad, pues, radica en nuestra personalidad humana y tiene como base todo ese conjunto de gracias naturales, de talentos, de que Dios ha dotado a cada uno. Dios creador es quien nos modeló a nosotros, sus criaturas; Él es el artífice de nuestra personalidad, de nuestra manera de ser. Él fue quien nos dio un determinado grado de inteligencia, los sentidos y el conocimiento, la salud y las aptitudes determinadas que cada uno posee, la memoria y la voluntad, la constitución física y el temperamento. Pero tratándose de hombres, esto es, de seres hechos a imagen y semejanza de Dios, debe existir colaboración. Dios dota de cualidades, pero cada uno debe desarrollarlas y perfeccionarlas; incluso desde un punto de vista por entero ajeno a toda idea sobrenatural, esto debe ser así: «El fin de esta vida es el desarrollo de la personalidad. Realizar nuestra propia naturaleza cabalmente: para esto hemos venido. Hoy los hombres se asustan de sí mismos. Han olvidado el más alto de los deberes, el deber que uno se debe a sí mismo. Sí, son caritativos: dan pan al hambriento y vestido al mendigo; pero sus propias almas se mueren de hambre y van desnudas.» Tales palabras, dichas por un despreciable personaje de Oscar Wilde, transparentan confusamente algo que el católico Oscar Wilde llevaba dentro de sí mismo y que es verdad, porque, en último término, la personalidad es la fidelidad al peculiar modo de ser que Dios dio a cada uno.

Y Dios no quiere prescindir de nosotros. Su amor le lleva a —y valga la expresión— necesitar de nosotros, de nuestra pobre y modesta ayuda para hacer su obra en cada uno. Deja en nuestras frágiles manos y a merced de nuestro esfuerzo el desarrollar esas cualidades que al nacer depositó en cada persona, el acrecentar esos talentos, o, por el contrario, permite que los dejemos atrofiar o incluso que los deformemos o empleemos mal. Muchos cristianos aparentemente normales —que, por otra parte, no dejan de cumplir hasta escrupulosamente lo que de un modo habitual se conoce con el nombre de «deberes religiosos»—, son, en el fondo, seres contrahechos, deformes, retrasados o monstruosos si se les considera desde un punto de vista total, es decir, sobrenatural y humano a la vez: desde el punto de vista de Dios. Unas veces, por falta de cultivo, han dejado que se anquilosen magníficas cualidades regaladas por Dios para que con ellas le sirvieran y le diesen gloria; otras, por desconocimiento o negligencia, talentos evidentes no se han desarrollado todo lo armónicamente que cabía esperar.

Este perfeccionamiento de la parte humana y sobrenatural de nuestro ser, tanto en las cualidades físicas como de las del espíritu, es, para el que quiere servir eficazmente a Dios según Él desea ser servido, indispensable. Sobre que no es conveniente —por la cuenta que nos tiene— olvidar que el siervo de la parábola de los talentos (Mt 25, 30) fue arrojado a las tinieblas exteriores por inútil y perezoso, por haber enterrado el talento recibido y no haberlo hecho fructificar, des-

de el punto de vista sobrenatural es cierto (y se nos aparece con una claridad meridiana) que el intento habitual de mejorar la propia calidad de instrumento ofrece un vasto campo a la lucha ascética, pues impone constantemente renunciamientos y afirmaciones que son auténticos ejercicios de mortificación. Sólo así es posible llenar el primero de los requisitos que el Señor pidió a sus servidores: encontrarlos *buenos*. «El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere —insisto— muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a Él, que es *perfectus Deus, perfectus homo*» (J. Escrivá de Balaguer, *Virtudes humanas*, folleto MC, Madrid, 1973, p. 21).

La calidad, digamos, de la Virgen María era tal que su voz, en un alma sensible a lo sobrenatural como la de Isabel, bastó para despertar sentimientos profundos y maravillosos. El Señor no sólo no encontró en su Madre obstáculo alguno, sino que, por el contrario, halló como una transparencia tal que a través de Ella se le veía a Él. No hubo en la Virgen María nada que oscureciera o desfigurara a su Hijo, nada que impidiese la libre manifestación de la Divinidad que la habitaba. Y solamente la naturaleza humana de Jesucristo, a la que estaba hipostáticamente unido el Verbo, superó en calidad a María.

El orden establecido por Dios en el mundo es tal que nunca dos almas se ponen directamente en contacto. Cada una de ellas está habitando un cuerpo. En el mundo no hay almas, sino personas, y cada una de ellas es un compuesto de

alma y cuerpo. Lo humano es, por tanto, algo con lo que hay que contar para servir a Dios, para la santidad, en último extremo. La gracia no destruye la naturaleza: la perfecciona, elevándola a un plano sobrenatural y purificándola de las inclinaciones malsanas, de las taras y deformidades, de las impurezas que el pecado original le imprimió. De aquí que las personalidades más logradas, más completas y armónicas, las encontremos en los santos. No es posible pensar siquiera que pueda alcanzar la perfección —la santidad sobrenatural— quien humanamente no es honrado, y es difícil concebir, por mucha imaginación que se posea, que un hombre cobarde, o embustero, u holgazán, o falso, o desleal, o egoísta, pueda ser buen instrumento. ¿Cómo es posible que tenga delicadeza interior para con Dios quien humanamente sea un soberbio para con sus semejantes?

Por lo demás, Nuestra Señora apenas si hizo otra cosa que las vulgares y corrientes, las que millones de personas hacen todos los días: ir a casa de unos parientes, saludar, sonreír, prestar pequeños servicios... Realmente, ¿para qué más? Es muy probable que el Señor no espere de nosotros cosas mucho más allá que éstas, ni acciones asombrosas o extraordinarias, sino esos menudos quehaceres diarios, *aparentemente* monótonos, tanto como puede serlo un saludo o una visita. Pero si, como la Virgen María, somos portadores de Cristo y, en cuanto instrumentos, tenemos la calidad que el Señor espera, entonces será casi irremediable que nuestra simple presencia hable a la gente de Dios. «Jesús en el camino. ¡Señor, qué

grande eres siempre! Pero me conmueves cuando te allanas a seguirmos, a buscarnos, en nuestro ajetreo diario. Señor, concédenos la ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara, que permiten entenderte cuando vienes sin ningún signo exterior de tu gloria» (J. Escrivá de Balaguer, *Hacia la santidad*, folleto MC, Madrid, 1973, p. 39). Es bonito pensar que la llegada de María a casa de Isabel desparramó una suave sensación de dicha, de cosa consumada, de paz total. Eso tan hermoso que es ser sembradores de paz y de alegría (la expresión es de Mons. Escrivá de Balaguer), difusores del ser y existir cristianos —esto es, del espíritu de Cristo— es cosa que no sólo no está fuera de nuestro alcance, sino que debe ser la primera y más lógica secuela de vivir en cristiano hasta en la más pequeña de las acciones; algo, en suma, que el Señor nos pide y se hará inevitable si somos consecuentes con nuestro propio ser. Y el cultivo de los talentos depositados por Dios en nosotros, el mejoramiento de la propia calidad, ¿no será necesario para ser cada vez menos opacos, para que la naturaleza no oscurezca ni deforme la acción de la gracia, para tener cada vez una mayor aptitud de comunicación?

### *Primacía de la fe*

En la reacción de Isabel ante la llegada de Nuestra Señora hay una progresiva y gradual revelación de sentimientos. A la primera impresión de natural sorpresa y alegría que debió de experimentar

al verla, sucede el asombrado descubrimiento del prodigioso misterio operado en María que le hizo exclamar: «¡Tú eres la bendita entre las mujeres!» Ya el Espíritu Santo le había inundado de luz y sólo así pudo conocer lo que estaba oculto; ninguna otra persona lo supo ni pudo adivinarlo, pues sólo por medios sobrenaturales era accesible el misterio. Casi inmediatamente pasa a la primera consecuencia, a la admiración, llena de gratitud por el honor que le ha sido dispensado, ya que la que tenía ante sí no era simplemente María, sino la «Madre de mi Señor», hecho evidente, ya que había notado cómo su hijo Juan había sido santificado en su seno. El mismo sentimiento de humildad, la misma convicción con que la Virgen expresó su modesta condición de criatura en el *Ecce ancilla Domini*, se encuentra —si bien en un grado inferior— en la expresión de Isabel: «¿Y de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme?» (Lc 1, 43).

Pero no es tanto este movimiento de humildad que hace ver a Isabel el inmerecido honor de que ha sido objeto, como otra afirmación (que generalmente pasa inadvertida, o al menos sin el relieve que lógicamente parece se le debe dar) lo que es preciso considerar aquí.

Hay, en efecto, algo que es realmente como para llamar la atención a poco que se reflexione. Al llenar el Espíritu Santo a Isabel de su gracia no sólo la hizo comprender el misterio de la Encarnación, sino que la impulsó a una declaración de afectos, cuya autenticidad está patente por ser obra del Espíritu Santo. Todo cuanto en aquella ocasión salió

de los labios de la esposa de Zacarías llevaba el sello de un fuerte impulso de la gracia. Hablaba plenamente inspirada. Y he aquí que en el momento más alto de inspiración, y siguiendo en la manifestación gradual de sus sentimientos, desembo-ca como culminación de todo ello en una alabanza de la fe de Nuestra Señora.

Sin duda debe tomarse este hecho en consideración. Lo primero que al pensar en la Virgen María se nos ocurre considerar ordinariamente es su pureza virginal, delicadísima; o su prodigiosa humildad, o la extremada e insuperable docilidad a los designios de Dios, o su fidelidad en la Cruz... En todo se nos ocurre pensar menos en su fe, precisamente en aquello que el mismo Espíritu Santo impulsó a que Isabel alabase por encima de toda otra virtud.

Tampoco ahora el Espíritu Santo violentó la humana naturaleza ni prescindió de ella. Isabel tenía un poderoso estímulo para referirse, precisamente, a la fe de Nuestra Señora, porque también Zacarías, su esposo, había recibido una embajada del ángel, del mismo Gabriel que había visitado a María, y había escuchado de sus labios un mensaje de Dios que colmaba sus más caras ilusiones. El ángel le había anunciado que su esposa Isabel iba a concebir un hijo, porque su oración había sido escuchada. (La revelación se dirigió a Zacarías, no a Isabel, pues ella no iba a concebir por obra del Espíritu Santo, sino por obra de varón.) Pero Zacarías no había sido tan dócil, tan sencillo y confiado como la Virgen María. El era, ciertamente, un hombre piadoso, fiel servidor, justo y

temeroso de Dios, un hombre que siempre había andado en su presencia *sine querela* (Lc 1, 6), con el mejor y más sincero deseo de agradarle. Zacarías, al ver al ángel, también había experimentado ese choque de la naturaleza al encontrarse, de repente, ante una potente manifestación de lo sobrenatural, y se sintió sobrecogido de temor. Mas el ángel le dijo: «No temas, Zacarías, pues tu oración ha sido bien despachada, y tu mujer, Isabel, te parirá un hijo...» (Lc 1, 13). Como María, el viejo sacerdote había escuchado atentamente, pero... no reflexionó en su interior y le flaqueó la fe. ¡Era tan absurdo aquello que el ángel le decía! Su esposa, Isabel, era estéril, y los dos, de avanzada edad. ¿Cómo iba a ser posible aquello? Zacarías tenía muchos años, conocía la vida, poseía una larga experiencia y estaba de vuelta de muchas cosas. No era su edad la de los fáciles entusiasmos, ni era un chiquillo como para creer a pies juntillas lo primero que se le dijera, por mucho que ello le halagara. ¡Tantos años, en su juventud, pidiendo sucesión con toda la fuerza de sus ilusiones sin que la hubiera, y ahora, a la vejez, cuando el vigor de la naturaleza había decaído y la fuerza de la oración declinado, se iba a cumplir el deseo! Quizá Zacarías temió, tan grande había sido su anhelo, dar cabida a la esperanza y verse de nuevo defraudado; quizá había sufrido en silencio, con Isabel, durante los mejores años de su vida, por el oprobio que sobre ellos arrojaba la esterilidad del matrimonio, y no quería sufrir otro desengaño a la vejez, cuando la resignación había dejado paso a la conformidad y la amargura a la paz.



Este pesimismo que había anidado en el corazón noble y recto de Zacarías le oscureció la visión sobrenatural y le impulsó a pedir una confirmación, una prueba de que aquello que se le anunciaba iba a ser cierto, una evidencia humana. «Pero Zacarías respondió al ángel: ¿Por dónde podré yo certificarme de eso? Porque yo soy viejo, y mi mujer de edad muy avanzada» (Lc 1, 18). El ángel, entonces, le obligó a que creyera. Zacarías pidió una prueba y la tuvo, pues enmudeció hasta que todo lo anunciado tuviese cumplimiento.

Pero aunque todo esto pesara en el ánimo de Isabel, cuando alabó la fe de la Virgen María obra impulsada por el Espíritu Santo, que confirmaba así el mérito excepcional de la llena de gracia. Porque el creer contra toda humana evidencia, por encima de todos los posibles razonamientos y aun de todas las leyes de la naturaleza, merece, ciertamente, alabanza. No hay en toda la Escritura una manifestación tan poderosa de fe como la que dio Abraham, pero aun ésta tiene que ceder ante la que mostró la Virgen María.

El texto difiere ligeramente en la *Vulgata* del original griego. Según la *Vulgata*, deben traducirse las palabras de Isabel en este sentido: «Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán...» El texto griego dice: «Bienaventurada la que creyó que se han de cumplir...» Tanto importa la traducción latina como el original griego para el caso, porque, cualquiera que sea el texto que se considere, la lección de fe es la misma.

Tampoco en punto a la fe de María en el momento de la Anunciación es hacedero captar hasta

su más profunda raíz. En apariencia todo es fácilmente explicable en la Virgen, pero en este nuestro parecer influye no poco la costumbre con que siempre, desde la niñez, estos hechos nos son familiares tal como el Evangelio los relata. Por de pronto hemos de tener en cuenta que la idea de maternidad estaba completamente fuera de toda perspectiva que la Virgen María pudiera tener respecto de su propio futuro. Entre los judíos existía la costumbre de casar pronto a las mujeres y la esterilidad se consideraba como un oprobio, como un castigo de Dios, pues la mujer que no daba descendencia al marido eliminaba toda posibilidad de contarse entre los ascendientes del Mesías; fuera de esto, la consideración de los hijos como fruto y culminación del matrimonio, como perpetuación de la propia casa y del linaje, era mucho más viva de lo que hoy es. La total entrega a Dios que María hiciera desde niña la apartaba ya, por principio, de la línea del Salvador. El mensaje del ángel, por tanto, la sustraía de repente y radicalmente a todo lo que hasta entonces había sido el ámbito de sus perspectivas vitales, descubriéndola un horizonte tan vasto e inimaginable, tan por encima de todo lo humano, que era imposible, con la pura razón, penetrarlo.

Nuestra Señora no tuvo, ni podía tener, ninguna garantía humana de que aquello iba a suceder. Que una mujer conciba sin intervención de varón es algo que cae fuera de las leyes naturales; que sea Madre de Dios es impensable. Todo cuanto había escuchado de boca de Gabriel excedía con mucho de los horizontes habituales dentro de los

cuales se había ido desarrollando su vida, y, lo que es más, de todo horizonte humano. Se le proponía —se le anunciaba— algo del todo incomprensible, y nada podía encontrar en sí misma que justificara o explicara semejante anuncio a Ella precisamente. Se le exigía algo de una grandeza realmente sobrehumana, una ilimitada, absoluta y ciega creencia en la palabra de Dios, tanto para el hecho de la Encarnación como para cuanto de tal hecho se iba a derivar. Humanamente considerado, todo aquello —incluida la presencia del ángel— era un absurdo, un sueño que se disipa tan pronto como pasa el estado mental que lo provoca o lo permite, algo que desde un punto de vista natural carece de lógica y de sentido. Pensemos en la reacción de cada uno de nosotros ante un hecho semejante. Zacarías, ante un hecho infinitamente más pequeño, se resistió a creer: le parecía inconcebible. Dios no permitió que la incredulidad de una criatura entorpeciera sus planes y, al buscar Zacarías una evidencia humana, se la dio y le obligó a que creyera.

Pero María era la llena de gracia y la criatura más humilde que puede concebirse. Se le exigió más que a Abraham. Ella no comprendió (el misterio lo siguió siendo), pero *creía* en Dios y en su omnipotencia, *sabía* que había hablado a sus antepasados, *conocía* las promesas... Creyó, sin un titubeo, lo que Dios le comunicaba por Gabriel, sin pedir señales sensibles, pobres pruebas que entrarán por los ojos y que proporcionarán ese punto de apoyo humano que tantas veces se mendiga. Pese a la aparición del ángel, existe un portentoso

y difícilmente abarcable acto de fe en la aceptación del mensaje. La Virgen se fio de Dios, creyó cuanto se la comunicaba, y el Verbo se hizo carne. El crecimiento interior y la madurez que en un instante experimentó María caen fuera de lo mensurable, como si de pronto hubiera sido trasladada a un plano superior, más cercano a Dios, con toda la claridad y fuerza que ello significaba, con esa íntima sensación de profundidad que da el haber penetrado, a través de espesos estratos, hacia el centro donde todo se encuentra y todo se explica.

Es inútil querer tener, ante el llamamiento a una vocación cualquiera, la señal, la prueba sensible que, en un orden humano, haga evidente la realidad sobrenatural de la vocación. La fe es necesaria para todo cuanto hace referencia a un mundo superior, al mundo sobrenatural. Siempre es posible, al llegar a esa tenue y delgada zona que sirve de límite entre lo temporal y lo eterno, entre la naturaleza y la gracia, entre lo humano y lo sobrenatural, que surja, no la objeción, sino la duda. Hay una íntima relación entre la humildad y la fe, entre la soberbia y el escepticismo. No son —no suelen ser, por lo menos— motivos objetivos de orden secamente racional los que, en último extremo, deciden esta cuestión, sino la gracia.

Acaso sea la parábola de Lázaro y el rico Epulón la que de un modo más claro ilustre el sentido de cuanto aquí quiere expresarse. Cuando Epulón suplica a Abraham que envíe a Lázaro a casa de su padre, para que aperciba a sus cinco hermanos con el fin de que rectifiquen su conducta y cam-

bien de vida, Abraham le responde: «Tienen a Moisés y a los profetas. Escúchenlos.» «No —replicó Epulón—, ¡oh padre Abraham!, pero si alguno de los muertos fuere a ellos harán penitencia.» Respondióle Abraham: «Si a Moisés y a los profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucitase tampoco lo creerían» (Lc 16, 27-31). Las últimas palabras son concluyentes. Para el que quiere dudar, para el que se resiste a creer cuando hay suficientes, y aun sobrados, motivos de credibilidad, no hay argumento posible. Cuando se pide una señal y se obtiene, no todo el mundo reacciona al estilo de Zacarías, creyendo, al ver confirmado el mensaje con la prueba deseada; nuevas dudas pueden, a su vez, cercar la validez o autenticidad de la señal que se ha concedido.

Esta primacía de la fe, esta importancia extraordinaria del creer en Dios, apenas apuntada en la alabanza de Isabel, está patente a lo largo del Evangelio. En pocos extremos, en efecto, insiste tanto el Señor como en este de la fe. El llamamiento continuo, tenaz, insistente, impulsa a la reflexión pausada de una multitud de textos evangélicos tan poderosamente rotundos y explícitos que, al menos en cierta medida, asombra que los cristianos seamos en tantas ocasiones tan rutinarios. Lo que hizo que un puñado de hombres toscos, sin medios, sin estudios, sin influencia ni relaciones, cambiaran la faz del mundo fue esa arma poderosa que es la fe en Cristo. Los apóstoles no tenían más que eso. Toda la predicación de San Pablo está centrada en la fe. No fue eficaz por la sabiduría humana, ni por la elocuencia de las

palabras, sino porque era un hombre que creía. San Juan, con toda su ternura, pero también con una gran firmeza, declara: «Todo el que es hijo de Dios vence al mundo; y lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo en nuestra fe» (1 Ioh 5, 4). Santiago el Menor, en su Epístola Católica, todavía nos habla más directamente, como si hubiera presentido la debilidad de los hombres de hoy: «Pero pídale (la sabiduría) con fe, sin sombra de duda; pues quien anda dudando es semejante a la ola del mar, alborotada y agitada del viento acá y allá» (Iac 1, 6). «Si eres capaz de creer —dice Jesús al padre del muchacho lunático—, *todo es posible para el que cree*» (Mc 9, 22).

Los textos, explícitos y claros, podrían multiplicarse indefinidamente. Cuando, a raíz de la multiplicación de los panes y los peces, los judíos que habían sido testigos y beneficiarios del milagro preguntan a Jesús: «¿Qué es lo que hemos de hacer para ejercitarnos en obras del agrado de Dios?», Jesús les respondió: «La obra agradable a Dios es que *creáis* en aquel que Él os ha enviado» (Ioh 6, 28 y 29). Con todo, y a pesar de la fuerte insistencia del Señor y de sus discípulos, a pesar de que la condición fundamental, básica, la primera de todas, para entrar en el Reino de los Cielos es la fe, hoy es quizá la virtud que menos intensamente se vive entre los cristianos. Una gran parte de ellos dan la impresión de que creen tan sólo teóricamente, en un rincón del cerebro, sin que todo lo que esta fe afirma tenga la más mínima influencia en la vida real y cotidiana. Esta fe de cristiano —de discípulo de Cristo—, que

había de conformar tanto la mentalidad como cuanto de ella surge, lo mismo las ideas que los criterios para obrar, es en muchas almas absolutamente inoperante: ni conforma las mentalidades ni modela los criterios. De aquí esa inconsecuencia en la vida de los cristianos y de las sociedades que se llaman cristianas. Hay como una profunda fisura entre mundos distintos, como una evidente y lamentable falta de unidad de vida, tal como si hubiera en el ser de cada persona compartimientos estancos. En este sentido escribe Mons. Escrivá de Balaguer: «el doble aspecto de nuestro fin —ascético y apostólico— está tan intrínseca y armónicamente unido y compenetrado con el carácter secular del Opus Dei, que da origen a una *unidad de vida* sencilla y fuerte —unidad de vida ascética, apostólica y profesional—, y hace que nuestra existencia entera sea oración, sacrificio y servicio, con un trato filial con la Trinidad Beatísima» (*Carias*, Roma, 14, II, 1950, n. 5).

El problema está patente a la mirada de cualquiera que examine la cuestión y es hoy, probablemente, el más grave y más agudo de todos. No hay hombre que pueda vivir sin creer nada. La responsabilidad colectiva de los cristianos es enorme, por haber dejado que las ideologías apagarán su fe. El testimonio de un biólogo, a quien la investigación condujo a la luz, es extraordinariamente explícito: «Hemos perferido... las lucubraciones del pensamiento filosófico del siglo XVIII. Nos hemos estancado en abstracciones en vez de avanzar a la realidad concreta; sin duda ninguna, la realidad concreta es difícil de asir. Y a nuestro espíritu le

gusta el menor esfuerzo. Quizá la pereza natural al hombre le hace escoger la simplicidad de lo abstracto sobre la complejidad de lo concreto» (Carrel). De hecho pesan más fuertemente en la vida los conceptos vertidos por un Adam Smith, un Carlos Marx o los principios de la Revolución francesa que las palabras del Evangelio, incluso para no pocos cristianos. La característica de nuestro tiempo es, sobre todo, una enorme crisis de la fe, una humanización del Evangelio, una reducción a escala terrenal de toda la revelación, de todo el mundo sobrenatural. Hemos prestado demasiada atención a quienes nos hablaban en su propio nombre; de este modo, nos han persuadido de que lo que nos daban eran realidades vivas, cuando no eran sino ideas muertas.

El hombre busca la seguridad, pero una seguridad en la que todos los hilos estén en su mano. De aquí que la fe se viva tan mal, porque la fe implica un riesgo. ¿Qué garantía tenía Nuestra Señora de que aquello que el ángel le anunciaba era cierto y real, no un sueño descabellado? Pero la fe no es una consecuencia del razonamiento: está en un estrato superior, y como la razón es el instrumento adecuado para las cosas humanas, la fe lo es para las sobrenaturales y necesita, desde su misma raíz, el auxilio de la gracia, porque el hombre no puede, por sí mismo, traspasar sus propios límites. Es necesario ese salto a lo que parece un oscuro vacío y es una realidad llena de luz, ese *creer en Dios* y *creer a Dios*, pese a todas las apariencias del mundo físico y a todos los arteros ra-



zonamientos de una mente capaz de error y herida por el pecado de origen.

De nuevo hemos de referirnos aquí a las palabras del Señor a los judíos: «Quien quiera hacer la voluntad de Él, ése conocerá si mis palabras son de Dios o si yo hablo de mí mismo» (Io 7, 17), y a la relación que establecen entre la conducta y el conocimiento. En la medida en que quiere hacerse la voluntad de Dios (y por esta disposición del alma se avanza hacia la perfección moral), en esa medida se aumenta la gracia y nos aproximamos a Dios; al estar más cerca de Dios hay más luz, las tinieblas son menos densas, el conocer es más claro y la fe más viva y poderosa; y, a la inversa, todo esfuerzo rectamente dirigido por alcanzar la verdad nos perfecciona moralmente. Hay, pues, una íntima y secreta correspondencia entre la claridad de la mente para la fe y la rectitud moral, correspondencia que afecta, sobre todo, a verdades metafísicas y sobrenaturales. No podemos tener, por corresponder a esferas distintas, idéntica evidencia de un enunciado matemático, clara, fría y objetivamente demostrable, que de una verdad revelada. Si así fuera, no habría necesidad alguna de la fe, puesto que ese difícil equilibrio de la balanza humana entre el peso divino y el peso terrenal quedaría brusca y necesariamente roto por la fuerza del *pondus divinum*, sin que al hombre le cupiera otra actitud que la puramente pasiva de ser penetrado por algo que cae de lleno dentro de sus propios límites humanos: «Si pudiéramos concebir tan claramente, tan objetivamente, que hay un Dios como concebimos que dos

rotundamente, con referencia a los milagros: «¡Nosotros los haríamos si tuviéramos fe!» (*Camino*, 583).

Pilato era un hombre escéptico. No creía en la verdad: «¿Qué es la verdad?», pregunta (Ioh 18, 38). Pero, eso sí, creía en los sueños. Hay un porcentaje elevado de hombres que no creen en la gracia, pero sí en la técnica; que no creen en la santidad, pero sí en el progreso y en la felicidad del género humano mediante la aplicación de tal o cual teoría política; hombres que no creen en Dios, ni en la Virgen, ni en dogmas, pero que elevan a categoría de dogma indiscutido e indiscutible la igualdad, la fraternidad, el pacifismo y las doctrinas económicas. «No tienen fe. Pero tienen supersticiones. Risa y vergüenza nos dio aquel poderoso que perdía su tranquilidad al oír una determinada palabra, de suyo indiferente e inofensiva —que era, para él, de mal agüero—, o al ver girar la silla sobre una pata» (*Camino*, 587). Cristianos que se apasionan profundamente, y luchan, y sufren por ideas políticas, por negocios, por teorías, pero que permanecen al margen, inmutables, de los grandes y únicos problemas por los que vale la pena molestarse: gracia y pecado, fe y escepticismo, Iglesia o estéril aislamiento, Dios o ateísmo. ¡Qué actual, todavía, la tesis de Chesterton en *La Esfera y la Cruz!*

Sólo los que tiene un ánimo entero para acometer con audacia y arrojo el riesgo de lanzarse a Dios fiados en su palabra son los que viven de fe. Como los niños. La fe no admite revisiones: una vez lanzados a Dios, nadie debe volver a conside-

rarse a sí mismo y a las circunstancias que le rodean. Correría el peligro de hundirse, como enseña a quienes lo quieran aprender aquel hecho de que, cuando el Señor se acerca a la embarcación de sus discípulos andando sobre las aguas, Pedro le dice: «Si eres tú, que vaya sobre las aguas.» «Ven», dice el Señor. Y Pedro, fiado en su palabra, salta audazmente y, caminando sobre el mar, se dirige a su encuentro. Mas en el momento en que desvió la atención de las palabras de Jesús para aplicarla discursivamente a las circunstancias humanas, cuando dejó de estar anclado en la palabra de Cristo para fijarse en todos los razonamientos que le impulsaban a admitir la imposibilidad de andar sobre las aguas, en la fuerza del viento, en el alboroto de las olas, comenzó a hundirse. Gritó al Señor pidiendo auxilio. Y Jesús, sonriendo quizá al ver a Pedro lleno de miedo, asiéndole con firmeza lo sostuvo diciéndole: «*Hombre de poca fe, ¿por qué has titubeado?*» (Mt 14, 31). Cuando ante la palabra de Dios, ante la revelación, ante el impulso del Espíritu Santo, ante esa voz interior de la gracia que llama, se ponen los ojos en las circunstancias humanas, en los obstáculos, en las apariencias de los razonables razonamientos, entonces sobreviene el hundimiento. Titubear es hundirse. De aquí que la «fe, la pureza y la vocación» no admitan jamás el diálogo con la tentación (Mons. Escrivá de Balaguer): significaría el hundimiento, por titubear y prestar mayor autoridad a lo humano que a lo sobrenatural.

Si Nuestra Señora hubiese pensado en la locura

que se le proponía, en el riesgo que significaba, en la imposibilidad de ser virgen y madre, en su propia indignidad, en lo inconcebible de ser fecundada por el mismo Dios para ser Madre de Dios, no se hubiera cumplido en ella nada de cuanto se la había anunciado, porque no lo habría creído. Pero pensó (¡aquel ponerse a considerar!) en la omnipotencia de Dios, en la promesa hecha a Abraham, en lo anunciado por los profetas de parte de Dios... y en que era una criatura, y pronunció el *fiat*, y el Verbo se encarnó. Fue capaz de creer, y todo se hizo posible y realidad, porque «para Dios no hay nada imposible» (Lc 1, 37). La fe es la colaboración del hombre en el ejercicio del poder de Dios.

Nosotros, con una visión demasiado terrena de las cosas del espíritu, nos hemos instalado confortablemente en una fe más teórica que viva, más rutinaria que doctrinal: descansamos en ella sin fatiga, es cierto, pero también sin vibración. La fe, tal como la Iglesia nos la enseña y Cristo nos la exige, es algo más vivo y eficaz, algo más decisivo en la particular existencia de todo cristiano.

«Si eres capaz de creer, todo es posible para el que cree», advierte Jesús al padre del pobre muchacho enfermo. La fe es lo que pone a nuestra disposición el poder de Dios y, también, lo que hace que cada uno, con cuanto posee y es, se ponga a disposición del Padre celestial.

### *Humildad y docilidad*

Es perfectamente comprensible la reacción de María ante el testimonio que el Espíritu Santo, por Isabel, le dio de su propia misión. Sin haber despegado los labios, sin haber dejado escapar la más ligera insinuación acerca de su gran secreto, oyó el testimonio de Isabel, que era como una confirmación de las palabras del ángel, una confirmación que ni deseaba ni había pedido, pero que recibió con íntimo gozo, tanto por la fuente de donde provenía como por lo que significaba en orden a un reconocimiento del mensaje por parte de las criaturas. Hasta entonces el límite de la revelación era, de la parte de la humanidad, Ella misma, parte principal en el acontecimiento, protagonista y sujeto en quien lo revelado debía verificarse; ahora ese límite es rebasado por las palabras de Isabel. Es como si hubiera sido objeto de una doble revelación, como si Dios —para que los dos planos de la existencia participaran en ella— hubiera querido comunicar su designio por intermedio del mundo superior, sobrenatural (el ángel), y del mundo sensible (Isabel), cercándola por todos lados: «A quien tiene, dársele ha, y abundará» (Mt 25, 29). María tenía fe suficiente y no necesitó ni pidió pruebas, pero Dios —que jamás se deja vencer en generosidad— se la dio concluyente cuando se valió de una criatura para que le certificara del milagro operado en Ella.

Llena de alegría, transportada de gozo, la Virgen rompió a cantar. El *Magnificat* es una espon-

tánea y poética manifestación de los sentimientos interiores que embargan a Nuestra Señora, y también una expresión de la más íntima raíz de su ser y de sus relaciones con Dios. Es realmente asombrosa la facilidad y la sencillez con que la Virgen hace y dice lo que, al profundizarlo, se nos aparece para nuestro propio nivel complejo y arduo, con qué prontitud llega a la raíz misma de las cosas.

También Ella estaba inspirada por el Espíritu al dar cauce a su exultación. La mayor parte de los versículos del *Magnificat* están tomados de la Escritura —salmos, principalmente— y es muy poco lo que la Virgen añadió. Ahora bien: si Isabel, bajo el impulso del Espíritu, ensalza la fe de María, ésta responde con un gozoso canto a la humildad. El *Magnificat* es, sobre todo, una grandiosa alabanza a Dios Todopoderoso, una acción de gracias a la Bondad del Creador. Ciertamente, la Virgen María habla de sí misma y hasta llega a pronunciar unas palabras inauditas: «He aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.» Jamás, de su propio impulso, hubiera dicho semejante cosa, ni nunca, tampoco, se le hubiera ocurrido, por lo desproporcionado. ¿En qué cabeza podía haber que una aldeanita de Palestina, desconocida y sin que en Ella se viera porvenir de grandeza, proclamara solemnemente que iba a perdurar en la memoria de las generaciones futuras hasta el fin del mundo? ¿Quién era Ella para penetrar el porvenir? Nadie, ciertamente. Pero el Espíritu Santo es Dios, y Dios sí penetra los siglos, y fue Él quien puso en sus

labios tal declaración, así como los motivos que la justificaban.

La perfecta separación entre Creador y criatura, entre Dios y Ella, está patente. La llamarían bienaventurada todas las generaciones «porque ha hecho en mí cosas grandes el que es Todopoderoso»; no encuentra, por tanto, que exista en sí misma razón alguna por la que merezca alabanza, ni ser recordada a través de los tiempos, nada que pueda llamarse grande, ni siquiera el título por el cual Dios ha hecho esas cosas grandes en Ella, pues si las ha hecho ha sido «porque ha puesto sus ojos en la bajeza de su sierva». Hay un reconocimiento, por una parte, de su propio ser: Ella no es más que la esclava del Señor, la *ancilla Domini*, cuyo único título ante el Creador es... su bajeza, lo poca cosa que es, su nada y su desamparo, su incapacidad, el ser criatura dependiente de Dios, sin nada que no sea dado. Por otra, un reconocimiento de la gracia: Ella no ha hecho nada, pero Dios ha hecho en Ella cosas grandes, porque ha puesto los ojos en su insignificancia.

Es muy difícil expresar adecuadamente y en un lenguaje corriente toda la densidad que tiene esta rotunda delimitación de campos. Hay una como sorpresa, un anonadamiento ante el misterio de la libre elección de Dios, una clara conciencia, escalofriante, de la absoluta e inmensa desproporción entre los prodigios que Dios obra en Ella y lo que Ella misma es, una abrumadora sensación de pequeñez ante el poder y la bondad del Padre. Como un torrente que no puede ser contenido, el agradecimiento brota de lo más hondo del alma de

Nuestra Señora, vertiéndose en expresiones que acuden a sus labios espontáneamente, hilvanando su cántico con versos de la Escritura que, ya en otras ocasiones, habían servido para manifestar a Dios la alabanza y agradecimiento de su pueblo. Sugiere una especial impresión de deberlo todo, de ser todo gratuito, regalado, resultado de un don graciosamente concedido, porque sí.

Isabel habló de fe, pero María hizo un cántico a la humildad. La primera impresión que produce la lectura del *Magnificat* es la de que tiene razón. Tiene razón y no es necesario esforzarse para verlo. Es justo que diera gracias a Dios porque había hecho en Ella cosas grandes. ¿Qué había tenido la Virgen que ver en ser Madre del Mesías, en estar llena de gracia, en haber sido elegida entre todos los millones de mujeres? Ni siquiera se le había ocurrido pensar que llegara a figurar entre los ascendientes del Dios hecho hombre, ni era capaz de llegar al fondo del misterio a pesar de conocerlo. Tampoco se había dado la vida a sí misma, ni había nacido mujer por su voluntad, ni escogido su propio pueblo. Dios lo había dispuesto todo conforme a su beneplácito, y Ella, percibiéndolo claramente así, le daba gracias sin apenas encontrar palabras —teniéndolas que buscar en la Escritura— para manifestar la magnitud de su agradecimiento. Era una cosa de justicia. Era verdad que Dios había obrado grandes cosas; era un deber reconocerlo y agradecerlo.

Es muy difícil definir la humildad, pero quizá con un poco de atención en las palabras de Nues-



tra Señora y en todo su profundo contenido (en cuanto nos sea posible alcanzar) se pueden deducir algunas notas fundamentales. Por de pronto, y como dos grandes coordenadas, dos grandes trazos que se nos ofrecen en el *Magnificat*: reconocimiento de una verdad, de un hecho (Dios ha obrado en Ella cosas grandes), y agradecimiento por el favor —por la gracia— que ello implica. Hay, pues, en primer lugar, una actitud de la mente, y luego la expresión en la voluntad de esta actitud. La voluntad se mueve por la inteligencia: de aquí que, en lo que respecta a la humildad, lo primero y lo más importante, lo que podemos definir como esencia de la humildad, es el estar en la verdad. Fue justamente la definición que, en *Las Moradas*, dio Santa Teresa: «Una vez estaba yo considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de esa virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto: que es porque Dios es Suma Verdad y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino miseria y ser nada: y quien esto no entiende anda en mentira. Quien más lo entiende agrada más a la Suma Verdad, porque anda en ella.» Hay, sin embargo, una autoridad más fuerte que Santa Teresa. Jesucristo se definió a sí mismo en cierta ocasión diciendo que era «el Camino, la VERDAD y la Vida» (Ioh 14, 6); y en otra hizo la siguiente manifestación: «Aprended de Mí, que soy manso y HUMILDE de corazón» (Mt 11, 29). Así, el Señor *es* humilde; hay, por tanto, una relación esencial —de esencia— entre la verdad y la humildad. Cabe, in-

cluso, hacer una comprobación. Si la relación esencial que queda establecida entre la humildad y la verdad es cierta, cierta tiene que ser la de los términos contrarios correspondientes, es decir, entre soberbia y mentira. Si decimos —y ello es cierto— que humildad es la verdad, la afirmación de que la soberbia es la mentira debe ser también cierta, y sin duda lo es. Sabemos —nos lo enseña la teología— que lo que caracteriza al demonio es, sobre cualquiera otra nota distintiva, la soberbia: fue la soberbia lo que le dio su contextura demoníaca, lo que le transformó de ángel lleno de gracia en ángel lleno de pecado. Y nos encontramos con un pasaje de San Juan en el que se nos describe una discusión del Señor con los fariseos, discusión enconada y violenta como pocas, en cuyo transcurso Jesús dice estas palabras: «Vosotros sois hijos del diablo... El fue homicida desde el principio y NO PERMANECIÓ EN LA VERDAD, y así NO HAY VERDAD EN ÉL. Cuando dice mentira, habla como quien es, POR SER DE SUYO MENTIROSO Y PADRE DE LA MENTIRA» (Ioh 8, 44). Hay, pues, asimismo una extraña y misteriosa correspondencia entre mentira y soberbia, y ambas —en el fondo, la misma cosa— tienen algo que ver con la injusticia, como la humildad y la verdad están directamente relacionadas con el sentido de lo justo.

Puede apreciarse que la humildad no es, en absoluto, una virtud negativa. No sólo no niega, sino que afirma, pues la verdad nunca es negación. De aquí que exista una sutil falsedad cuando, so color de humildad, se niega lo evidente, lo verdadero. No es humildad creer que Dios no nos va dando

dones: «Entendamos bien, bien, como ello es, que nos los da Dios sin merecimiento nuestro ninguno, y agradecámoselos... Lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si, en comenzando el Señor a dárselos, comienza a atemorizarse por miedo a vanagloria» (Santa Teresa).

Es evidente que la esencia de la humildad no está en el propio desprecio. Nadie puede pensar, ni siquiera con gran esfuerzo, en que la Virgen María sintiera desprecio de sí misma. El mismo Señor era humilde, ¿y cómo hubiera podido despreciarse? El desprecio propio es, en todo caso, una consecuencia, es el impulso del corazón ante el reconocimiento de la verdad: que somos pecadores, capaces de todas las deslealtades, de todas las ruindades, de todas las bajezas... si Dios, con su gracia, no nos sostiene.

Es de suma importancia no perder de vista que la humildad es la verdad: un hombre es humilde en la medida en que es verdadero, en la medida que *ve* la verdad. De nuevo conviene insistir aquí en la sutil diferencia que existe entre el entender y el ver, ya apuntada antes. Se puede entender, por ejemplo, perfectamente el enunciado de un problema matemático y, sin embargo, no *ver* el problema. Todos entienden que son criaturas, y, por poco que piensen, todos comprenden, también, las consecuencias que el ser criaturas lleva consigo. Esto no obstante, pocos llegan a calar la profundidad tremenda de tal verdad. Se puede tener ojos y no ver, oídos y no oír..., inteligencia y no razonar, pues existe también una relación íntima

entre la humildad y la claridad, entre la soberbia y la ceguera

El humilde ve. Hay ciertas cosas que solamente son reveladas a los niños y a los que son como ellos, cosas que están ocultas a los ojos de los sabios según el mundo. La soberbia aniquila en el hombre la capacidad de ver las últimas realidades, aquellas que por ser profundas requieren penetración, todo el mundo sobrenatural. Falsea el mundo real, porque a través de la mentira nada puede verse con rectitud; hace perder el sentido de la proporción, porque hay un error que confunde y desorbita las medidas y las distancias. Que el árbol que se tiene más cerca *parezca* el más grande del bosque no quiere decir en modo alguno que realmente lo *sea*, y una persona normal se da cuenta perfecta de ello. Pero si se obra en consecuencia con lo que parece y no de acuerdo con lo que es, entonces se llega a los mayores absurdos.

El problema no es nuevo, sino muy viejo. San Pablo, en el choque del cristianismo con el mundo pagano, pudo darse cuenta, de una manera muy viva, de las monstruosidades adonde condujo la soberbia —la ceguera— a aquellos orgullosos sabios del mundo antiguo. Escritas hace siglos, las páginas en que San Pablo describe el fenómeno son rigurosamente actuales: «Se descubre la ira de Dios, que descargará del cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios, puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios. Porque Dios se lo ha

manifestado. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus escrituras; y así tales hombres no tienen disculpa, porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas. Y mientras se jactaban de sabios pasaron a ser unos necios, hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible y a figuras de aves y de bestias cuadrúpedas y de serpientes el honor debido solamente a Dios incorruptible. Por lo cual Dios los abandonó a los deseos de su corazón, a los vicios de la impureza, en tanto grado que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos; ellos, que habían colocado la mentira en lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador, bendito por todos los siglos, amén. Por eso los entregó Dios a las pasiones infames, pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural en el que es contrario a la naturaleza; del mismo modo, también los varones, desechado el uso natural de la hembra, se abrasaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas varones con varones, y recibiendo en sí mismos el pago merecido de su obcecación. Pues como no quisieron reconocer a Dios, Dios los entregó a un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversi-

dad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, descubridores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desgarrados, desamorados, desleales, despiadados» (Rom 1, 18-31).

El hombre que cree poder algo por sí mismo es un monstruo cegado por el orgullo, injusto con Dios. No ve que hasta para vivir minuto a minuto, para respirar, y moverse, y pensar, necesita la acción de Dios, no ve que volvería a la nada si Dios no le mantuviera cada segundo. («Somos como el sonido de la voz de un hombre —explica Boylan—: si cesa de hablar, el sonido deja de existir.») No ve, tampoco, que está tarado por el pecado original, con el entendimiento sujeto a error, con la voluntad a merced de cualquier impulso. No percibe su propio y esencial desequilibrio, su impotencia, su libertad esclavizada por el pecado. Se apoya exclusivamente en sí mismo, en su inteligencia, en su habilidad, en su fuerza, en su poder, en su capacidad..., como si se las hubiere dado a sí mismo, como si no las debiera a nadie. Por esto el soberbio es, también, por esencia, injusto. No da gracias, no da a cada uno lo suyo, a Dios lo que es de Él: «¿Qué posees que no hayas recibido? Y si todo lo has recibido, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieres recibido?» (1 Cor 4, 7). Como el orgullo ciega, el soberbio es incapaz de ver su propia debilidad, tiene una imagen falsa de sí mismo y se cree autosuficiente; al creerse suficiente, no necesita de Dios, ni le pide ayuda: es como un hombre que no se alimentara. La debilidad aumen-

ta y al final cae en los mayores abismos, justificándose y sin reconocer jamás su propia miseria, erigiendo en verdad lo que es mentira, en mérito lo que es vergüenza, el vicio en virtud, negando el pecado y la gracia. Así, el hombre soberbio que se erige en medida de las cosas, haciéndose superhombre, acaba en infrahombre, cerca de la pura animalidad irracional. Humanamente se desconoce a sí mismo, pues ignora, por principio, lo que él es por esencia: imagen y semejanza de Dios.

Se ha repetido hasta la saciedad —y nos lo recuerda *Camino*, 609— que «el propio conocimiento nos lleva como de la mano a la humildad». Mas no debe entenderse con ello que ejercitarse en el propio conocimiento se limita a una reflexión filosófica sobre el yo personal. De nuevo una mujer sin demasiadas letras, pero de profunda sabiduría precisamente por su humildad, pone otra vez el dedo en la llaga: «... a mi parecer, jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios: mirando en su grandeza, acudamos a nuestra bajeza» (Santa Teresa). La bajeza es un concepto relativo: se es bajo con relación a algo o a alguien que sirve de punto de referencia. En el *Magnificat* hay un constante andar de Dios a la criatura y de la criatura a Dios, un encadenamiento de contrastes, un continuo ir y venir de grandeza a bajeza y viceversa. Hasta que, paulatinamente, la grandeza de Dios va absorbiendo la atención cada vez más intensa y sostenidamente, y entonces se llega a la más perfecta expresión de la humildad: el olvido de sí mismo y una permanente atención a Dios, algo que lleva a querer desapa-

recer para que sólo Dios aparezca, a renunciar a toda gloria para que sólo Dios sea glorificado.

Aquí entra ya el segundo elemento que integra la humildad. El primero, lo hemos visto, es la actitud de la mente, el andar en verdad. Ahora se trata de la expresión de esa actitud. Lo primero atañía a la inteligencia, lo segundo es la acción propia de la voluntad. Y esta segunda parte, esta expresión del andar en verdad, tiene una palabra que la define: sumisión, o, si se quiere, docilidad. En el *Diario de un cura rural*, el viejo y macizo cura de Torcy dice a su joven colega estas palabras: «Los milagros son como las imágenes de los libros, como sus hermosas estampas... Pero presta ahora atención, pequeño: La Virgen Santa no ha tenido ni triunfos ni milagros. Su Hijo no permitió que la gloria humana la rozara siquiera. Nadie ha vivido, ha sufrido y ha muerto con tanta sencillez y una ignorancia tan profunda de su propia dignidad, de una dignidad que, sin embargo, la pone por encima de los ángeles. Ella nació, además, sin pecado... ¡Qué extraña soledad! Un arrouelo tan puro, tan límpido y tan puro que Ella no pudo ver reflejada en él su propia imagen, hecha para la sola alegría del Padre Santo. ¡Oh soledad sagrada!» (Bernanos).

Se ignoraba a sí misma. Por eso, a sus propios ojos, Ella no contaba. No vivió pendiente de sí misma, sino pendiente de Dios, de su voluntad. Por eso podía medir el alcance de su propia bajeza, de su, a la vez, desamparada y segura condición de criatura, sintiéndose incapaz de todo, pero



sostenida por Dios. La consecuencia fue el entregarse, el vivir para Dios.

Antes se apuntó que la segunda condición para ser instrumento es la docilidad. Sólo el humilde puede ser dócil. Aquel a quien le falta la virtud de la humildad obra por sí y ante sí, tiene fe en él mismo, actúa por su cuenta, porque cree bastarse, y se fía de su propio criterio; así, puede hacer un daño enorme porque tuerce los fines, y, en lugar de edificar, destruye. No se adapta al plan de Dios (si es que llega a conocerlo), porque no tolera quedar subordinado en un lugar inferior al que cree merecer. Olvida que «si alguno quiere llegar a ser grande, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo» (Mt 20, 26-27). El yo es tan fuerte que no deja lugar a ninguna otra cosa, ni siquiera a la gracia, y, en último término, se busca a sí mismo. En lugar de ayudar, en el sitio designado por Dios y cumpliendo su función, a que los demás encajen en sus puestos y se acerquen a Dios, estorban la acción divina entrometiéndose, dislocándose, buscando el lucimiento o la vanidad personal. Y esto, en el Cuerpo Místico de Cristo, es muy grave, algo así como un órgano excelente que, en lugar de mantenerse en sus justas proporciones y acoplado al conjunto, buscara el desarrollo propio a expensas del resto del organismo. Puede dañar a otros miembros, deformándolos, empequeñeciéndolos, evitando su desarrollo, cargándoles el trabajo que en beneficio del conjunto tenía que realizar y que desatiende por el afán de engrandecerse y ser más que el resto. Es como un cáncer que corroe.

De la misma manera que hay una deformación de la humildad que se refiere a la inteligencia (rechazar el objetivo y real progreso del alma por la acción de Dios), hay otra que se refiere a la voluntad, y que es característica. Es el convencionalismo en la conducta, nacido del divorcio entre el pensamiento y la vida. Dicho en otras palabras, es creer que la humildad *consiste* en actos, cuando, en realidad, la humildad *se refleja* en los actos matizándolos y creándolos. Tal deformidad termina siempre en un desdoblamiento de la personalidad, en hipocresía y, por tanto, en mentira, en soberbia. «La naturalidad y la sencillez son dos maravillosas virtudes humanas, que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo, y, al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor» (J. Escrivá de Balaguer, *Virtudes humanas*, folletos MC, n. 163, p. 1). Esta falsa humildad es lo más opuesto que hay a la espontaneidad, a la manifestación de lo verdadero. El hablar en diminutivo, el no mirar de frente, el encogimiento, la pusilanimidad, el no hacer valer en muchas ocasiones los derechos (¡aquella declaración de ciudadanía romana de San Pablo! Act 22, 25-29), el cubrirse de impropiedades y el denigrarse (¡cómo reaccionamos muchas veces cuando nos dicen otros lo que nosotros mismos decimos ser!), y tantas otras manifestaciones de la conducta no son humildad ni tienen que ver con ella, sino más bien con la teatralidad. Hay una disociación entre lo más íntimo del ser y la apariencia externa, que

en este caso no es nunca expresión de convicciones profundas y su consecuencia, sino que inicialmente nace desligada de todo el interior y debe su origen al cálculo, toda vez que lo que busca sobre todo es el parecer, cuidando el comportamiento exterior, pero dejando intacto el fondo del ser, donde se alberga la raíz de toda actuación. Esto es hipocresía, el pecado radical de los fariseos.

Hay también una respuesta de Dios a la actitud que el hombre adopte respecto de Él, una respuesta que es provocada por esa misma actitud. La segunda parte del *Magnificat* hace de ella una clara referencia: «Hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazón de los soberbios. Derribó del trono a los poderosos y ensalzó a los humildes; colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió sin nada» (Lc 1, 51-53). Dios es atraído por el humilde, pero es repelido por el soberbio. Quien está vacío de sí mismo posee íntegra toda su capacidad, que entonces es colmada por Dios; por el contrario, quien vive para sí y está lleno de su propio yo carece de capacidad para Dios, que no puede llenarle porque está ya lleno. Cuando el apóstol Santiago dice: «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes» (Iac 4, 6) establece una incompatibilidad entre el soberbio y Dios. El punto de contacto entre Dios y el hombre es la gracia, que sólo puede penetrar donde hay un vacío que la espera y la llama.

No es tarea excesivamente difícil establecer, a propósito de la humildad y tomando en consideración cuanto antes se dijo, alguna que otra de-

ducción. Si en último término —ya se vio— la fe es una gracia, un don, algo que en definitiva se traduce en una concesión de Dios, es evidente que la fe está en razón directa de la humildad. Un hombre humilde que no tenga fe y sinceramente la desee acaba teniéndola con seguridad, porque Dios no se niega a nadie. Por el contrario, un aumento de soberbia supone una disminución de la fe. El que es humilde y percibe con nitidez lo que es ser una criatura tarada por el pecado, desconfía de sí y presta mayor crédito a la revelación cuanto más clara sea la conciencia exacta de su propio yo; la más humilde de las criaturas, la Virgen, creyó en el acto el mensaje del ángel. El que muchas veces cueste *ver* la voluntad de Dios en cuestiones de vocación (la referencia a este tema es obligada por ser la piedra angular de toda existencia) se debe con frecuencia a un secreto fondo de soberbia, por lo que la fe falla y el hombre no se aventura a correr el riesgo.

Se colige también la enorme importancia de la virtud de la humildad: «es la virtud que nos ayuda a conocer, simultáneamente, nuestra miseria y nuestra grandeza» (J. Escrivá de Balaguer, *Humildad*, folleto MC, n. 163, p. 1). No hay libro espiritual ni santo alguno que no haya insistido sobremedida en la humildad, toda vez que es el imán que atrae irresistiblemente a Dios. Es, pues, de capital importancia llegar a ser humilde. Pero ¿cómo?

Quizá el procedimiento más sencillo es el que se recomienda para aprender a andar. A andar se aprende... andando. Si la humildad es la verdad, seremos humildes en la medida en que sea-

mos verdaderos. Y el camino seguro —y acaso el más corto y rápido— para ello es la sinceridad. La sinceridad no suele ser tema que se trate en demasía, pese a lo cual merece de sobra el que se hable aquí de ella. Ser sinceros es decir siempre verdad, pero no sólo verdad, sino *toda* la verdad, y esto es, con frecuencia, muy difícil y necesita una valentía y un coraje que en ocasiones roza el heroísmo. No hay nada exagerado en esta afirmación. La sinceridad hace que salgan a la superficie multitud de pequeñas circunstancias que con frecuencia avergüenzan más que otros hechos de mayor peso. Sinceridad, sobre todo, con Dios, pero también con nosotros mismos, allá en lo más hondo de la conciencia. Hay una tendencia muy humana —demasiado exclusivamente humana para ser del todo buena— a quedar bien y no quedar mal. De aquí la facilidad con que surgen la excusa, la justificación, las explicaciones, los atenuantes. «Nunca quieres agotar la verdad. Unas veces, por corrección. Otras —las más—, por no darte un mal rato. Algunas, por no darlo. Y, siempre, por cobardía» (*Camino*, 33). En efecto, la mayor parte de las veces en que se miente se hace por el temor a ver descubierto algo que no es del todo recto, por miedo a quedar en una posición no demasiado airosa, para ocultar algo que avergüenza o merece censura, y como mentir es atentar directamente contra la humildad, porque origina un falseamiento íntimo de lo que es real, sólo una sinceridad salvaje, sin miedo a nada ni a nadie, conduce derechamente a una humildad auténtica. No importa que muchas veces se quede mal;

al fin y al cabo, es lo lógico y lo que debe ser. Lo que importa es que Dios esté contento y quede bien. Antes se aludió a la íntima conexión entre los conceptos de humildad y de justicia; nadie tiene derecho a quedarse con lo que no es suyo, y si con una excusa, con un hábil rodeo, se tapa lo que en justicia debiera salir afuera, es muy posible que ante los hombres pasemos por buenos, pero hemos sido injustos quedándonos con algo que ni merecemos ni nos pertenece. «Fijaos en la limpia faceta de la veracidad: ¿será cierto que ha caído en desuso? ¿Ha triunfado definitivamente la conducta de compromiso, el *dorar la pildora y montar la piedra*? Se teme a la verdad. Por eso se acude a un expediente mezquino: afirmar que nadie vive y dice la verdad, que todos recurren a la simulación y a la mentira» (J. Escrivá de Balaguer, *Virtudes humanas*, folleto MC, n. 163, página 26).

No son los hombres quienes nos tienen que juzgar, sino Dios. ¡Es tan fácil, sin embargo, que del fondo de nuestra naturaleza broten turbias insinuaciones para suavizar lo que es áspero! Tenemos una extraña tendencia a no admitir con demasiada precisión lo que nos desagrada; no obstante, el hombre que no es sincero es como el enfermo que tiene un comienzo de cáncer y se lo calla, convenciéndose a sí mismo de que no es nada. A veces es un simple pormenor, pequeño, insignificante, lo que matiza una acción: es una tontería, pensamos. Bien; cuanto antes lo admitamos y reconozcamos, mejor. Y cuanto más cueste decir algo (a quien se debe decir, claro está: Dios,

nosotros, el confesor o director espiritual; recuérdese lo que antes se dijo en relación con las confidencias), mayor debe ser el empeño de no ocultarlo.

Entonces es cuando de verdad uno comienza a conocerse a sí mismo y a medir la insospechada profundidad de su capacidad para el mal; entonces, a fuerza de oírnos decir una y otra vez esas cosas, como trapos sucios y desagradables que se van sacando del fondo del alma para echarlos fuera, es cuando percibimos los escasos motivos que tenemos para envanecernos; porque ¡si la gente supiera lo que Dios y cada uno sabe de sí mismo!

Entre las virtudes, la sinceridad es, evidentemente, una de las más importantes y de las que más atención requieren. Lo es porque, debido a su misma esencia, conduce directamente a la virtud sobrenatural de la humildad, y la humildad es base necesaria e insustituible para todo crecimiento interior, ya que éste es obra de la gracia. Dios hizo en la Virgen María grandes cosas porque vio la bajeza de su sierva. No es fácil que las haga en nosotros si no nos ve humildes. «Mirad a María. Jamás criatura alguna se ha entregado con más humildad a los designios de Dios. La humildad de la *ancilla Domini* (Lc 1, 38), de la esclava del Señor, es el motivo de que la invoquemos como *causa nostrae laetitiae*, causa de nuestra alegría. Eva, después de pecar queriendo en su locura igualarse a Dios, se escondía del Señor y se avergonzaba: estaba triste. María, al confesarse esclava del Señor, es hecha Madre del Verbo Di-

vino, y se llena de gozo. Que este júbilo suyo, de Madre buena, se nos pegue a todos nosotros: que *salgamos* en esto a Ella —a Santa María—, y así nos pareceremos más a Cristo» (J. Escrivá de Balaguer, *Humildad*, folleto MC, n. 163, p. 18).



### III. JESUS EN EL TEMPLO

*Iban sus padres todos los años a Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el niño ya de doce años cumplidos, habiendo subido a Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien, persuadidos de que venía con algunos de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, se tornaron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días lo hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores, y ora les escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían quedaban asombrados de su sa-*

*biduria y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres quedaron maravillados. Y su madre le dijo: ¿Por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando. Y Él les respondió: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de la respuesta.*

(Lc 2, 41-50.)

### *La conducta de Jesús*

Sin duda alguna, los versículos 41-50 del capítulo segundo de San Lucas encierran uno de los episodios de la vida del Señor que mayor desconcierto producen en el ánimo.

Todos los años tenían los israelitas que acudir a Jerusalén. María y José así lo hacían, y, cuando el niño creció y alcanzó la edad conveniente, le llevaron consigo. Generalmente el viaje se hacía con numerosa compañía, pues eran muchos los que por la Pascua se dirigían al Templo para adorar a Dios. Entre los muchos hombres y mujeres que hacían el viaje, los niños iban en cualquiera de los grupos, correteando a lo largo del camino, yendo de una parte a otra. La costumbre era señalar el punto de la concentración, la hora de salida y el lugar en que deberían reunirse al cabo de la jornada, en que el descanso reunía de nuevo a los miembros de las familias.

El día en que, terminada la estancia en Jerusa-

lén, se pusieron de nuevo en camino echaron de menos a Jesús, aunque sin gran preocupación, por la movilidad extraordinaria de los niños. Podía estar, en toda la larga extensión de la caravana, con cualquiera de los grupos o familias que iban en ella, con otros niños. Sin gran agobio al principio, pero más inquietos cada vez porque no le hallaban, anduvieron María y José recorriendo durante toda la jornada los grupos de parientes y conocidos. Al llegar el crepúsculo, y cuando se hizo alto, la reunión de todos los que formaban la comitiva hizo patente la ausencia de Jesús. Aquella misma noche volvieron a Jerusalén. Preguntas a quienes le conocían, gestiones en todos los lugares donde pudiera encontrarse, todo un día de angustiosa tensión buscándole sin resultado alguno. Otra noche de inquietud e insomnio, de tristeza y llanto, de oscuros temores. ¿Dónde podría estar? ¿Qué le habría ocurrido? ¿Qué suceso inexplicable era aquél, tan insólito, tan imprevisible? Al tercer día, por fin, le encontraron: estaba en el Templo, «sentado en medio de los doctores».

La primera reacción de la Virgen María fue, sin duda, de alegría. Una sensación de inmenso alivio puso fin a la angustia de los días anteriores. Acaso, también, al oírle preguntar con soltura a los doctores, y responderles a su vez con acierto y seguridad; al ver reflejado en la expresión de los maestros el pasmo que les producía la profundidad y tino de sus palabras, al vislumbrar los gestos de asombro y admirada aprobación, se sintió sorprendida por tan inesperado espectáculo. San Lucas mismo consigna la sorpresa que les produjo

Jesús en el momento de encontrarlo: «Al verle, pues, sus padres quedaron maravillados» (2, 48).

Pero no tardó mucho en surgir una nueva impresión que, rápidamente, se fue abriendo paso. La contemplación de Jesús, tan sereno y como en su propio elemento, sentado escuchando a los maestros de Israel, con la atención pendiente de sus explicaciones, formulando preguntas y como ab-sorto, entregado a lo que estaba haciendo, hizo resaltar todavía más la ansiedad en que Ella había vivido desde que comprobó su desaparición. Ella había estado sufriendo por su ausencia, pero Jesús no daba muestra alguna de haber sufrido por la separación, sino que, al contrario, más bien parecía no haberse preocupado lo más mínimo por ellos. No daba impresión de haberse molestado en absoluto en buscarles, ni en darles a conocer su paradero. Allí estaba sano y salvo. Entonces, ¿por qué no había dicho a alguien lo que ocurría? ¿Por qué no había dado razón de sí? ¿Por qué nadie de los que habían preguntado por Él sabía nada? Luego Jesús se había callado: no había dicho que se había perdido y, lo que era todavía peor, parecía haber encontrado agradable aquella nueva situación, puesto que, a pesar de tener ya doce años, nada había hecho por remediarla. ¿Es que se había olvidado de ellos? Pero ¿cómo era esto posible? ¿Era concebible que no hubiera pensado en la inquietud, en los malos ratos que ellos estarían pasando desde el momento en que le habían echado de menos? ¿Cómo explicar que Jesús, tan dócil, tan obediente, tan bueno, se hubiera des preocupado de ellos hasta tal extremo?

La Virgen, acongojada por la multitud de pensamientos que la actitud de Jesús provocaba en Ella, se dirigió a Él y le pidió una explicación: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando.» Pero en sus palabras hay dolor y sorpresa, como un amargo poso de desengaño. Ella había esperado, quizá como cualquier madre en su situación, que Jesús se hubiera echado llorando en sus brazos, apretándose en ellos con la fuerza nerviosa de una gran emoción, y, en lugar de esta reacción tan lógica y tan humana, tan normal, se encontraba con que, a juzgar por las circunstancias, ni siquiera les había echado de menos.

Hubiérase dicho que la reacción de María es la de una madre que riñe al hijo que ha cometido una falta, que no se ha portado bien; pero el tono, el mismo modo de hacerlo, dan la impresión de que hay algo que no acaba de entender, de que debe haber algo que no conoce, pues una acción tal no podía haber sido hecha por el Niño. Se diría que lo que más le preocupa, lo que hay en el fondo de su reconvención, no viene provocado por el hecho en sí, sino por la ausencia en Jesús de la angustia, inquietud o sufrimiento por la separación que Ella ha experimentado. Quizá por primera vez sus sentimientos han ido desacordes. De ahí que haya más sorpresa en el tono dolorido de sus palabras que cualquiera otra cosa, y hasta ese quedar maravillada pudiera deberse, sobre todo, a encontrarse con un Jesús distinto y totalmente desconocido para Ella, como si fuera otro.

Ese instinto que poseen las madres cuando el corazón les grita algo no se vio defraudado en María. La respuesta de Jesús fue, en efecto, la de un Jesús que desconocía: «¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» No reconocía al niño de doce años que Ella había visto crecer y que se había perdido. Aquellas palabras eran grandes y fuertes, estaban pronunciadas no por un niño corriente de doce años, sino por quien tiene autoridad; no por un niño a su madre, sino por una persona que conoce su deber a otra que tenía que conocer el suyo.

No es posible comprender este pasaje del Evangelio si no se toman en consideración algunas pequeñas, pero importantes, circunstancias que el evangelista no nos da a conocer, pero que deben suplirse. Una de ellas es la expresión de los rostros y de la mirada, el tono de la voz, el mismo valor de las palabras y de la totalidad de la frase en la lengua que fueron pronunciadas. Por mucho que todo ello se considere, sin embargo, no creemos que nos vaya a ser posible encontrar una explicación a gusto de nuestra propia mentalidad. San Lucas termina su narración diciendo: «Mas ellos no comprendieron el sentido de la respuesta.» En todo ello hay un misterio muy grande. Según se desprende de la respuesta de Jesús, hay, al parecer, como una cierta extrañeza ante la actitud de María y José: «¿Cómo es que me buscabais?»; luego, como un recordar cosas que ellos debían tener muy bien sabidas: «¿No sabíais que

yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?»

Al leer el pasaje de San Lucas nos parece que la Virgen reprende a Jesús, y que después Jesús reprende a María y José. Nos parece cosa natural lo primero. Ella era la madre y el niño tenía doce años; lo segundo nos parece muy fuerte, demasiado tajante, casi pensamos que irrespetuoso. La Virgen María debió de quedarse helada. Y, no obstante, sabemos que Jesús era Dios: no podía hacer cosa alguna mal hecha; amaba a su Madre, amaba a aquel hombre justo, José, humilde y fiel como ninguno. No es concebible que quisiera herirles, no es concebible que la frase fuera irrespetuosa; nos podrá parecer, traducida a nuestro lenguaje y dada nuestra mentalidad, quizá dura, pero evidentemente no lo fue: simplemente fue objetiva y es expresión exacta de lo que pasaba por la mente de Jesús en aquel momento.

Intentemos penetrar un poco más en busca del sentido del hecho, sin olvidar, empero, lo que arriba queda dicho acerca de la hondura del misterio. Evidentemente, las palabras del Señor a su Madre crean una situación extraña. Resulta un poco forzado pensar que Jesús hiciera el viaje a Jerusalén planeando ya el proyecto de quedarse en el Templo. Si lo decidió en el momento del regreso y, en lugar de irse con María y José, permaneció en Jerusalén, es evidente que lo hizo siguiendo el impulso de la obediencia a la voluntad del Padre. La Virgen, hasta entonces, y dada la edad del Señor, había tenido que obrar siempre como normalmente obra una madre con un hijo de poca

edad. Siendo Jesús Dios, había obedecido, y Ella, una criatura sierva del Señor, había mandado y guiado a su hijo. Ambos habían tenido siempre una capacidad singular, única, para percibir la voluntad de Dios, perfectamente compenetrados, vibrando al unísono. Pero el Hijo era superior a la Madre y estaba más unido a Dios —lo era Él mismo—; conocía, por tanto, con más prontitud y mayor profundidad lo que en cada momento Dios quería. Por otra parte, si en su anonadamiento había querido hacerse niño y vivir la dependencia y limitación propia de los niños, esto valía en cuanto a su naturaleza humana, pero no en cuanto a su misión de Mesías, pues como Mesías, como Redentor, sólo del Padre podía recibir indicaciones. El mismo carácter mesiánico de Jesús no se manifestó en su infancia: el Señor pasó inadvertido entre los otros niños como uno más. Cuando la Virgen María le pide una explicación, dolorida por lo que había hecho, cumplía su deber: era su obligación. Quizá creía que Jesús, efectivamente, se había perdido, y no percibió que Jesús les había abandonado voluntariamente. Nosotros pensamos que lo menos que podía haber hecho Jesús era decirlo, pedir permiso. ¿Cómo se lo iban a haber negado, sabiendo lo que sabían? Hubieran retrasado su viaje, hubieran hecho cuanto hubiera sido necesario, o simplemente conveniente. Pero esto era lo que el Padre no quería. Jesús no dio explicación alguna antes de dejarlos, como tampoco la Virgen se la dio a José ni siquiera cuando comenzaban a manifestarse los efectos de la Encarnación. La misión de Jesús era obedecer los



designios de Dios, y así lo hizo; pero esta vez María no llegó tan rápida y profundamente a la comprensión del acto de Jesús. Cuando Jesús dice: «¿cómo es que me buscabais?» da la impresión de extrañeza; al decir la frase siguiente da como la explicación de su sorpresa. Porque, sabiendo lo que sabían, no podían pensar que Él no les hubiese encontrado en seguida si se hubiese perdido; tampoco podían pensar que Él quisiera hacerles sufrir. Luego al echarle de menos deberían haber supuesto que alguna razón habría tenido para hacerlo así, esto es, que, si se había desentendido de ellos, sólo podía haberlo hecho por algo que estaba por encima de ellos y que requería una absoluta dedicación: la voluntad del Padre.

Jesús no pidió perdón. Sus palabras respondiendo a su Madre tienen una solemnidad misteriosa y en ellas nosotros vemos con claridad un hecho evidente: Jesús encierra el derecho de intervención de María dentro de un límite que no puede ser rebasado. La autoridad de su Madre terminaba justamente allí donde comenzaba lo que existía independientemente de Ella por ser de exclusiva pertenencia del Padre: su misión.

Antes, otros habían reconocido la soberana calidad del Rey de Israel: los Magos, los pastores, Simeón. Pero es ahora cuando, por primera vez, Jesús obra como Mesías, y desde el comienzo, desde esta primera manifestación, recaba una absoluta independencia para su misión, sin admitir la más leve intromisión en ningún sentido, ni siquiera de su Madre.

No solamente no es desedificante, ni dice lo más

mínimo que pueda empañar la luminosa perfección de Nuestra Señora que no comprendiera la respuesta de Jesús, antes, al contrario, es para nosotros —tan humanos y pecadores, tan llenos de miserias y de defectos— consolador, tanto por lo que ello nos acerca a la Virgen María como porque nuestra frecuente incompreensión de lo sobrenatural no implica necesariamente separación de Dios. Ella no lo entendió. Cuesta mucho expresar todas las consecuencias que esta observación de San Lucas arrastra, pero son de tal índole que dicen mucho de la inalcanzable perfección de María.

Ciertamente, la Virgen, al oír la contestación de Jesús, debió de sentirse muy lejos de Él, agudizándose la profunda sensación de extrañeza y alejamiento que constantemente le recordaba la distancia inconmensurable que va de lo infinito a lo limitado.

### *Los dos planos existenciales*

Y es esto, en efecto, lo que no debe olvidarse jamás, la realidad de dos mundos distintos, pero no ajenos uno de otro, de dos planos existenciales, cada uno de los cuales tiene sus límites y sus leyes, sus caracteres y su alcance. Hay, en efecto, un plano humano en la existencia del hombre, un mundo físico que le circunda y dentro del cual se mueve. Pero hay también un mundo sobrenatural, al que pertenece y del que no puede desentenderse; un plano de existencia superior, al que está

tan íntimamente vinculado, tan inevitable, que es imposible escapar de él. A lo largo de lo que va escrito quedó suficientemente aclarada la independencia del plan de Dios y del destino humano, superior a lo simplemente biológico, de toda personal intervención del hombre; la actuación de éste, de su inteligencia y de su voluntad, el mismo ejercicio de su libertad, están contenidos dentro de unos límites que no le es posible rebasar sin poner de manifiesto su ignorancia o su rebeldía, y sin que ni una ni otra impidan mostrar su impotencia respecto del mundo superior.

Dentro del plano de la existencia humana hay una multiplicidad de relaciones que vienen condicionadas por muy diversos factores y cuya intensidad depende de la fuerza que las crea. Hay relaciones de vecindad o de negocios, relaciones surgidas por profesar unas ideas políticas determinadas (partidos políticos) o nacidas de la influencia intelectual (el profesor respecto de sus discípulos y viceversa), relaciones biológicas (paternidad y filiación) o relaciones de amistad, simpatía o amor. Una gradación jerárquica entre los distintos tipos de relaciones humanas plantearía, sin duda, problemas de no fácil solución. Es cierto, y no precisa, por lo evidente, una demostración, que hay relaciones que son naturales, que están en la naturaleza de las cosas, y que, por tanto, son necesarias, como la relación paterno-filial, y otras que no lo son: el pertenecer a un partido político o a una asociación de *golf*. Parece que las relaciones necesarias, cuya fuerza está en la misma naturaleza de las cosas, debieran ser

más intensas y ocupar, en una jerarquía de valores, el primer puesto, por encima de otras relaciones artificiosas; sin embargo, es muy corriente que sea mucho más intensa la fuerza que liga entre sí a los miembros de un partido político, por ejemplo, que la que une a los de una familia, como si fuera más importante la asociación voluntaria que la necesaria, al menos en cuanto a la intensidad de la relación. Por otra parte, un conjunto de relaciones que nacen de principios cordiales —simpatía, amistad, amor— demuestran, a su vez, ser éstos factores de fuerza unitiva mucho mayor que los simplemente biológicos o intelectuales. Cabría, pues, que una clasificación valorativa, que tomase en consideración la fuerza del vínculo que une a los individuos en la vida de la relación, pusiera en primer término esos factores cordiales, luego los intelectuales y, por último, los biológicos. Traducido esto a un lenguaje vulgar, diríamos que, en orden a la unión, pesa sobre todo el corazón, luego la cabeza, por último, la sangre.

Esto, naturalmente, sorprende, sobre todo porque las relaciones paterno-filiales, la fuerza de la sangre, es un vínculo tan fuerte que no se puede destruir; nadie puede dejar de ser hijo de sus padres o padre de sus hijos. Ahora bien, la unión no está en el vínculo, sino en la calidad del vínculo. Dos hombres esposados y metidos en la misma celda pueden estar absolutamente alejados, pese a la proximidad física, mientras que una sólida y profunda amistad puede mantener unidos a dos amigos que vivan en continentes distintos. No es,

pues, una mera fuerza física la que garantiza y estrecha una relación. Ni tampoco una fuerza biológica. El amor de los padres a los hijos —el más fuerte de todos— no es simplemente un amor biológico o instintivo, aunque el instinto juegue un papel importante, en la madre sobre todo; es algo que nace del corazón, pues los hijos son el fruto del amor de los padres, la concreción de ese amor que se tienen marido y mujer; el amor del hombre y la mujer se prolonga en los hijos, en quienes se continúan queriendo. Cuando no es el amor profundo del corazón lo que une a los padres, sino el mero instinto animal del sexo, a los hijos no se les quiere. De aquí que los hijos que nacen fuera del matrimonio estén generalmente condenados por sus mismos padres al hospicio, al abandono en manos mercenarias o a la vergüenza de no ser reconocidos, y aun, a veces, a no nacer. El hecho de que lleven la misma sangre no dice absolutamente nada. Quizá aquí pudiera ponerse como ejemplo el personaje de una novela relativamente reciente de ambiente chino: una mujer del campo a quienes los japoneses fuerzan después de haber matado a su marido a los tres meses de su matrimonio, y que da muerte a su hijo, a los pocos días de nacer, porque sospecha que es japonés.

Que la fuerza del amor esté en primer término cae de lleno en el orden previsto por Dios. El amor se sitúa por encima de la misma relación natural de filiación, pues por la mujer «dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne» (Mt 19, 5 y 6). Más que la fuerza de la sangre, más que la misma inte-

ligencia, el lazo de unión entre los miembros de una comunidad (sea del orden que fuere) es, sin duda, el amor, que sólo cede —o, si se quiere, que sólo debe ceder— ante el deber. Pero no hay aquí contradicción, pues el deber no es sino la manifestación de un amor más alto, aunque con frecuencia sea menos sensible.

Si se van examinando los distintos modos de las relaciones humanas se llega a la conclusión de que, sin duda, esa fuerza cordial que es el amor es la que en último extremo se impone, incluso por encima e independientemente de los factores necesarios. El amor es más fuerte que la muerte. Es lo único que perdura en el más allá, pues los otros determinantes de las relaciones entre los hombres se detienen en la muerte..., si es que llegan hasta allí.

Ahora bien, el amor humano, lo más noble y fuerte que existe en el mundo; el amor humano, no el instinto o la mera atracción física —esto es el lado animal—, en cuanto nace de lo que en el hombre hay más elevado y puro, no es sino el pálido reflejo de Dios. Dios —nos enseña San Juan— es amor (1 Ioh 4, 8); si la esencia de Dios es el amor y nosotros estamos hechos a su imagen y semejanza, el amor sólo será auténtico, y no una desviación o una deformación, cuando sea reflejo de Dios, o, en otras palabras, cuando lleve a unirnos con Él. Cuando en la literatura —novelas, sobre todo— o en la realidad se habla de la fuerza del amor para justificar el rompimiento de deberes, se miente; no es amor, sino la degradación o la falsificación del amor. El nexo que en

último término une de una manera fuerte, definitiva, con Dios, no puede ser otro que el amor. Si existimos es porque Dios nos ama desde la eternidad, antes del tiempo, y a ese amor debemos el haber sido escogidos para existir entre todas las criaturas posibles que pudieron habernos sustituido. Cuando el amor, que nace de la voluntad, nos une a otros seres humanos, no salimos del plano natural; mas cuando en nosotros ese amor se encamina a su origen, entonces hemos trascendido los límites naturales para penetrar en el mundo superior, sobrenatural.

En ese mundo sobrenatural, Dios es el principio y el fin: lo es todo. Siendo, como es, Amor, en el mundo de la gracia el amor es todo. Pero no hay relación directa de alma a alma en el plano sobrenatural. Lo que une es el amor de Dios, y dos almas —dos personas, pues estamos en el mundo— se unen en Dios, por Dios, a través de Dios, y con Él. Como ese amor de Dios está sobre la naturaleza, no está sujeto a sus leyes. El amor humano no sobrenatural, por muy noble, limpio, elevado que sea, por el hecho de ser humano, está sujeto a las leyes propias de todo lo natural: es un lazo que la muerte desata. Sólo lo que está por encima de la muerte, por no pertenecer a su mundo ni estar sujeto a sus leyes, perdura.

Así, por dentro de las relaciones humanas y a mayor profundidad, existe otro tipo de relación sobrehumana, invisible, pero más sólido e íntimo, que no se siente (salvo por excepción milagrosa), pero que es más real, inapreciable sin el auxilio de la gracia por la fe, mas no por ello menos vivo.

Una relación que se funda en la gracia, que tiene su origen en la voluntad iluminada y ayudada por Dios y que es la *única permanente*. Esta trama invisible que nace del amor de Dios forma la gran familia sobrenatural de los hijos de Dios, que «no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombres, sino que nacen de Dios» (Ioh 1, 13) por la gracia. De aquí que la unión provocada por el amor sobrenatural sea más firme e intensa (pese a carecer de una fisonomía sensible) que todas las relaciones humanas. De aquí que estén más unidos y cercanos, en definitiva, dos cristianos que vivan en gracia y que jamás se hayan visto, que el padre y el hijo si uno de ambos está en pecado; la unión será mucho mayor cuanto mayor sea la intensidad del amor a Dios que posean sus almas. Por tanto, al romperse con la muerte física todos los lazos de unión de carácter natural entre los hombres, toda diferencia de raza, de color, de país, desaparece; toda relación basada en la sangre, la voluntad de la carne o del querer de hombres se esfuma: «Ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, sino que serán como los ángeles que están en los cielos» (Mc 12, 25).

Debe a este propósito recordarse un pasaje del Evangelio que arroja una poderosa luz sobre la cuestión. Estaba el Señor en casa de Pedro, en Cafarnaún, adoctrinando al pueblo; «todavía estaba Él platicando al pueblo, y he aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera, que le querían hablar. Por lo que uno le dijo: Mira que tu Madre y tus hermanos están ahí fuera pregun-



tando por ti. Pero Él, replicando a quien se lo decía, respondió: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y mostrando con la mano a sus discípulos dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mt 13, 46-50).

El sentido de estas líneas es obvio. Evidentemente, Jesús no busca una humillación de su Madre, porque ¿quién mejor que Él sabía hasta qué punto y con qué perfección supo cumplir siempre —bastante mejor que los discípulos— la voluntad del Padre? Pero el que le habló no veía más allá de las humanas apariencias, desconocía el mundo interior y hablaba según la carne y la sangre. Para él no había más madre y hermanos que los que se dan en un sentido biológico, y el Señor, entonces, «respondiendo al que se lo decía», descubre el dilatado horizonte de las relaciones sobrenaturales y su ley propia. La unión con Jesucristo, en quien somos salvos, se verifica por el cumplimiento de la voluntad del Padre; Jesús es el Primogénito de entre los hermanos, es Cristo nuestro hermano. La familia real, la que permanece más allá de la muerte y es indestructible porque es sobrenatural y fundada en la gracia, es la que está compuesta por los hijos de Dios, por los hermanos de Cristo, unidos con Él al Padre que está en los Cielos. Las palabras de Jesús arrojan una gran luz y por ellas podemos levantar un poco el velo del misterio que nos oculta lo que hay allende las fronteras de la muerte. La indicación de Jesús

acerca de que los más fuertes lazos que le unían con su Madre estaban en la unión que ambos tenían con Dios, muy por encima del hecho de que por sus venas corriera la misma sangre que por las de María, explica muchas cosas. Entre otras, que el Señor no permitiera, en el Templo, incluso a costa de producir dolor, que tales lazos se debilitaran por la llamada de la sangre.

#### *El cuarto Mandamiento*

La lectura del episodio de Jesús en el Templo y del breve diálogo final, sobre todo, provoca una espontánea e inconsciente tendencia natural a tomar partido hacia la actitud de María, pero esa actitud se ve contenida por el pensamiento de que Jesús era Dios. El hecho se aprecia, de inmediato, como una cuestión entre una madre y un hijo, entre una madre que ha sufrido y llorado durante días y un hijo que tiene apenas doce años y les ha abandonado voluntariamente sin decir una palabra ni hacer la más leve indicación acerca de dónde va o dónde le pueden encontrar. Es como un caso de insubordinación, una pequeña escapatatoria sin trascendencia, pero que no puede ser pasada por alto. En un caso así la madre cumple con su obligación llamando la atención al hijo, y el hijo debe callar porque no hay razón alguna que le justifique.

Pero no se trata, en el Evangelio, de un caso corriente, porque la Madre es la *gratia plena*, la

más perfecta y santa de las criaturas, y el Hijo es Jesús, superior a la Madre por ser Dios.

Jesús no calló; no podía hacerlo, porque obedecía al Padre que estaba sobre toda criatura. Esto no obstante, cuando volvió de nuevo a Nazaret, «les estaba sujeto» (Lc 2, 51), y esa sencilla frase compendia la actitud de Jesús con María y José durante dieciocho años. Les estaba sujeto, pero no por eso dejaba de ser soberanamente libre. La sujeción —la obediencia— no es, pues, incompatible con la libertad, sino que, más bien, es la ordenación de la libertad.

Sujeción a los padres y libertad respecto de los padres. Aun siendo uno mismo el objeto de ambas actitudes, no por eso puede hablarse de incompatibilidad entre ellas. Jesús, cuando obedecía a María y José —y durante treinta años no hizo otra cosa—, seguía siendo perfectamente libre. Pero había una línea, tenue a la vez que precisa, que separa otra zona en la que Jesús, además de ser libre, era independiente, es decir, que en esa dilatada zona que confina con el plano humano de la existencia, pero que está por encima de Él, sólo del Padre celestial dependía y sólo a Él debía rendirle cuentas. La dependencia de los hijos respecto de los padres termina allí donde acaba la autoridad, la jurisdicción que Dios les ha concedido; no puede ir más allá. Así, por el hecho de ser padre, nadie puede mandar a un hijo que le confíe cosas de conciencia, que, en cambio, manifestará siempre fácilmente en la confesión sacramental. El interior de cada uno, lo que se llama fuero de conciencia, no es otra cosa —tomada en el senti-

do en que aquí se hace— que el registro de las relaciones entre el alma y Dios, entre Dios y el alma.

Es cierto que los padres tienen una especial gracia de estado que les ayuda e ilumina en su función de educar a los hijos, lo mismo que un sacerdote la tiene para desempeñar su ministerio. Sería, empero, absurdo confiar en la gracia de estado de un sacerdote al hacerle consultas de tipo económico o profesional en sentido estricto (es decir, sin llevar implicada una cuestión moral), pues la gracia de estado que posee se le da para un ministerio, en cuanto actúa como sacerdote, no para decidir si una determinada inversión de capital será la más conveniente o si se debe emplear el tiempo libre en leer libros de Física con preferencia a los de Biología. No hay nada que obligue a hacerle caso en estos campos que caen fuera del ámbito de su propia función sacerdotal, pues su opinión será simplemente personal y su acierto dependerá de sus conocimientos en la materia de que se trate.

Algo parecido ocurre con los padres. El interferirse en materias que no son plena y exclusivamente de su incumbencia —tal, por ejemplo, la vida espiritual de los hijos— puede tener efectos desastrosos. Así, el obligar a frecuentar sacramentos puede dar lugar a la comisión de sacrilegios; el prohibirlo, a que por falta de alimento interior y de fuerzas se caiga en pecado. El imponer un confesor o prohibir la confesión con determinado sacerdote puede causar, asimismo, graves daños; no puede irse más allá de lo que la Iglesia deter-

mina. Los padres tienen el deber de vigilar y ayudar a sus hijos en lo que respecta a la vida religiosa y fomentarla, sobre todo en los primeros años, pero sin traspasar el límite de la intimidad de la conciencia; los hijos pueden libremente confiarse a los padres, pero éstos no deben olvidar que para los asuntos del alma es el sacerdote el que tiene gracia de estado, y en esta zona los hijos deben mantener su independencia, pues no dependen de los padres sino de Dios, que es quien creó sin ayuda de nadie sus almas.

En todo lo demás los hijos deben estar sujetos a los padres: deben obedecer, pero libremente, no como esclavos: y sólo es capaz de obedecer libremente quien ama aquellos de quienes depende y deben mandarles.

Esta sujeción de los hijos a los padres no es siempre la misma. Va desde una absoluta dependencia —el recién nacido que no puede valerse por sí mismo para nada— hasta la independencia total —el hombre casado y con familia—. Pero esto no disminuye, en absoluto, la fuerza obligatoria del cuarto Mandamiento, pues en él no se nos manda exactamente «obedecer» a los padres, sino otra cosa que comprende la obediencia y bastante más: manda *honrar* a los padres. Esto fue lo que, entre otras cosas, dijo Jesús a aquel voluntario que se le presentó y que, al parecer, estaba animado de los mejores deseos: «Honra a tu padre y a tu madre» (Lc 18, 20).

Hay una curiosa relación que no debe pasarse por alto entre las obligaciones que un hijo tiene con sus padres y las que tiene con su Padre Dios.

Los padres son como representantes de Dios para con los hijos; su autoridad nace del hecho de su asociación con Él para la procreación. Pero no basta simplemente que obedezcamos a Dios como autómatas, sino que hemos de amarle, y entonces —sólo entonces— se le da lo que se le debe: la gloria. Dar gloria a Dios es nuestra misión. Tampoco a los padres basta obedecerles: hay que amarles, y entonces se les honra. Puede parecer, acaso, excesiva sutileza la distinción entre obedecer y honrar, pero tal apariencia es errónea. Si el cumplimiento del cuarto Mandamiento fuera simplemente la obediencia a los padres, desde el momento en que la mayoría de edad o el matrimonio eximiera de esa obediencia el precepto perdería su vigor; sería un Mandamiento temporal, válido hasta una edad o situación determinada, y tal cosa es un absurdo. La honra a los padres, en cambio, se les debe siempre.

Lo que el cuarto Mandamiento prescribe con respecto a los padres es amor y respeto, darles alegrías, obedecer y, en general, obrar de tal manera que estén orgullosos de los hijos, darles satisfacciones, haciendo aquello que redunde en su honor. No basta ser obediente y no dar guerra. Hay muchos hijos que no dan guerra porque, puestos a no dar, no dan ni eso, no dan nada. El cuarto Mandamiento no es precepto negativo, ni es suficiente no dar disgustos para llegar a un pleno cumplimiento. A su letra y a su espíritu se opone todo aquello que, a la corta o a la larga, avergüence a los padres. Es realmente penoso observar la lamentable ignorancia que con fre-

cuencia tienen los hijos de los deberes para con sus padres y lo muy reducido del ámbito en que encierran sus exigencias. No es corriente, por ejemplo, que un estudiante se acuse en confesión de faltas al cuarto Mandamiento por el hecho de ser holgazán y ser reprobado en los exámenes, pese a que no sea ésta cosa de la que precisamente pueden enorgullecerse los padres; no lo es, tampoco, el acusar las omisiones, cuando lo habitual en este Mandamiento es faltar por no hacer lo que debieran haber hecho.

No se insiste demasiado en la Escritura acerca de la obligación que tienen los padres de amar a los hijos, porque no es cosa que haya que recordar. En cambio, sí es más frecuente el que se recuerde a los hijos sus obligaciones para con los padres. Los padres viven para los hijos, ponen en ellos su ilusión, les hacen objeto de sus preocupaciones, forman mil proyectos para su porvenir, sueñan... Es ley natural y está tan fuertemente impresa en los padres que no es necesario volver continuamente sobre ello. Los hijos, en cambio, no viven para sus padres. La vida sigue su curso fluyendo siempre hacia adelante, sin retroceso. Cuando los padres miran hacia sus hijos se proyectan en la dirección en que discurre la vida. También los hijos tienden a mirar hacia adelante, hacia el porvenir que les presenta el amplio y dilatado horizonte de los muchos años que se abren ante ellos. Y porque los hijos tienden, a medida que van creciendo, a pensar en sí mismos y a olvidarse de sus padres, la Escritura recuerda con frecuencia su deber de honrar a quienes les dieron

el ser. «Conviene ayudarles a que comprendan la hermosura sencilla —tal vez muy callada, siempre revestida de naturalidad— que hay en la vida de sus padres; que se den cuenta, sin hacerlo pesar, del sacrificio que han hecho por ellos, de su abnegación —muchas veces heroica— para sacar adelante a la familia. Y que aprendan también los hijos a no dramatizar, a no representar el papel de incomprensidos; que no olviden que estarán siempre en deuda con sus padres, y que su correspondencia —nunca podrán pagar lo que deben— ha de estar hecha de veneración, de cariño agradecido, filial» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 101).

«Les estaba sujeto.» En esta sujeción hay algo más que un simple obedecer. Obedece quien cumple lo que le mandan, pero los padres no se pasan la vida mandando. Hay una gradación en la obediencia que debe ser objeto de atención, una gradación que va desde la obediencia forzada y mecánica de un esclavo hasta la libre y delicada obediencia del que ama. El amor de Jesús a María y José es lo que le hizo estar sujeto cuando era un hombre ya, y no un niño. La obediencia, la sujeción de los hijos debe ser una consecuencia del amor a sus padres. El amor hace que se ponga la propia felicidad en hacer feliz a aquellos a quienes se ama, y de aquí la obligación de los hijos de honrar, y no simplemente de obedecer, a los padres. Cuando hay amor hay delicadeza y, cuando ésta existe, las órdenes y los mandatos son innecesarios: basta, apenas, con una leve insinuación e incluso muchas veces hasta ni siquiera esto,



pues los menores deseos son adivinados. «Tratemos de aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y señorío. En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: *he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). ¿Veis la maravilla? Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos *la libertad de los hijos de Dios* (Rom 8, 21)» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 173).

No es muy difícil, a poco que se reflexione, y teniendo en cuenta lo dicho en el apartado precedente, llegar a la conclusión de que el vínculo que debe unir a los hijos con los padres es el amor. Un amor humano, desde luego, puesto que somos humanos. Un amor que es resultado del amor de los padres, que se alimenta de su bondad, de los sacrificios que hacen por los hijos, de los sufrimientos que hemos costado a nuestros padres; que se fortalece con el recuerdo de mil pequeñas naderías de la vida cotidiana, de las horas felices de la infancia, cuando los padres lo son todo. Un amor que es una deuda que sólo puede pagarse así, pues a los padres debemos el ser y son incontables los beneficios que les debemos; por nosotros han vuelto a ser niños, se han mirado en

nuestros ojos, nos han dado el amor más limpio y profundo que existe en la creación, en nosotros se han unido más ellos mismos. Esto quiere decir que, puesto que amar es querer, los hijos deben luchar contra el propio egoísmo que, con harta frecuencia —demasiada por desgracia—, hace preferir la propia satisfacción a proporcionar pequeñas alegrías (o grandes alegrías) a los padres. Deben poner en ejercicio la voluntad y encontrar la felicidad propia en ver la felicidad reflejada en el rostro de los padres. ¡Cuántas veces, por simple pereza, se retrasa o deja de escribirse una carta que, al faltar, ocasiona pesadumbre! ¡Cuántas veces también, por comodidad o atolondramiento —egoísmo, en suma—, se hacen o dejan de hacer cosas que apenas suponen esfuerzo y cuya acción u omisión es motivo de disminución de la dicha de los padres, cuando no de disgustos! Y esto vale para todas las edades, sólo que cuanto mayores son los hijos más urge la obligación, pues al tener más desarrollada y clara la inteligencia, y al estar menos obligados a obedecer, el amor, las delicadezas, las atenciones deben crecer y son más necesarias.

Pero no sólo se trata de amor humano. Los lazos perdurables que unen están siempre en función del amor de Dios. El amor a los padres no debe ser sólo humano, sino también sobrenatural. Más todavía: si de verdad se ama a los padres, ese amor tiene que ser, necesariamente, sobrenatural, pues es el único que pasa incólume por la frontera de la muerte. Sólo cuando el amor a los padres tiene ese tono sobrenatural es cuando pue-

de decirse de él que es verdadero, pues reside en la sólida y firme región del querer y no en la variable inconsciencia del sentimiento. El amor, entonces, como todo amor auténtico, siente la necesidad de perpetuarse siempre, sin límite de tiempo, y no se deja arrastrar de criterios humanos, sino que obra con la mirada puesta en el más allá. Busca lo estable, lo definitivo, lo que no es susceptible de destrucción, procura que el amor humano no ahogue, en las aras del momento, el amor sobrenatural, ni permite que el vínculo que les une a los padres sea aflojado por consideraciones sin arraigo. El amor ya no es instintivo, sino voluntario y consciente, y ha ganado con ello frescura y espontaneidad, y nada puede destruirlo, pues, por ser sobrenatural a la par que humano, toma en consideración la jerarquía de deberes y los cumple todos sin menoscabo de ninguno.

Esto explica el porqué —en caso de colisión con los padres— hay ocasiones en que el cuarto Mandamiento impone, para darles la honra que se les debe y que Dios manda, desobedecer sus deseos. Pensemos, por ejemplo, en la oposición paterna a que un hijo se dé por entero a Dios, despreciando, quizá, un porvenir humano valioso. Es evidente que, si el hijo ama de verdad a sus padres, no debe volver las espaldas a su camino por obedecerles, pues ello tendría como consecuencia el cargar sobre la conciencia de sus padres la tremenda responsabilidad de la pérdida de su vocación, y esto no sería, ciertamente, honrarles, sino hacerles daño, un daño quizá eterno. La separación física no importa demasiado y, además, es

inevitable: la fundación de un hogar supone siempre la desmembración de otros, el de los padres cuyos hijos marchan a comenzar de nuevo el ciclo vital. Lo realmente terrible es la separación de dos personas que viven juntas, y —en el caso puesto como ejemplo— no hay distanciamiento mayor que el de los que se alejan de Dios.

El mismo Jesús que apostrofaba a los fariseos por las argucias que empleaban para no vivir el cuarto Mandamiento, el mismo que recuerda que hay que honrar padre y madre, es el que dice que «quien ama al padre o a la madre más que a Mí no merece ser mío, y quien ama al hijo o a la hija más que a Mí tampoco merece ser mío» (Mt 10, 37). El mismo Jesús obediente y dulce, que tantas horas de la vida de la Virgen llenara con su luminosa presencia colmándola de gozo y de paz, es el que la deja durante unos días y el que, definitivamente, la abandona cuando acaba de cumplir treinta años... ¡Cuando Ella quedaba sola, cuando más falta le hacía! No sería honrada hoy María como lo es si el Señor no hubiera hecho tal cosa.

Ahora bien, las exigencias de Dios, el servicio del Padre, es algo demasiado grave y serio para tomarlo como una pantalla que oculte un egoísmo poco recto, o como pretexto para eludir obligaciones que no pueden ser eludidas porque hay de por medio un mandato imperativo del mismo Dios: sería caer en el más abominable fariseísmo, expresamente condenado por el Señor (Mc 7, 11 ss.). El deber de honrar a los padres subsiste siempre, porque la palabra de Dios no pasa jamás, aunque el cielo y la tierra puedan pasar (Mc

13, 31). Es inexcusable no dar a los padres alegrías que se pueden dar; lo es también humillarles en lugar de obrar de tal manera que puedan sentirse orgullosos de sus hijos, avergonzarles o entristecerles cuando con un poco de atención o de esfuerzo se les llena de felicidad. Cuesta tan poco —y aunque costase— tenerles contentos que causa pasmo la ceguera que muchas veces tienen los hijos respecto a lo que son las obligaciones que les impone el cuarto Mandamiento.

### *La vocación al matrimonio y la misión de los padres*

Antes quedó apenas apuntado el hecho de la existencia de una vocación al matrimonio (cfr. *Camino*, 27) y es éste el lugar en que debe explicarse con cierta amplitud aquella afirmación. Porque no se trata, en absoluto, de que el matrimonio sea fundamentalmente una vocación que pudiéramos llamar residual, es decir, una vocación que les queda a quienes no tienen otra mejor o más alta, sino que existe una ordenación divina para la perpetuación de la especie mediante la unión del hombre con la mujer, a la que generalmente están llamados todos y de la que son eximidas personas singulares a quienes Dios necesita libres de trabas (cfr. *Camino*, 28). «El matrimonio no es, para un cristiano, una simple institución social, ni mucho menos un remedio para las debilidades humanas: es una auténtica vocación sobrenatural» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que*

*pasa*, n. 23). La mayor o menor intensidad de este llamamiento en la conciencia personal depende tanto de la profundidad con que cada uno viva su propia dependencia de Dios como de la medida en que Dios quiera servirse de él.

Que durante mucho tiempo se haya considerado el matrimonio como una vocación residual puede, quizá, explicarse por el estado colectivo de ánimo formado a consecuencia de un constante insistir acerca de la mayor excelencia de la virginidad. Que una verdad dé ocasión a un modo erróneo de concebir colectivamente las cosas no es hecho infrecuente. A la masa, a la mentalidad colectiva de grupos muy numerosos, apenas llegan sino los enunciados más generales y, por tanto, sin matices ni excesivas precisiones, y sólo estos conceptos resumidos y simplemente enunciados suelen abrirse paso.

No puede dudarse de que, en un orden absoluto, la exclusiva dedicación a Dios y a la Iglesia, el entregamiento total al servicio divino es algo superior, más perfecto y —considerado ya en un plano humano— hasta más elegante que reservarse una parte de uno mismo, siquiera sea para darla —no del todo desinteresadamente— a otra persona. El matrimonio tiene un conjunto de compensaciones de orden humano que son sacrificadas por quienes dan a Dios un amor no compartido con nadie. Sólo personas de una visión estrecha y escasamente comprensiva han podido rasgarse las vestiduras ante la afirmación de que «el matrimonio es para la clase de tropa y no para el Estado Mayor de Cristo...» (*Camino*, 28). La

función que en un Ejército desempeña la clase de tropa es absolutamente necesaria, pieza fundamental e insustituible, pero muy difícil de compaginar con las tareas propias de la dirección de una guerra en amplios frentes. Esto requiere especial y exclusiva dedicación en el ejército de Cristo. Si en tiempos de San Pablo un hombre casado —pero sólo una vez— podía ser obispo, la Iglesia ha ido imponiendo paulatinamente el celibato a los sacerdotes, porque los necesita sin ataduras y sin otros deberes que los que dimanen del propio servicio a la comunidad (a la Iglesia). Toda persona a quien Dios designe para la tarea de almas debe estar exenta de preocupaciones de índole inferior, esto es, de puro orden natural. En la Encíclica *Sacra Virginitas* ha salido Pío XII al encuentro de posibles desviaciones a que la actual insistencia acerca de la excelencia del matrimonio podría dar lugar, por la razón antes apuntada, en mentalidades colectivas.

Pero si de un orden general y absoluto descendemos al plano real y personal, a lo concreto de la vida de cada persona, aquí —y con relación a ella misma— lo mejor y lo peor, lo superior y lo inferior en el orden absoluto dejan de ser tales, porque entonces para cada hombre lo más excelente es lo que Dios ha pensado para él, independientemente de que en una escala de valores considerados en sí mismos, el camino que Dios le eligió sea más humilde que otros o el más humilde de todos, pues, como dice San Pablo, «cada uno tiene de Dios su propio don, quién de una manera, quién de otra» (1 Cor 7, 7). «El amor, que

conduce al matrimonio y a la familia, puede ser también un camino divino, vocacional, maravilloso, cauce para una completa dedicación a nuestro Dios. Realizad las cosas con perfección, os he recordado, poned amor en las pequeñas actividades de la jornada, descubrid —insisto— ese *algo divino* que en los detalles se encierra: toda esta doctrina encuentra especial lugar en el espacio vital, en el que se encuadra el amor humano» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 121). «Lo que interesa, sobre todo, es la correspondencia de cada uno a su propia vocación: para cada uno, lo más perfecto es —siempre y sólo— hacer la voluntad de Dios» (*ibid.*, n. 92).

El matrimonio como vocación cobra así toda su grandeza, inmensamente mayor de la que habitualmente tiene en la conciencia personal de muchos de los que están en él. No fue, por cierto, simple concesión de San Pablo el llamarle «Sacramento grande»; San Pablo escribía inspirado por Dios y es Dios mismo quien lo califica de tal manera.

Ahora bien, un Sacramento es una cosa santa, algo sagrado. Es un medio establecido por Dios para la santificación, como lo es el Orden, como son todos los Sacramentos. El matrimonio, al ser Sacramento, es algo que santifica, que hace santos. No es simplemente un medio lícito para satisfacer exigencias del instinto, antes al contrario, estas exigencias tienen su razón de ser en el matrimonio, pues el matrimonio es el fin a que están orientados los sexos. Pero sabemos que el fin de toda criatura humana, desde el momento en que



fue creada, es dar gloria a Dios mediante el cumplimiento de la voluntad divina, mediante el desempeño de su misión en el mundo. El fin del matrimonio, en último término, es la gloria de Dios por la santificación personal, utilizando el medio que, concretamente para los que tienen tal vocación, Dios quiere emplear para santificarlos, pues lo instituyó expresamente para ello.

Cierto que jamás pensó nadie que el matrimonio impidiera la santidad, pues tal cosa hubiera sido tanto como negar la fuerza santificadora de un Sacramento. En la práctica, sin embargo, la mentalidad común entendía de un modo muy peculiar este camino, casi como la «peor parte» en contraposición a la «mejor parte» elegida por los religiosos, renunciando a la santidad como si fuera un patrimonio reservado a las almas que abandonaban el «siglo» y los quehaceres temporales en el mundo.

Monseñor Escrivá de Balaguer, en este punto como en tantos otros, ha abierto amplios horizontes, no sólo subrayando el carácter de *vocación*, de llamamiento por parte de Dios, del matrimonio («¿Te ríes porque te digo que tienes "vocación matrimonial"? Pues la tienes: así, vocación.» *Caminos*, 27), sino extrayendo las consecuencias de este hecho real: «Y enseñando —ha escrito—, porque es verdad dogmática, que la virginidad —o la castidad perfecta— es superior al matrimonio, hemos dicho a los casados que también ellos pueden ser almas contemplativas, en su estado, precisamente en el cumplimiento de sus deberes familiares» (Cartas, 19, III, 1954).

El *ascende superius* (Lc 14, 10) no es, por tanto, algo exclusivo de una determinada condición de vida; es una invitación llena de posibilidades dirigida a todos, también a los casados; una invitación que no saca a nadie de su sitio, que deja a cada uno en el lugar y posición que ocupa en el mundo. Con razón ha podido concluir el mismo Monseñor Escrivá de Balaguer que «se han abierto, para todas las almas, los caminos divinos de la tierra».

De nuevo cobran actualidad las palabras de San Pablo a los corintios: «Proceda cada cual conforme al don que Dios le ha repartido y según su estado cuando Dios le llamó... Cada uno, hermanos, permanezca para con Dios en el estado en que fue llamado» (1 Cor 7, 17, 20 y 24). «¿Estás ligado a una mujer? No busques quedar desligado» (1 Cor 7, 27), pues es allí, en el estado en que Dios le puso, donde encontrará la perfección. La encontrará allí o no la encontrará, probablemente, en parte alguna.

El matrimonio es el origen de la familia cristiana, y la familia cristiana es como la célula de ese organismo vivo que llamamos Iglesia. Todos los cristianos han aprendido en el seno de su familia a conocer a Dios, a invocarle, a sentirse sus hijos, a rezar a la Virgen. De las familias cristianas proceden los sacerdotes, otros Cristos, que difunden la doctrina y administran los Sacramentos. La familia es necesaria para la continuidad de la Iglesia, para completar el número de los elegidos. Y por cuanto no hay familia sin matrimonio, claro está que Dios *quiere* ese camino que,

debido a ello, para mucha gente —para los llamados a esa vocación— es tan importante como, pongo por caso, para un sacerdote el suyo. Es absolutamente necesario que esto lo piensen quienes están casados. Que no crean que el matrimonio ha supuesto perder la oportunidad de hacer de sus vidas algo grande; que las preocupaciones económicas, los hijos, la lucha por la vida, el hogar, la felicidad humana noble y limpia de que disfrutaban, o los pequeños rozamientos que nacen de la vida común, son otros tantos obstáculos que impiden la perfección, la santidad, la unión con Dios. Esto es un gran error, pues Dios les espera precisamente en todas esas circunstancias; es todo ese cúmulo de cosas lo que deben santificar con ayuda de la gracia, y, al mismo tiempo, el instrumento de que Dios va a servirse para perfeccionarlos a ellos, siempre que pongan ansia de perfección y cooperen poniendo de su parte cuanto Dios espera. «Pobre concepto tiene del matrimonio —que es un Sacramento, un ideal y una vocación— el que piensa que el amor se acaba cuando empiezan las penas y los contratiempos, que la vida lleva siempre consigo. Es entonces cuando el cariño se enreca. Las torrenceras de las penas y de las contrariedades no son capaces de anegar el verdadero amor: une más el sacrificio generosamente compartido. Como dice la Escritura, *aquae multae* —las muchas dificultades físicas y morales— *non potuerunt extinguere caritatem* (Cant 8, 7), no podrán apagar el cariño» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 91).

El camino que abre la consideración del matri-

monio como vocación, como camino de santidad, es de dilatados horizontes. Quizá aquí, como en ningún otro caso, sea posible palpar hasta qué punto todo ser racional debe ser instrumento inteligente en manos de Dios y hasta qué punto su actuación debe convertirse siempre en colaboración. No que en el matrimonio sea más instrumento o mejor colaborador que en cualquier otro caso, sino que, por tratarse de hechos más tangibles, es posible apreciar con mayor nitidez el papel de la criatura.

El fin principal del matrimonio es la procreación. Dios hizo el orden de la naturaleza de tal modo que ha querido la unión del hombre con la mujer para engendrar hijos. Pero no es cosa tan sólo del hombre y de la mujer. Esto, por supuesto, es imprescindible y tiene tal fuerza que por la mujer «dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne». Pero no es, sin embargo, cuestión de dos, sino de tres. El hombre y la mujer colaboran entre sí, pero también con Dios. Ellos ponen el poder natural (que deben a Dios) para forjar el cuerpo, y Dios infunde el alma. Entre los tres traen nuevas vidas al mundo.

Dios siempre cumple, siempre infunde el alma, también aun cuando el nuevo ser sea fruto del pecado. Por otra parte, no cabe duda de que el engendrar hijos es una carga y una preocupación, además de una seria y grave responsabilidad; de aquí que Dios pusiera una considerable dosis de placer en el acto de la generación y un fuerte instinto en los sexos. Por tanto, puede colegirse lo

monstruoso que es el fraude en el matrimonio, pues supone fundamentalmente una burla, un engaño que se hace a Dios. El mal uso del matrimonio, tomando sólo el placer físico y evitando la concepción, ataca derechamente la santidad del Sacramento; reducir el acto de la procreación a un placer estéril es como una especie de sacrilegio que prostituye la unión de los cónyuges y les hace cómplices contra Dios. «Entonces todo se enturbia, porque los cónyuges llegan a contemplarse como cómplices; y se producen disensiones que, continuando en esa línea, son casi siempre insanables...; cuando el bien divino de la sexualidad se pervierte, la intimidad se destroza, y el marido y la mujer no pueden ya mirarse noblemente a la cara» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 25). Y este pecado se paga siempre, incluso en esta vida, pues, al constituir un fuerte acto de egoísmo, separa, así como el amor une. Parece evidente que es una visión excesivamente humana —no sobrenatural, por tanto— del matrimonio lo que hace posible tales desviaciones, pues cuando el matrimonio se considera simplemente como un medio de legitimar relaciones que sin tal requisito estarían fuera de la ley es difícil —por no decir imposible— pensar en él como medio de santificación.

La realidad es muy otra. Las pruebas de amor que Dios ha dado a las criaturas son considerables y no es la menor entre ellas el haberles honrado asociándoles a Sí mismo en la procreación. Sólo Dios es creador. El hombre y la mujer, simplemente, ayudan y deben atenerse siempre a las

condiciones que Dios ha impuesto. Es fácil deducir de aquí la impresionante dignidad del matrimonio. Sólo cuando esta dignidad se haga patente, reflexivamente patente, a quienes vayan a unirse de por vida, será adecuado el aprecio al Sacramento que va no sólo a legitimar, sino a *santificar* su unión, pues sólo entonces se tiene conciencia plena de lo que realmente es el matrimonio. Aparte de la Encíclica *Casti connubii*, que todos los casados deberían conocer a fondo, puede ser provechosa, por lo que respecta a lo que aquí se está tratando, la lectura de *El matrimonio cristiano*, de J. Leclercq; *Sobre el amor humano*, de G. Thibon, y el excelente capítulo acerca de «Matrimonio y santidad», en el volumen II de *El amor supremo*, de Boylan.

La colaboración no se limita, sin embargo, tan sólo a cuanto se refiere a la generación. El nuevo ser que viene al mundo necesita durante muchos años de los padres; es absolutamente dependiente, incapaz de valerse por sí mismo, abandonado a los cuidados de quienes le dieron el ser. Esto, que es cierto, no quiere decir que los padres puedan en adelante obrar por cuenta propia, por sí y ante sí. Dios sigue contando. El ser padres no equivale a ser propietarios del hijo. Dios tiene, sobre los hijos, derechos muy superiores a los de los mismos padres, muy superiores también a los que tiene la comunidad. A fin de cuentas los padres no pueden ni siquiera elegir a los hijos, pero Dios sí elige a los padres de cada uno.

Y tampoco, fuerza es reconocerlo, suele haber una gran preparación en los que van al matrimo-

nio respecto a la educación de los futuros hijos. Es sorprendente contrastar los años de estudio que se dedican a obtener un título universitario —por ejemplo—, que capacita para ejercer la enseñanza, y la escasa atención que merece el prepararse adecuadamente para una misión tan decisiva como es el educar a los hijos. Es muy corriente que los padres se olviden de que los hijos tienen una personalidad propia, la suya, la que Dios les ha dado, y por olvidarlo traten de hacerlos como ellos son. Si Dios es quien, al infundirles un alma, les ha dado una manera de ser, unas cualidades peculiares, un determinado grado de inteligencia, y quien prepara gracias sin cuento a lo largo de la vida, combinando una enorme variedad de circunstancias por las que les va encaminando, parece de sentido común que, puesto que es Él quien fija su destino, lleve también la dirección, la orientación de sus vidas. El peligro de extralimitación en sus peculiares deberes es para los padres aún mayor aquí. Hay peligro en sus dos extremos: dejarles crecer sin trabas, como la maleza en una selva virgen, o querer hacer tanto que coarten su desenvolvimiento normal y les conviertan en flores de invernadero, en seres abrumados y ahogados por el peso de constantes indicaciones, en personalidades falsas y contrahechas.

Hay zonas —ya antes se habló de ello— en las que los padres pueden, en todo caso, aconsejar, jamás imponer, ni siquiera querer influir demasiado. Pudiéramos compendiar en dos ejes cardinales la función educadora de los padres: cultivar la inteligencia de los hijos para que en el momento

oportuno sepan ver lo que Dios quiere de ellos, y formar su voluntad para que sigan su propio camino. Dios cuenta con los padres para que éstos ayuden a sus hijos a que encuentren su ruta y la recorran hasta el final, preparándoles para hacer frente a la vida de tal modo que sepan dar gloria a Dios sin que se apodere de ellos el mundo; para que ayuden a sus hijos a ser felices aquí y allá, sirviendo a Dios y salvando sus almas. La función de los padres es mucho más honda que la de procurar a sus hijos un porvenir seguro y brillante. La formación de los hijos requiere suma atención, ocupación constante, saber observar y, mediante ello, llegar a comprender a cada uno de los hijos, ganar su confianza. No basta que posean la autoridad: deben ser amigos, entenderse, pero circunscribiéndose siempre a los límites que están trazados para su actuación. No se trata de gobernarlos por medio de órdenes —un hogar cristiano no es un cuartel—, sino de formarles para que crezcan —como Jesús— «en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres» (Lc 2, 52), ayudándoles para que desenvuelvan armónicamente los dones naturales que Dios les ha concedido, velando para evitar deformaciones y anquilosamientos, haciéndoles comprender la razón de las cosas para que formen criterio.

Cuando se quiere hacer demasiado se corre el peligro de interferirse en la acción del Espíritu Santo, con quien deben colaborar —y a quien no deben suplantar— los padres. La falta de visión sobrenatural, el criterio simplemente mundano —no cristiano— de familias que se llaman y son



cristianas se observa, sobre todo, cuando a un hijo se le plantea la vocación a una renuncia total. No es frecuente en esos casos una oposición abierta, una negativa radical; por poco cristianos que los padres sean, o por poco sentido común que posean (si no lo son o no se comportan como tales), es muy fuerte cosa oponerse a Dios o a la personal libertad de decisión. Lo que sí es frecuente es el proponer un compás de espera, por el prurito, por la preocupación de *probar* la vocación. Es un engaño sutil, porque sólo se busca (aparentemente, al menos) el bien del hijo, el que se cerciore de su vocación poniéndole a prueba, para tranquilidad y convencimiento de todos. Pero sobre que los padres no han sido constituidos para probar la vocación de nadie (la prueba equivale a tentación, y no deja de ser doloroso que los padres tienten), lo que por el momento se consigue es dejar un amplio margen de tiempo al diablo para que pueda trabajar a placer y procurar desquiciar toda la vida de una persona. No le trae cuenta que nadie se dé a Dios, porque le van muchas almas en ello. Piénsese, por el contrario, con qué facilidad se empuja a los hijos al matrimonio..., y también es para toda la vida. Lo mismo cabe decir, por ejemplo, cuando se trata de elegir profesión o carrera.

Los padres, esto es indudable, no pueden, ni deben, desentenderse de tales problemas, mas su función es de consejo. Pero no de un consejo según la prudencia de la carne, sino de acuerdo con la prudencia del espíritu; no según criterios humanos, sino con visión sobrenatural y con la discre-

ción necesaria para no perder de vista su papel de colaboradores de Dios, no vayan a convertirse en orientadores en nombre propio. Deben buscar el bien y la felicidad de los hijos, y puede ocurrir muy bien que el camino no sea el mismo que les dio la felicidad a ellos. Sentimientos legítimos —los nietos, la seguridad de la vejez, los triunfos de los hijos en el mundo—, pero demasiado exclusivamente humanos, pueden empañar, oscurecer y hasta borrar el conocimiento de la voluntad de Dios, e incluso el deseo puede, inconscientemente, llegar a suplantarla, defendiendo como voluntad de Dios lo que es voluntad propia.

Porque somos humanos, y cada uno tiene su propia personalidad, los roces no pueden asombrar a nadie, y los choques tampoco. Hay momentos en la vida en que se plantean cuestiones de tal envergadura que se necesitan esfuerzos titánicos para no dejarse aplastar por ellas y mantener la serenidad y la visión sobrenatural. Hay momentos en que los padres experimentan el dolor, la angustia de situaciones planteadas por los hijos o que se plantean por igual a ambos, y que son decisivas. Una angustia semejante a la de la Virgen, con la sensación de que se ha perdido un hijo o una hija porque se ha entregado a Dios, y ya no les pertenece, de no poder contar con ellos, de separación definitiva. No se ve que la separación es imposible si hay amor sobrenatural y ése permanece; ni tampoco que, cuando Dios da a los hijos la vocación de darse, da otra a los padres: a los hijos, de que se entreguen; a los padres, de que entreguen lo que más aman en el mundo. Tam-

bién los hijos sufren —a Jesús debió causarle dolor ver la angustia de su Madre— y no sólo por ellos. Mas la voluntad del Padre celestial debe cumplirse siempre, aunque ocasione dolor y sufrimiento.

En las cosas que miran al servicio del Padre nadie debe inmiscuirse, porque, de hacerlo, lo haría indebidamente. Si Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, y respeta su libertad hasta el extremo de preferir la ofensa a deshacer su propia obra, con más motivo debe haber, por parte de los padres, un respeto profundo por la plena libertad de los hijos en este mundo de intimidación única que está constituido por las relaciones entre el alma y Dios. La actitud de Jesús hacia su Madre, la respuesta a la queja con que la Virgen le pide una explicación, vale por todo un tratado. Ninguno que se tenga por cristiano debiera extrañarse jamás de esto, ni siquiera tratándose de Jesús con su Madre.

Es imposible, sin embargo, llegar al perfecto cumplimiento de lo que es el fin principal del matrimonio (procreación y educación de los hijos) si no se mantiene lo que caracteriza a su naturaleza, a su propiedad esencial: la unión permanente entre los cónyuges, la unidad e indivisibilidad. El alcance que se da aquí a estas palabras no es meramente jurídico, sino que rebasa ese campo para calar con más profundidad en la vida de los cónyuges. Un matrimonio puede mantener la unidad jurídica estando los esposos absolutamente desunidos.

No hay romanticismo capaz de hablar del amor

humano en los términos en que lo hace la Santa Iglesia para bendecir el amor de los esposos. Nadie tiene tampoco del matrimonio un concepto tan alto como la Iglesia cuando afirma que es un camino de santidad, una vocación divina. Los esposos pueden convertir el hogar en un anticipo del cielo... si quieren; porque sólo en la medida en que ellos —consciente o inconscientemente— amen a Dios sabrán amarse, y estarán de verdad mutuamente entregados en la misma medida en que estén entregados a Dios. Es cierto que la vida no es toda ella un camino de rosas, pero es triste contemplar cómo muchos dejan que la ilusión con que fueron a unirse de por vida se marchite por contrariedades que, en lugar de desunir, debieran enlazarlos con más fuerza. No hay nada que desperdiciar en un hogar cristiano: las alegrías y las penas, el trabajo y el descanso, la pobreza y la abundancia, el éxito y el fracaso, todo puede ser santificado por la gracia de Jesucristo.

Pero es necesario que se quieran, hasta que sean viejos, igual que si fueran novios. No deben permitir que el tiempo, o el egoísmo (buscar la propia felicidad en lugar de la del cónyuge), o la dureza de la vida, o la excesiva abundancia, convierta el amor en un tedioso tener que soportarse durante años y años. El secreto de la felicidad en el matrimonio está en lo pequeño y cotidiano, en lo humilde: un pequeño detalle en el arreglo personal o de la casa, en la alegría de llegar al hogar, en el trabajo en que todos —padre, madre, hijos— colaboran..., esto es lo que asegura la continuación del amor. Y esto es sumamente importante,

porque sin amor no hay unidad, y la separación y la división son síntomas de muerte: «el secreto de la felicidad conyugal está en lo cotidiano, no en ensueños. Está en encontrar la alegría escondida que da la llegada al hogar; en el trato cariñoso con los hijos; en el trabajo de todos los días, en el que colabora la familia entera; en el buen humor ante las dificultades, que hay que afrontar con deportividad» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversiones*, n. 91).

Gran parte del futuro de los hijos depende del clima que encuentren en sus hogares; muchos de los que se entregan a Dios y hacen renuncia de lo mejor que tienen y de todo lo que la vida puede brindarles deben gran parte de su vocación a la solicitud de sus padres (¡qué eficacia tan asombrosa tiene las plegarias de una madre!). Y —conviene repetirlo una vez más— lo que garantiza la unidad, la compenetración de los esposos, es el amor a Dios, que les lleva a dar profundidad a una simple atención humana convirtiéndola en un acto de fina caridad que les hace ser «un solo corazón y una sola alma», no sólo una sola carne.

## IV. VIDA OCULTA

*María, empero, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón.*

(Lc 2, 11.)

### *Vida interior*

Las palabras de San Lucas que acaban de transcribirse compendian, en realidad, muchos años de la vida de María. La zona que podemos llamar —a semejanza de los años de oscuridad de la vida del Señor— vida oculta es mucho más extensa en la existencia de la Madre que en la del Hijo. La Virgen María sale de la más total oscuridad a la

luz durante los poquísimos meses en que la impotencia de Jesús necesita de su ayuda para manifestarse. Luego, la Virgen sólo aparece esporádica y accidentalmente, y siempre en función de su Hijo: el viaje a Jerusalén y el episodio del Templo, las bodas de Caná, apenas un asomarse de manera muy breve y muy difusa cuando, con sus parientes y allegados, va a buscarle; por último, la crucifixión. La vida de Nuestra Señora es, en verdad, una vida oculta toda ella, pues esos momentos en que surge de la penumbra a la claridad, además de ser muy poco frecuentes, sólo de muy pocas personas fueron conocidos. La Virgen María no tuvo una actuación pública.

Pues bien, para cubrir todo ese lapso de tiempo, esos años de su vida —casi todos— el evangelista sólo dice esto: «Pero María conservaba estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón.» No es mucho, desde luego. Y, sin embargo, debe ser muy importante, pues el mismo San Lucas, un poco más adelante, cuando vuelven a Nazaret después de haber encontrado a Jesús en el Templo, insiste en el mismo concepto y casi con las mismas palabras: «Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón» (Lc 2, 51). Por dos veces nos dice lo mismo, pero nada más. Nosotros, que quisiéramos saber otros pormenores de Nuestra Señora, nos sentimos un poco desilusionados porque nuestra explicable curiosidad no fue tenida en cuenta por el evangelista, y pensamos que también fue una lástima que, habiéndose enterado bien (probablemente por la misma Virgen María), no hubiera sido más explícito. Por otra

parte, el Evangelio es el mensaje de Dios y Él nos reveló justamente todo lo que debíamos conocer. Si nos hubieran sido necesarios otros detalles, Él hubiera cuidado de que se recogieran. No cabe duda de que sabemos lo suficiente, incluso respecto de la Virgen, incluso respecto de la vida oculta de la Virgen.

Aquí son importantes no sólo las cosas que en esta frase repetida se dicen, sino también lo que se calla. El silencio, a veces, es revelador y de una elocuencia atronadora. ¿No pudiera suceder que San Lucas no dijera nada más por la sencilla razón de que no hubiese nada más que decir? Es verdad que los Evangelios son, en cierto aspecto, un resumen escrito de la catequesis oral apostólica, más amplia. Hay otras noticias, que siguieron circulando sólo en la Tradición oral, y de las cuales podemos encontrar datos en los documentos escritos de la Iglesia, como en las mismas cartas de los apóstoles incluidas en el canon del Nuevo Testamento, y aun en los textos litúrgicos. No obstante, no podemos olvidar que la parte más amplia e importante de la Revelación nos ha llegado a través de los libros santos, del Evangelio en particular. En tal caso, y para ir entendiendo todo el valor que tiene para nosotros el ejemplo de Nuestra Señora, será necesario ver, lo primero, lo que San Lucas nos dice y, después, valorar lo que calla.

Por de pronto sabemos dos cosas: que la Virgen guardaba dentro de sí ciertos sucesos y que los ponderaba en su corazón. Hubo, pues, ciertos hechos que se grabaron profundamente en su me-



moria, acontecimientos o impresiones que la afectaron y la sorprendieron con mayor intensidad que otros. Mas no se limitó a registrarlos en su mente: los ponderaba en su corazón. No eran recuerdos muertos, ni su alma una inmensa necrópolis de cosas pasadas, un rico archivo lleno de datos o almacén de cosas viejas. Aquellas cosas que guardaba dentro de sí tenían un valor y una significación. La Virgen María no era una mujer sentimental que perdiera el tiempo evocando recuerdos con nostalgia, como muchas veces a nosotros nos ocurre, hallando en esa suave tristeza una excusa a nuestra pereza o a nuestra debilidad. No se dejaba invadir por la imaginación, sino que ejercitaba la inteligencia. Ponderar las cosas en el corazón vale tanto como pensar en ellas, relacionarlas, profundizar en su sentido, buscar las conexiones que las unen, descubrir las perspectivas que abren. Ponderar las cosas en el corazón es vivir interiormente, es estar de continuo ejercitando las potencias interiores y perfeccionándolas, es irse llenando de contenido. Cuando esto se hace acerca de cosas humanas, sin esa tercera dimensión que es la visión sobrenatural, apenas es otra cosa que reflexión; mas cuando la visión sobrenatural nos pone en contacto con Dios y el mundo superior, entonces es cuando se posee vida interior en el sentido religioso de la expresión.

No puede, por tanto, hablarse (en un lenguaje cristiano) de vida interior si no hay ese ponderar las cosas que se guardan dentro de sí. Lo que hace que un hecho, una idea, un acontecimiento, llegue a tener un valor y un alcance en la vida personal

de cada uno es el arraigo, la comprensión que nos hace conocer su sentido dentro de la trama del vivir cotidiano y con referencia al plan de Dios. Sólo el que vive hacia adentro se va enriqueciendo espiritualmente; en tanto que el atolondramiento, la superficialidad y la frivolidad provocan en el hombre una tal pobreza interior que explica sobradamente la extremada ignorancia religiosa de verdaderas multitudes de cristianos. Cuando la mirada del espíritu apenas si resbala, sin fijeza alguna, sobre la apariencia exterior de cuanto es o sucede, las criaturas —cualesquiera que sean— no representan otra cosa que lo que parecen, y tal actitud conduce, a la corta o a la larga, a la disminución de la fe, a la pérdida —muy frecuente entre cristianos— de la visión sobrenatural, a la desorientación y al vacío de la vida. Nada tiene entonces sentido, pero porque le falta al hombre la capacidad mínima para poderlo encontrar. Cuando esto sucede y se generaliza —tal como hoy, por ejemplo— surge ese tipo *standard* de hombre o mujer falto de personalidad, repleto de tópicos, fabricado en serie y mortalmente aburrido porque carece del más elemental cultivo interior que le haga apto para mantener una conversación en la que se diga algo; después de todo, las palabras son expresión de ideas, y mal puede tenerlas quien no piensa.

La reflexión, al ponderar las cosas dentro de sí, conduce a la profundidad interior. Para esto basta pertenecer a la especie humana. Pero se necesita algo más en un cristiano: esa reflexión debe estar matizada por algo que un no cristiano —un

pagano o un ateo— no tiene: por la fe en Cristo. Esta fe es lo que da calidad a la reflexión del cristiano y lo que le hace ver el universo de una manera distinta y más profunda que aquel que no la posea. Cuanto mayor sea la fe de un cristiano, cuanto más viva, cuanto con mayor intensidad posea el espíritu de Cristo, mayor profundidad descubrirá en el mundo que le circunda, en los acontecimientos que le suceden, en las personas que le rodean; la conexión entre todo ello será más sólida y precisa. Al cabo, todo se convierte y se transforma, porque cobra una especial calidad de transparencia que permite ver a Dios, y las criaturas adquieren los contornos precisos que nos las revelan como lo que realmente son: manifestaciones del poder de Dios, testigos de su bondad y de su grandeza, mudos pero elocuentes mensajeros de su voluntad. Sólo a quien pondera con espíritu cristiano las cosas en su corazón le es dado descubrir la inmensa riqueza del mundo interior, del mundo de la gracia: de ese tesoro escondido que está dentro de nosotros. Todavía —y siempre— se pueden aplicar a la letra, a los hombres de hoy, lo que Juan el Bautista decía a sus contemporáneos con relación al Mesías: «En medio de vosotros está uno a quien no conocéis» (Ioh 1, 26).

Fue la ponderación de las cosas en el corazón lo que hizo que, a compás del tiempo, fuera creciendo la Virgen María en la comprensión del misterio, en santidad, en unión con Dios. Nuestra Señora, contrariamente a la impresión habitual que existe entre nosotros, no se lo encontró todo he-

cho en su camino hacia Dios, pues le fueron exigidos esfuerzos y fue sometida a pruebas por las que ningún nacido de mujer —excepto su Hijo— hubiera podido atravesar. A Ella se le había dado mucho, y en verdad fue mucho lo que se le pidió. No era una autómatas, sino una mujer, y tuvo que esforzarse constantemente por estar siempre dispuesta a lo que viniera, admirándose, sí, pero sin dudar nunca, dándolo todo por bien dispuesto, teniéndolo que encontrar lógico cuando las consideraciones humanas lo hacían aparecer como una locura, manteniendo siempre la serenidad y haciendo, en cada momento, su parte, justo lo que Dios esperaba que hiciera.

No se puede penetrar el sentido de las cosas si no hay esa ponderación interior hecha con espíritu sobrenatural. Ponderación que no es el juego superficial y caprichoso de imágenes evocadas a medida de nuestros deseos. Imaginar, soñar, es fácil, agradable, cómodo. Pero no sólo no resuelve nada, sino que desemboca en la abulia, en la inoperancia; el soñador se encuentra demasiado bien instalado en ese mundo ideal creado por su fantasía para que no le disguste la realidad, que exige un esfuerzo de análisis y de captación para luego obrar en consecuencia. Los soñadores suelen ser flojos, indecisos, inadaptados; son unos fugitivos de la vida porque no son capaces de encauzarla, dominándola. No sólo no viven vida interior, sino que oponen un gran obstáculo a que pueda existir en ellos alguna vez, ya que su ruido interior es tan grande, tan ensordecedor, que no da lugar al pensamiento reposado.

Pues es condición indispensable para que las cosas puedan guardarse en el interior, y ponderarlas luego en el corazón, que haya silencio. El silencio es el clima que hace posible la profundidad del pensamiento. El mucho hablar disipa el corazón y éste pierde cuanto de valioso guarda en su interior; es entonces como un frasco de esencia que, por estar destapado, pierde el perfume, quedando en él sólo el agua y apenas un tenue aroma que recuerda el precioso contenido que alguna vez tuvo. La suma de ese doble silencio, interior y exterior, está expresada en un vocablo muy utilizado en los libros espirituales, el de «recogimiento». Sin recogimiento no hay vida interior. «Mientras me quede aliento —afirma Mons. Escrivá de Balaguer— no cesaré de predicar la necesidad primordial de ser alma de oración ¡siempre!, en cualquier ocasión y en las circunstancias más dispares, porque Dios no nos abandona nunca» (*Vida de oración*, folleto MC, n. 168, Madrid, 1973, p. 13).

Podrá parecer, acaso, que es imposible mantener tal condición en el mundo, y más aún en el mundo de hoy, en que la prisa y la agitación, el ruido y la velocidad, el desenfrenado ritmo y la dureza de la lucha por la vida no dejan, ciertamente, libre el espíritu para ponderar nada. Y, sin embargo, el recogimiento es posible, y su necesidad mayor precisamente por ser el mundo de hoy como es. No podemos olvidar —y todavía se insistirá sobre ello— que la Virgen María no vivía en un convento, sino en medio del mundo, en el seno de una familia cuyo sustento dependía del trabajo diario. Evidentemente es más fácil —hablando ab-

solutamente— guardar recogimiento en el claustro que en la calle; pero hemos de preguntarnos, entonces, si Jesús mantuvo el recogimiento y la vida interior durante la incesante actividad de los tres años de su vida pública, y si le fue posible a San Pablo. Es el mismo Jesús quien, con su ejemplo, nos muestra el procedimiento: Él se retiraba con frecuencia, durante horas enteras a veces, a la soledad. Para poder estar recogido habitualmente en medio del mundo y con un quehacer que puede ser agobiante, es necesario dedicar a lo largo del día algunos momentos *exclusivamente* a estar solo. «Que no falten en nuestra jornada unos momentos dedicados especialmente a frecuentar a Dios, elevando hacia Él nuestro pensamiento, sin que las palabras tengan necesidad de asomarse a los labios, porque cantan en el corazón. Dedicemos a esta norma de piedad un tiempo suficiente, a hora fija si es posible» (J. Escrivá de Balaguer, *Vida de oración*, p. 15). Quien esto no procura, quien no encuentra tiempo para estar a solas consigo mismo y ponderar en su corazón, pero con referencia al plan de Dios, «aquellas cosas» que le vayan sorprendiendo, nunca jamás dominará las circunstancias ni sacará provecho de ellas. Será arrastrado por el torbellino de la vida, a remolque siempre de impulsos y pasiones, de acciones y reacciones, como una hoja seca en otoño a merced de los caprichos del viento o como un madero zarrandeado por los rápidos de un río.

Únicamente el recogimiento —el guardar las cosas— puede hacer que ponderemos en nuestro corazón. Y sólo el ponderar las cosas en el corazón

da firmeza y orientación a la vida, porque entonces se posee una vida interior que tamiza y encauza los acontecimientos exteriores, extrayendo de ellos el mensaje que Dios comunica y por el cual adquieren su sentido trascendente.

### *Espíritu de pobreza*

¿Qué cosas eran aquellas que María ponderaba en su corazón? Las dos veces que San Lucas se refiere a esa actividad interior de Nuestra Señora dice que ponderaba «estas cosas». Alude, pues, a hechos que acaba de narrar y que tienen una relación directa con la Virgen. Estos hechos son el nacimiento de Jesús y la adoración de los pastores, la presentación y la adoración de Simeón, el episodio del Templo. No deben excluirse otros hechos sólo porque San Lucas no los mencione, pero que la afectaron también directamente: San Mateo consigna la adoración de los Magos y la huida a Egipto (Mt 2). En realidad, todo el mundo maravilloso que el mensaje de Gabriel le había mostrado, todas las consecuencias, todos los episodios relacionados con su Hijo eran materia de elaboración interior.

Cada una de «estas cosas» que la Virgen guardaba y ponderaba nos abre un sinfín de perspectivas. Todas ellas están cargadas de sentido, repletas de enseñanzas. Cada una tiene que comunicarnos un denso mensaje sobrenatural que nosotros podemos comprender y que lleva también, aunque implícita, la invitación a seguir el camino que nos muestra.

Todo cuanto San Lucas nos dice acerca del Nacimiento es un llamamiento a la pobreza. La lección, sin embargo, comienza todavía antes. Hay una fiesta de la Virgen, que la Iglesia celebra el 18 de diciembre con el título de *Expectación del parto de Nuestra Señora*, que nos incita a la reflexión. Es el pórtico gozoso del Nacimiento. A nadie le supone un esfuerzo considerable intuir los sentimientos de María durante los días inmediatamente anteriores a la venida del Señor. Dado lo que sabía, todo se centraba en el momento, ya próximo, en que iba a contemplar a su Hijo. Le esperaba con ilusión; todo el pueblo judío, durante siglos, había vivido con la esperanza puesta en ese momento y de esta esperanza se había alimentado. Era el Hijo deseado por una generación tras otra, y todas las ansias, todas las ilusiones, todo el tembloroso y emocionado anhelo de la espera se había concentrado en Ella.

¿Qué madre no sueña en el hijo que espera? También la Virgen soñaría. Todo le parecería poco para Él. Y en su interior, quizá comentándolo con José, trazaría planes, haría proyectos, prepararía multitud de pequeños detalles, todo cuanto estaba en su mano, para que su Señor, al nacer, se encontrara con todo lo que una madre puede proporcionar al hijo que llega. Pero he aquí que, cuando llegó el día, Dios derribó de un soplo todos los planes, los proyectos, las ilusiones, los sueños... Jesús no nacería en su casa, ni siquiera en una casa; apenas le fue concedido un establo, donde se recogen los animales para pasar la noche.

Hay sólo una clase de sueños que no entorpecen



—al menos, no del todo— la vida interior: aquellos que se refieren a hechos posibles dentro del camino de cada uno. El hacer planes, forjarse ilusiones, trazar proyectos, es algo muy humano en sí, y no sólo no aparta de Dios ni impide el ponderar las cosas en el corazón, sino que ayuda a cumplir los planes divinos cuando se parte de la realidad concreta y se encaminan a conseguir objetivos, también concretos y reales. Es la aplicación de la inteligencia al servicio de Dios, porque si el hombre es inteligente —como lo es— debe obedecer inteligentemente. Dios dibuja los rasgos más generales, pero no nos exime de la tarea personal, de la propia iniciativa. Hacer planes, trazar proyectos, soñar, ilusionarse, está bien. Pero hemos de estar siempre dispuestos a aceptar sin protestas ni gestos agrios de contrariedad, que Dios nos despoje de todo ello, pues tiene perfecto derecho a hacerlo. «Mis caminos no son vuestros caminos», dice el Señor Dios Omnipotente (Is 55, 8). Está bien —por eso Dios nos ha dado inteligencia— que tengamos nuestros puntos de vista, con tal de que no nos olvidemos de que también Dios tiene el suyo y, en caso de no coincidir, Dios es el que siempre tiene la razón, porque no se equivoca jamás. Nosotros sí nos podemos equivocar, lo cual sucede con tanta frecuencia que es asombroso que nos cueste tanto renunciar, que dejemos que el corazón se nos pegue tanto a insignificancias por el mero hecho de haberlas pensado nosotros, por ser nuestras.

La lectura del Nacimiento de Jesús en el Evangelio de San Lucas deja entrever, pese a su so-

briedad, las horas angustiosas que pasó María en Belén. Se daba cuenta de la proximidad, de la inminencia de la hora del parto. A causa del edicto de Augusto, muchos juíos de la estirpe de David habían acudido a Belén a empadronarse, y la pequeña aldea estaba por aquellos días ocupada por una población que excedía con mucho su capacidad para albergarla. María y José, por otra parte, eran pobres y no tenían mucho que ofrecer. En el mesón no hubo lugar para ellos..., ni en ninguna parte. Todas las puertas se les cerraron. La impotencia, la absoluta soledad, el desamparo total, la carencia, incluso, de aquello poco que tienen hasta los más pobres, un sentimiento del acoso a que les sometía la necesidad, el dolor y la tristeza de no poder ofrecer a ese Hijo a punto de llegar ni siquiera un techo y unas paredes que velaran el alumbramiento, son cosas que nadie puede experimentar, por muchas catástrofes que le sucedan, tan agudamente como las conoció la Virgen, la llena de gracia. Como si Dios se desentendiera de su Hijo.

Al cabo tuvo que refugiarse en una cueva que servía de establo en las afueras de Belén. Y allí, en un establo, nació el tan esperado Mesías. ¿Cómo no iba a ser todo ello motivo de ponderación en su interior? Dios la había despojado de sus sueños e ilusiones, Dios la había hecho conocer la pobreza más total, el verse privada hasta de las cosas indispensables que la más pobre de las madres tiene, la había hecho pasar por la humillación de mendigar un techo para verse cortés y superficialmente despedida, probablemente con

buenas palabras. Nadie la había escuchado, a nadie interesaba su problema personal. Y, llegado el momento, Ella apenas si había podido ofrecer a su Hijo una piedra cóncava que servía de pesebre y, acaso, alguna paja seca para que el Niño no notara su dureza.

Durante siglos y siglos el pueblo judío había esperado al Prometido por Dios, al Redentor. Los profetas habían hablado de Él, y los jefes del pueblo habían custodiado la revelación: los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la Ley, los escribas, los fariseos, los que entendían. Llegó el Redentor y, en lugar de encontrar a los hijos de su pueblo en una anhelante vigilia de espera, los encontró durmiendo. Todos dormían aquella noche fría de Belén, bien abrigados en sus camas, dentro de sus propias casas, en la intimidad de sus hogares. Y, de repente, Ella oyó voces afuera, en la noche, que se acercaban al establo. Voces tímidas y alegres, excitadas y esperanzadas. Y vio a unos pobres pastores, toscos, con sus rudas pellizas defendiéndoles contra el frío, austeros, de rostro vulgar y manos ásperas. A ellos había Dios revelado el misterio. Eran los elegidos entre todos los hombres de la tierra para ser los primeros en ver y adorar al Niño, los primeros en sonreírle emocionados de ternura, los primeros en quienes se posaron, acariciándoles con su mirada, los ojos inocentes del Niño.

Bien examinado, aquello había sido una grandiosa sinfonía de pobreza. Dios había elegido a los más pobres para las primicias de la revelación. ¿Es que no quería a su Hijo? ¿Pero cómo no iba

a quererle, si era el Verbo, el Ungénito, la Imagen sustancial del Padre, el mismo Dios? ¿O sería quizá, que no la quería a Ella? Tampoco podía admitir esto. La Virgen María sabía muy bien que Dios sí la quería, conocía que Ella era la preferida por el Padre, la que había hallado gracia a sus ojos, la bendita entre las mujeres; bien sabía que el amor del Padre hacia Ella era singular, que nadie sería nunca amada como Ella. ¿Cómo explicarlo entonces? ¿Por qué, siendo el amor del Padre hacia ellos el más grande, tan evidente, les había cercado con la humillación y la pobreza de una manera tan total? Debía haber alguna razón, algún misterio. Y lo había. Cuando alguien ama, da siempre lo mejor a la persona amada. Si Dios eligió lo mejor para el Niño y la Madre, sin duda la pobreza es un bien.

Y esto es lo que el mundo —el mundo, incluso, que se llama cristiano— no admite. Todas esas circunstancias que rodean el Nacimiento de Jesús, esa carencia de bienes en la tierra, constituyen un reto al mundo, a la codicia del mundo. El Señor comienza su misión en el momento mismo de nacer, viviendo lo que luego predicará con insistencia constante: el desasimiento, el despego de los bienes de la tierra, «que el orín y la polilla consumen y los ladrones desentierran y roban» (Mt 6, 19); de esos bienes que atenazan al hombre como las cadenas a un esclavo y le impiden encontrar la alegría, tal como le sucedió a aquel sujeto distinguido que *abiit tristis* —se marchó triste (Mt 19, 22)—; que centran la atención en lo que

pasa y se desvanece —como una yerba del campo—, que hacen correr ¡a los cristianos! tras las cosas de este mundo como si fueran paganos (Mt 6, 32), sin tiempo, atención ni gusto para las cosas de Dios; que oscurecen sus inteligencias haciéndoles afanarse por todas las añadiduras, descuidando absolutamente lo único que tiene realmente importancia: el reino de Dios y su justicia.

Nuestras meditaciones acerca de la pobreza tienen mucho de romanticismo, mucho de irrealidad, como si fuera un tema alado de la fantasía, eso que se llama un ideal y que se pone como una meta considerada, *a priori*, inalcanzable. Necesitamos menos panegíricos entonados a la pobreza y una más seria consideración del Evangelio y de la misma pobreza. Porque si el Evangelio es para todos, las palabras de Jesús alcanzan —y obligan— a todos, y a todos se dirige la invitación a la pobreza. Las palabras del Señor son muy precisas por lo que a este punto se refiere: «No podéis servir a Dios y a las riquezas.» Sólo que, «oyendo todo esto, los fariseos, que eran avarientos, se burlaban de Él» (Lc 16, 13 y 14). A una parte considerable del fiel pueblo cristiano, aunque no sea avarienta ni se burle de Él, le parece que eso de vivir en la pobreza está bien para los franciscanos y religiosos, para aquellos que viven en comunidad, apartados del mundo, y que hacen voto de pobreza; también está bien para aquellos que, viviendo en el mundo, forman esa población humilde de los suburbios de las grandes ciudades y que parece realmente que viven de milagro. Pero que es obligación mejorar la propia posición, te-

ner dinero, hacer negocios, no ganar sólo dos donde se puede ganar cuatro, ahorrar, prever, almacenar, despabilarse en la lucha por la vida.

Precisamente porque se piensa poco en la pobreza hay ideas tan poco claras acerca de ella. Jesús, y lo mismo María y José, vivían en el mundo. La casa de Nazaret no era un pequeño convento, sino un hogar: esposo y esposa, y el hijo. Un hogar humilde, el de un carpintero que ganaba el pan con el sudor de su frente. Esto no obstante, cuando el Señor decía sus parábolas, con frecuencia aparecen hombres inmensamente ricos, que son tan buenos que simbolizan al Padre que está en los cielos: así el padre del hijo pródigo, el señor que distribuye los talentos, el rey que prepara el festín de bodas... Otras veces esos hombres muy ricos no son buenos, sino malos: el rico Epulón, por ejemplo. Los que son buenos o malos son los hombres, no las cosas. El dinero, la riqueza, no es en sí buena ni mala (moralmente hablando); es simplemente una cosa que sirve para adquirir otras, para proporcionar comodidades, para aliviar miserias, para hacer bien o para hacer daño. Pero como no es más que un medio, como no es fin, nunca puede constituir el objeto primordial de la atención del hombre, sino que debe utilizarse de la manera y en la medida que sirva para la consecución del fin al que el hombre está ordenado.

Por lo demás, el ser pobre no significa necesariamente el ser bueno. La miseria puede llevar al rencor y odio, a la envidia y a la desesperación. El hecho material de tener o carecer, de poseer

mucho o no poseer nada, de tener cubiertas las necesidades durante muchos años o vivir al día, es un modo humano —no sobrenatural— de considerar la pobreza o la riqueza. El mensaje del Evangelio es más profundo que todo eso. Se puede no tener nada y ser abundantemente rico en codicia, en apetito de bienes, riquezas y comodidades; se puede tener mucho y ser sobrio y desprendido y dar mucho. Pues «no consiste la verdadera pobreza en no tener, sino en estar desprendido: en renunciar voluntariamente al dominio sobre las cosas. Por eso hay pobres que son realmente ricos. Y al revés» (*Camino*, 632). Este desprendimiento, esta renuncia voluntaria al *dominio* sobre las cosas, alberga la raíz de la pobreza evangélica. Y esto es posible a todos, incluso (¿por qué no?) a los que viven en el mundo, a los casados, a todas las clases sociales, a todas las esferas.

Pensemos lo absurdo y fuera de lugar que sería el que un actor que desempeña el papel de millonario en una comedia quisiera poseer como suyos los trajes, muebles o servidores de que disponía durante la representación. Demostraría un estado mental verdaderamente penoso si creyera ser de su propiedad lo que le había sido concedido para que pudiera desempeñar su papel en el teatro. Bien, pues en el gran teatro del mundo, donde cada cual tiene su papel, cada cual dispone también de unos bienes que Dios le presta con el fin de que lo desempeñe de una manera digna y adecuada, para luego, al terminar, ser despojado de todos ellos porque, como ya no hay representación, deja de necesitarlos. Y tan imprudente y

carente de sentido sería dejar el corazón pegado a ellos, querer ejercer un dominio sobre estos bienes prestados, como pretender el actor disponer a su voluntad de lo que también tenía en préstamo para moverse en el escenario.

Jesús vivió pobre: no tenía dónde reclinar la cabeza (Lc 9, 58). Esto no obstante, no da impresión de estar en la miseria. Más bien demuestra una soberana libertad frente a las cosas, un estar completamente por encima de todo lo que hace afanarse a los hombres. Y es que, «No lo olvidéis: aquel tiene más que necesita menos. No te crees necesidades» (*Camino*, 630). Las necesidades de Jesús —como las de María y José— eran mínimas. Ciertamente, hay que poner los medios y trabajar, pero dejando libre el corazón, estando desasidos, porque la codicia y la avaricia rondan al hombre para apresararlo. Dios da lo necesario siempre, si tenemos fe y ponemos los medios.

Nuestra Señora no dio señal alguna de contrariedad cuando Dios la cercó de tal manera con la pobreza; al menos, San Lucas no deja entrever nada. Habían hecho cuanto estaba de su mano, llamando a todas las puertas. El Niño, con su mirada, con su sonrisa, con su presencia, la llenó de paz y de gozo, y no hubo ya tiempo para pensar en nada que no fuera Él. En realidad, bien poca cosa suponen los bienes de la tierra para quienes gocen de su paz, piensen en Él y le sientan presente. Lo que ocurre es que el corazón sólo puede tenerse, de una sola vez, en una sola cosa, si es que se quiere poseer ésta en toda su intensidad; de aquí que sea tan difícil a los ricos



—a los que tienen puesto su corazón en las riquezas— poseer el reino de los cielos y sea, en cambio, tan fácil a los pobres, a los que lo tienen libre de esas adherencias bastardas que son las cosas terrenas que pasan y se desvanecen. Esto explica que la acción de aquella mujer que dio sus dos pequeñas monedas al templo (Mc 12, 41 ss.) llenara de admiración a Jesús y mereciera su alabanza: dio cuanto tenía, se despojó de todo. Fue muy poco, porque ¡era tan pobre! Pero no merecieron ni una mirada de Jesús todos aquellos que daban grandes cantidades, mucho más que la mujer pobre, porque era «parte de lo que les sobraba». Ninguno hizo nada de más, ni era para admirar a nadie, y hasta quizá hubieran debido dar —para atenerse a lo justo— *todo* lo que les sobraba.

Todo es de Dios, los cielos y la tierra con cuanto contiene. Nosotros somos administradores que hemos de dar cuenta del uso de aquello que nos ha sido prestado por un tiempo, el que dura el papel que hemos de desempeñar en el mundo. Y Dios es como el señor que después de un largo viaje llama a cuentas a los criados a quienes había dado dinero con el encargo de negociar con él...

### *El presentimiento de la Cruz*

A los ocho días del nacimiento, tal como lo ordenaba la Ley, fue circuncidado el Niño. Le fue impuesto su propio nombre, el que «le puso el ángel antes de que fuera concebido» (Lc 2, 21).

Aquí no hubo, como en la casa de Zacarías, celebración de fiesta con el concurso alegre de los vecinos y parientes, pues María y José se encontraban lejos de su casa y sus vecinos, y no parece, por otra parte, que existieran grandes relaciones con sus parientes de Belén, en el caso posible de que los tuvieran. Tampoco hubo intromisión de parientes y amigos que, en un exceso de buena voluntad, se tomaran atribuciones que no les pertenecían metiéndose a aconsejar sin tino el nombre que debía darse al Niño. Jesús había nacido con un nombre, el suyo, y por la circuncisión ese nombre fue oficialmente anunciado al mundo, haciéndose público lo que hasta entonces había pertenecido a la intimidad de María y José.

Transcurrieron todavía unas semanas antes de que tuviera lugar el cumplimiento de otros dos preceptos de la Ley, que en este caso tuvieron lugar a la vez. Uno de ellos se refiere a la presentación: «Y el Señor dijo a Moisés: Declara que todo primogénito me está consagrado. Todo primogénito de los hijos de Israel, lo mismo hombre que animal, me pertenece siempre... Rescatarás todo primogénito entre tus hijos.» El rescate se hacía pagando una cierta cantidad, la cual eximía a los primogénitos de la obligación de servir en el Templo. El otro precepto se refería a la madre, pues toda mujer que daba a luz un hijo varón quedaba legalmente impura, debiendo permanecer en casa durante cuarenta días, sin tocar objeto alguno santo, sin poder tampoco entrar en el Templo hasta que se cumplía el tiempo de su purificación. Entonces, al transcurrir los cuarenta días,

debía presentarse al sacerdote, a las puertas del Templo, y ofrecer una tórtola y un cordero (o dos tórtolas si era pobre), que el sacerdote ofrecía en sacrificio, orando a Dios por ella.

Cumplido, pues, el tiempo, María y José, con el Niño, hicieron el viaje a Jerusalén. Humildemente, como una de tantas mujeres, la Virgen se unió a otras madres en la puerta oriental y esperó a que el sacerdote tomara las palomas, mientras, a su lado, José la acompañaba para pagar el rescate por el Niño. Ofrecieron al Niño y lo recibieron de nuevo. Sucedió entonces otro de esos acontecimientos imprevistos que, por lo inesperado, dejan siempre una huella profunda. Un anciano, en la puerta del Templo, se adelantó hacia ellos y, tomando al Niño en sus manos, alabó a Dios. Háblele sido prometido por el Espíritu Santo que no moriría sin antes ver al Salvador de Israel, y el mismo Espíritu le había hecho conocer al Niño. Tras de dar gracias a Dios por tan gran favor, ante los ojos atónitos de María y José, Simeón se dirigió a María y le hizo una revelación, disipando un poco la niebla que envolvía el futuro concierne a Jesús y a Ella misma. Jesús iba a ser causa de contradicción, «puesto para la ruina y salvación de muchos»; en cuanto a Ella, «una espada le atravesaría el alma».

Aunque Nuestra Señora no hubiera sido naturalmente predispuesta por Dios para la contemplación y la reflexión, sin duda las palabras pronunciadas por Simeón en aquel encuentro, aparentemente casual y del todo inesperado e imprevisible, hubieran bastado para despertar en Ella

sentimientos profundos. Fue una profecía y, como toda profecía, llevaba consigo ese elemento que incita a la consideración, una cierta oscuridad que sólo se convierte en plena luz cuando se ha cumplido, pues sólo entonces puede penetrarse enteramente su sentido. Aquellos días que habían transcurrido desde el nacimiento de Jesús se habían deslizado en Belén con toda suavidad y, para la Madre, debieron de ser días felices y sin sombras. Durante las primeras semanas después de haber dado a luz, una madre vive absolutamente entregada al hijo, que la necesita de una manera absorbente. El niño ocupaba todo el tiempo y toda la atención de la Virgen, y en Ella no había, ni podía haber, lugar para pensamiento alguno, ocupada totalmente en su contemplación.

Así hubieran podido continuar las cosas hasta el momento en que llegara la hora de comenzar Jesús su vida pública. Dios, sin embargo, tenía otros planes. En la Anunciación, Dios había revelado a María una parte del plan de la salvación; el ángel Gabriel la había ilustrado respecto de todo lo referente a la Encarnación del Verbo, así como de la parte que a Ella le cabía en la realización del misterio, pero el mensaje no decía nada acerca de cómo el Mesías iba a salvar la caída raza de Adán. Hablaba de la Encarnación, no de la Redención. Lo que la Virgen pudiera entrever del sangriento drama del Calvario —y hemos de atenernos a esto, ya que no nos consta que el ángel revelara cosa alguna más, pues probablemente María hubiera informado de ello a San Lucas, de igual manera que hizo con la Encarnación—, lo que la Virgen pu-

diera entrever tenía su fuente en Isafas y alguna que otra alusión de la Escritura.

Era tal, sin embargo, la unión entre la Madre y el Hijo, tan íntimos y singulares los vínculos que existían entre ellos, que Dios se apresuró —si se permite la expresión— a adelantar la revelación. El encuentro con Simeón es el momento en que se anuncia a la Virgen, más que la esencia de la Redención, su participación en el destino de su Hijo, su asociación al dolor del que pagó por los pecados de todos. También Jesús fue preparando paulatinamente a sus discípulos para que la Cruz no fuera para ellos piedra de escándalo; mas lo hace como quien les comunica una noticia que les importa, pero que no les afecta directamente; iban a ser meros espectadores, en el mejor de los casos, no partícipes. La unión del Señor con ellos no tenía los caracteres que revestía su unión con María. Esto explica —sin perjuicio de que en el lugar oportuno se vuelva sobre ello— que María fuera objeto de una ilustración singular.

La conciencia de la Cruz en la inteligencia humana de Jesús fue muy precoz. Era la meta a la que se encaminaba, la consumación de la voluntad del Padre, y hasta tal punto ocupaba su pensamiento que traía en ascuas el corazón hasta que llegara la hora. Dios pudo perfectamente dispensar a la Virgen de la aguda punzada que era el conocimiento de algo tremendo, doloroso y desgarrador —que iba a ocurrir porque así estaba dispuesto—, y hacerla vivir feliz y sin otras preocupaciones que las que pesan sobre una madre de familia de clase humilde, hasta que llegara el mo-

mento de la Redención. Pero no lo hizo: el pensamiento de la Cruz la acompañó desde el instante de la Presentación, a los cuarenta días apenas del nacimiento del Niño. En adelante, toda la felicidad que la contemplación de Jesús, el ocuparse de Él, verle y escucharle, le proporcionaba, iba teñida de un regusto que hacía imposible la felicidad natural absoluta. Fue algo que la identificó más aún con su Hijo, que acentuó la unión entre ambos, haciéndoles solidarios de la Redención futura sin necesidad de palabras, ligados entre sí y separados del resto del universo por el vínculo que era la voluntad del Padre.

Una luz nueva le permitió adentrarse todavía más profundamente en la hondura del misterio: la Encarnación era el principio del fin, el comienzo de la cancelación de la deuda con el Padre, que la humanidad había contraído en Adán. Y María, que al pronunciar el *fiat* se había entregado sin reservas a la voluntad del Padre, comenzó a saber todo lo que esa voluntad divina esperaba de Ella, y su entrega fue creciendo en perfección a medida que su conocimiento del plan de Dios se iba desarrollando y completando.

No parece que pueda decirse, probablemente, que el presentimiento de la Cruz, la alusión a la espada que iba a atravesar su corazón, amargara la vida de Nuestra Señora. Es muy difícil —mejor, imposible— pensar de la Virgen María que fuera una persona amargada. La amargura —en el sentido que habitualmente se le da a la palabra— tiene una estrecha relación con el descon-

tento: una persona amargada es una persona que no está contenta con su suerte, que tiene una visión de la vida a través del cristal empañado de su poco afortunada experiencia. Para quien se ha dado a Dios sin condiciones, como la Virgen, puede existir amargura, una doble amargura, pero sin que cambie su manera de ser, su personalidad, sin que influya en su actitud ante la vida. Lo que sí hizo la profecía fue, quizá, más graves las alegrías de la Virgen, como un contrapeso que impidiera el dejarse llevar de impresiones fugaces, poner el corazón entero en cosa alguna de la tierra.

Y también aquí, y en esto, hemos de aprender nosotros. La naturaleza es fuerte cuando se vuelca íntegra del lado que determina una impresión. Hay alegrías y tristezas, optimismos y desalientos tan extremados que arrastran, comprometiéndola, la personalidad entera, obligándola a andar a remolque de cualesquiera excitaciones pasajeras. La alegría es una virtud, pero deja de serlo cuando, en lugar de ser un hábito, con medida, es un simple abandono a una reacción instintiva. Antes se aludió a la ligereza y al atolondramiento como resultados de la falta de ponderación, de la carencia de vida interior. Pues bien, el contrapeso lógico a la superficialidad es la profundidad, y no hay cosa que más la facilite que el sentido de la Cruz. Un cristiano no puede ser nunca un inconsciente. Los tiempos en que los «filósofos» creían —y hacían creer— en la bondad natural del hombre y en una felicidad humana como consecuencia del progreso están, afortunadamente, muy lejos.

Un cristiano no puede, ni debe, aspirar a una felicidad puramente natural, porque no es un pagano. En las adversidades debe poner su mirada, para no dejarse arrastrar por la tristeza o el desaliento —aliados naturales del pecado—, en la esperanza y en la realidad de que no hay mal que dure cien años. Por el contrario, tampoco debe entregarse por entero a gozar de alegrías sanas, pero sólo humanas, ni comprometer todo su ser en la brevedad del momento, por muy dichoso que naturalmente sea. Correría el peligro de aferrarse a lo percedero, de quedar clavado a la tierra, olvidando que *non habemus hic manentem civitatem* (Heb 13, 14). El peligro más grave que el mundo, en cuanto enemigo del alma, presenta a un cristiano no está en el pecado mortal claro y tosco de alejamiento radical y consciente de Dios, sino en la infiltración sutil de un humanismo cuyo contenido y horizonte permanezca al margen de toda realidad sobrenatural, en el goce —todo lo moderado que se quiera— de los bienes terrenales, descansando en ellos como si fueran metas conseguidas, convirtiéndolos —consciente o inconscientemente— en fines. Sin Cruz no hay cristianismo, y la mortificación (aceptada cuando sobreviene sin buscarla, porque Dios la envía al paso, o buscada voluntariamente) es la demostración habitual de que la creencia en Cristo es algo vivo y no puro conocimiento teórico. La señal del cristiano —enseña el Catecismo— es la Santa Cruz; y no parece que el sentido de la expresión deba necesariamente circunscribirse a la materialización del signo exterior.



Es obvio que con lo que se ha expresado no quiere decirse que un cristiano deba amargarse la vida. Más bien todo lo contrario, pues si hay algo en el mundo que dé a los hombres una auténtica alegría de vivir, ese algo es el Evangelio de Cristo, el ser cristiano. La fe en Cristo lleva a una aceptación de la realidad, no a una huida o una mixtificación. Quien confiesa amar a Jesucristo no puede ser jamás, en su actitud, un hedonista, ni siquiera transitoriamente, antes al contrario, debe participar de la suerte de Cristo, buscando hasta en las alegrías más puras y sanas el signo de la Cruz. La alegría de un cristiano no puede ser nunca la de un animal sano (*Camino*, 659), aunque se trate de un animal superior. De aquí que la guarda del corazón sea tan importante —y tan recomendada en los libros espirituales— para llegar a la realización del destino del hombre sobre la tierra: buscar a Cristo, encontrarle, unirse a Él, ser otro Cristo. Sin desasimiento de las criaturas no le es posible al hombre elevarse. Y la mortificación es como una tenue película, delicada y fina, que se interpone entre las cosas de la tierra y el corazón, impidiéndole quedar pegado a ellas y, si quiera sea brevemente, fijado fuera de Dios.

### *Visión sobrenatural*

Ignoramos cuánto tiempo permanecerían en Belén María y José con Jesús después de la Presentación. En algún momento, quizá tan pronto la aglomeración provocada por el empadronamiento fue cediendo, dejaron el establo y pudieron habi-

tar una casa. Y allí María, con mirada no menos atónita que ante el gesto de Simeón al tomarle el Niño de los brazos, contempló la llegada de los Magos y escuchó de sus labios la prodigiosa historia de la aparición de la estrella que les mostraba una ruta, del fuerte impulso interior a ponerse en camino tras ella para adorar al nacido Rey de los Judíos, de cómo, al llegar a Jerusalén, había desaparecido la señal y cómo Herodes, el rey, les había informado amablemente y expresado sus deseos de ir también a adorarle... Y allí estaban ellos, hombres sabios y ricos, en una pobre aldea, en una casa pobre, hincadas las rodillas ante un Niño de pocos meses que descansaba en el regazo de su Madre.

Aquella noche la Virgen debió de dormirse pensando, maravillada, en los admirables designios de Dios, conmovida por la fe, y la sencillez y la buena voluntad de aquellos jeques orientales, feliz y dichosa de ver la honra que se hacía a su Hijo. Su sueño fue repentinamente interrumpido por José, quien le comunicó la necesidad de partir inmediatamente: un ángel, en sueños, le había transmitido un mensaje. «Levántate— le había dicho—, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise. Pues Herodes ha de buscar al Niño para matarlo» (Mt 2, 13). Otro momento de felicidad que se desvanecía bruscamente. ¡Cómo la trataba Dios! A la congoja de un despertar en medio de la noche para recibir una noticia incómoda añadíase la angustia y el temor. Herodes era poderoso y ellos, tan pobres y tan insignificantes... ¿Qué daño hacía el Niño a nadie?

¿Por qué lo quería mal Herodes, si ni siquiera le conocía?

Los preparativos se hicieron sin perder minuto. No tenían demasiadas cosas que recoger. «José, al punto, de noche todavía, levantóse, tomó al Niño y a su Madre y huyó a Egipto» (Mt 2, 14). Al punto, de noche, sin detenerse. También apresuradamente, pero esta vez no por una alegría incontenible, sino por el miedo a que un retraso pudiera costar la vida, tan preciosa, del Niño.

El viaje era largo y difícil. Algunos cientos de kilómetros por caminos ásperos y naturales, atravesando un desierto. Un viaje que, al menos en sus primeras etapas, antes de que pudieran considerarse seguros y a salvo, era una huida temerosa, acosados por el sobresalto de ser seguidos o espiados. Y la meta final, un país extraño y desconocido, lejos de todo lo que les era familiar, de sus campos y montañas, de sus tradiciones y creencias. No debió de ser un viaje agradable, ni tan lleno de amables sorpresas como los apócrifos describen: palmas que se inclinaban a su paso en respetuosa y muda adoración, feroces salteadores que, de repente, se mudan en solícitos, humanitarios y tiernos protectores, fuentes que surgen milagrosamente para calmar la sed de la humilde familia. Más bien debemos pensar que fue lo que hubiera sido —lo que era entonces con frecuencia— para los demás: cansancio, monotonía fatigosa, jornadas largas, privaciones. De nuevo la ruta de Egipto era recorrida por elegidos de Dios, como Abraham y José, como Jacob y los patriarcas.

Ya en Egipto, comenzar de nuevo la vida. Posiblemente —probablemente— entrarían en contacto con la colonia judía de cualquier ciudad del norte, buscando en los compatriotas remedio a su soledad y la ayuda que los vínculos comunes inducían a prestarles. Mentalidad distinta, costumbres diferentes, idolatría. Las instrucciones del ángel habían sido, a la vez, concretas y vagas: «Permanece allí hasta que yo te diga» (Mt 2, 13). Bien claro estaba, pero ¡qué margen de imprecisión ese no saber cuánto tiempo! Lo que se hace por un tiempo indefinido que puede ser muy corto o muy largo, pero que nunca es definitivo, encierra el peligro de la provisionalidad, y lo provisional es siempre incómodo. Aunque no fuera más que por esto, la estancia en Egipto debió de ser difícil; nadie que está de paso puede encontrarse mucho tiempo a gusto, pues sabe que todo aquello que le rodea debe dejarse alguna vez: y arraigar es peor aún, porque entonces, cuando llega el momento de partir, hay desgarramiento y se sufre. Por eso las tareas deben desempeñarse como si siempre se fuera a permanecer en un determinado lugar, pero cuidando, sin embargo, de mantener el ánimo tan libre como si hubieran de dejarse ellas para el día siguiente. No hay peor cosa que un estado permanentemente provisional.

Este episodio de la huida a Egipto debió de ser, sin duda, de los que con más fuerza se grabaron en el ánimo de María. No es fácil olvidar, aun dando por seguro que se quisiera, un acontecimiento que de tal manera disloca la vida de una persona como es una huida precipitada a un país lejano y ex-

traño en donde, por añadidura, se tiene que vivir por tiempo indefinido. Y es precisamente este episodio el que facilita la comprensión de lo que era la actitud normal de Nuestra Señora ante la multitud de sucesos, pequeños y grandes, que componen la urdimbre de la vida.

Con frecuencia ha aparecido aquí la expresión «visión sobrenatural», que se contrapone a lo que puede designarse con el nombre de «visión humana». Se tiene visión humana de las cosas cuando se las considera circunscritas al ámbito natural, sin que la mirada del espíritu las trascienda, sin hacer referencia al mundo de la gracia. Por el contrario, hay visión sobrenatural cuando todo se mira haciendo relación al plan de Dios, cuando se actualiza el conocimiento de que hay una voluntad de Dios que quiere o permite, que dispone cuanto sucede. El conocimiento, en cada momento, de la existencia de una voluntad de Dios, que no es algo muerto e indiferente a lo que sucede, sino que es un elemento activo en el mundo, es lo que hace que el hombre pueda rebasar la limitación propia de su pensamiento y no desmoralizarse por lo que, con frecuencia, se le aparece como una catástrofe. «Tal vez el mejor modo de representarse todo el proceso sea contemplar a Dios, no simplemente creando el principio del mundo y dejándole, por decirlo así, resolver su propio destino, sino más bien escogiendo este mundo particular con su historia completa hasta el final, después de examinar cada acción aislada de cada criatura individual con completo detalle

y en todas sus consecuencias, comparando esta posible historia y secuencia con todas las demás posibles, y, finalmente, decidiendo crear *este* esquema particular de cosas, en el cual ocurren *este* suceso particular y todas sus consecuencias» (Boylan, *El amor supremo*, cap. XIV, pág. 272).

Vistas así las cosas, cada acontecimiento, grande o pequeño, desgraciado o venturoso, no es nunca como un punto final, tras el que no hay nada que hacer y que tiene el sello de lo irremediable, sino que se convierte en el anillo de una cadena cuyos sucesivos eslabones han sido previamente escogidos de la mejor calidad posible.

Acaso con un ejemplo sea posible aclarar mejor aún la diferencia entre visión humana y visión sobrenatural. Imaginemos que en un momento dado de una partida de ajedrez todas las piezas que hay sobre el tablero adquieren, de repente, un grado de inteligencia de acuerdo con su calidad y con el espacio en que se mueven: la que más la reina, luego las torres y los alfiles, etc., hasta llegar a los peones. Uno de los jugadores mueve un peón, haciéndole avanzar un puesto, y con tal jugada resulta que el peón deja al rey en descubierto, cierra la salida a la reina y él mismo queda indefenso. Este peón, con su inteligencia chiquita y la corta visión que tiene, pues apenas alcanza a los cuadros que le rodean, podía pensar lógicamente que aquella jugada era un disparate, un absurdo; si fuera capaz de ello se sentiría contrariado, irritado, impaciente y descontento. El pobre peón no se da cuenta de que el jugador no sólo le ve a él, sino a todas sus piezas, a las piezas del adversa-

rio, y que, además, calcula por adelantado las jugadas. Con su inteligencia estrecha y limitada, el peón no sabe que aquel movimiento, que él juzga desastroso, es indispensable para un jaque mate que vendrá diez jugadas después.

Pues bien, nosotros somos como los peones de un apasionante juego de ajedrez, cuyo tablero es el universo y cuyas piezas son innumerables. Dios es el que juega, el que prevé los movimientos de las piezas. Y siempre gana, aunque a veces parezca, a nuestras pobres inteligencias de peones, que se equivoca y hace jugadas desastrosas.

Tenemos una visión humana de las cosas cuando perdemos de vista nuestra calidad de peones, cuando no percibimos que detrás de todas esas cosas que nos contrarían y nos irritan, que nos ponen impacientes, desabridos y de mal humor, que nos desalientan o nos llenan de un desafortunado optimismo, hay un *algo* que persigue una finalidad. Como la visión simplemente humana lleva a la irritación y al desagrado en las contrariedades, la visión sobrenatural conduce a la serenidad y a la esperanza, ya que «para los que aman a Dios todo se convierte en bien» (Rom 8, 28). Es la visión sobrenatural la que nos mantiene al abrigo de inquietudes turbadoras, equilibrados y objetivos entre la exaltación y el abatimiento, con un sosiego interior imperturbable incluso ante las propias o ajenas miserias, pues —como ha escrito Mons. Escrivá de Balaguer— no se debe olvidar «que para un hijo de Dios, por encima de la tempestad que ensordece en la altura, brilla siempre

el sol; y por debajo del oleaje tumultuoso y devastador, reinan la serenidad y la calma». Ahora bien: la fe es necesaria para tener esa visión que trasciende las apariencias: fe en Dios y en la palabra de Dios. La visión sobrenatural no es otra cosa sino la fe vivida cotidianamente hasta los más insignificantes pormenores de la existencia.

Con una visión humana, Nuestra Señora hubiera tenido motivos más que suficientes para sentirse molesta. Pues si Dios era Omnipotente, ¿por qué no evitar a su Hijo aquel peligro? ¿Por qué someterles a la angustia de la huida, a la penuria de vivir en país desconocido? ¿Por qué obligarles a tantas idas y venidas? Era tan fácil para Dios adelantar la muerte de Herodes, cambiar sus sentimientos... En cambio, permitió que niños inocentes, que nada tenían que ver con Herodes ni con Jesús, murieran violentamente, y que sus madres se sintieran desgarradas por el dolor...

María, sin embargo, «ponderaba las cosas en su corazón». Podía, quizá, no explicarse las cosas, o, por lo menos, ciertas cosas; pero sabía que Dios estaba detrás de todas ellas y que lo que Ella no entendía tenía una explicación en Dios. No exigía milagros, respetaba los designios misteriosos del Creador, conocía la fuerza de la libertad humana, sabía la existencia del pecado. Precisamente su Hijo tenía que ver con todo ello: había venido para reparar los estragos que el hombre, usando mal de su libertad, había causado pecando. En último término, Dios sabía el valor que en el orden definitivo de la vida eterna —lo único, en verdad,



absolutamente definitivo— tenían aquellas cosas que, humanamente hablando, eran verdaderos cataclismos.

Otra profecía fue cumplida, como se cuidó bien de puntualizar San Mateo: «Yo llamé de Egipto a mi Hijo» (Mt 2, 15). Dios, respetando siempre la libertad del hombre, se sirve de su actuación para que todo se cumpla. En esta ocasión hizo que la maldad de Herodes sirviera para cumplir lo que estaba anunciado, lo mismo que se valió de que un emperador poderoso de entonces, Octavio Augusto, ordenara un empadronamiento de las gentes que vivían bajo su imperio para poner en marcha una serie de acontecimientos que culminaron en la realización de otra profecía, y así Jesús nació en Belén cuando todo contribuía y hacía esperar que tendría que nacer en Nazaret. Aquí está lo admirable de la acción divina en el mundo: sin violentar nada, ni a nadie, lo convierte todo en instrumento de su gloria para bien de los que le aman. No importa que algunas veces —o muchas, quizá— ese bien no sea lo que nuestra mentalidad concibe como tal: el saber que Él no se equivoca y, además, es siempre vencedor, basta para que no haya cosa, o suceso, o persona, que nos pueda hacer perder la serenidad y la paz, porque Dios es capaz de remediarlo todo y de salvarlo todo, por muy perdido que parezca estar. Mientras estamos limitados por nuestra propia pequeñez, nuestra observación se limita a lo que vemos, que nunca es mucho, y entonces el mundo se nos aparece con frecuencia entretejido de acontecimientos cuyo sentido no percibimos. «Aquí

—dice Chesterton por boca de uno de sus más famosos personajes, el P. Brown— vivimos en el revés del tapiz...; lo que aquí acontece no tiene ninguna significación; pero después, en otra parte, todo cobra sentido.» Ciertamente, ahora sólo podemos contemplar el reverso del tapiz: se ve sólo lo humano, con toda la imperfección que arrastra consigo. Es necesario ponerse «del otro lado» para ver las cosas por entero: nuestra parte y la acción de Dios, la imperfección humana utilizada, corregida y salvada por la gracia.

### *Naturalidad y discreción*

Aun cuando la actitud habitual de Nuestra Señora era profundamente contemplativa, no por ello podemos pensar que su vida transcurriera en la inacción. Ser contemplativo no significa estar inactivo. El que ponderara en su corazón cuantas cosas observaba, no sólo las que le atañían de una manera directa, sino también cuantas ocurrían a su alrededor, no le impedía desarrollar con naturalidad su propia vida dentro del ambiente y en las condiciones en que Dios la había colocado.

San Lucas y San Mateo aluden a ciertos acontecimientos que le afectaron muy de cerca. Estos fueron acontecimientos singulares, no corrientes, que sobresalían entre los que habitualmente suceden al común de las gentes, lo cual explica que los mencione; a la Virgen debieron quedársele muy grabados y por ello los comunicó. Pero —y

antes se aludió a ello— es evidente que toda la vida de María no se redujo a tales hechos singulares. Que los evangelistas no nos digan nada de los demás da pie para creer que estos otros acontecimientos apenas merecen tal nombre, por lo triviales, comunes y ordinarios. Y es precisamente esta falta de noticias, el hecho de que los evangelistas no nos digan nada, lo que provoca ciertas consideraciones de incalculables consecuencias.

La primera de ellas es que, salvo lo mencionado por los Evangelios, en la vida de la Virgen no hubo nada de relieve suficiente como para ser contado, al menos que nosotros sepamos. Nazaret era una aldea pequeña, y en una casa humilde un carpintero trabajaba para ganar el sustento para los suyos. Nuestra Señora era la esposa de este carpintero. Lo mismo que en cualquier parte hace una mujer sin medios de fortuna, la esposa de un artesano humilde, eso hacía la Virgen. Era un ama de casa y se dedicaba a todos esos humildes menesteres, monótonamente repetidos día tras día durante años y años, que ocupan la vida de tantas mujeres.

La segunda consideración ha sido concisa y claramente expresada, con gran precisión, en *Camino*: «María Santísima, Madre de Dios, pasa inadvertida, como una más entre las mujeres de su pueblo. Aprende de Ella a vivir con "naturalidad"» (número 499). Dejemos para luego el atender a la observación antedicha e intentemos penetrar un poco más en este aspecto de la vida de María.

No parece que en el aspecto exterior de Nuestra Señora hubiera jamás nada chocante ni llamativo, nada que la singularizara distinguiéndola de las demás mujeres. Que una persona observadora percibiera en Ella un algo distintivo en su porte digno y sereno, que todo el que cultivara su trato se sintiera cautivado por su dulzura y suavidad, por su profundidad y sencillez, nada dice en contrario. Quien tenga vida interior o posea una fuerte y armónica personalidad no podrá confundirse jamás con la gente superficial o con quienes carecen de cualidades sobresalientes; la elegancia espiritual, la delicadeza interior, cuando se poseen, no pueden menos que traslucirse en la conducta y en el gesto, en la conversación y hasta en el modo de mirar. No es esto a lo que queremos referirnos, sino a que en su modo de vestir, en su trato, en sus costumbres y en su lenguaje, no había nada que desentonara del conjunto que la rodeaba. Los pastores encontraron en el establo, junto al Niño, a una joven y dichosa Madre, sin nada que a simple vista diera a conocer que era la Madre del Mesías. Los Magos encontraron a una mujer joven, vestida con las humildes ropas que utilizaban las mujeres judías, con el Niño en su regazo, sin que por su aspecto o vestidos pudieran descubrir que era «la bendita entre las mujeres», inmensamente superior en dignidad y majestad a las más dignas y encumbradas. Cuando en la puerta oriental del Templo, con el Hijo en los brazos, esperaba confundida entre otras muchas madres el momento de presentar al Niño y purificarse, era a los ojos de todos una de tan-

tas, una más. Simeón no la descubrió a Ella, sino a Jesús, y por Jesús a Ella.

La gente, sus convecinos, no supieron jamás quién estaba viviendo entre ellos, con quién trataban diariamente. Nunca supieron que María, la esposa de José, el carpintero, era la Madre de Dios-Hombre. Ella no descubrió el secreto de su Hijo, ni hizo valer en beneficio propio las prerrogativas que le daban el ser lo que era. No hizo sentir a nadie, ni directa ni indirectamente, la superioridad, su mayor excelencia. Salvo en Caná, donde sabe desaparecer discretamente apenas cumplida su misión, nunca se la ve junto a Jesús en los momentos en que la muchedumbre entusiasmada aclamaba al Mesías y quería proclamarlo rey. «¡María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso! Vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo: sabe y calla» (*Camino*, n. 509). «¡Qué humildad de mi Madre Santa María! No la veréis entre las palmas de Jerusalén, ni —fuera de las primicias de Caná— a la hora de los grandes milagros. Pero no huye del desprecio del Gólgota: allí está *iuxta crucem Jesu* —junto a la Cruz de Jesús—, su Madre» (*id.*, n. 507).

No deja de ser cosa notable observar que, cuando Jesús se proclamó Mesías, quienes habían convivido con Él años enteros se escandalizaron, y como argumento en que amparar su descreimiento se escudaron en que era hijo de María: «¿No es éste aquel artesano, hijo de María?» (Mc 6, 3).

Cualquier intento que, desde nuestra mentalidad habitual, se haga para comprender la posición de la Virgen María en el medio en que vivió

y entre sus parientes será, sin duda, dificultoso. Willam ha escrito unas páginas penetrantes que rasgan el cómodo concepto que tenemos acerca de la facilidad con que todo transcurrió para la Virgen María, y si bien tales páginas se refieren sobre todo a la época de la Encarnación, son perfectamente válidas para los años de vida oculta. El mundo en cuanto tal, y por principio, no admite lo que rebasa su ámbito, lo incomprendible. De un ser extraordinario espera acciones extraordinarias, y la Virgen María no las hizo. El mismo Satanás tentó a Jesús con la espectacularidad de una salida a escena aparatosa y deslumbrante: «Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo» (Mt 4, 6). El mundo, los contemporáneos de Jesús y María, esperaban acontecimientos que encajasen con su modo peculiar de concebir al Mesías, y hoy el mundo es —y lo será siempre— como entonces, idéntico a sí mismo. Muchos desearían en el fondo de su corazón que hoy se produjera algún hecho extraordinario, contundente, que acabara con la perversión, con la incredulidad, con la mala fe, con el Mal; quizá, si se produjera, las consecuencias no fueran muy distintas a las que presencié el P. Malaquías (de la novela de Bruce Marshall), que trasladó milagrosamente una escandalosa sala de fiestas situada frente a un templo católico a un peñón solitario en las aguas de Escocia; salvo la impresión de momento, sensacional y periodística sobre todo, las cosas siguieron lo mismo, y los buenos continuaron portándose bien y los obstinados se obstinaron más. El único que salió ganando fue el

propietario del *cabaret*, por la fabulosa y gratuita propaganda que hicieron los periódicos y los comentarios. Y es que el hombre —recuerda Ch. Moeller— «es de tal condición que, si no está moralmente dispuesto a buscar a Dios, no le convertirá el más sensacional de los milagros». Ciertamente, muchos milagros hizo, a plena luz, el Hijo de Dios; pero no por ello se convirtieron los judíos. Ante la resurrección de Lázaro —y ya había en su sepulcro— todo lo que los judíos sacan en limpio es que hay que acabar con Jesús (Ioh 11, 47 ss.).

Este muro impenetrable y espeso, de mentalidades estrechas, debió causar más de un sufrimiento a la Virgen. Lo que le hizo posible vivir en aquel ambiente, influyendo a su alrededor, desempeñando su misión, siendo la que más contribuía —todavía más que Juan el Bautista, expresamente creado por Dios para preparar los caminos del Señor— a facilitar la misión de Jesús, fue el no singularizarse, el no empeñarse en continuos y estériles choques para imponer un reconocimiento de su propia superioridad, de su mayor dignidad. Aceptó el mundo como su Hijo lo había aceptado: tal como era. La naturalidad, el no sacar las cosas de quicio, el no querer brillar ni ser enaltecida, no fue, sin duda, lo que menos contribuyó a que el plan de Dios se cumpliera. Siguió secundando las disposiciones divinas, sin permitirse obrar por cuenta propia en terrenos que no eran del campo que Dios había dejado a su libre iniciativa personal. Y lo que hizo que la Virgen viviera inadvertida, con absoluta naturalidad, fue su discreción.

En tiempos como los que hoy corren, en los que el periodismo, la caza de la noticia, la publicidad y la propaganda son como pequeños dioscecillos dominadores que creen tener derecho a invadir toda intimidad, entender esa virtud que se llama discreción no es un privilegio general. La curiosidad y el afán de notoriedad se complementan para desvirtuar la virtud de la discreción y borrar hasta la memoria de su nombre, sustituyéndola por el misterio o el secreto. Discreción equivale a no enterar a los demás de lo que no les importa, a no airear lo que debe quedar al abrigo de miradas inquisitivas y de oídos curiosos, a no exhibir aquellas cosas cuyo lugar propio es la intimidad, a no poner en primer plano lo que tiene su sitio en tercero, cuarto o último. Discreción es la prudencia en el hablar y en el actuar, y no puede dudarse, a la vista de la vida de Nuestra Señora, de lo instructivo que resulta el ponderar su ejemplo.

Jamás reveló el gran misterio de su Maternidad: permaneció puro, incontaminado, sin mezclarlo artificialmente con la materialidad de la vida en el mundo, pero haciendo que informara, matizándola con su perfume, la vida ordinaria en su propio ambiente. Cada cual es lo que es, y como el obrar sigue al ser, cada uno obra según él mismo cree: el violento como violento, el hombre como hombre, el santo como santo. El ser Madre de Dios no le dio notoriedad en su tiempo, antes al contrario, dejó sin modificar todas las circunstancias en que desenvolvía su vida en el mundo: siguió siendo la legítima esposa de un



carpintero pobre, rodeada de las amistades que su residencia en Nazaret le proporcionaba, sujeta a las obligaciones comunes que hubiera tenido de no ser la privilegiada entre las mujeres. Nada exterior de su vida, nada del ambiente que la circundaba fue modificado por Dios al encarnarse el Verbo; y Ella, siempre fiel, no hizo nada por mudar lo que Dios no había cambiado, ni quiso servirse de lo sobrenatural para mejorar sus condiciones de vida poniéndolo al servicio de objetivos terrenos.

Sin duda, la mejor manera de parecer algo es serlo. No obstante, y a pesar de que la expresión parece una perogrullada, damos la impresión de que no es ése, precisamente, el camino que elegimos. A muy pocos les gusta pasar inadvertidos. Es cierto que el Señor nos dijo: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16); pero lo que no dijo de ninguna manera es: «Cuidad de hacer brillar vuestra luz delante de los hombres...». Brillar no debe ser nunca un objetivo; nosotros hemos de preocuparnos, poniendo toda la atención posible, en tener luz, porque el brillar es pura consecuencia; ni tampoco la luz se pone a sí misma sobre el candelero, sino que la ponen; ya Dios se ocupará de colocarnos —si tenemos luz— donde podamos iluminar lo que debe ser iluminado.

Esto vale también con referencia al mundo y al ambiente. Cada cual debe ser conocido por sus obras, y de aquí que brillar en el mundo sea, con

frecuencia, una especie de estafa, pues muchas veces detrás de un nombre que suena, que está en el candelero, no hay luz, no hay obras, sino simplemente una fotografía tamaño carnet y un amigo periodista, o ni siquiera eso. El hacer cosas por brillar, cuando uno no brilla por sí mismo por la sencilla razón de que carece de luz, lleva a la falta de naturalidad, al artificio, a la rareza y a lo que llama la atención: a la propaganda y a la publicidad. Hacer algo para llamar la atención sobre uno mismo es feo, como lo es la ostentación; feo desde el punto de vista humano, que desde el punto de vista sobrenatural es estéril: «En verdad os digo que ya recibieron su recompensa» (Mt 6, 2).

Peor es todavía valerse de lo espiritual para obtener ventajas materiales, o comprometer lo espiritual exhibiendo, con falta de todo sentido de discreción y medida, lo que pertenece a la intimidad con Dios, «para dar ejemplo». ¿Quién puede pensar que la Virgen o Jesucristo hicieran nada de lo que hicieron *para* dar ejemplo? El dar ejemplo es también una consecuencia del obrar bien, pero no un fin: el fin no puede ser otro, nunca, que el hacer la voluntad del Padre. Obrar cara a la galería, como quien está representando, es algo que roba autenticidad, porque no es resultado del fluir natural de dentro a fuera, sino una artificial acomodación de la conducta exterior a la conveniencia del mundo o del momento, y esto, cuando se refiere a la sobrenatural, ocasiona una íntima contradicción que, a la larga, destroza la vida y

deshace la personalidad, lo más hondo del ser de cada uno. «Me gusta que el católico lleve a Cristo no en el nombre, sino en la conducta, dando testimonio real de vida cristiana. Me repugna el clericalismo y comprendo que —junto a un anticlericalismo malo— hay también un anticlericalismo bueno, que procede del amor al sacerdocio, que se opone a que el simple fiel o el sacerdote use de una misión sagrada para fines terrenos» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 47).

Nuestra Señora cumplió con la Ley cuando se presentó en el Templo para purificarse, pese a estar exenta de ello; no quiso valerse de su privilegio para eximirse de lo que era un precepto común que debían observar todas las madres. No puede pensarse, en cambio, que por no llamar la atención sobre sí hiciera lo que era impropio, o que dejara de cumplir el más mínimo de sus deberes para con Dios por el mero hecho de que el ambiente fuera contrario. Sin duda, más de una palabra o de una actitud de Nuestra Señora debió extrañar a las gentes..., hasta que se acostumbraron, si es que llegaron a ello. Era, por otra parte, natural que siendo Ella distinta hubiera en su modo de proceder un algo indefinible que lo caracterizara, el sello de su singular personalidad, mas esto mismo fluía inintencionadamente de su mismo ser. Naturalidad no es tanto empeñarse en hacer lo que fuere por no salir del anonimato cuanto comportarse como uno mismo es, haciendo lo que deba en el ambiente en que se encuentre, aun cuando con ello llame la atención, pues no se

trata de ocultar nada o desfigurarlo, ni de despistar para no exhibirse. A nadie puede ocultársele la soberana naturalidad con que el Señor vivió durante sus años de ministerio; pero realizó acciones que llamaban la atención —los milagros— o chocaban con el ambiente, no obstante lo cual nada le detuvo. Ahora bien, hasta esas mismas acciones las hizo con naturalidad, esto es, sin aparato, sin darles mayor importancia, pues para Él tanto daba resucitar a un muerto o curar a un enfermo como trabajar de carpintero o bendecir a unos niños.

En el mundo de hoy la discreción y la naturalidad son virtudes que un cristiano debe poseer y cultivar, pues sólo así será levadura en medio de la masa, en íntimo contacto con los demás. «Naturalidad. Que vuestra vida de caballeros cristianos, de mujeres cristianas —vuestra sal y vuestra luz— fluya espontáneamente, sin rarezas, ni ñoñerías: llevar siempre con vosotros vuestro espíritu de sencillez» (*Camino*, n. 379). Sólo poseyendo esas virtudes le será posible al cristiano realizar su cometido en medio del mundo, pues será una demostración de cómo la religión y la vida ni son incompatibles ni tienen por qué estar separadas, antes al contrario, la primera es la que fecunda y da sentido y contenido a la vida. El ambiente de hoy, con todos sus inconvenientes, no es más adverso para el cristiano que los ambientes paganos de Roma, Corinto o Efeso en los primeros siglos de nuestra era, y los primeros cristianos supieron convivir con sus contemporáneos sin que

deshace la personalidad, lo más hondo del ser de cada uno. «Me gusta que el católico lleve a Cristo no en el nombre, sino en la conducta, dando testimonio real de vida cristiana. Me repugna el clericalismo y comprendo que —junto a un anticlericalismo malo— hay también un anticlericalismo bueno, que procede del amor al sacerdocio, que se opone a que el simple fiel o el sacerdote use de una misión sagrada para fines terrenos» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 47).

Nuestra Señora cumplió con la Ley cuando se presentó en el Templo para purificarse, pese a estar exenta de ello; no quiso valerse de su privilegio para eximirse de lo que era un precepto común que debían observar todas las madres. No puede pensarse, en cambio, que por no llamar la atención sobre sí hiciera lo que era impropio, o que dejara de cumplir el más mínimo de sus deberes para con Dios por el mero hecho de que el ambiente fuera contrario. Sin duda, más de una palabra o de una actitud de Nuestra Señora debió extrañar a las gentes..., hasta que se acostumbraron, si es que llegaron a ello. Era, por otra parte, natural que siendo Ella distinta hubiera en su modo de proceder un algo indefinible que lo caracterizara, el sello de su singular personalidad, mas esto mismo fluía inintencionadamente de su mismo ser. Naturalidad no es tanto empeñarse en hacer lo que fuere por no salir del anonimato cuanto comportarse como uno mismo es, haciendo lo que deba en el ambiente en que se encuentre, aun cuando con ello llame la atención, pues no se

trata de ocultar nada o desfigurarle, ni de despistar para no exhibirse. A nadie puede ocultársele la soberana naturalidad con que el Señor vivió durante sus años de ministerio; pero realizó acciones que llamaban la atención —los milagros— o chocaban con el ambiente, no obstante lo cual nada le detuvo. Ahora bien, hasta esas mismas acciones las hizo con naturalidad, esto es, sin aparato, sin darles mayor importancia, pues para Él tanto daba resucitar a un muerto o curar a un enfermo como trabajar de carpintero o bendecir a unos niños.

En el mundo de hoy la discreción y la naturalidad son virtudes que un cristiano debe poseer y cultivar, pues sólo así será levadura en medio de la masa, en íntimo contacto con los demás. «Naturalidad. Que vuestra vida de caballeros cristianos, de mujeres cristianas —vuestra sal y vuestra luz— fluya espontáneamente, sin rarezas, ni ñoñerías: llevar siempre con vosotros vuestro espíritu de sencillez» (*Camino*, n. 379). Sólo poseyendo esas virtudes le será posible al cristiano realizar su cometido en medio del mundo, pues será una demostración de cómo la religión y la vida ni son incompatibles ni tienen por qué estar separadas, antes al contrario, la primera es la que fecunda y da sentido y contenido a la vida. El ambiente de hoy, con todos sus inconvenientes, no es más adverso para el cristiano que los ambientes paganos de Roma, Corinto o Efeso en los primeros siglos de nuestra era, y los primeros cristianos supieron convivir con sus contemporáneos sin que

deshace la personalidad, lo más hondo del ser de cada uno. «Me gusta que el católico lleve a Cristo no en el nombre, sino en la conducta, dando testimonio real de vida cristiana. Me repugna el clericalismo y comprendo que —junto a un anticlericalismo malo— hay también un anticlericalismo bueno, que procede del amor al sacerdocio, que se opone a que el simple fiel o el sacerdote use de una misión sagrada para fines terrenos» (J. Escrivá de Balaguer, *Conversaciones*, n. 47).

Nuestra Señora cumplió con la Ley cuando se presentó en el Templo para purificarse, pese a estar exenta de ello; no quiso valerse de su privilegio para eximirse de lo que era un precepto común que debían observar todas las madres. No puede pensarse, en cambio, que por no llamar la atención sobre sí hiciera lo que era impropio, o que dejara de cumplir el más mínimo de sus deberes para con Dios por el mero hecho de que el ambiente fuera contrario. Sin duda, más de una palabra o de una actitud de Nuestra Señora debió extrañar a las gentes..., hasta que se acostumbraron, si es que llegaron a ello. Era, por otra parte, natural que siendo Ella distinta hubiera en su modo de proceder un algo indefinible que lo caracterizara, el sello de su singular personalidad, mas esto mismo fluía inintencionadamente de su mismo ser. Naturalidad no es tanto empeñarse en hacer lo que fuere por no salir del anonimato cuanto comportarse como uno mismo es, haciendo lo que deba en el ambiente en que se encuentre, aun cuando con ello llame la atención, pues no se

trata de ocultar nada o desfigurarlo, ni de despistar para no exhibirse. A nadie puede ocultársele la soberana naturalidad con que el Señor vivió durante sus años de ministerio; pero realizó acciones que llamaban la atención —los milagros— o chocaban con el ambiente, no obstante lo cual nada le detuvo. Ahora bien, hasta esas mismas acciones las hizo con naturalidad, esto es, sin aparato, sin darles mayor importancia, pues para Él tanto daba resucitar a un muerto o curar a un enfermo como trabajar de carpintero o bendecir a unos niños.

En el mundo de hoy la discreción y la naturalidad son virtudes que un cristiano debe poseer y cultivar, pues sólo así será levadura en medio de la masa, en íntimo contacto con los demás. «Naturalidad. Que vuestra vida de caballeros cristianos, de mujeres cristianas —vuestra sal y vuestra luz— fluya espontáneamente, sin rarezas, ni ñoñerías: llevar siempre con vosotros vuestro espíritu de sencillez» (*Camino*, n. 379). Sólo poseyendo esas virtudes le será posible al cristiano realizar su cometido en medio del mundo, pues será una demostración de cómo la religión y la vida ni son incompatibles ni tienen por qué estar separadas, antes al contrario, la primera es la que fecunda y da sentido y contenido a la vida. El ambiente de hoy, con todos sus inconvenientes, no es más adverso para el cristiano que los ambientes paganos de Roma, Corinto o Efeso en los primeros siglos de nuestra era, y los primeros cristianos supieron convivir con sus contemporáneos sin que



aparentemente hubiera diferencias, pero también sin transigencias que traicionaran su propia vocación.

### *El valor de las cosas pequeñas*

Nuestra Señora pasó la mayor parte del tiempo que duró su vida haciendo cosas tan sumamente vulgares y corrientes que no tienen historia posible. No la tienen porque son acciones comunes a todos; son pequeños e insignificantes actos que, si hubiera que narrarlos, la misma biografía vendría a un sinfín de personas. Evidentemente, lo que el evangelista San Lucas calla no vale la pena de ser contado; incita, sin embargo, a la reflexión ese mismo silencio (cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 148).

Nos encontramos con que la mayor parte de los días de la Virgen no tuvieron nada de particular, exactamente lo mismo que nos ocurre a todos nosotros. La Virgen María no hizo milagros en el tiempo que estuvo en la tierra. En realidad, y salvo la Anunciación, en su vida no hay nada exterior extraordinario, a no ser que consideremos como tal la visita de los Magos y la adoración de los pastores. Sin embargo, esto no son cosas que hiciera Ella, sino más bien cosas que le sucedieron. Es muy fácil encontrar, hojeando la Historia, personajes cuya vida tuvo un relieve mucho mayor, hombres que de verdad hicieron cosas extraordinarias, hazañas gigantescas: santos y reyes, soldados y héroes. A pesar de todo, el resultado

es que Nuestra Señora está muy por encima de todos ellos y que, sin hacer ninguna hazaña portentosa, es más grande, mucho más, que los más grandes personajes de la Historia. Su vida tiene una grandeza que no es corriente, y en esto sí es realmente extraordinario.

Su ocupación habitual fue el trabajo. Un trabajo también vulgar. Era una sencilla mujer, pobre, que debía ocuparse de ese cúmulo de pequeños quehaceres que hay en una casa: cocinar, tenerla limpia, amasar el pan, ir por agua, lavar la ropa... Sus relaciones, no muy numerosas ni brillantes: otras mujeres, otras familias, tan sencillas como Ella misma era, gente de su condición, vecinos. La conversación, acerca de los mil sucesos triviales y escasamente interesantes que pueden ocurrir en una pequeña y apartada aldea. Total, un conjunto de pequeñeces insignificantes que no merecen apenas atención; nada de particular, en suma.

Sin embargo, la Virgen María es la más santa de las criaturas, y la santidad requiere virtudes heroicas, una gran fidelidad a la gracia, una plena correspondencia a los llamamientos del Espíritu Santo. La Virgen, ciertamente, tuvo, desde el primer momento en que su alma fue creada, más gracia que todos los santos juntos, mas su santidad no se redujo a eso tan sólo. Fue creciendo constantemente a lo largo de su vida, aumentando al compás del tiempo. Hubo momentos en que su fe, su fortaleza, su caridad crecieron en poderoso impulso ante situaciones que exigían por su parte un indudable esfuerzo; mas estas situaciones —ya

lo hemos visto— no fueron sino momentos en su vida, no lo ordinario, y la santidad de María creció, no a golpes, sino día a día. Algo debe de haber en esos menudos quehaceres cotidianos, en el trabajo ordinario, oscuro y sin brillo que se realiza cada día, cuando la Virgen no desdeñó el emplear en ellos casi todo el tiempo que duró su vida, cuando fue la ocupación de aquel hombre justo, José, y sobre todo, cuando el mismo Jesucristo quiso gastar dieciocho años de vida en hacerlos.

Que la santidad, la perfección, no está en lo grande y extraordinario, en las hazañas aparatosas o las acciones deslumbrantes, es cosa sabida. Puede estar en todo ello, o no, porque es algo distinto y no depende de la magnitud de los sucesos. Lo que es necesario poner aquí de relieve es que las cosas pequeñas tienen un valor que no puede despreciarse, porque el hacerlo entraña un riesgo que puede costar no sólo la perfección (que se hace imposible), sino aun la misma salvación. La cuestión puede plantearse, de la manera más simple, observando que una inmensa muchedumbre de cristianos jamás van a tener en los años de su existencia en la tierra ocasión de hacer algo grande por Dios o por la Iglesia; ahora bien, si no van a tener ocasión de hacer nada grande, y lo pequeño tampoco lo hacen, entonces, ¿qué es lo que hacen? (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 37, 44, 77, 148, etc.; *Camino*, n. 813-830).

Repetidas veces se ha insistido en la radical diferencia que hay entre la apariencia y la realidad. No hay, a simple vista, cosa más difícil que distinguir en un desfile militar a un soldado de otro,

no obstante lo cual, y a pesar de su externa uniformidad y de dar los mismos pasos con idéntico gesto, puede haber junto a un santo un ser depravado, un analfabeto al lado de un hombre cultivado, un retrasado mental pegado a un hombre de inteligencia clarividente. Las cosas pequeñas y usuales no son fáciles de distinguir, en cuanto a magnitud, unas de otras, y, sin embargo, son completamente distintas. Siendo el mismo el esfuerzo de dos obreros en una fábrica, uno puede hacer su trabajo perfectamente bien y el otro defectuosamente, sin que a la vista haya diferencia entre lo que hace cada uno.

La grandeza —y la santidad— no está en lo que se hace sino, en *cómo* se hace. Es el amor que se ponga, la ilusión, la perfección con que se realice, lo que, en último término, da calidad a las acciones. Hay hazañas que apenas exigen un segundo de decisión; grandes acciones que pueden ser fruto, incluso, de inconsciencia, atolondramiento o excitación. Pero lo realmente difícil, lo que exige un valor fuera de lo común (siendo, sin embargo, asequible a todos), lo que requiere un tesón fabuloso y un esfuerzo sostenido, es la perseverancia diaria en cumplir bien los deberes monótonos que hay que realizar un día tras otro. Lo admirable no es ir todos los días a la oficina, sino ir todos los días a las nueve a la oficina y llenar, en frase de Kipling, «de trabajo cumplido el inexorable minuto de sesenta segundos», sin permitir que la pereza, el aburrimiento o el cansancio conviertan la obra perfecta en fruto malogrado.

Que Nuestra Señora tejiera su ropaje de santi-

dad con los hilos de esas pequeñas acciones cotidianas es, para nosotros, esperanzador. Toda esa vida nuestra, tan vulgar, tan corriente, repleta de pequeñas alegrías y penas de poca monta, de sucesos intrascendentes y ocupaciones prosaicas, puede convertirse en algo muy grande si el amor pone ilusión y perfección. Una acción tan pequeña como el mullir la almohada en que reposa la cabeza de un enfermo, es distinta por completo según la haga la madre o una persona extraña. Pensamos que sólo ciertas acciones merecen cuidado especial, las grandes o notorias, pero es porque las valoramos de acuerdo con un criterio erróneo, ya que las medimos en razón del esfuerzo que nos cuesta o de la admiración que despiertan. La grandeza, sin embargo, según tal criterio, dependería de circunstancias accidentales, en cuyo caso habría que negarla a la Virgen María en la mayor parte de las acciones de su vida, pues no cabe pensar que el atender al Niño o a la casa le exigiera un gran esfuerzo o provocara la admiración.

Es muy significativo que el Señor premiara a sus servidores *quia super pauca fuisti fidelis*, porque fueron fieles en las cosas pequeñas (Mt 25, 21), y que Él mismo hablara de que «quien es fiel en lo poco también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho» (Lc 16, 10). El *fiat* decisivo de Nuestra Señora en el momento más importante de su vida, cuando se le exigió una fe, una esperanza y una caridad extraordinarias, es inconcebible sin la preparación de los años anteriores, en los que no sucedió nada, pero durante los cuales la fidelidad de María en

los menudos pormenores de la vida diaria la dispuso a la fidelidad en el momento en que Dios la necesitó para lo grande. Asimismo, su fortaleza al pie de la Cruz, su solidaridad con el Hijo humillado y condenado al patíbulo, vino preparada por la unión que con Él tuvo a lo largo de los años precedentes. La fidelidad en las grandes pruebas viene, en el campo del espíritu, condicionada a la fidelidad en las pequeñas. No se llega a ningún descubrimiento sin muchos años de trabajo oscuro, de esfuerzos repetidos, de muchos miles de horas gastadas, sin fruto aparente, en el laboratorio. Y lo mismo cabe decir en el mundo de la materia. Un edificio se levanta con un ladrillo, y otro, y muchos, pero uno tras otro; y sacos de cemento, unos tras otro también, y sillares. Hora tras hora. Todo gran edificio se alza a fuerza de cosas pequeñas (*Camino*, 823). ¿Quién piensa que puede llegarse, de repente, a un millón? Se comienza por uno, luego dos, tres..., hasta que se llega a él. No se gana la prueba decisiva en un campeonato de atletismo sin una previa preparación, que va desde la moderación en el comer y beber y fumar hasta determinados minutos dedicados a ejercicios respiratorios u horas de entrenamientos diarios. El éxito, en todo caso, está en el cuidado de esas cosas menudas que preceden a la prueba decisiva. De la misma manera, «la santidad "grande" está en cumplir los "deberes pequeños" de cada instante» (*Camino*, 817).

El mismo proceso se registra a la inversa. Ninguna gran catástrofe espiritual o material sobreviene de la nada. La teología ascética ha estudia-

do minuciosamente ese fenómeno en la vida espiritual que se llama *tibieza* y que se caracteriza, sobre todo, por el desprecio de las cosas pequeñas. Es terrible pensar a dónde conduce lógicamente tal estado: no sólo a la muerte del alma, sino a la aniquilación de aquellos resortes vitales del espíritu que permiten reaccionar. Las grandes caídas vienen, a veces, desde muy lejos, preparadas por un descuido habitual que permite con frecuencia caídas pequeñas, pues el ánimo se habitúa a ceder, a deslizarse por el camino más fácil, a ser arrastrado por lo cómodo y placentero. Las grandes cobardías son la consecuencia de las pequeñas cobardías diarias, ya que no se *puede* vencer en lo grande cuando no se *quiere* vencer en las cosas pequeñas (*Camino*, 828).

La explicación de este valor enorme que tienen las cosas pequeñas está en lo que podríamos llamar mecanismo de la santidad. La santidad está en la unión con Dios, y la unión con Dios consiste en hacer siempre y en todo su voluntad. La voluntad de Dios sobre nosotros es, como Dios mismo, permanente (no hay distinción real entre Dios y sus atributos): no es concebible que Dios quiera alguna cosa de nosotros a determinadas horas del día o determinados días del año, desentendiéndose de nosotros el resto del tiempo, abandonándonos a nuestro capricho. El dormir, como el comer o el pensar, son voluntad de Dios; nos ha hecho de tal naturaleza que esas funciones son exigidas por ella. Pero eso mismo podemos desviarlo, desordenándolo, haciéndolo a deshora, ca-

prichosamente, por simple gusto, o bien encaminarlo a Dios haciéndolo cuando y como Él quiere que se haga. Cuando se es infiel a esos minúsculos llamamientos de la gracia que nos inspiran evitar el desorden y no sustraer a Dios lo que le es debido, esa infidelidad nos debilita, lo cual hace más difícil que podamos realizar el esfuerzo de asir la gracia que Dios nos tiene preparada en el momento siguiente. La concatenación de las gracias es lo que hace que pequeñas infidelidades acaben conduciendo a grandes desastres. De aquí que las mismas pequeñas acciones diarias puedan unirnos a Dios o irnos separando paulatina, pero inexorablemente de Él; de aquí también que la santidad radique en la perfección de las cosas pequeñas, pues «todo aquello en lo que intervenimos los pobrecitos hombres —hasta la santidad—, es un tejido de pequeñas menudencias, que derechamente rectificadas pueden formar un tapiz espléndido de heroísmo o de bajeza, de virtudes o de pecados» (*Camino*, 826).

El tapiz que tejió Nuestra Señora no se redujo a cuatro trazos magistrales sobre un cañamazo burdo o sobre el vacío. En un cuadro perfecto hasta la más mínima pincelada es perfecta; bastaría que una sola no lo fuera para que el lienzo quedara defectuoso. Lo admirable —y lo más imitable— de la vida de la Virgen María fue, sin duda, su vida oculta, su fidelidad en lo pequeño, la perfección en lo que no se ve, pero que Dios sí ve y aprecia. Ese fue el modo habitual que María tuvo a su disposición para dar salida a su inmenso amor, pues cuando se ama se pone siempre



el corazón en cuanto se hace, convirtiéndolo en testimonio de ese amor. Decía San Agustín que cuando se ama no hay trabajo, y, si lo hay, ese mismo trabajo es amado, pues todo acto y todo gesto del que ama lleva consigo la expresión de su amor (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 148).

## V. CANA

*Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, donde se hallaba la Madre de Jesús. Fue también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos. Y como viniere a faltar vino, dijo a Jesús su Madre: No tienen vino. Respondióles Jesús: Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no es llegada mi hora. Dijo su Madre a los sirvientes: Haced lo que Él os diga. Estaban allí seis tinajas de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. Dijoles Jesús: Llenad de agua esas tinajas. Y llenáronlas hasta los bordes. Dícelos después Jesús: Sacad ahora y llevadlo al maestresala. Hiciéronlo así. Apenas probó el*

*maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de dónde era —bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado—, llamó al esposo y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya a satisfacción, sacan el más flojo: tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último.*

*Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros, con el que manifestó su gloria: y sus discípulos creyeron en Él.*

(Ioh 1, 1-11.)

### *La vida de relación*

Un día comenzó a correr por Palestina un rumor singular. Junto al Jordán, un hombre se había puesto a predicar un bautismo de penitencia porque se acercaba el reino de Dios. Era un hombre extraño, fuerte y austero, dotado de una enorme personalidad y con una fuerza interior tan poderosamente eficaz que era como un imán que atraía a gentes de todo el territorio. También desde Nazaret acudieron y comentaron, a su vuelta, la predicación de aquel nuevo profeta. Y un día, confundido, quizá entre otros muchos, partió también Jesús. Había comenzado su vida pública y tenía, a la sazón, cumplidos ya los treinta años. Su Madre quedó sola.

Poco tiempo después María recibió una invitación para acudir a unas bodas que se celebraban en Caná de Galilea. Unas bodas, en Palestina y entre los judíos, era un acontecimiento importante y revestía un carácter religioso, pues era el medio

de perpetuar la raza hasta la plenitud de los tiempos, es decir, hasta los días del Mesías. Los contrayentes eran amigos, parientes quizá, y María aceptó la invitación y acudió a Caná. Fue también invitado Jesús con sus discípulos, y de nuevo se encontraron reunidos, siquiera fuese transitoriamente y por breve tiempo, Madre e Hijo.

La predicación de Juan el Bautista había sido objeto de muchos comentarios y es posible que, entremezclados con ellos, se hubiera hablado también del testimonio que Juan dio en favor de Jesús. El Señor, además, había comenzado a reunir discípulos que le habían reconocido como Maestro. No sabemos si la identificación de Jesús como Mesías, el tantos siglos esperado, se había hecho pública, pero es indudable (basta el hecho de que Jesús fuera invitado con sus discípulos) que llegaba a Caná con una notoriedad que hacía de Él un personaje muy superior —y distinto— al carpintero de Nazaret que habían conocido, y también a todos los asistentes. Natanael, además, era de Caná, y es muy posible que informara de su nueva situación de discípulo de Jesús y del porqué.

Sea por la afluencia de invitados, sea por error de cálculo, llegó un momento en que el vino comenzó a escasear de tal manera que era fácil prever su insuficiencia para el tiempo que todavía había de durar la fiesta. Esto era grave, porque el apuro iba a ser tal, cuando se descubriera, que bastaba para amargar a los novios el recuerdo de su boda, que se iba a convertir en regocijado comentario del pueblo durante mucho tiempo. Y en-

tonces, en el momento del apuro, antes de que nadie pudiera sospechar lo que ocurría, interviene la Virgen.

Todo hace suponer que su presencia en la fiesta no se reducía simplemente a disfrutar pasivamente de la alegría general del ambiente y a oír, con el natural agrado de su corazón maternal, cuantas cosas comenzaban a decirse de su Hijo. La rapidez con que percibió la catástrofe que se avecinaba induce a pensar que andaba discretamente pendiente del servicio, ayudando quizá, sin inmiscuirse en lo que era tarea propia de maestresala. El hecho es que, tan pronto como se dio cuenta de que el vino comenzaba a escasear, pensó en el modo de remediarlo. Es muy posible, como apunta Willam, que percibiera claramente la significación de haber sido reconocido Jesús como Mesías —siquiera fuese por sus discípulos— y pensara que había llegado su hora, la de una revelación pública de su mesianidad, por lo que acudió a Él en cuanto tal pidiendo solución al problema, al paso que se ofrecía como colaboradora, como mediadora. Esto explicaría la respuesta de Jesús: como no había llegado «su hora» no necesitaba su colaboración, dejándole entrever que la aceptaría en el momento en que llegara.

Pero también podemos pensar que las cosas ocurrieron con más sencillez. Al notar la falta de vino pensó en la violencia de la situación de los novios; su bondad le llevó a compadecerse de ellos y a buscar un remedio. Mas ¿qué es lo que Ella podía en aquella situación? No se le ocurría nada, ni veía lo que pudiera hacer. Y, con toda natura-

lidad, comunica su preocupación a su Hijo: «No tienen vino.»

La respuesta de Jesús recuerda la que dio dieciocho años atrás, en el Templo, a otra pregunta de María, y deben tenerse presentes las observaciones que antes se hicieron al tratar aquel episodio. También aquí, como entonces, Jesús traza una línea divisoria entre el hijo de María y el Hijo de Dios. María se dirige a Jesús como a su Hijo, pero Jesús le contesta como Mesías: no ha venido a remediar problemas materiales, pues es muy otra la misión que ha recibido del Padre. Aclarado esto, no tiene inconveniente en adelantar su hora: la de hacer un milagro que ponga de manifiesto su poder y dé testimonio de su divinidad.

María, sin embargo, no había vivido en vano. La reflexión interior de cuanto observaba o le ocurría la había hecho crecer en la fe y en profundidad. Si puede desconcertarnos la respuesta de Jesús, más sorprendente es la reacción de Nuestra Señora. No sabemos si Jesús añadiría algo a las breves palabras que San Juan nos transmite, pero cabe pensar razonablemente que el diálogo no se redujera a la sequedad de una insinuación y una respuesta. La mirada suplicante, confiada, sonriente y amorosa de la Virgen no podía ser indiferente a Jesús en ningún caso. Sea ello lo que fuere, María obró con la seguridad de quien sabe lo que hace; se acercó a unos sirvientes, alquilados posiblemente para la fiesta, y les dio unas instrucciones muy sencillas: «Haced lo que Él os diga.» Tras esto, la Virgen vuelve a confundirse entre los convidados, como antes de su intervención.

Fue este milagro de Caná el primero que hizo Jesús, tal como observa San Juan, pero no sólo el primero, sino también el más alegre. Y lo hizo por la intervención de la Virgen María, para que la fiesta de bodas pudiera proseguir y no quedara tristemente interrumpida con infelicidad para los novios. El que la Virgen y el mismo Jesús asistieran a una fiesta de bodas indica que hay ciertos deberes sociales que, por ser deberes, han de cumplirse. El hombre es sociable por naturaleza. No puede vivir solo, y tan es así que hasta los primeros eremitas del desierto acabaron viviendo en comunidad, dando paso a los monasterios. Sólo por excepción vive el hombre aislado, porque nadie puede llenar plenamente su misión fuera de la comunidad, apartado de la sociedad.

Nace, por tanto, como consecuencia de la misma naturaleza humana, un conjunto de lazos que unen a unos hombres con otros en una mutua interdependencia, lo cual les obliga a relacionarse. Es otro fenómeno de la vida corriente que, como sucede con todos ellos, puede acercar a Dios y unirnos más a Él o puede, por el contrario, constituir un obstáculo que nos aleje. Todo depende del móvil que empuje a estas relaciones, de la actitud que ante ellas se adopte, del modo como se realicen.

De ninguna manera puede ni debe eludir un cristiano estas obligaciones, que se derivan de su misma naturaleza y que se imponen por el mero hecho de existir hombres en el mundo. Es muy probable que aquella fiesta de bodas no fuera la primera ni la única a que la Virgen y Jesús asis-

tieron, pues durante su permanencia en Nazaret, siendo, como era, una pequeña aldea en la que todo el mundo se conocía y trataba, y donde todo era como familiar, debieron existir, sin duda, pequeños acontecimientos sociales de los cuales no hubieran podido inhibirse. De cierto sabemos que el Señor, durante su vida pública, participó —a veces con gran escándalo de los judíos— en reuniones cuyo carácter no estaba socialmente tan impregnado de sentido religioso como las bodas. Jesús aceptó invitaciones y asistió a banquetes; al que dio Mateo con asistencia de sus amigos, que eran publicanos, considerados pecadores por muchos sectores judaicos; al que dio un fariseo, Simón el Leproso; al que dio Lázaro en Betania. Sabemos, asimismo, que el Señor tenía amigos: Marta, María y Lázaro eran una pequeña familia ligada a Jesús por lazos de amistad y el Señor se hospedaba con frecuencia en su casa. Otras veces, incluso, el Señor no esperó a que le hicieran una invitación en regla, sino que se invitó Él mismo, como vemos que sucedió en Jericó, cuando fue a casa de Zaqueo.

No está mal, por tanto, sino bien, atender a esas obligaciones sociales. Y estando bien, no se trata simplemente de tolerarlas, sino de cultivarlas, y no como quien hace un sacrificio y está en un tormento, sino con el ánimo alegre de quien comparte algo con otros hijos de Dios, de quien se enriquece y completa con el trato de sus semejantes. Un cristiano no puede, so capa de ascetismo, convertirse en un misántropo; pero debe cuidar el móvil que le lleva a buscar la compañía de los



demás, porque es aquí, en la intención, donde radica el que agrade o no a Dios en su vida social.

Luego, cuidar también la actitud. Con ser tan breve y discreta la referencia a Nuestra Señora en las bodas de Caná, hay, sin embargo, algo en su actitud que merece una breve consideración. No da la impresión de que estuviera en la fiesta como una invitada que se cree en el derecho de que todo el mundo se esfuerece por hacerle agradable la reunión, ni tampoco como quien va dispuesta a sobresalir y a tener a todo el mundo pendiente de sí. El que fuera la primera que captara la insuficiente cantidad de vino sugiere que, como diríamos hoy, «estaba en todo», y esto supone atención, actitud observadora, pensar en lo que ocurre y no en sí misma. En último extremo, es caridad, amor al prójimo, todo lo cual es opuesto al egoísmo y a buscar la propia satisfacción. Es lo que debe ser. Quien se deje llevar por el impulso natural en sus relaciones sociales corre el peligro de ser imprudente y pecar por exceso o por defecto; está abocado a vivir para sí y no para los demás, a dejarse llevar por el egoísmo en lugar de ejercer la caridad y el amor al prójimo. De aquí que una actitud discretamente expectante, activos en ocasiones, pendientes de las pequeñeces que en la conversación y los gestos dan el tono, es indispensable para que, también en esto, se viva la perfección y se dé gloria a Dios. Pues un mínimo de atención, de estar sobre sí mismo, es indispensable, so pena de comportarse según la sola naturaleza y, podría decirse, de una manera pagana.

Todavía es posible encontrar una más profunda

dimensión en las relaciones sociales. Los cristianos, por el hecho de serlo, no son simples hombres, sino miembros, además, de la iglesia, que es el Cuerpo Místico de Cristo. Hay un dogma maravilloso, consolador, que es la Comunión de los Santos. Nada de lo que un cristiano haga es indiferente, pues todo tiene una repercusión, más o menos amplia, en ese Cuerpo Místico, y cualquiera de sus acciones u omisiones afecta al conjunto y, por tanto, a cada uno de los miembros. Si una barra de hierro al rojo blanco se coloca sobre una mesa de madera, la mesa se quema. Si al agua templada se arroja un objeto que esté helado, el agua pierde calor. Por el mero hecho de estar la Virgen en las bodas de Caná las cosas cambiaron, no fueron igual que si Ella no hubiera estado. Estuvo Jesús presente y, tal vez desde entonces, el matrimonio es un Sacramento.

Por el hecho de formar parte los cristianos del Cuerpo Místico de Cristo hay entre ellos una misteriosa solidaridad. Desgraciadamente, no es ésta cosa en la cual se piense con frecuencia, y probablemente se deba a ello esa grave falta de sentido de responsabilidad que puede apreciarse entre los cristianos de hoy. Hemos de saber que hasta las relaciones derivadas de una mera simpatía humana deben orientarse hacia Dios, ya que a Dios se deben las cualidades que la despiertan. El que Dios haya colocado a un hombre en circunstancias tales que le lleven a relacionarse con determinadas personas o grupos supone que Dios tiene sus razones y espera algo de ello. La caridad tiene su orden, y los más próximos son quienes más dere-

cho tienen, y los más próximos son aquellos que más estrechamente se relacionan con nosotros en virtud de esas circunstancias que Dios ha preparado. La caridad obliga a cada uno a ser mejor. Cuanto más calor interior posea, cuanto más cerca esté de Dios y con más intensidad esté unido a Él, tanto más caldeará el ambiente en que vive, tanto más bien hará a las personas con quienes se relacione. De este modo, las relaciones sociales constituyen un inmenso y permanente campo de influencias, un medio en el que se desarrolla un intenso intercambio. No hay nadie tan necio del cual no podamos aprender algo, nadie tan pobre que no nos pueda comunicar siquiera una pequeña cosa; con un poco de atención y otro poco de amor de Dios, es perfectamente posible aumentar la cantidad de felicidad en la tierra: basta, a veces, una sonrisa, interesarse por los demás, adoptar una actitud amable. Ese amplio campo de las relaciones sociales es lo que permite, de una manera habitual, ejercitar el amor de Dios tratando al prójimo como Él mismo le trataría, como nosotros trataríamos a un Dios que hubiera adoptado la forma del prójimo: es amar a Dios en nuestros hermanos, en los hijos de Dios (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 19, 44, 48, etc.).

Son también un magnífico campo de apostolado. Infelizmente se ha usado con tan poca discreción de la palabra, se ha generalizado tanto, que de ordinario no sugiere todo —y sólo— lo que realmente significa. Apostolado es preocupación por que los demás sean mejores y es un resultado de

la vida interior, pues sólo el que ama a Dios de veras siente pena porque no sea amado por todos; sólo el que aprecia la Sangre de Cristo sufre al ver que esa Sangre está siendo estéril para tantos. Sólo el que ama a Dios ama a los demás y se consume viendo cómo, por no poseerlo, no son felices. Esta vibración interior es lo que lleva a acercarse a Dios, pero sin artificios ni convencionalismos, sin acosos ni insistencias, con la tenacidad propia de la gracia, pero también con su suavidad, haciendo que acaben queriendo, abriéndoles horizontes que tienen cerrados. Así, cualquier conversación puede conducir, sin dislocaciones ni violencias, a temas fundamentales que conduzcan a Dios y despierten dormidos anhelos.

La dimensión social del cristiano entraña, por tanto, una enorme responsabilidad. Inhibirse de deberes sociales puede significar el abandono de la vida civil (esa palestra donde un cristiano debe buscar y encontrar la santidad) a merced de las fuerzas del mal. Pensemos que la vida social está organizada en un conjunto de funciones que se realizan todas, e íntegramente, a través de órganos determinados. Si estos órganos no son rectos, todo se tuerce. Toda la visión se realiza a través de los ojos; si éstos están dañados, toda la visión se realiza mal. Si los órganos a través de los cuales se realiza la función judicial, docente, administrativa, educadora o informativa están dañados, nada andará a derechas, con la enorme consecuencia de perjuicios incalculables que ello representa, en último término, en orden a la salvación. «Todas las cosas de la tierra, también las criaturas ma-

teriales, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios —y ahora después del pecado, redimidas, reconciliadas—; cada una seguirá su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios les ha dado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: "porque quiso el Padre poner en Él la plenitud de todo ser y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en su Cruz" (Cor 1, 19-20). Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» (J. Escrivá de Balaguer, *Cartas*, Roma, 19, III, 1954, n. 7).

Pensemos también en otra realidad ostensible que se da en esta sociedad que se llama cristiana y que constituye una paradoja. El ambiente es el resultado de la vida de relación. ¿Cómo es posible, entonces, que de la vida de relación entre cristianos se derive con demasiada frecuencia un ambiente que puede llamarse, con toda propiedad, pagano? Hay como un ser arrastrados por modas, por diversiones, por reuniones sociales nacidas al margen de todo sentido cristiano, pero que, no obstante, son mantenidas y cultivadas —muchas veces, incluso financiadas— por cristianos. Esta enorme carencia de personalidad es fruto de una previa falta de espíritu. Perdura todavía en el ánimo —y hasta quizá en la mentalidad— de muchos cristianos aquella vieja concepción liberal de separación: la religión, Cristo, debe circunscribirse al templo y al púlpito, sin mezclarlo con cosas profanas, separados de la vida corriente. Precisa-

mente lo contrario de lo que debe ser: meter a Jesucristo en la entraña de la sociedad, para que su espíritu informe todas las actividades humanas y las transforme, renovándolas. El medio, sin duda, está en esa necesaria vida de relación; pero es preciso tener hondamente arraigado el espíritu de Cristo, un criterio muy claro, una sólida vida interior, ser como hierros al rojo, o, de lo contrario, será el ambiente —como sucede con harta frecuencia, por desgracia— el que se apoderará del cristiano hasta convertirle en un vencido, en un esclavo más de la mundanidad. Sólo el que lleve consigo su propio ambiente dondequiera que esté y sepa imponerlo con naturalidad, sin ñoñerías, ni estridencias, podrá dar el tono preciso del cristiano, y sólo él estará en condiciones de cambiar un ambiente: así procedieron los primeros cristianos y mudaron la faz de la sociedad. «"¡Influye tanto el ambiente!", me has dicho. Y hube de contestar: sin duda. Por eso es menester que sea tal vuestra formación, que llevéis, con naturalidad, vuestro propio ambiente, para dar "vuestro tono" a la sociedad con la que conviváis. Y, entonces, si has cogido ese espíritu, estoy seguro de que me dirás con el pasmo de los primeros discípulos al contemplar las primicias de los milagros que se obraban por sus manos en nombre de Cristo: "¡Influimos tanto en el ambiente!"» (*Camino*, n. 376).

### *La oración de la Virgen*

El *Magnificat* y la breve frase que pronuncia Nuestra Señora en las bodas de Caná dirigiéndose

a su Hijo, en ayuda de los novios que daban la fiesta, son las únicas muestras de su oración que nos han dejado los evangelistas. El *Magnificat* es una oración de alabanza, en la que el corazón se desborda en afectos, en palabras de agradecimiento, en expresiones de jubilosa admiración por la grandeza divina y por las obras de Dios. En Caná, en cambio, la Virgen hace oración de súplica.

Es una oración de apenas tres palabras: «No tienen vino.» Una oración tan lacónica, tan breve, que apenas si parece oración. Hay, sin embargo, en esa misma brevedad una densidad tan grande, tan insospechada a primera vista, que merece ser puesta de relieve.

El primero de todos los caracteres que se percibe en la súplica de la Virgen a Jesús es la sencillez. Es la exposición de una necesidad, pero una exposición hecha con la simplicidad de un niño. Los niños, más que pedir, exponen, y no es necesario más porque la compenetración es tan grande que los padres saben perfectamente todo lo que la frase del niño encierra, y es para ellos más clara que un largo discurso. Siendo, como es, la Virgen la más perfecta de las criaturas, o, mejor todavía, la criatura perfecta, su oración, sin duda, es la más perfecta de las oraciones, la mejor hecha, la que reúne todas las cualidades en su máxima profundidad. Puede, pues, sin inconveniente, antes con poderosos motivos, tomarse como modelo de oración (cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 174).

Y nos encontramos, entonces, con que toda oración debe ser sencilla, con que la sencillez es la

primera de las condiciones que requiere una oración a gusto de Dios. Sencillo es lo contrario de complicado, y todo lo que es complicado (no es lo mismo complicado que complejo) tiene un matiz de industrioso rebuscamiento, pues encierra una cierta dosis de artificio que entorpece la directa y espontánea manifestación de sentimientos íntimos. Cuando la oración no es sencilla se interponen entre el alma y Dios consideraciones o influencias extrañas que velan y enmascaran la pura relación entre criatura y Creador; no es un grito del alma desnuda, sino más bien la ceremoniosa actitud de quien guarda un protocolo y escoge cuidadosamente las palabras y el estilo con que ha de dirigirse a un ser superior. Si la oración no es sencilla, más que conversación de un hijo con su padre es la de un soldado con su general, o la que mantiene una señora bien educada y habituada a la vida de sociedad con el dueño de una casa a la que ha sido invitada. Y no es esto lo que el Señor quiere. Quizá porque sabía lo complicados que somos nos encargó que nos hiciésemos como niños (Lc 18, 17), que cuando nos pusiéramos a orar no quisiéramos decir muchas palabras, como hacen los paganos, que se imaginaban ser oídos a fuerza de palabrería: bien sabe nuestro Padre que está en los cielos lo que tenemos menester antes de que se lo pidamos (Mt 6, 7 y 8). El mismo Jesús nos dio una soberana lección de sencillez en la oración al enseñarnos el padrenuestro. Tan molesto y hasta pedante sería un niño que para pedir pan dirigiera a sus padres un discurso a lo Demóstenes o Castelar, como lo seríamos nos-



otros si rebuscáramos cuidadosamente frases retóricas y efectistas para dirigirnos a Dios. La oración del fariseo y el publicano (Lc 18, 9 ss.) es un buen contraste para apreciarlo, ya que la sencillez es siempre la expresión al exterior de una sinceridad tan íntima y profundamente vivida que se hace espontánea hasta en los pormenores más insignificantes de la vida cotidiana.

La súplica de Nuestra Señora deja traslucir toda la humildad que Ella poseía, y éste es el segundo de sus caracteres. Propiamente la frase no es, gramaticalmente hablando, ni siquiera una petición. El deseo que la lleva a dirigirse a su Hijo está patente, pues la Virgen no hace el comentario de un suceso, y es del mismo modo evidente que quiere que Jesús remedie la necesidad que expone. Su humildad, sin embargo, la lleva a no molestar, si se permite la expresión. Era su Hijo, pero era Dios, y Ella lo sabía muy bien, tan bien como sabía que era el Mesías, y su misión era lo primero y estaba muy por encima de aquellas naderías. Su espontánea manifestación, la delicadeza con que se dirige a Jesús, su manera casi tímida de insinuar —no de pedir—, revela una conciencia muy clara de la distancia, pero al mismo tiempo una conciencia, muy clara también, de la proximidad entre ambos: era Dios, pero Ella era su Madre. Era necesario ser todo lo humilde que era María para saber dar el tono y matiz preciso a una oración tal, para darle tan gran fuerza y, al propio tiempo, no pedir nada. Por una parte revela una impotencia tan grande que era como decir que no le molestaría con aquello de haberlo

Ella podido remediar, y por otro una ansiedad y un interés tales que equivalían a proclamar que acudía a Él como única solución. Lo que llama a gritos a la misericordia de Dios y a su poder no son las palabras, sino el desamparo: de aquí que la oración que nace de la humildad y de la propia indigencia sea la que más fuertemente «obliga» a Dios. Lo que da intensidad a una oración, lo que hace poner en ella toda el alma es la necesidad, y nadie como el humilde puede percibir hasta qué punto está necesitado de que Dios se compadezca de su impotencia, hasta qué punto depende de Él, hasta qué extremo límite es cierto que el hombre puede plantar y regar, pero que es Dios quien da el incremento (1 Cor 3, 6-7).

Nosotros, que no somos humildes, carecemos de delicadeza para pedir a Dios. Muchas veces nuestro egoísmo nos lleva a tratar a Dios con gran inconsciencia, como si fuera un servidor nuestro, cuya casi exclusiva función estuviera reducida a resolvernos los problemas que nosotros mismos nos hemos planteado o sacarnos de los atolladeros en que tercamente nos hemos metido. No tenemos demasiada afición a pedir por los demás, a desinteresarnos de nosotros mismos en beneficio de los más necesitados; reducimos muchas veces nuestra petición a resolver pequeños asuntos puramente terrenos, como si en ellos nos fuera la vida, y nos desentendemos con facilidad de lo único que tiene importancia decisiva. Muchas veces, incluso, y valga la expresión, «chalaneamos» con Dios: si me concedes esto, te daré aquello; si haces que logre tal cosa, te prometo... Y luego, a lo mejor, busca-

mos la manera de eximirnos de lo que nos parece ya una carga inútil, puesto que tenemos ya lo que queríamos. Es demasiado egoísmo. Hay una ausencia demasiado patente de amor: somos como pequeños egoístas interesados, que sólo miran por sí mismos y que todo lo ponen a su servicio. No es que esté mal pedir remedio para nuestras necesidades terrenas: la Virgen nos dio ejemplo pidiendo en Caná. Y el mismo Jesús nos enseñó a pedir el pan de cada día. Pero todas las demás peticiones del padrenuestro son de otra índole. Nosotros pedimos como si lo mereciéramos, como si otro título distinto que su amor por nosotros y su bondad nos asistiera, a modo de un derecho propio y no concedido.

Pero lo que quizá se pone más de manifiesto en la oración de la Virgen en Caná es la fe en su Hijo. Era su Madre, le había acunado en sus brazos, y, con todo, se abstiene de indicarle lo que puede hacer. Expone la necesidad y deja todo lo demás a su arbitrio, segura de que la solución que dé al problema, cualquiera que sea, y en cualquier sentido, es la mejor, la más indicada, la que lo resuelve de manera más conveniente. Deja al Señor el campo totalmente libre para que haga sin compromisos ni violencias su voluntad, pero es porque Ella estaba segura de que su voluntad era lo más perfecto que podía hacerse y lo que de verdad resolvía el asunto. No le ata las manos forzándole a adoptar un camino, a hacer algo determinado: confía en su sabiduría, en su superior conocimiento, en su visión más amplia y profunda de las cosas que abarca aspectos y circunstancias

que Ella podía, quizá, desconocer. Ni siquiera se planteó Nuestra Señora la cuestión de que a lo mejor Él no consideraba conveniente intervenir: expone lo que ocurre y lo deja en sus manos. Y es que la fe deja a Dios comprometido con más fuerza que los argumentos más sagaces y contundentes. Cuando la Virgen le habló, su hora no había llegado todavía; después de hablarle, su hora llegó en seguida (cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Sacerdote para la eternidad*, folleto MC, n. 170, Madrid, 1971, páginas 18-19). San Juan observa que éste fue el primer milagro que hizo Jesús (Ioh 2, 11). La fe de María, empapando aquella breve frase de tres palabras, cubrió el tiempo e hizo apresurar la hora en que el Señor descubrió su divinidad con una manifestación extraordinaria.

¡De qué distinta manera procedemos nosotros! Cuando pedimos algo muy rara vez nos limitamos a mostrar a Dios nuestra desnudez, nuestra carencia de algo que deseamos porque nos es necesario, o útil, o conveniente. Más bien solemos urgir una solución, pero una solución concreta que tenemos muy bien pensada. Circunscribimos la acción de Dios a una sola posibilidad, la que nosotros, con nuestra tosca inteligencia, vemos como la más adecuada; acosamos al Señor, le urgimos a que ponga su poder en marcha para ejecutar lo que hemos concebido, le arrebatamos toda iniciativa y demostramos tener una fe hartamente grande en nuestra capacidad para encontrar soluciones adecuadas que en la suya. Nos parece que, si no concretamos mucho lo que deseamos, corremos el peligro de que no se percate bien de nuestra ne-

cesidad y nos envíe una solución inadecuada, como si partiéramos de la base de que nadie sabe mejor lo que nos conviene —ni siquiera Él— que nosotros mismos. Y si, por ventura, tarda en llegar la respuesta a nuestra petición, cada vez pedimos con menos fuerza, pensamos que no está interesado en ello y, al fin dejamos la oración como el niño deja abandonado en un rincón un juguete del que se ha cansado ya. Convendría, quizá recordar de vez en cuando aquella respuesta que dio Jesús a los hermanos Santiago y Juan cuando le hicieron una petición descabellada: «No sabéis lo que pedís», porque hay ocasiones en que nuestra corta inteligencia o nuestro ciego egoísmo nos lleva a pedir lo que en último extremo nos hace más daño que bien, o, sin llegar a tal punto, lo que es, en efecto, descabellado. Y no hay, desde luego, razón alguna sobrenatural o humana que pueda forzar a Dios a hacerse cómplice de nuestras locas pretensiones.

Es cierto que la oración es omnipotente: la fuerza del hombre y la debilidad de Dios, ha dicho San Agustín. Pero lo es cuando realmente es oración. Orar es elevar el corazón a Dios, no simplemente decir palabras. No hacían propiamente oración los judíos cuando les censuraba Dios por Isaías: «Este pueblo se me acerca sólo de palabra y me honra con los labios, mientras su corazón está lejos de mí» (Is 29, 13). Y por corazón solemos entender «lo más íntimo de nosotros, lo último y más recóndito. Allí donde no nos encontramos más que nosotros solos, tal y como somos. Donde guardamos todas nuestras virtudes y defectos...

El *corazón* interviene en todo lo que pensamos, hablamos y hacemos; lo matiza y lo perfuma deliciosamente, mas también lo afea, pervierte y torna repugnante. El *corazón* está en y tras todo lo que somos y hacemos. Es la raíz misma de nuestro ser, el más íntimo y escondido núcleo de nuestra persona, que nosotros mismos desconocemos a menudo por esta razón; es también el módulo de que se sirve Dios para medir y valorar todas nuestras obras» (Moschner). Se hace oración, por tanto, en la medida en que nuestro ser se eleva hacia Dios, y no en la medida en que se dirigen palabras a Dios, pues el dirigir la palabra a una persona no significa siempre estar *vueltos, impulsados* hacia ella. «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12, 34); por ello, cuando la oración de la Virgen María fue de alabanza, un torrente de palabras se desbordó en el *Magnificat*, mas solamente tres lacónicos vocablos salieron de su boca para pedir. El corazón de la Virgen, su ser entero, estaba tan totalmente vertido en Dios que todo palabra que salía de Ella iba impregnada de esta dedicación al Creador, y aquellos tres vocablos fueron intensa oración porque iban empujados por un corazón puesto en Dios; mientras que nosotros, con nuestras peticiones formularias, egoístas o de cosas triviales e intrascendentes, estamos demostrando con demasiada frecuencia que, aunque nos dirigimos a Dios con las palabras, nuestro corazón está replegado en sí mismo —y no elevado a Dios—, pendiente de las criaturas, desparramado en ellas. La oración es la expresión de un corazón enamorado, la respiración del alma;

por eso, todo dirigirse a Dios es oración en la medida que la sencillez, la humildad y la fe lo esté informando. De aquí también que haya grados en la oración, desde el balbuceo lleno de tosquedad del que comienza a orientar su ser hacia Dios, hasta la oración perfecta de quien ha llegado a la unión con El.

Toda elevación hacia Dios es oración; por eso se puede orar siempre, aun cuando muchas veces no nos damos cuenta de ello. Y es tan importante, que si la oración, en cualquiera de sus grados y formas, pero siempre del corazón, no existe, la vida interior se acaba, de la misma manera que si la respiración cesa, sobreviene el fin de la vida física. Y elevar el ser hacia Dios es fácil, muy fácil, tanto que cualquiera puede hacerlo. Nuestro Señor nos ha mostrado el camino y la manera: basta querer ser sencillos, humildes, confiados, para que Dios haga todo lo demás, pues se deja encontrar por todos los que le buscan con un corazón recto (cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Vida de oración*, folleto MC, n. 168).

#### *«Haced lo que El os diga»*

Nuestra Señora no ocupa en el Evangelio, por más que lo queramos, un primer papel. Aparece ocupando un lugar importante, de protagonista, en el primer capítulo de San Lucas; sigue teniendo importancia —aunque no tanta— en el segundo capítulo, pero ya no es la protagonista: ha venido ya su Hijo. Nadie con más propiedad que Ella

pudo haber pronunciado, con referencia a su vida y al relieve de su persona en el Evangelio, aquella frase de Juan el Bautista: «Conviene que Él crezca y yo mengüe» (Ioh 3, 30). Cuando el Señor comienza su vida pública, y después de las bodas de Caná, la Virgen María retorna a la oscuridad y apenas dos o tres veces, muy brevemente, vuelve a aparecer su nombre. Ni siquiera en el momento cumbre nos dan idea los evangelistas de la grandeza de la Madre, limitándose tan sólo a consignar que estaba allí.

Cuando San Lucas se ocupa, por necesidad, de Ella nos da a conocer sus palabras. Sabemos su diálogo con el ángel Gabriel y con Isabel. Se dirige a veces a su Hijo. Pero no puede decirse que se olvidara de nosotros, de esos otros hijos a quienes engendró cuando se consumó la Redención en la Cruz. No nos habla demasiado, más aún, apenas hay una sola frase, pero es definitiva y clara en su concisión.

En Caná, en la casa donde se celebraban las bodas, había unos hombres que eran sirvientes. Salvo esto, nada sabemos de ellos: ni su edad, ni su expresión, ni su temperamento, ni sus circunstancias, ni cuántos eran, ni tan siquiera su nombre. No es necesario tampoco, e incluso el único medio quizá de que cada uno de nosotros pueda reconocerse en ellos sea, precisamente, que estén determinados por las dos notas en las que todos convenimos: ser humanos y ser servidores, porque, al ser criaturas, somos, por naturaleza, servidores de Dios en su plan creador. A nosotros, pues, van dirigidas esas palabras tan claras y tan precisas:



*Haced lo que Él os diga* (Ioh 2, 5). Quizá nos sentimos tentados a creer que no es demasiado decir, que es una frase un tanto vaga y que, en concreto, no parece deducirse de ella una notable enseñanza. Y, no obstante, también en esta ocasión, y en tan lacónicas y breves palabras, Nuestra Señora da un nuevo testimonio de su acabada perfección: ni más de lo preciso ni menos de lo necesario. También aquí encuentra la medida justa, porque ¿qué otra cosa nos podía decir?

En efecto, Ella no tenía por qué explicarnos nada. El mensaje de la salvación había sido encomendado a su Hijo; a Él sólo correspondía, por encargo del Padre, mostrar el reino de Dios, anunciar la buena nueva, completar la revelación de lo que todavía estaba oculto. María era la Madre del Mesías; su misión había sido muy bien delimitada y nada se le había dicho para que lo comunicara. Jesús, en cambio, era el Enviado, y el Padre daba testimonio de Él.

Él no hablaba de sí mismo, sino que el Padre que le había enviado le ordenaba lo que había de decir y cómo debía hablar, y las cosas que hablaba las decía tal como el Padre se las había comunicado (Ioh 12, 49-50), y sólo hablaba las cosas que le había oído (Ioh 8, 26). A su vez, Él envió a sus discípulos, igual que el Padre le había enviado a Él (Ioh 17, 18).

Todo el Evangelio gira en torno a Jesús, así como todos los personajes y acontecimientos. Jesús es el centro, pero su Madre no lo es, aun cuando está tan próxima a Él que jamás criatura alguna, por grande y excepcional que sea su santi-

dad y unión con Dios, podrá alcanzarla. Precisamente por estar tan cerca de su Hijo pudo ajustarse con tanta perfección a su propio quehacer, sin salirse jamás de su sitio. Sólo el que es enviado puede hablar, porque sólo a él se le ha comunicado un mensaje para que lo dé a conocer; sólo él tiene autoridad para comunicar algo, pues sólo a él se le ha investido del carácter de mensajero, y no lo habla por sí mismo ni en su propio nombre, sino en nombre del que le ha enviado. Nuestra Señora queda, en orden a la transmisión de la Buena Nueva, y pese a su elevada y singular misión, absolutamente al margen. El Padre envió a su Unigénito; Jesús, a su vez, envía a los apóstoles; éstos, a sus discípulos y sucesores. Únicamente la jerarquía de la Iglesia tiene el sello que da el ser enviado. Sólo ella está investida de la facultad de enseñar, del Magisterio ordinario respecto a la Buena Nueva, a las cosas tocantes a la fe.

La Virgen era demasiado discreta y humilde para aventurar opiniones o consejos, ni tenía nada que revelar. De ahí que en la única oportunidad que tuvo de dirigirse a nosotros lo hiciera con la misma discreción y tino con que todo lo hizo: «Haced lo que Él os diga.»

¿Es esto, realmente, muy poco? Es posible que lo parezca a aquellos para quienes el Evangelio no sea sino un conjunto de frases sabidas y repetidas que no les dicen nada; para aquellos que, por falta de meditación, carezcan de profundidad y hayan convertido en tópico —en fórmula vacía de contenido— la palabra de Dios. Porque la rea-

lidad es que la breve recomendación que nos dejó la Virgen vale por todo un tratado.

Nuestra Señora nos pide que hagamos, pero no cualquier cosa, sino lo que Él nos diga. Antes de hacer, pues, es necesario escuchar y enterarse, pues de lo contrario no sabremos qué es aquello que hemos de hacer. Pero no se trata de escuchar a cualquiera, sino a su Hijo, al Enviado del Padre, pues Él sólo es quien tiene algo que decir. Esto, el escucharle, sería imposible si no hubiera hablado; pero he aquí que habló, y además se preocupó de que las cosas que dijo, las que más nos interesan, fueran transmitidas, recogidas y escritas para que nosotros, a dos mil años de distancia en el tiempo, pudiéramos conocerlas, para que le siguiéramos oyendo.

Nos encontramos aquí con algo que no todos tienen bien aprendido: que la lectura del Evangelio es, para un cristiano, bastante más importante de lo que habitualmente se cree; por supuesto, mucho más importante que la lectura de cualquier otro libro, sea el que fuere. Habitualmente vivimos los cristianos convencidos de que conocemos a Jesucristo, de que su mensaje nos es, también, conocido, de que sabemos realmente todo lo que hace falta saber. Pero pudiera haber un engaño en este creer que lo sabemos todo, pues cada uno debe saber según lo que es: un niño de seis años que sepa el Catecismo de la Doctrina Cristiana sabe, sin duda, su religión; pero es muy posible que un ingeniero, o un médico, o un profesor, o un escritor, un intelectual, en suma, de treinta o cuarenta años que no sepa más que el catecismo

(o lo que recuerde de él) tenga una ignorancia religiosa impresionante, aunque haya oído, de vez en cuando, alguna breve homilía en la Misa dominical. Lo que el Señor nos dice está en el Evangelio tal como nos lo propone el Magisterio de la Iglesia, y quien quiera enterarse deberá acudir a él, leerlo con frecuencia, asimilarlo mediante la reflexión: entonces será más fácil que atienda —y entienda— a la predicación, porque le servirá para aclarar, para descubrir nuevas luces; entonces es cuando pondrá atención también al Magisterio y comprenderá sus orientaciones, cuando las voces interiores de la gracia se le harán inteligibles. No es fácil afirmar que escucha lo que el Señor nos dice quien no lee el Evangelio.

Lo otro, el hacer, es lo más importante. Pero conviene insistir en que la Virgen nos dice que hagamos *precisamente* lo que ÉL nos diga. Pero esto, hacer lo que dice otro y no siempre lo que uno quiere con absoluta independencia, esto se llama obedecer. Lo que Nuestra Señora nos recomienda es, pues, que obedezcamos, es decir, que pongamos toda nuestra personal iniciativa, no en hacer lo que se nos ocurra, sino al servicio de lo que Él nos indique.

Sin duda es buen consejo, porque ¿quién es capaz de asegurarse y ponerse a salvo de las locuras de la propia mente? ¿Quién puede sostener que es infalible? Él, en cambio, nunca se equivoca, porque es la Verdad, y cuando habla dice siempre lo que el Padre le ha enseñado (Ioh 8, 28), la verdad que oyó de Dios (Ioh 8, 40), lo que conduce a la vida eterna (Ioh 12, 49-50). Un buen consejo,

pero ¿no será exigir demasiado? ¿No es eso pedirnos que abdicuemos las dos facultades más bellas y elevadas que poseemos? Al indicarnos que hagamos lo que Él nos diga, ¿no pide la sujeción de la inteligencia para creer sin titubear sus palabras y guiarnos por ellas? ¿No pide también violentar la libertad para ejecutar sus indicaciones?

Nadie puede afirmar, ni siquiera pensar, que Jesucristo no fuera libre, con una libertad plena. Esto no obstante, Él sólo hablaba en el mundo las cosas que oyó al que le había enviado (Ioh 8, 26); además, se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (Phil 2, 8). No hay, pues, no puede haber, incompatibilidad entre la libertad y la obediencia, ya se considere en el plano de la inteligencia, ya en el de la acción. Tan es así que fue Él quien nos dijo: «Si perseverareis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Ioh 8, 31-32). Esta afirmación levantó una gran tempestad entre los judíos que le escuchaban, y el Señor aclaró que «quien comete pecado, esclavo es del pecado». La conexión entre las distintas verdades, o, si se prefiere, entre los distintos aspectos que integran esa verdad única que es la revelación, se hace más visible: la humildad es la verdad, la verdad hace libres, y libre es quien no tiene pecado, porque el pecado aparta de la verdad y nos hace esclavos de la mentira y de la soberbia.

Ya antes se apuntó algo acerca de la libertad con ocasión del examen de la decisión de la Virgen ante el mensaje de Gabriel, y no está de más insistir ahora de nuevo. Estamos demasiado habi-

tuados a un concepto (erróneo) de libertad que la hace consistir en el poder de elegir entre el bien y el mal. Pero esto, que efectivamente sucede, no se debe a nuestra libertad, sino más bien a la imperfección de nuestra libertad. Si la libertad consistiera en elegir entre el bien y el mal, Dios no sería libre, ni tampoco su Hijo, pues Dios no puede elegir el mal. Libertad es más bien la facultad de escoger y decidirse. Si el hombre, al ejercitar su libertad, no siempre elige lo que es más del agrado de Dios, se debe precisamente a que es hombre, es decir, una criatura tarada por el pecado original y que tiene en sí un oscuro lazo de esclavitud; pues si «el que comete pecado es esclavo del pecado», al pecar el hombre —todo hombre— en Adán, quedó sometido a una servidumbre de la que el esfuerzo personal colaborando con la gracia puede liberarle. Así podemos comprender la lucha del hombre por unirse a Dios y aquella doble ley que le desgarrá, como notaba San Pablo (Rom 7, 21-25). Someter la inteligencia a la verdad de la palabra de Jesucristo es, pues, liberarla del error; sujetar la voluntad al cumplimiento de lo que Él nos diga es despojar a la libertad humana del lastre que la hace imperfecta. Se es libre en la medida que el hombre se une a Cristo —la Verdad— por la obediencia.

La obediencia, pues, es una virtud clave, ya que, si le obedecemos a Él, hemos encontrado lo único necesario y todo lo demás viene resuelto como consecuencia. Más todavía; la obediencia no es más que la realización de la vocación propia de ser criaturas, pues toda criatura ha sido hecha

para dar gloria a Dios y encuentra su razón de ser en esto y no en ninguna otra cosa, ni siquiera en la salvación, que no es más que una secuela. La voluntad de Dios es la norma a la cual debe ajustarse toda conducta. El primer pecado en el mundo fue una desobediencia, y por la desobediencia nos vino la muerte y la perdición. La obediencia, por el contrario, fue la que reparó la culpa y nos abrió el corazón a la esperanza, pues por la obediencia nos salvó Jesucristo. El desobedecer es rebeldía que mata y pierde, mientras que la obediencia es la salvación.

Debe hacerse aquí una aclaración. Es muy frecuente, entre cristianos, obrar con arreglo a lo que podemos llamar «criterio de pecado»; cristianos que antes de hacer u omitir algo se preguntan a sí mismos si aquello es o no pecado, con referencia habitual al pecado grave. Si no lo es, se consideran justificados al hacerlo u omitirlo, porque —piensan— «se puede hacer». Aparte de que tal razonamiento es erróneo, pues un pecado venial no puede cometerse deliberadamente por nada ni por nadie, tal criterio es falso, pues no se trata simplemente de no ofender a Dios, sino de amarle y agradarle. La obediencia reducida a evitar pecados mortales encierra el riesgo inminente de ser transformada en desobediencia: algo así como si un hijo declarara a sus padres el propósito de no hacer cosa alguna que pudiera disgustarles gravemente y cuya consecuencia fuera que le echasen de casa, pero que salvo en estas cosas no le importaba lo más mínimo darles disgustos haciendo cosas que les desagradaran. Una actitud tal ante

Dios, conscientemente mantenida, podría llevar a la transgresión grave del primero de los Mandamientos.

De cómo debe ser nuestra obediencia nos hablan en silencio aquellos sirvientes a quienes la Virgen María se dirige, después de hablar con Jesús, para decirles que hagan lo que Él les diga. Inmediatamente se pusieron a disposición de Jesús; luego se dirigieron a cumplir lo que se les ordenó, llenando las vasijas hasta los bordes; vuelven al Señor para decirle que está hecho y, a una nueva indicación, llevan a probar el contenido de las vasijas al maestresala. El milagro está hecho, y también estos anónimos servidores colaboraron en él.

Lo primero que es necesario para obedecer es tener disposición. Aquellos hombres se pusieron a las órdenes del Señor sin saber lo que les iba a decir, ignorando qué es lo que podía mandarles. No ponen condiciones, ni pretenden enterarse antes de lo que va a mandarles para decidir si obedecen o no. Son servidores, tienen conciencia de ello y están dispuestos a servir. Tener esta disposición es necesario para comprender lo que nos diga: «¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? Es porque no podéis sufrir mi doctrina», dice Jesús a los judíos (Ioh 8, 43). Acercarse al Evangelio por simple curiosidad o por un afán de ampliar conocimientos religiosos no basta, pues no se trata tanto de aprender como de mejorar. Al Evangelio, a Jesucristo, hay que acercarse dispuestos a todo, decididos a hacer lo que nos diga. De lo contrario es muy difícil comprender sus palabras y la obe-



diencia se hace imposible porque el corazón está cerrado a toda sugerencia divina.

Obedecieron, además, inmediatamente. La obediencia debe ser pronta. Dilatar el quehacer es un modo, el más solapado de todos, de no cumplirlo, muy semejante a la resistencia pasiva, peldaño inmediato de la postura de aquel hijo a quien su padre mandó a trabajar al campo y contestó: «Voy», y no fue (Mt 21, 28 ss.). No pueden medirse las consecuencias que las demoras, las tardanzas, la pasividad y la desgana en la obediencia arrastran consigo. Lo que es intolerable, por ejemplo, en una fábrica, en cualquier empresa, nos parece perfectamente justificado, lógico y natural en el servicio de Dios, y no deja de ser penoso que los bríos que se ponen en rendir en un trabajo humano que se convierte en dinero nos parezcan innecesarios, y aun fuera de lugar, cuando se trata de realizar un trabajo sobrenatural que se convierte en gloria. El tiempo es un don demasiado precioso para malgastarlo, pues pudiera suceder que, al llegar a su término, nos encontrara con nuestro trabajo a medio realizar y, en la balanza divina, fuéramos encontrados faltos de peso: insuficientes.

Obedecieron sin pronunciar una palabra; la obediencia debe ser, también, muda. «Tu obediencia debe ser muda. ¡Esa lengua!» (*Camino*, n. 627). La protesta, la manifestación de la contrariedad, la crítica que apenas se insinúa, el comentario que, ridiculizando, socava la autoridad del que manda, todo ello convierte al que obedece en un esclavo, pues es demostración de lo forzadamente que hace

lo que le dicen. Ello quita todo mérito a la obediencia. Ninguno de los sirvientes pidió al Señor una explicación del porqué mandaba llenar de agua las tinajas: no se debe obedecer sólo con la voluntad, sino también con la inteligencia, poniéndola al servicio del mejor cumplimiento de lo mandado y no al ejercicio de un examen crítico que, en último extremo, sólo sirve para poner de manifiesto la propia soberbia (cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 42).

Las vasijas fueron llenadas *usque ad summum*, hasta los mismos bordes. Más no podía pedirse, y fue un trabajo sencillamente perfecto. No puede obedecerse a medias, sino que hay que ir siempre hasta el final. Solamente está hecho lo que está acabado; si no lo está, es que todavía anda haciéndose. Cuando se dice que algo está «prácticamente terminado» debe entenderse que no lo está en absoluto, que algo queda todavía por hacer. Y lo que Él nos dice es demasiado importante para dejarlo a medias, porque no se trata de un juego intrascendente, sino de un quehacer en que están siempre en juego intereses cuya gravedad no podemos muchas veces sospechar siquiera.

He aquí, en suma, el consejo, el único consejo que Nuestra Señora nos ha transmitido por el evangelista San Juan: que hagamos lo que Él nos diga, que le obedezcamos dispuestos a todo, de una manera pronta, silenciosa, hasta el final, y no sólo con la voluntad, sino también con la inteligencia, con el corazón, comprometiendo en ello todo el ser, como Ella misma obedeció, como obedeció su Hijo.



## VI. MATER DOLOROSA

*Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Habiendo, pues, mirado Jesús a su Madre y al discípulo que Él amaba, el cual estaba allí, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquel punto la tuvo consigo en su casa.*

(Ioh 19, 25-27.)

### *La Virgen junto a la Cruz*

Ha observado Ricciotti que en los Evangelios no hay una nota de alegría cuando Jesús nace ni un

acento de dolor cuando Jesús muere. Es, efectivamente, característico de los Evangelios esta sobriedad que excluye todo lirismo intencionado, toda amplificación, incluso toda clase de argumentaciones. Con una objetividad ejemplar van sentando hechos, afirmaciones, realidades, sin cuidado alguno por la sistemática, con la espontaneidad y riqueza de la misma vida. Ninguno de los evangelistas se propuso hacer Historia, sino instruir, dar testimonio de la verdad que había visto y oído.

Todo se centra en la Persona y el mensaje de Jesús. Al llegar el momento culminante, la inmolación del Hijo de Dios en la Cruz, la atención se concentra todavía más en Él, hasta el punto de que la parte del Evangelio que realmente constituye por sí misma una unidad, sistemáticamente compacta e indivisible, sin criterio alguno posible de clasificación fuera de sí misma, es la Pasión. La Cruz es el lugar en que desemboca toda la trayectoria de Jesús, la meta hacia la que, desde el instante preciso de la Encarnación del Verbo, se encamina su vida, el punto de convergencia, de consumación de la misión que le había encomendado el Padre.

«A la vista de Cristo hecho un guiñapo, convertido en un cuerpo inerte bajado de la Cruz y confiado a su Madre; a la vista de ese Jesús destrozado, se podría concluir que esa escena es la muestra más clara de una derrota. ¿Dónde están las masas que lo seguían, y el Reino cuyo advenimiento anunciaba? Sin embargo, no es derrota, es victoria: ahora se encuentra más cerca que nunca del momento de la Resurrección, de la manifes-

tación de la gloria que ha conquistado con su obediencia» (J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 45). Desde un punto de vista humano la Crucifixión, el acabamiento de la vida de Jesús en la tierra, es, sin duda, el fracaso más rotundo que puede darse: una muerte ignominiosa en un patíbulo, acompañado de reos convictos de delitos comunes, después de ser juzgados por las autoridades religiosas de su pueblo y condenado con el consentimiento del representante de la autoridad romana, acompañado en su agonía por el sarcasmo y el desprecio de quienes antes le habían acusado de impostor y endemoniado. Y su Madre estaba allí, viéndole a Él y viéndolo todo, oyendo las burlas y permitiendo que el dolor, la humillación y la desolación de su Hijo la penetrara tan íntimamente como la gracia en el momento de la Encarnación. Jamás mortal alguno pasó por prueba que pueda, remotamente, acercarse a la que aquélla constituyó para María. Fue también para Ella un momento culminante, otro instante decisivo, como cuando se le apareció el ángel, en el que asimismo se le exigió una decisión. Y como la vida de María anterior a la visita del Arcángel le sirvió de preparación, así Dios la fue preparando para esta hora suprema de la humanidad.

Hay un íntimo encadenamiento de los hechos. La espada mencionada por Simeón en su profecía, cuando la Virgen María notaba en sus brazos la tibieza del cuerpo del Niño que sostenía, era ahora una realidad sangrienta. Los evangelistas no nos dicen cómo transcurrieron para la Madre las horas que separan el comienzo de la Cena del drama

del Gólgota. Se habla de revelaciones particulares, y es perfectamente posible que las tuviera, aunque no lo sabemos. Ella estaba con las mujeres, y quizá experimentaba esas corazonadas de algo terrible e inminente, tan propias de la intuición de las madres en todo cuanto se relaciona con la suerte de sus hijos. No podemos, sin embargo, hacer suposiciones de este género sin peligro de dejarnos llevar demasiado de la fantasía, resolviendo de manera excesivamente simplista y milagrosa lo que requiere estudio y comprensión, separando demasiado a la Virgen de nosotros al colocarla en un plano casi mágico, al modo como los Apócrifos hicieron del viaje a Egipto y de la infancia de Jesús. La Venerable Ana Catalina Eymerich tuvo repetidas veces visiones acerca de la Pasión, que fueron recogidas en un libro en el cual, casi minuto por minuto, se da cuenta de lo que hizo y hasta pensó Nuestra Señora en aquellas horas amargas; la más exigente imaginación encontrará allí respuesta adecuada a todas sus preguntas y satisfacción a la más inquisitiva curiosidad.

Más bien parece que el Evangelio nos sugiere que la Virgen no recibió, por lo que respecta al modo como se iba a llevar a cabo, toda la luz de repente y en época temprana. Si tal cosa hubiera ocurrido, no hubiera tenido San Lucas que escribir, al darnos a conocer la respuesta de Jesús a su Madre en el Templo, que ellos —María y José— «no comprendieron la respuesta», pues la Virgen hubiera penetrado plenamente su sentido y su alcance. No hay por qué exceptuar a Nuestra Señora de esa ley de crecimiento, a la que el mismo Hijo

de Dios quiso estar sometido (creció en ciencia adquirida); el crecimiento en sabiduría, en la profundización y comprensión de los misterios, del Misterio de Cristo sobre todo, se dio en Ella. La profecía del anciano Simeón, la incomprensible respuesta de Jesús en el Templo tras la angustia de los días en que la incertidumbre de su suerte le hizo conocer el sufrimiento, el casi diríamos despego con que Jesús la trató cuando fue Ella a buscarle con sus parientes (Mt 12, 46 ss.), el ponderar en su corazón aquel misterioso y terrible pasaje de Isaías acerca del «varón de dolores», la cada vez mayor lejanía de Jesús, tras haber dejado Nazaret, entregado por entero al cumplimiento de su misión, el conocimiento de los anuncios de su Pasión que Jesús hizo a sus discípulos, son otros tantos hitos que señalan el camino por el que Dios la iba preparando para el gran momento de la Redención. La Virgen observó el progresivo cambio que, respecto de su Hijo, se iba produciendo en el ambiente, desde el entusiasmo que levantaban su paso, sus milagros y su palabra entre el pueblo, hasta la soledad de los últimos meses, cuando nadie se atrevía a mostrarse a su favor por miedo a ser expulsado de la sinagoga; observó cómo se iban acumulando densos nubarrones que oscurecían la diáfana atmósfera que rodeaba a Jesús en los comienzos de su vida pública; escuchó los rumores de que los fariseos le acusaban de estar poseído del demonio, y vio cómo sus mismos parientes no creían en Él. Si los mismos discípulos percibían el enrarecimiento del ambiente, y con el Maestro ~~temían~~ que vagar en ocasiones



lejos de Jerusalén porque los judíos le buscaban para matarle, ello mismo no pudo escapar a la intuitiva penetración de la Madre y a la habitual ponderación en su interior de cuanto observaba. Cuando llegó la hora, los discípulos huyeron, pero María estuvo al pie de la Cruz, junto a su Hijo: estaba preparada, a punto, dispuesta a todo, incluso a aquello.

El *stabat* de que nos habla San Juan sí es un punto de referencia muy firme. Como lo es el que una antiquísima y venerable tradición nos dé a conocer el encuentro con su Hijo cuando, camino del lugar de la ejecución, iba sucio y destrozado llevando sobre sus espaldas el madero en el que le iban a clavar. Todo cuanto los evangelistas nos refieren como ocurrido en el Calvario lo vio Ella, y aun otra muchas cosas que el Evangelio no dice y sucedieron en el Gólgota, en torno a la Cruz. Una observación de Willam acerca de la peculiar disposición de espíritu de María es especialmente oportuna en este momento. Es cierto que, a la muerte de un hijo, las madres evocan con facilidad toda su vida, y en particular cuanto de una manera más directa se relaciona con el momento final. En la Virgen, acostumbrada a la reflexión, a rememorar los acontecimientos enlazándolos y descubriendo su interior unidad, el recuerdo llegaba siempre al punto de partida, al instante en que el ángel le había descubierto el prodigioso sentido del universo: «Si se tiene esto presente, se puede formar una idea de cómo se repitió, en cierto modo, para María, al pie de la Cruz, toda la vida de su Hijo.» Motivos había para que la

evocara, sin duda. Parece como si Dios hubiera querido hacer patente la íntima y profunda conexión del drama del Calvario con el gozoso tiempo que se abrió con el mensaje de Gabriel.

Desde donde Ella estaba podía leer la inscripción colocada sobre la Cruz: *Jesus Nazarenus, Rex Iudeorum*. «Le pondrás por nombre Jesús», le había dicho el ángel; «Será llamado Nazareno», habían dicho los profetas; «El Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin», había proseguido Gabriel. Parecía como una dolorosa burla, como un engaño cometido con quien pensara, como lógicamente cabía suponer, en el esplendor de un trono y en la grandeza de un salvador; y el trono era la cruz de los condenados custodiada por soldados sin respeto, y el Salvador no podía salvarse a sí mismo. Así tuvo que oírlo la Virgen María de los labios contorsionados por una mueca sardónica, a modo de sonrisa, de quienes curioseaban interesadamente —disfrutando de su triunfo— en torno a la Cruz: «... los príncipes de los sacerdotes, a una con los escribas y ancianos, insultándole, decían: A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo; si es el rey de Israel, baje ahora de la Cruz y creeremos en él. Él pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama, líbrele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios» (Mt 27, 41-43). Y otra vez las palabras memorables y nunca olvidadas, mil veces saboreadas y repetidas por la Virgen, martilleaban sus oídos: «... el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios». Todo cuanto el ángel le ha-

bía revelado acerca del destino de Jesús se cumplía, pero de manera absolutamente distinta de cuanto humanamente podía esperarse.

Este contraste tan violento, aquellas promesas cumplidas de forma tal que a unos ojos sin fe parecen un juego trágico con la esperanza de quien confiaba en su realización, aquel *stabat* de la Madre sorbiendo gota a gota el cáliz de un dolor jamás igualado, hubiera, sin duda, dado un motivo singular al genio literario de los antiguos griegos para escribir una gran tragedia. En la Madre, junto al Hijo agonizante y ensangrentado en el madero, rodeada de tinieblas, sin consuelo posible y humillada por los sarcasmos de unos enemigos en plena euforia de su triunfo, se hubiera eternizado el Dolor. Pero no hubo tragedia, ni declamación, ni intervención del coro, sino el laconismo de unos hombres que dieron testimonio. Antes de Cristo había tragedia, porque existía el Destino; después de Cristo la tragedia es imposible, porque Él nos ha revelado la Voluntad del Padre. La tragedia sólo se hace posible allí donde la fe en un Dios paternal está suplantada por el sentido de una fatalidad inexorable, de un estar abandonados en las manos caprichosas del Hado indiferente a la suerte de cada hombre. Todo lo que de dureza tiene la palabra «destino» le viene, precisamente, de su desvinculación de la fe, porque Destino es la expresión laica, pagana, del Designio de Dios y la resultante de la rebeldía del hombre contra la voluntad divina. Guardini ha trazado algunos de sus rasgos más característicos con una precisión magistral: «Cuando pronuncio la palabra "desti-

no" siento que lo que ella significa me toca muy de cerca, pero también que viene desde muy lejos. Me pertenece como mi propiedad más íntima, pero al mismo tiempo me es extraña... Se dirige precisamente a mí, pero trae de lejos muy profundas raíces; es, en el fondo, la totalidad de la existencia en general. Es lo más personal, en lo cual estoy yo totalmente solo, aislado, insustituible, indestructible, y, al mismo tiempo, es lo que me liga con todo. Destino, según nuestra experiencia, es lo inmutable, lo inevitable y forzoso. El destino se acerca a mí desde fuera, pero, a la vez, ya está de antemano dentro, en mí mismo. No como si yo estuviera ya acabado, y luego de la naturaleza y de la Historia viniera hacia mí el destino, sino que yo mismo soy mi destino. Finalmente, experimento el destino como algo numinoso. Está cargado de misteriosa energía y tiene poder sobre mí... En los hechos se revela una voluntad que hace que sean así —sin permitirme conocer el porqué— y que los sostiene firmes, por más que mi voluntad se rebele contra ellos.»

El paganismo antiguo —en realidad, todo paganismo—, cuando profundizaba el misterio de la existencia, se encontraba encerrado en la inseguridad de lo desconocido. Cristo es la luz y con Él nos vino el *conocimiento*. Es el conocimiento lo que da seguridad al hombre, lo que le libera de la angustia y del terror. Lo desconocido —y no precisamente lo misterioso—, las fuerzas oscuras que se desatan en el interior de cada hombre o que desde fuera amenazan el orden de su vida lanzándolo a lo imprevisible, es lo que provoca la pa-

ralización de sus facultades al situarle ante no sabe qué, pero que le es ajeno y no está integrado en ninguna parte. La angustia, el terror, el miedo sofocante de un algo que atenaza la vida y la oprime, desaparece en los santos para dejar paso a una actitud de dominio sobre el mundo, de seguridad imperturbable ante cualquier acontecimiento, de comprensión de todo, porque todo, para ellos, tiene ya un sentido y se sabe de dónde procede y a dónde conduce. La proximidad a Dios por la gracia da el conocimiento profundo de la integración de todo lo existente en el plan previsto y decidido por Dios, y constituye la raíz de esa serena actitud ante la vida y todo cuanto la vida pueda traer consigo. El dolor, la enfermedad, el sufrimiento, las más grandes catástrofes no son fuerzas ciegas desencadenadas al azar, sino obedientes criaturas que están, también ellas, desempeñando su papel y concurriendo a la salvación de los elegidos.

No puede hablarse de la tragedia del Calvario porque no puede haberla con relación a Jesús y a María. El cumplimiento de la voluntad del Padre nunca tiene un sentido trágico. La tragedia supone un Destino ciego e inexorable que pesa y se impone al hombre, pero que se desentiende de él, un Destino a quien el hombre le es indiferente. Un cristiano, por tanto, nunca puede sentirse preso por un destino trágico, a condición, sin embargo, de que sea auténticamente cristiano, esto es, discípulo de Cristo, otro Cristo. Porque si lo es, para él no existe Destino, sino Designio; si está unido a Cristo y participa de su vida, lo que actúa no es Destino ciego, sino Designio inteligente; no

Hado inexorable, sino Cuidado amoroso y paternal de Dios. Por el contrario, cuando el hombre se desliga de Cristo, cuando rechaza la Luz, es cuando queda ciego y en tinieblas, cuando ignora, cuando se siente juguete impulsado por fuerzas que desconoce y ante las que no sabe reaccionar, cuando queda aprisionado en su propia impotencia; entonces es él mismo quien se forja su propia tragedia. Desde Cristo, el destino trágico sólo es posible para el que se lo prepara para sí mismo por la rebelión a Dios.

Nadie puede pensar que Dios no amara a la Virgen. Sin embargo, no la dispensó del Calvario, haciéndola participar de la Cruz como nadie, sino su Hijo, haya jamás participado. Sería una ligereza —una ligereza a la que un cristiano no tiene derecho— pensar que, si Dios realmente nos ama, como así es efectivamente, nos va a eximir de ella, de la señal del cristiano. Convendría, alguna vez, recordar aquellos pasajes de San Pablo, tan enérgicos y claros, en que nos enseña la importancia que la Cruz tiene en la vida de un discípulo de Cristo, y convendría, sobre todo, predicarlo hoy, cuando, por amortiguarse el sentido sobrenatural, se corre el peligro de que muchos intenten vivir un cristianismo demasiado humano y natural, excesivamente compatible con el mundo y la propia comodidad. «A la verdad —escribía San Pablo a los corintios— que la predicación de la Cruz parece una necedad a los ojos de los que se pierden; mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud de Dios» (1 Cor 1, 18). Y a los

de Filipos les decía: «Porque muchos andan por ahí, como os he dicho repetidas veces, y aun ahora os lo digo con lágrimas en los ojos, que se portan como enemigos de la Cruz de Cristo; cuyo paradero es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y que hacen gala de lo que es su deshonra» (Phil 3, 18-19).

En efecto, hay muchos —incluso cristianos— que se portan como enemigos de la Cruz de Cristo, muchos a quienes la predicación de la Cruz parece una necesidad. Muchos que huyen de la Cruz como el diablo, para quienes la palabra «mortificación» es ininteligible, para quienes la penitencia es algo que pertenece a lo que reputan mentalidad estrecha y un tanto supersticiosa del pasado. Estos, generalmente, si es que no lo han perdido, tienen considerablemente atrofiado el sentido del pecado y de responsabilidad, y además demuestran una ignorancia del cristianismo comparable tan sólo a su propia falta de solidaridad con el que es el «primogénito de los hermanos» y cabeza del Cuerpo al que, por ser cristianos, pertenecen.

La Virgen pudiera haberse refugiado en la compañía amable de las mujeres, en la intimidad de la casa, lejos del Calvario; al fin y al cabo, nada podía hacer, y su presencia no evitaba ni aliviaba los dolores de su Hijo ni su humillación. Pero no lo hizo. Y no lo hizo por la misma razón por la que una madre permanece junto al lecho de su hijo agonizante en lugar de marcharse a distraerse, en vista de que no puede hacerse nada para que siga viviendo o deje de sufrir. La Virgen María se solidarizó con su Hijo; su amor le llevó a sufrir con

Él, ya que otra cosa no podía hacer. Pero como le amaba, y el amor une, sufrió con Él porque su amor no podía tolerar separación ni siquiera en aquel trance terrible; preferible el sufrimiento, por grande que fuera.

Hay una relación muy precisa y directa entre la capacidad de amor y la capacidad de sufrimiento. Quien no es capaz de sufrir no es capaz de amar; si los santos han deseado ardientemente el sufrimiento es porque su amor a Cristo les llevaba a padecer con Él. Si nosotros no lo deseamos, antes al contrario, lo rehuimos, es síntoma de que todavía nos queremos demasiado a nosotros mismos. Y acaso nos fuera muy útil examinar, de vez en cuando, el estado de nuestro amor a la Cruz para poder atisbar el grado de amor de Dios que encerramos en nuestra alma. No se ha inventado más camino que una la tierra con el cielo que la Cruz; el que la rechaza, destruye él mismo el camino que le salva. De aquí que la fidelidad a Cristo en el Calvario, la aceptación de la Cruz, sea a la vez síntoma de salvación y prueba de amor por parte de Dios.

### *El sacrificio del Hijo*

Tanto los Padres como los teólogos han visto en el *stabat* que en el Evangelio San Juan se utiliza para consignar la presencia de la Virgen al pie de la Cruz algo más que un simple estar contemplando los acontecimientos. Para esto último hubiera bastado escribir *erat*. *Stare* significa precisamente estar de pie, y sabido es lo que estar de pie sig-



nifica en la simbología de la liturgia de la Iglesia. Cuando, por ejemplo, los fieles se ponen de pie al oír en la Misa la lectura del Evangelio, ello es la expresión externa de una íntima actitud del espíritu, de una disposición de entrega y asentimiento a lo que el Evangelio enseña, de una adhesión activa y decidida a todo, de una compenetración total. María estaba junto a la Cruz de su Hijo participando activa e íntimamente en el sacrificio, compenetrada con Él, asintiendo *voluntariamente*, como Jesús, a la consumación de la voluntad del Padre.

La plena iluminación de los designios de Dios acerca de la restauración del orden de la gracia, violentamente roto por el pecado de Adán, encontró un ánimo dispuesto a seguir prolongando el *fiat* pronunciado muchos años atrás, aun cuando entonces no hubiera percibido en su más profunda dimensión la magnitud del sacrificio que se le iba a exigir. Quizá la fe de Nuestra Señora se puso entonces de manifiesto como en ninguna otra ocasión. En los momento, ya muy lejanos, en que Dios quiso hacerse un pueblo para habitar en él y hacer surgir de ese pueblo al Salvador, eligió a un hombre y probó su adhesión y su firmeza, porque necesitaba un instrumento excepcional. Dios ordenó a Abraham que le sacrificara a su hijo, al único, al hijo de la promesa. Abraham obedeció, pero un ángel detuvo su brazo en el momento en que iba a asestar el golpe. En este otro momento de consumación, de cumplimiento de la promesa, Dios necesitaba otro instrumento de muy superior calidad, en un grado análogo a cuanto supe-

rior era el momento y la promesa. Fue Ella, la bendita entre las mujeres, la llena de gracia, quien ofreció a su Hijo, pero entonces no hubo nada ni nadie que detuviera el golpe y María bebió el cáliz hasta las heces, y tuvo que presenciar cómo ante sus ojos se extinguía la vida de Aquel a quien Ella había llevado en sus entrañas.

No es corriente hacer referencia a las pruebas cuando se escribe sobre la Virgen, ni ello suele ser objeto de consideración por parte de los cristianos, al menos de manera frecuente. Es claro que, por haber nacido María sin pecado original, toda tentación derivada de la concupiscencia tenía que estar ausente de Ella, y así fue realmente. Pero tentaciones de otro estilo —entendiendo como tentación la prueba— sí hubo de tenerlas. De Jesús sabemos que ante la inminencia de su Pasión experimentó temor y angustia (Mt 26, 37); que la tristeza y la oscuridad fueron invadiendo su espíritu en densas oleadas, que sintió el desfallecimiento que le llevó a orar con aquellas palabras estremecedoras: «Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú» (Mt 26, 39).

Una dura prueba, imposible de acabar de comprender, no susceptible de ser narrada, pesó sobre María en las tres horas del Calvario. Ella vio cómo a Jesús le hacían pasar por la vergüenza de desnudarle sin respeto alguno; percibió el abandono por parte de quienes le habían aclamado, de los beneficiarios de sus milagros, de sus mismos discípulos, como si se avergonzaran de Él; vio cómo los jefes religiosos de su pueblo, las autoridades

máximas del Templo, le insultaban, le desafiaban a que bajara de la Cruz como prueba suprema de su divinidad; vio cómo Jesús callaba, sin defenderse de las acusaciones, sin darles la prueba que reclamaban, como si su poder se hubiera desvanecido al caer en poder de sus enemigos, como si hubieran tenido razón. Ella sabía que su Hijo era inocente, que era el Hijo de Dios, que sólo había hecho bien a todos y nunca daño a nadie. Y Dios no acudía a defenderle, como si se desentendiera.

La prueba culminó con aquel grito de Jesús: «Padre, ¿por qué me has abandonado?» Es el momento de máxima desolación, la hora de las más negras tinieblas; es el quebrantamiento de todo lo humano, cuando parecía como si a Jesús le fallara la firmeza que da el saberse sostenido. María había oído murmurar a Jesús la súplica al Padre para que perdonara a los que hacían tales cosas con Él, porque no sabían lo que se hacían; había oído cómo prometía a uno de los reos el paraíso. Existía una comunicación entre Padre e Hijo, «cuando de repente había sobrevenido lo horrible: Jesús estaba delante de Ella como mudo; daba la impresión de que veía la nada allí donde hasta entonces sonaba la voz del Padre: Este es mi Hijo muy amado...». Fue la gran tentación, la tentación de abandonar al Padre por el Hijo.

Y una vez más estuvo Nuestra Señora a la altura de lo que Dios el pedía. La Virgen quiso a su Hijo como nadie es capaz de querer. Pero no quería a Jesús a costa o por encima de la voluntad del Padre, antes al contrario: amaba y quería la voluntad del Padre a costa de su Hijo y por encima de

El, si es que es lícito a nuestro lenguaje expresarlo de tal manera. Y ello no significa en absoluto carecer de corazón, o tenerlo insensible, como de piedra, sino tenerlo muy grande y muy en su sitio. Hacía falta, en efecto, un corazón muy esforzado para responder adecuadamente, sin hundirse, a una tal carga.

Nuestra Señora no se limitó a dejar que el drama se desarrollara, ante su impotencia para detenerlo o modificarlo. Su participación fue activa, no de mera espectadora; asintió a todo él, consintió. María no intercedió por su Hijo: no suplicó, no llamó a ninguna puerta, no interpuso acción alguna para desviar el curso de los acontecimientos, interfiriendo la voluntad del Padre, antes la aceptó con sumo respeto y siguió dejando a Dios la iniciativa, como en la Anunciación, como siempre... La Redención fue como una inmensa sinfonía de entrega, de donación de Jesús: los judíos, su propio pueblo, le entregó a los gentiles; los gentiles le entregaron a la muerte; María le entregó a la voluntad del Padre; Jesús se entregó a sí mismo. Todo ello —y todos ellos— voluntariamente, con plena conciencia, de un modo absolutamente responsable. Esta acción de Nuestra Señora es de una profundidad tal que la Iglesia la llama Corredentora. Su participación fue algo más que simple asentimiento externo. Fue Ella quien de su propia carne prestó a Jesús el cuerpo que, desgarrado, soportaba el dolor; la sangre que corría por el madero era la que circulaba por sus venas; era Ella quien le había dado la vida que escapaba por las heridas. Pero no era esto, con mucho, lo

más importante. Jesucristo era Dios, y Él era la Vida (Ioh 14, 6); de esta vida vivía su Madre. Ella le hizo vivir según la carne, y Jesús a María según la gracia. El lazo era doble y por ello de una intimidad singular, excepcional, única.

Un cristiano, por la gracia, está unido a Cristo por la misma vida en un solo Cuerpo Místico, es parte del Cristo Total. La solidaridad de los santos con Jesús en su Pasión ha estado siempre en relación directa con el grado de santidad alcanzado, en la medida en que poseyeran esa vida divina. Podían sentir y participar con mayor intensidad según su identificación con Cristo, según Cristo viviera en ellos. Pero María era la llena de gracia, la que vivía plenitud de vida divina; su unión con el Espíritu Santo, su Esposo, la más íntima y estrecha. Y era Madre del Verbo encarnado. La unidad entre Jesús y María hizo que la profecía de Simeón no fuera una simple metáfora.

Es realmente admirable lo que hizo la fe de Nuestra Señora, lo que supuso su fidelidad. Una fe en el misterio de Cristo que la llevó a estar constantemente a su lado hasta el último momento, y que significa la rehabilitación de la humanidad. Lo que esta fe exigió de la Virgen puede colegirse por unas líneas que muestran el inmenso abismo que la criatura llena de gracia salvó para permanecer unida al que, por ser Dios, era infinito: «María tiene fe, y su fe va creciendo y fortaleciéndose, y es más honda que la de cualquier otro ser humano. Abraham es grande y sublime por la firmeza de su fe. Pero a María se le exigió más que a Abraham, porque se le pidió que no

dudara de "lo santo" a quien había dado vida y que iba creciendo y separándose de Ella al sumergirse en la lejanía. Y se le pedía que, como mujer, no se desorientase ante la grandeza de Aquel a quien había dado a luz y criado y visto en el desamparo de la niñez..., y que tampoco se desorientara en su amor, al ver que se sustraía a su protección..., y creer que todo estaba bien, y que en ello se cumplía la voluntad de Dios..., y con todo no cejar ni empequeñecerse, sino perseverar y seguir la ruta incomprensible, trazada por su Hijo, alentada por la fuerza de la fe. La Virgen dio con su fe los mismos pasos que el Señor iba dando para llegar a su destino divino. La fe de María no se vio transformada en comprensión hasta el día de Pentecostés. Entonces *entendió* cuanto había guardado en su corazón mediante la fe» (Guardini). Cuando el Señor, en el último instante, parece como si la rechazara rompiendo el último vínculo que le unía a la tierra para quedarse solo, levantado en la Cruz, entre Dios y los hombres como mediador y como Camino, cuando le muestra a Juan y le dice: «He ahí a tu hijo» (Ioh 19, 26), Nuestra Señora nuevamente asiente, y, aceptando la plenitud de su propia vocación, vuelve a estar junto a Jesús con el *Consummatus est*. Ella también lo cumplió todo hasta el fin.

Todos nosotros estuvimos representados en la Redención. Más: fuimos nosotros, por nuestros pecados —sobre todo, por nuestra rebeldía en Adán— quienes crucificamos al Señor y traspasamos con una espada el corazón de la Virgen. Es

el rabioso clamor de nuestra rebeldía el que grita, al pecar, por boca de los judíos: «¡Crucifícale!»; es nuestra cobardía ante todo lo que de placentero y agradable tiene la tentación, la que acaba cediendo y entregando a Jesús a la muerte. Pero allí había una criatura de nuestra misma raza y linaje que no manchó sus manos en sangre y deseó la Redención, una criatura que sufrió con la Víctima, identificada con su intención de reparar y expiar. Si algún consuelo experimentó el Señor en medio de la desolación, abandonado de todos, fue el verse asistido por María, la seguridad de que su aparente fracaso era comprendido y compartido por una criatura. Toda esa ansia de purificación que la humanidad cargada de pecados siente, a veces un poco oscuramente, en el fondo más recóndito —y también el más limpio y noble— de su ser, estaba en María ofreciendo a Dios el sacrificio que de una vez para siempre saldaba la deuda.

El pecado, **he** ahí el presupuesto de la Redención. Sin él, el Verbo (San Francisco de Sales gustaba de esta opinión) se hubiera encarnado para que el Padre fuera objeto de una adoración adecuada, infinita, pero no hubiera habido Redención. Y nosotros, los pecadores, los que crucificamos al Hijo de Dios, somos demasiado ligeros con referencia al pecado. No nos damos cuenta, porque reflexionamos muy poco y muy superficialmente, de la malicia del pecado, de su tremenda monstruosidad, de la crueldad que encierra el pecar. No concebimos el cataclismo que un pecado origina en la creación. Es triste y desolador ver cómo

hay cristianos para quienes el pasar de la gracia al pecado no supone ningún trastorno, cómo su vida discurre normalmente como si nada hubiera sucedido en ella; dan ganas de echarse a llorar al ver cómo hay cristianos que viven habitualmente en estado de condenación, en estado de odio a Jesucristo, sin que les importe nada, incluso encontrándose a gusto en esa terrible situación; cristianos sin contrición que apenas, cuando se confiesan, sienten pena de haberse ensañado con el Inocente, que miden su amor a Dios por el terror o el miedo que experimentan ante el pensamiento del infierno. Cristianos que no saben valorar la Pasión de Cristo, que viven como si no les importara demasiado su complicidad en la muerte del Señor, que se quedan fríos e indiferentes ante el dolor de la Madre. Pues la Madre Dolorosa es «una Madre con dos hijos frente a frente: Él... y tú» (*Camino*, 506). Nosotros somos los culpables del dolor de la Virgen.

Es, como todo, también singular la posición de la Virgen ante el pecado y el pecador. «La Virgen es la inocencia— explica el cura de Torcy al joven cura de aldea—. Date cuenta de lo que somos para Ella nosotros, la raza humana. Ella detesta el pecado, naturalmente, pero no tiene de él experiencia alguna, esa experiencia que ni siquiera ha faltado a los más grandes santos, hasta al propio santo de Asís, con lo seráfico que fue. La mirada de la Virgen es la única verdaderamente infantil, la única de niño que se ha dignado posarse jamás en nuestra vergüenza y en nuestra desgracia. Sí, hijo mío... Para rezar bien las oraciones que a



Ella dirigimos tenemos que sentir sobre nosotros esa mirada que no es del todo la de la indulgencia —pues la indulgencia va siempre acompañada, siempre, de alguna amarga experiencia—, sino de tierna compasión, de sorpresa dolorosa, de no sabemos qué sentimientos, una mirada inconcebible, inexpresable, que nos la muestra más joven que el pecado, más joven que la raza de que Ella es originaria y, aunque Madre por la gracia, Madre de la gracia, la más joven del género humano» (Bernanos).

No importa que Ella fuera inocente. El dolor no recae exclusivamente sobre el que peca. Produce sufrimiento incluso en el inocente, porque todos somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Fue Cristo, la Cabeza, quien más sufrió, y, tras Él, la Madre, la criatura más santa y más próxima a Jesús. Con toda propiedad puede la Iglesia poner en boca de María aquella exclamación: «Vosotros, todos los que pasáis por el camino, deteneos y mirad si hay dolor comparable a mi dolor.»

#### «*Ecce filius tuus*»

Fue quizá la última mirada de Jesús a su Madre, una mirada que acaso fuera la respuesta a aquella otra que Ella le dirigió cuando el encuentro en la calle de la Amargura. Jesús, resacos los labios por la sed, posó sus ojos, brillantes por la fiebre, sobre aquella mujer valiente y única, fiel, y le dijo, refiriéndose al discípulo a quien amaba: «Mujer, he ahí a tu hijo.» Luego, volviendo la mi-

rada a Juan, prosiguió: «Ahí tienes a tu madre.»

Aquí apenas aparece esbozado un gran misterio, que luego San Pablo desarrollará con una claridad meridiana. El «*ecce filius tuus*» significa la plenitud de la vocación maternal de la Virgen, la comunicación de la última consecuencia del misterio anunciado por Gabriel. Se le descubrió en aquel momento porque entonces el Señor estaba para partir; mientras estaba Él, era insustituible cerca de los discípulos, pero pronto iba a dejarles. Y, además, porque, con la culminación del *fiat*, Nuestra Señora se había asociado a la Redención y su fidelidad había rebasado la última prueba. Asociada a la pasión y muerte de su Hijo, Corredentora («misteriosamente unida a Jesucristo desde toda la eternidad con un mismo decreto de predestinación», dice Pío XII, *Munificentissimus Deus*), a Ella le correspondía desempeñar el papel más importante en la aplicación de los frutos de la Redención.

Tampoco podemos penetrar ahora en las más íntimas reacciones de María. Debió ver, sin duda, en las palabras de Jesús una última solicitud de amor al confiarla al discípulo que amaba, para que velase por Ella; Juan, asimismo, supo apreciar la muestra de confianza que el Señor le daba al encargarle a Aquella que le había dada a luz. Pero la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, ha penetrado hasta la más profunda raíz de aquel acto, y ha visto a la pobre y desamparada humanidad, triste fruto hasta entonces de Eva, dada a luz de nuevo con el dolor de María en el Calvario. La revelación de Gabriel y la revelación de Jesús a

María se funden, constituyendo una vocación única. Porque María concibió y dio a luz a Jesús, pero Jesús es la cabeza del Cuerpo Místico de Cristo, que nació de María por la muerte redentora de su Hijo.

Es muy frecuente el uso del paralelismo entre Eva y María, la nueva Eva; entre Adán y Jesús, el nuevo Adán. El plan de salvación de Dios es, en su grandiosa simplicidad, inabarcable por lo profundo, pero a medida que la mente va ahondando en él todo se va fundiendo, relacionando. Este es, precisamente, el objeto de la Teología: ir descubriendo, mediante el estudio informado por la fe y bajo el magisterio de la Iglesia, las conexiones entre las verdades contenidas en la Redención. Así, cada vez va mostrándose con mayor claridad el proceso correlativo entre la Redención y la Caída. Así, también, cada vez es más patente la función maternal de Nuestra Señora respecto a los redimidos.

Al decirle Jesús «*ecce filius tuus*» le indicaba los términos precisos en que debía proseguir la misión que le fue confiada por Dios a través del arcángel Gabriel. Toda la vida, toda la actividad de la Virgen estuvo encaminada a desempeñar su función maternal con Jesús, pero no debía cesar al morir Él. Cristo se prolongaba en la Iglesia y seguía viviendo en los redimidos, y la Iglesia naciente necesitaba unos cuidados maternales que sólo Ella podía prestar. A su cuidado, a sus entrañables desvelos, confió el Señor en aquella hora a los primeros redimidos, a los discípulos. Y Ma-

ría prosiguió, sin interrupción, desempeñando su papel.

Tras la sepultura de Jesús, María encontró a los discípulos como derrumbados, anonadados por lo que acababa de suceder. Desalentados y tristes, como si al morir Jesús hubieran muerto sus esperanzas y sus ilusiones. Desalentados en un grado tal, que algunos —los de Emaús— desertaron... Quizá pensaron todos ellos, rememorando los tres últimos años, en aquella magnífica aventura en la que habían comprometido su existencia, abandonando casa, familia, profesión, para seguir a Jesús fiados en su palabra... y para encontrarse al final, abandonados y desengañados, con el temor, además de ser objeto de persecución por haber seguido a Jesús. En las horas posteriores a la muerte del Señor, y hasta la Resurrección, la fe de María fue el puente que unió, en el mundo que Jesús había abandonado, la Pasión con la Resurrección. En torno a Ella se agruparon los discípulos, y Ella comenzó a ser Madre para enseñarles a esperar serenamente y confiar en la promesa. Pues el oficio de una madre no es sólo concebir y dar a luz, sino proteger y velar, nutrir y educar, hasta que el nuevo ser esté en condiciones de vivir por sí, con autonomía. Es muy posible que los apóstoles apenas percibieran esta acción protectora de María, lo cual nada tiene de extraño. Huysmans, que tenía motivos para saberlo, dice: «Ella nos amasa y nos pone en las manos de su Hijo, pero sus manos son tan leves, tan vaporosas, tan acariciantes, que el alma, transformada por ellas, no ha sentido nada.»

Ignoramos cuánto tiempo, después de la Ascensión, permaneció la Virgen en la tierra. La Iglesia recién nacida recibió sus cuidados, pero Ella supo también ahora esconderse, tan discretamente como siempre, en un segundo plano. Con los discípulos estaba cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos, transformándoles, y es muy posible que después de la venida del Consolador no tardara mucho en ser llevada por los ángeles junto a su Hijo. De todos modos, San Lucas debió de conocerla y averiguar por ella los pormenores de la Anunciación y de los primeros años de Jesús.

Con la paz y la dicha que proporciona el haber consumado hasta el fin todo cuanto le había sido encomendado, con un deseo tan profundo como sosegado de volver a ver a su Hijo, con la esperanza y la alegría de quien está tocando la meta con sus manos, la Virgen María apenas debió de sentir el paso del tiempo. Más contemplativa que nunca, su corazón sonreiría ante el entusiasmo y el fervor de los que iban creyendo en el Señor Jesús; y la que había conocido el horror de la hora del poder de las tinieblas en el Calvario recibía el consuelo de ver cómo la muerte se trocaba en vida, y cómo de las tinieblas había nacido la luz.

En el Gólgota, junto a la Cruz, treinta y tres años después de la Anunciación, la Virgen descubrió que el Designio de Dios sobre Ella alcanzaba profundidades que nunca había podido imaginar. La aceptación inmediata de la nueva y sobrenatural maternidad que el Señor le había revelado

nos enseña a nosotros algo sumamente importante: nadie debe sorprenderse de descubrir cada vez mayores perspectivas en su peculiar vocación. La Anunciación no fue un punto final, sino más bien un punto y seguido. Lo anterior era como un preámbulo. Con la Anunciación —con la revelación a cada uno de su propia vocación— se entra en el camino. La vida de la Virgen fue la realización de su vocación en la tierra, el desarrollo de una semilla que contenía en su interior un mundo de consecuencias, cada una de las cuales exigiría, a su tiempo, la respuesta adecuada.

Toda vocación debe desarrollarse hasta alcanzar la plenitud. No basta desempeñar un papel en sus rasgos más generales, sino con todos sus pormenores. La vocación debe realizarse en todos sus extremos, hasta la última consecuencia, y sólo en el momento de la muerte se puede exclamar: «*Consummatum est.*» Nunca puede decirse: «Basta», ni tiene derecho nadie a instalarse en ella lo más confortablemente posible. La Anunciación fue para Nuestra Señora un misterio gozoso, «una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo» (Lc 2, 10), pero que encerraba en sí misterios de dolor y de gloria. A la Virgen no se le exigió nada que estuviera fuera o por encima de su vocación, pues todo estaba encerrado en ella, y si estuvo *dolorosa, iuxta crucem lacrimosa, dum pendeat filius*, si tuvo que ver a «su dulce nacido muriendo en plena desolación mientras entregaba el espíritu», como recuerda la Iglesia en la fiesta de los Siete Dolores de la Virgen, fue consecuencia de

su aceptación: el *fiat* comprendía también esto, así como su nueva maternidad.

Nadie puede, *a priori*, calcular lo que va a exigirle su vocación. Nadie debe, tampoco, detenerse en cálculos. En cambio, hay que estar siempre dispuestos a dar más, a descubrir cada vez mayores implicaciones, a no sorprenderse de que la vocación alcance nuevos horizontes.

La Virgen todavía alcanzó a ver los primeros frutos de la Redención: tenía una misión que cumplir respecto a ellos. Esto fue lo importante: la misión, no el consuelo. Lo último que el Señor alcanzó a ver fue el fracaso, el dolor de su Madre, al único superviviente de los discípulos, el regocijo de sus enemigos. El consuelo es algo accidental, pero la fidelidad es necesaria. Y la fidelidad a la misión encomendada, a la peculiar vocación cuyo alcance en orden a la salvación de los elegidos sólo Dios conoce, es lo que hace merecedores quizá de ese nombre nuevo que se dará al que viniere, un nombre que sólo sabe aquel que lo recibe (Apc 2, 17) y que es único y personal porque única y personal fue también su existencia y su misión.

### *Spes nostra, causa nostrae laetitiae*

«Cuando Él extendía los cielos estaba yo con Él. Cuando encerraba dentro de sus límites los abismos, cuando en lo alto consolidaba el firmamento y suspendía las fuentes de las lluvias, cuando rodeaba el mar con las riberas y ponía ley a

las olas para que no traspasaran sus linderos, cuando asentaba los cimientos de la tierra, con Él estaba yo concertándolo todo, y me deleitaba constantemente holgándome siempre cerca de Él en la redondez de la Tierra, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos, oídme: Dichosos los que siguen mis caminos. Oíd mis enseñanzas y sed sabios, y no lo desechéis. Bienaventurado el hombre que me oye, y madruga cada día a las puertas de mi casa, y acecha a los postigos de ella. Quien me hallare encontrará la vida y alcanzará del Señor la salvación» (Prv 8, 22-23).

La Iglesia aplica estas palabras del libro de los Proverbios a Nuestra Señora. No hay en ello hipérbole ni exageración, pues, como escribe Hugo de San Víctor, «cuanto hay de laudable y gracioso en los libros santos y en las criaturas conviene para la alabanza de María». Fuera de esto, sin embargo, el pasaje citado tiene una clara aplicación. «Quien me hallare encontrará la vida y alcanzará del Señor la salvación.» La gracia es la vida eterna ya comenzada, y la Virgen la poseyó entera porque estaba colmada: era la *gratia plena*. Encontrarla significa hallar la vida, la de la gracia, la Vida que Ella llevó en su seno.

Cuando la Iglesia nos enseña que la devoción a Nuestra Señora es señal y prenda de salvación no lo hace ligeramente, a modo de estimulante y piadosa consideración. A medida que se perfila la doctrina de la Mediación de María se aprecia la solidez del fundamento que tiene su devoción; ya San Bernardo afirmaba rotundamente: «Dios qui-



so que no tuviésemos nada sin que pasase por las manos de María», y León XIII, recogiendo la doctrina de San Bernardino de Sena, señala en su Encíclica *Jucunda semper* que «toda gracia que se comunica a este mundo se dispensa ordinariamente siguiendo una triple fase: de Dios a Cristo, de Cristo a la Virgen, de la Virgen a nosotros».

El entenderlo así no exige demasiado esfuerzo. Nuestra Señora es nuestra Madre, y es imposible que se olvide de sus hijos. A Ella corresponde, respecto a cada uno de los redimidos, realizar la misma función que desempeñó en la Iglesia naciente y sigue desempeñando siempre: el cuidado y la solicitud. Ella es la que nos hace nacer a Cristo y quien vela por nuestro crecimiento, la que nos alcanza gracias cuya existencia nosotros ni siquiera sospechábamos, la que aparta obstáculos de nuestro camino, la que nos levanta cuando caemos. Como Jesús es el Camino para el Padre, la Virgen es camino para ir al Señor, el camino más recto y más corto, el más seguro y fácil, pues «a Jesús se va —y se vuelve— por María» (*Camino*, 495). Es cierto —y hay experiencia— el asombroso poder de la Madre: «Antes, solo, no podías... Ahora has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!» (*Camino*, 513). Ante la Virgen seremos siempre unos niños. Es muy difícil sentirse mayores ante Ella, pues para las madres los hijos siempre son sus pequeños. Como una madre lleva sujeto al niño, sin que él lo perciba, cuando aprende a andar y da sus primeros pasos, así la Virgen María nos va llevando camino adelante, pues sabe lo peligroso que es para nosotros dejarnos solos.

Y cuando nos rebelamos y nos soltamos de su mano y rechazamos su vigilancia, no por ello nos deja y su compasión es otro modo de suplicar a su Hijo y alcanzarnos gracias. Las madres tienen siempre cierta debilidad por los hijos inútiles, por los más despreciados: son los que más las necesitan, aun cuando ellos no lo sepan ni lo crean. Si la Iglesia la llama Abogada y Refugio de los pecadores es porque ha dado abundantes muestras de su debilidad por esos hijos que no tienen más asidero para su esperanza que su amor maternal.

Hay momento en la vida en que un hombre, por mucho que lo sea, necesita volverse niño, tener un regazo maternal en el que llorar y refugiarse. Somos pecadores, y cuando la conciencia de nuestros pecados se hace clara y sentimos la razón que Dios tiene para rechazarnos, cuando nuestra debilidad y nuestra impotencia para reparar se nos hace evidente, cuando percibimos a nuestro alrededor la tentación al acecho y nos sentimos acosados por la fuerza del mal, entonces necesitamos el amor maternal de la Virgen María como una protección que nos defienda y consuele, escuchar esas palabras cariñosas y consoladoras de la Madre que nos aseguran contra todo peligro; cuando nos sentimos solos y sin asidero porque nuestras culpas nos cercan por todas partes, y nos encontramos como niños perdidos en una inmensa ciudad, con el corazón helado y lleno de angustia, con una sensación de soledad que paraliza, entonces Ella es la que con su ternura nos devuelve la paz y la confianza, la seguridad de sabernos amparados, protegidos, defendidos, la seguridad de que todo

marchará bien, a pesar de lo que sea, porque Ella nos quiere y no nos deja, porque somos sus hijos.

El Señor prometió a sus discípulos que no les dejaría huérfanos (Ioh 14, 18); les dejó a la Virgen como Madre. La madre es la que da al hogar esa nota femenina de cordialidad y de calor, de desvelo y asistencia, de estar en todo, que hace grata la permanencia. Es el lazo de unión, el corazón de la casa. Si el protestantismo da impresión de frialdad y asepsia es, probablemente, porque es un hogar que no tiene madre: Nuestra Señora está ausente de él, y por eso son tan débiles los lazos de unión.

Pero, sobre todo, Ella nos ha mostrado con su ejemplo el camino, el modo de vivir en unidad con Cristo Jesús. Ella es la que nos ha dejado, en su vida ordinaria y discreta lo mismo que en las ocasiones singulares, una sencilla lección tan perceptible como imitable. Nos ha hecho ver que en el mundo, en el hogar, en las ocupaciones cotidianas, en el deber de cada momento, es posible la perfección y la más grande santidad; nos revela el misterio de la vocación y cómo los que la conocen encuentran el sentido de la vida, el procedimiento de convertir en grande lo pequeño, lo vulgar en heroico, lo corriente en algo lleno de interés. «Es de esperar —escribe Pío XII— que todos aquellos que mediten los gloriosos ejemplos de María se persuadan cada vez más del valor de la vida humana, si está entregada totalmente a la ejecución de la voluntad del Padre celeste y al bien del prójimo.» El entregamiento a la vocación peculiar de cada uno, según la Voluntad del Padre, he ahí lo

que da valor a una vida (cfr. J. Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, n. 9, 91, 110, 116, etc.).

Es, sin duda, motivo de una alegría permanente el sentirse hijo de tal Madre. El habérnosla dado y hecho conocer es, sin duda, una prueba tal de amor por parte de Dios, que sólo nuestra habitual pereza para todo lo que sea esfuerzo para pensar explica el que no seamos tan agradecidos como debiéramos. Pues, ciertamente, «tenemos por abogado para con el Padre a Jesucristo justo» (1 Ioh 2, 1), pero la bondad de Dios, que tan bien conoce nuestra miseria, nos ha dado una Madre por intercesora. Ella, la *Virgo fidelis*, es la que nos ayuda a comprender lo único necesario, la fidelidad hasta alcanzar la plenitud de la vocación.